

CI

J. OHNET

LOS
DERECHOS
DEL HIJO

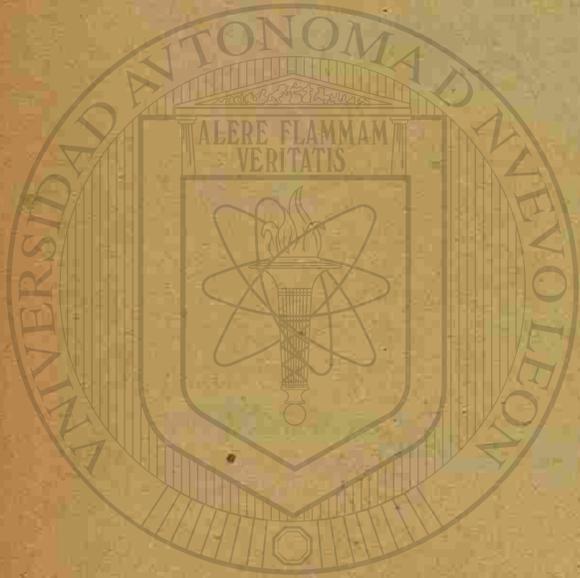
PQ2378

.03

D478



1020026718



UANL

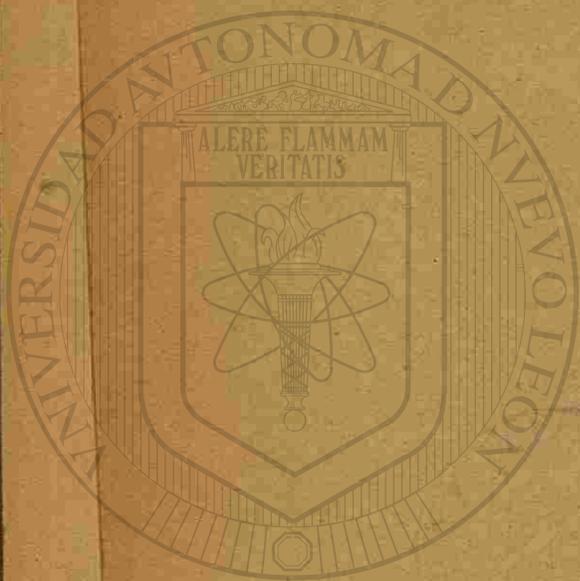


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS BATALLAS DE LA VIDA

LOS DERECHOS DEL HIJO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DEL MISMO AUTOR

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

	Pesetas.
Sergio Panine; un vol. en 8.º	3
La herrería de Pont Avesnes; un vol. en 8.º	3
La condesa Sara; un vol. en 8.º	3
Lise Fleuron; un vol. en 8.º	3
El Gran Margal; un vol. en 8.º	3
Las señoras de Croix mort; un vol. en 8.º	3
Voluntad; un vol. en 8.º	3,50
El doctor Rameau; un vol. en 8.º	3,50
Último amor; un vol. en 8.º	3,50
Deuda de odio; un vol. en 8.º	3,50
Nemrod y Compañía; un vol. en 8.º	3,50
Reliquias de amor; un vol. en 8.º	3,50
Los derechos del hijo; un vol. en 8.º	3,50
Negro y rosa; un vol. en 8.º	3
El alma de Pedro; un vol. en 8.º	4

JORGE OHNET

LAS BATALLAS DE LA VIDA

LOS
DERECHOS DEL HIJO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ENRIQUE DE ALBA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN 099899

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

Madrid: Est. tipográfico de Ricardo Fé.—Calle del Olmo, 4.

1895

30632

843

Q

PQ 2378

.03

478



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD - DERECHOS RESERVADOS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS DERECHOS DEL HIJO

I

Había terminado el período de sesiones anuales en la Diputación provincial del Oise y David Herbelin bajaba apresuradamente la escalera principal de la Prefectura, dirigiéndose a la salida. Dejose oír tras él un ruido de pasos precipitados, y una voz potente que exclamaba:

—David, ¿dónde vas tan corriendo? Casi te has despedido de mí.

Herbelin se detuvo. Su interlocutor llegó hasta él, y cogiéndole del brazo le dijo en tono de afectuosa autoridad:

—Pero hombre, ¿tanta prisa tienes?

—Ya lo creo —respondió Herbelin,— tengo el tiempo preciso para llegar a la estación y que no se me escape el tren de la Neuville.

—¿Conque no tienes bastante con lo que hemos trabajado hoy que aún pretendes ir a tu dichosa fábrica?

—Así es, mi coronel.

—Anda, vente á Paris á comer conmigo.

—Imposible, me están esperando.

Habían llegado á la plaza y se dirigían á paso largo hacia la estación, saludados á su paso por las gentes de la población, pues ambos eran muy conocidos en Beauvais. Difícil hubiera sido hallar dos tipos más distintos: el coronel Pérignon era alto, de ojos azules, magnífico bigote y palabra altisonante: Herbelin era por el contrario pequeño, delgado, de aire soñador y mirada un tanto velada; su cabeza, que revelaba el genio, permanecía casi siempre inclinada hacia el suelo, como si sucumbiera bajo su peso, y su voz era, en fin, dulce y apagada. Ambos pertenecían á la Diputación provincial, en la que David mostraba su luminosa sagacidad de sabio á la vez que su reflexiva práctica en materias industriales, en tanto que el coronel hacía retemblar los cristales de las ventanas merced á la marcial sonoridad de su voz, sembrando el terror entre sus adversarios políticos con interrupciones tan fogosas como inútiles. Caminaban del brazo bajo los ardientes rayos de un sol de agosto, Pérignon embutido en entallada levita, en una de cuyas solapas lucía una condecoración militar; pantalón gris, botas de charol y cubierta su cabeza con un elegante hongo color de café; Herbelin vestía de negro, llevaba sombrero de copa y bajo el brazo una enorme cartera repleta de papeles; se cuidaba tan poco de la elegancia, que sus manos iban desprovistas de guantes, y aun es posible que no los llevase ni en el bolsillo. Contaban casi la misma edad; esto es, ambos pasaban

ya de los cuarenta. El coronel peinaba ya muchas canas, en tanto que Herbelin conservaba negros sus cabellos, y su fisonomía despedía cierto aire de frescura y de juventud.

—Pero, vamos á ver, ¿qué vas á hacer en la Neuville?

—Un experimento, en extremo interesante, que hace largo tiempo preparo, que creo ya en estado de madurez, y en cuyo éxito te hallas interesado desde el momento en que eres uno de mis accionistas.

—Vaya, vas á exponerte una vez más á deshacerte la cara y á que salte el establecimiento como el año anterior...

—Tranquilízate—dijo riendo Herbelin,—el establecimiento está asegurado.

—¡Majadero! Qué puede importarme esa barraca—exclamó el coronel,—lo digo por ti... ¿Crearás, por ventura, que fué para mí plato de gusto, llegar como llegué á la fábrica, llamado por tu director, y hallarte con el pelo chamuscado y con la piel de la frente colgando sobre la nariz?... Cuando reflexiono que se debe á un verdadero milagro el que no se te vaciaran los ojos...

—Es cierto—respondió tranquilamente David,—pero mis investigaciones de entonces valían la pena.

—¡Testa dura!—rugió Pérignon con voz tan tonante, que un perro que se hallaba echado en el quicio de una puerta, se dió á correr como alma que lleva el diablo.—¡Así respondes tú á las pruebas de amistad de los amigos! ¡Ingrato!

—Vamos, hombre; no te incomodes—interrumpió con dulzura Herbelin—y sobre todo, nada temas. Ya están terminadas las investigaciones en lo que respecta á los explosivos, y no me ocupo sino de substancias inofensivas. Creo haber dado con un cristal que pierde por completo su fragilidad y que puede trabajarse á una temperatura relativamente baja, como si fuese metal. Podremos rivalizar con las magnificas cristalerías de Venecia, y á precios fabulosamente baratos... Ya verás, ya verás... Pero, ahora que pienso, ¿por qué no me acompañas tú á la fábrica? Comeríamos juntos y podría enseñarte mis productos... Tú querías llevarme á París, permite pues, que sea yo quien te lleve á la Neuville...

—Muchas gracias; pero no es posible. Mi sobrino Raoul me aguarda á comer en mi casa, y además tengo que hacer una visita en Beauvais antes de abandonarle.

El rostro de David se iluminó con una sonrisa.

—¿Está bueno tu sobrino?

—Sí, Cendrin está muy contento de él.

—¿También come Cendrin en tu casa?—preguntó el industrial con repentina vivacidad.

—¡Ah! veo—exclamó con amargura el coronel—que si nuestro amigo asistiese á esa comida, serías capaz de abandonar tu fábrica y tus productos químicos, y aceptarías la invitación que ha poco has rechazado... Siempre le has querido más que á mi.

—Ahora eres tú el majadero—interrumpió Herbelin.

—¡Señor Herbelin!—dijo en tono de protesta el coronel.

—Bien, ¿y qué, Sr. Pérignon? ¿Crees que me metes miedo con tu voz de cañón y tu fulgurante mirada...? Nada de eso, amigo mío: no me impresiono yo tan fácilmente. Si señor, eres un majadero al representar una escena de celosa amistad en medio de la calle; ¿y á propósito de quién? A propósito de Cendrin, hacia el cual sientes los mismos grados de cariño que yo... Quiero, sin embargo, hacer constar, que aunque nuestro amigo hubiese asistido á esa comida, yo no hubiera ido á París, pero si confesaré que al ser esto así y al no aceptar tu proposición, habria sido doble mi sentimiento.

—¡Hum! menos mal—murmuró el coronel.

—Vaya, adiós, hasta la vista; ya tengo ahí el tren... ¡Ah! da un abrazo á Raoul de mi parte...

—Y tú haz el favor de decir á tu señora, que mi primera visita en París será para ella... Un besito á Cecilia...

—Será mañana por la tarde—dijo Herbelin, con un ligero acento de tristeza,—hasta entonces no volveré á ver á mi pequeña alhaja.

—¡Buen viaje!—gritó Pérignon.

—¡Buen regreso!—respondió David.

Penetró este último en la estación, y el coronel dirigióse muy aprisa hacia el centro de la ciudad.

Instalado ya y completamente solo Herbelin en el coche, en el cual acababa de entrar, entregóse en ensueños al pasado. Volvióse á ver otra vez niño en la institución Boissonneau, amigo y cama-

rada de Cendrin, cuyo padre era ilustre sabio, á la par que Senador, y amigo también de Pérignon, que se enorgullecía al ver que el suyo servía al Emperador en calidad de ayudante de campo. No existía la menor paridad entre él y los hijos de aquellos dos personajes; su padre era, ni más ni menos, que un pobre regente en la imprenta imperial. No ligaba, pues, ningún otro visible lazo, que el de una instintiva amistad y el de una irresistible afinidad de ideas y sentimientos á los dos privilegiados por su nacimiento y al desheredado por la fortuna. Cendrin, Pérignon y Herbelin, habían constituido un solo grupo y habían formado un tan sólido y amigable trio, tan estrechamente cerrado y compacto, que sus compañeros de clase les denominaban las tres testas duras. ¿Por qué, cómo ó por quién habíase lanzado por vez primera semejante denominación? Nadie hubiera podido decirlo. Acogióse alegremente por aquellos mismos que eran objeto de ella, y aquel mote les sirvió de lazo de unión en el transcurso de sus estudios. Pérignon, ya lo hemos visto, no acababa de llamar testa dura á Herbelin, en un momento de mal humor, acordándose bruscamente de los tiempos de su infancia?

Queriéndose, defendiéndose y alentándose unos á otros habían llegado los tres amigos al término de sus estudios: Pérignon había entrado en Saint-Cyr, Cendrin en la Escuela de medicina y Herbelin en la Politécnica, cuando á la desgracia le plugo caer sobre la familia del más pobre, á la vez que del más brillante de los tres. El regente de la im-

prenta imperial perdió de repente y por completo la vista; y no siendo suficiente el corto retiro que le quedaba para atender á su sostenimiento, vióse David en la necesidad de trabajar para conseguirlo. No tuvo más remedio que despedirse para siempre de los largos y minuciosos estudios que hubieran podido conducirle en toda regla y por directo camino á una carrera administrativa cualquiera. Preciso era, pues, agenciarse recursos, y para ello tenía que pedirselos á la industria. Gracias á la protección del conde Pérignon, pudo entrar como subdirector y con un sueldo de cuatro mil francos en la fábrica de productos químicos de la Neuville, pudiendo de ese modo cubrir las necesidades de su familia.

Allí, y con el natural desconsuelo de ver para siempre destruidas sus ilusiones, púsose á trabajar con ardimiento, llegando poco á poco á tomar singular interés en los trabajos que en la fábrica se emprendían. Aprovechándose de la ausencia del director, Sr. Lebarbier, que se hallaba con más frecuencia en Beauvais que en la Neuville, habíase instalado en el laboratorio y consagróse á investigaciones químico-industriales, que bien pronto llegaron á apasionarle. ¡Cuán grande fué el cambio que pudo observarse en la marcha del establecimiento desde el instante mismo en que Herbelin comenzó á manifestar su iniciativa! Los usos y costumbres de contra maestres y obreros sufrieron rudo revés; la pereza y la incuria tornáronse en actividad y buenos deseos; pusieron en aplicación sus nuevos métodos, se estudiaron sus inventos, y lla-

mó por fin, poco á poco, la atención de los accionistas, al observar éstos la creciente prosperidad de la fábrica, al propio tiempo que se atraía también la hostilidad del director.

Veinte años habían transcurrido desde entonces, y le parecía que tan sólo databan de ayer. Sin embargo de esto, ¡cuántos acontecimientos acumulados durante aquel periodo! ¡Cuántos esfuerzos, que el éxito había coronado! Él, David Herbelin, había llegado á aquel país, con una simple maleta que encerraba sus modestos vestidos, y en la actualidad era, por mitad, propietario de aquella misma fábrica, pero ampliada, modernizada, desconocida; en una palabra, tenía un hotel en París y una fortuna considerable, representaba en la Diputación provincial el cantón de la Neuville, y podía ser diputado cuando quisiera.

Ante sus ojos, que rebosaban alegría, evocabáanse dos figuras: la una de mujer, de tierna niña, la otra. Morena la primera, de resplandeciente mirada, labios rojos y cierto aire de fuerza y ardor, era sin duda bella, pero de una belleza inquieta y misteriosa; la segunda, dulce, delicada, rubia, de ojos cándidos y azules y labios puros y sonrientes. Eran su esposa y su hija, á las que confundía en un mismo cariño y por las que diera con gusto la vida. Ninguna de las ideas que abrigaba su pensamiento era extraña al cariño que sentía hacia aquellos dos seres, y todos sus esfuerzos tendían á un solo objeto: ser dueño de la mujer, y hacer dichas y ricas á entrambas.

Cuando fué por vez primera á la Neuville, le

presentaron á la señorita Luisa Lebarbier, y al hallarse frente á frente de la joven, sintió la misma impresión de inquietud y de admiración que sentía al cabo de diecisiete años de matrimonio, sobre todo cuando le miraba de cierto modo, que él calificaba, riéndose, de mirada imperial. Ver á Luisa y convertirse en su esclavo fué todo uno. Enamoróse locamente de aquella encantadora niña, por más que al verla tan fría y desdeñosa, no alimentaba esperanza alguna de ser correspondido. Y no podía ser de otra suerte, porque ¿qué podía significar para ella el hijo del antiguo cajista, el pobre empleado que se mostraba sucio y con el natural desorden en la ropa, á causa del trabajo, siempre que la joven hacía alguna que otra aparición en la fábrica, y mal vestido, tímido y balbuciente, cada vez que tenía el honor de sentarse á la mesa de su jefe? ¿Podía, por ventura, existir nunca nada de común entre la altanera y bella Luisa Lebarbier y el desdichado y mísero Herbelin?

Sin embargo de esto, llegó un día en que la situación cambió de un modo brusco. Propalóse la noticia de que el subdirector acababa de hacer un descubrimiento que iba á dar inusitado impulso á la prosperidad del establecimiento. El Sr. Lebarbier había hablado de ello delante de su hija con cierta significativa amargura. Se sintió atajado, vencido por aquel joven, que no contento con explotar lo que ya existía, rebuscaba en lo desconocido con aptitudes y probabilidades de lograr su intento. Pretendía haber inventado un líquido excelente para limpiar toda clase de telas, que

además de ser menos costoso que la bencina, no despedía olor ninguno. No se había contentado con eso: se hallaba también á punto de dar con una aplicación de la electricidad á los tintes, que permitiría fijar los colores en los tejidos de un modo inalterable. Era, en una palabra, un verdadero inventor, un hombre de genio, y el Sr. Lebarbier, inquieto y descontento, aunque poseído ya de cierto respeto hacia Herbelin, esforzábese por tomarlo á broma, cual si no diera asenso á las superiores luces de su subordinado.

A pesar de todo, rindióse ante la evidencia de los hechos cuando la junta de accionistas ofreció espontáneamente interesar al hijo del tipógrafo en los beneficios de la explotación. Desde aquel día, no fué ya el Sr. Lebarbier quien dirigió la fábrica, pues aunque permaneció como director en propiedad, Herbelin fué el verdadero director. Disminuyeron paulatinamente las atribuciones del padre de Luisa, y perdió como es consiguiente en autoridad, pues ya no eran las órdenes por él comunicadas las que ponían en movimiento á los quinientos obreros de la fábrica. Hubieran, en fin, concluído por despedirle, poniendo en su sitio al que hasta entonces era su lugarteniente, si no hubiese contado en aquella casa con un aliado, cuya influencia sobre David era desde luego irresistible.

Tan orgullosa como bella, y habiendo recibido una brillante educación en un colegio de París, hubiérase dicho que la señorita Lebarbier era una princesa destronada, cuando iba á oír misa á la pe-

queña iglesia de la Neuville, pues aunque se presentaba sencillamente ataviada, la hermosura de su rostro atraía todas las miradas. Tanto si paseaba por el jardín con ligero vestido de hilo y su linda cabeza al descubierto, arrancando las rosas ya mustias de los rosales, como cuando penetraba en los salones de la Prefectura adornada con vistoso traje de baile y asida del brazo de su padre, llamaba poderosamente la atención. Todos los jóvenes que se habían acercado á ella, trataron, como es natural, de hacerla la corte, sobresaliendo en primer término el vizconde de Rantilly, cuyo castillo se hallaba á dos leguas de la Neuville y que estrechó el cerco durante dos años sin resultado: más tarde, el hijo de un fabricante de botones de Hermes, llamado Papinaud, que había llegado á senador: éste y su esposa, pusieron término al amoroso entusiasmo de su heredero, en el momento mismo en que conocieron sus intenciones: Luisa quedó por lo tanto libre de pretendientes.

Entre varios otros que habían solicitado su mano, descollaba también un mercader de granos de Beauvais y uno de esos comerciantes que inundan París todas las mañanas con las consabidas botellas de leche, lacradas; pero Luisa, que no había parecido lo suficientemente encoquetada á sus pretendientes de la nobleza y de la clase media aristocratizada, encontró á su vez que no eran dignos de ella los comerciantes que aspiraban al honor de obtener su mano. Cortejada pues, pero sin llegar al matrimonio, por una ú otra causa y encantadora, aunque sin fortuna, parecía destinada á vestir

imágenes, cuando David Herbelin se apasionó locamente de ella.

No se apercibió ella en un principio de semejante pasión, pues él se mostraba tímido y discreto siempre que se acercaba a la señorita Lebarbier. Imbuida en la idea que en los comienzos se había formado su padre del joven subdirector, tratóle desde luego con cierto altanero desdén. Después de todo, ¿quién era aquel muchacho? Un obrero algo más limpio que aquellos otros que con las mangas remangadas y el pecho al descubierto, trabajaban en patios y talleres. Pasaba, sí, por hombre de idea, pero según la opinión del señor Lebarbier, no debía hacerse caso alguno de sus tentativas. ¡Vaya un inventor, que al proceder a un experimento en el laboratorio, había hecho saltar todos los cristales de la fábrica, pretendiendo haber hallado un explosivo, cuya manipulación, además de no ofrecer el menor peligro, poseía además una fuerza de expansión hasta entonces desconocida, debido únicamente a una combinación de gas! Todos se burlaban y predecían la pronta cesantía de aquel aguafiestas, que con sus costosas investigaciones seguramente improductivas, alteraba la marcha habitual de la fábrica, cuando la explotación normal aseguraba anualmente quince por ciento de dividendo a sus accionistas. ¿Qué género, pues, de consideraciones podía tener Luisa hacia aquel a quien su padre continuamente denigraba?

Miróle por lo tanto desde el pináculo de su grandeza, cada vez que el joven se presentaba a comer

en casa de Lebarbier acompañado de los principales jefes de servicio con motivo del cierre de inventario. Le había parecido pequeño y muy moreno, sus encrespados cabellos casi le ocultaban la frente, y además creyó ver en él esa delgadez producto del que vive de privaciones. Es cierto, que en dicha época, enviaba David a la familia la mayor parte de su sueldo, con objeto de pagar deudas contriadas en momentos tan tristes como difíciles, y por lo tanto, no guardaba para sí sino lo estrictamente necesario para no morir de hambre; así, pues, se comprende fácilmente que su guardarropa no tuviese nada de escogido, y que su calzado fuese tan ordinario como el que usaban los carreteros de la fábrica.

Ante Luisa permanecía mudo, pensativo y con la vista triste y fija en el espacio; pero cuando el objeto de su amor volvía la cabeza hacia el lado opuesto al en que él se hallaba, entonces devoraba con la vista aquel torneado cuello, sobre el que se enroscaban pequeñas y rizadas mechas de un cabello tan brillante como negro.

Este hombre, pasaba, no obstante, por un imbécil ante los ojos de Luisa, sin que su padre cuidara durante dos años de hacerle salir de semejante error, antes al contrario.

De repente aclaróse por completo la situación.

Al llegar a este punto, en sus recuerdos experimentaba Herbelin una satisfacción inmensa, evocando aquel decisivo momento de su vida, en el que, sin transición alguna y debido tan sólo al valor de su personalidad, había salvado de un salto

la enorme distancia que hasta entonces le había separado de Luisa, colocándole al propio tiempo, en primer término y al lado mismo del director de la fábrica.

Entonces pudo apreciar en todo su valor la bajeza y cobardía de los hombres, pues aquellos mismos que aun el día anterior le miraban con desprecio, rodeáronle obsequiosos, ensalzando y aun exagerando sus méritos, con objeto de atraerse su benevolencia y simpatías. Era, sin embargo, innegable para todos los entendidos en la materia, que en Herbelin se manifestaba el verdadero sabio, y lo que es más, el sabio dotado de incuestionable mérito práctico, calidad de inmenso valor en toda clase de industria.

El profesor Cendrin, al cual su hijo hubo comunicado los descubrimientos de David, dió su inapelable fallo: Herbelin había nacido inventor y era preciso impedir á todo trance que una sociedad rival pudiera aprovecharse de los trabajos comenzados por el joven subdirector. El mismo profesor se había encargado de comunicar á la Academia de Ciencias una memoria suscripta por Herbelin sobre la fotografía en colores, que despertó gran curiosidad. También el general Pérignon, instado calorosamente por su hijo, sublevó por decirlo así, el consejo de administración de la sociedad de la Neuville, manifestando, que si no hacían todo lo posible por asegurarse los servicios de Herbelin mediante un ventajoso contrato para este último, dejarían ciertamente escapar la fortuna. El fogoso general y sus asociados se agitaban en balde, pues

su protegido no tenía ni por asomo la idea de abandonar la Neuville: á más del cariño que había llegado á sentir por la fábrica y por aquel país, ligábanle también otros más apretados lazos que los del interés, y hubiera despreciado á buen seguro toda proposición por ventajosa que fuese, que pudiera alejarle de allí. Lo que le ponía, en una palabra, á la merced de los accionistas era el amor que profesaba á Luisa Lebarbier.

Hízole llamar el director cierta mañana á su despacho y con voz apagada, le dijo:

—Señor Herbelin, estoy encargado por la gerencia de manifestarle, que en la asamblea general habida últimamente, ha sido usted nombrado ingeniero consultor de este establecimiento con el sueldo anual de doce mil francos y el diez por ciento en los beneficios de la explotación.

La alegría enrojeció el rostro de David, y contestó inclinándose respetuosamente ante el padre de su amada:

—Doy á usted las más expresivas gracias, porque indudablemente á sus buenas disposiciones hacia mí, es á lo que debo este ascenso.

—Se engaña usted—respondió el Sr. Lebarbier con cierta amarga franqueza.—Ese favorable cambio en su situación se lo debe usted á sí propio... Tengo asimismo que darle á conocer las ventajas que encierra esa situación... Puede evaluarse en veinticinco mil francos la parte de sus beneficios anuales...

—¡Ah!—exclamó David—al fin soy rico y mi pobre familia no carecerá de nada! ¡Qué ventural ¡qué dicha tan grande para mí!

—Es usted un excelente muchacho, Sr. Herbelin—dijo el director—vencido ante la sencilla explosión de alegría del joven.

—¡Ah! señor director, he experimentado duras y terribles pruebas durante cuatro años, sin que mis labios profirieran la menor queja. Mi pobre padre, cuando se hallaba aún apto para el trabajo, se ganaba muy bien la vida, y se rodeaba de comodidades, aunque muy relativas; porque lo que nada significa para los ricos, tiene gran importancia para los que tienen tan solo una modesta posición... Y es natural; cuando perdió de improviso la vista, la familia tenía ya algunas pequeñas deudas, que era necesario pagar... ¡con cuánta dificultad no pocas veces!... Sin embargo, yo quería que mis padres no se privasen de nada, sobre todo á su edad, y les enviaba todo cuanto podía... Pero usted sabe mejor que nadie que no nadaba en la abundancia, pues mi sueldo no pasaba de la categoría de modesto... He aquí por qué he trabajado tanto; comprendía que era en mi una imprescindible necesidad el salir de la obscuridad en que me hallaba, y para lograrlo no he economizado trabajo alguno. Mis esfuerzos han hallado una gran recompensa.

Y al decir esto, sus ojos se inundaron de lágrimas, que enjugó con el embés de la mano, llorando y riendo á la vez, ante la vista de su antiguo jefe. Dió éste algunos pasos en la estancia como para sacudir la emoción que le embargaba, y dijo después colocando un papel sobre la mesa:

—Todavía no he dicho á usted en qué condiciones le concede la sociedad todas esas ventajas: por

medio de este contrato, usted se compromete á desempeñar sus funciones durante diez años, haciendo participe á la misma sociedad de todos cuantos descubrimientos lleve usted á cabo. Al terminar esos diez años, se hará un nuevo contrato, si se considera necesario.

—Queda aceptado—exclamó David—y buscaba una pluma con la vista para firmar, cuando el señor Lebarbier le detuvo con un ademán significativo:

—No se firma, sin antes examinarle, un contrato tan serio como éste. Obra usted ligeramente. ¿Y si yo le hubiese engañado?

—Es usted incapaz de semejante cosa—respondió tranquilamente David; después añadió:

—Usted no puede imaginarse, además, qué género de esperanzas hace nacer en mí ese contrato... que aceptaría desde luego profundamente reconocido, así debiera ligarme por toda una existencia, porque me ha sido propuesto en hora muy decisiva... Sí, Sr. Lebarbier, sin la generosa resolución que hacia mí han tomado los señores que componen la gerencia, jamás me hubiera atrevido á entrever lo que quizás me reserva el porvenir...

—¿De qué se trata?—preguntó el director, no sin cierta curiosidad, al hacerse cargo de la agitación que dominaba en aquellos momentos á Herbelin, que habitualmente se manifestaba reservado y discreto.

—Me es imposible decirselo á usted en este momento—dijo Herbelin cambiando de tono y de fisonomía—pero lo sabrá usted... antes que nadie;

entre tanto, voy á llevarme ese contrato que usted me aconseja prudentemente que lea, y lo devolveré firmado después.

Estoy seguro que los resultados corresponderán á la confianza que en mí se deposita.. Ya verá usted... Tengo ciertos proyectos, con los cuales he de enriquecer á mis bienhechores.

Y con el semblante iluminado por la esperanza, salió del despacho después de saludar á su jefe. A través del porvenir que ya le sonreía, adivinaba el éxito, el renombre y la fortuna. Sus amigos eran sin duda quienes le habían preparado un tan rápido ascenso en la carrera que casi creía cerrada para él, y daba al olvido sus personales esfuerzos pensando tan solo en manifestar su agradecimiento á Cendrin y á Pérignon, por el favor que él juzgaba haber recibido de ellos.

Dirigióse al jardín de la fábrica con desordenado paso, y se detuvo bruscamente al ver á la señorita Lebarbier, que se hallaba sentada y haciendo labor á la sombra del emparrado. David que no contaba con semejante encuentro, pues en los días de trabajo tan solo atravesaba el jardín en dirección al campo, la mujer de alguno de los obreros que salía de la administración, permaneció casi absorto ante Luisa, á la que, después de descubrirse respetuosamente, pidió mil perdones por haberla interrumpido en su tarea.

Contestóle la joven guardando su labor, que no tenía nada que perdonarle; que debido á la casualidad había acompañado aquel día á su padre hasta la fábrica, y que aguardaba por fin, á que firmase

el correo para volver juntos á casa. En tanto que Luisa hablaba con voz reposada y dulce, pensaba David en que el destino, á no dudar, había conducido allí á la mujer objeto de todo su amor, en el momento preciso en que acababa de saber no era ya una locura el levantar los ojos hasta ella. Supersticioso como todo hombre de imaginación, creyó ver en aquel encuentro un designio de la Providencia, y no dudó de que aquella mujer llegaría á pertenecerle.

Extrañada Luisa del silencio de Herbelin, examinaba á éste con cierta curiosidad, hallando en su rostro, en el cual se reflejaba la dicha que embargaba todo su ser, rasgos distintos á los que hasta entonces había creído observar en David, y que estaban lejos de denotar un ser vulgar y desprovisto por completo de atractivos físicos. Un rayo de sol iluminaba la frente del joven, bajo la que se ocultaban grandes y brillantes pensamientos: sus ojos, animados por la esperanza, se fijaban en Luisa con extraña insistencia, y su sonriente boca parecía obedecer á inusitados esfuerzos para que no salieran á sus trémulos labios las palabras que querían brotar desde el fondo de su corazón.

—¿Qué pasa Sr. Herbelin? ¿A qué obedece esa turbación?—preguntó Luisa sin timidez alguna y con el tono propio de un superior que se dirige á un subalterno.

—Señorita, lo que me acontece, justifica en gran manera esa turbación—respondió David.

—Indudablemente debe ser algo bueno, porque parece usted estar muy contento.

—En efecto, muy bueno y casi inesperado.

—Vamos, le habrán á usted aumentado el sueldo en la última asamblea general—dijo Luisa, fijando en Herbelin su tranquila é indiferente mirada.

—Así es, señorita, me le han aumentado, y mucho.

—Le felicito á usted por ello.

Y echó una rápida ojeada sobre la raída levita y demás prendas de vestir del pobre David, é hizo después un ligero movimiento de cabeza, como si quisiera decir que, en efecto, el aumento de sueldo había llegado á tiempo para reponer el guardarropa del joven... Éste pareció comprenderlo, pues dijo humildemente:

—Si, señorita, es un favor que llega muy á propósito y que me es muy necesario... Había sido tan desgraciado hasta aquí, que el bienestar que para mí llega, va á ofrecerme desconocidas dulzuras... No precisamente por las satisfacciones materiales que pueda proporcionarme, y si por el socorro moral que me aporta. Desde ahora, y sin parecer presuntuoso, tendré más confianza en mi mismo... En una palabra, que no me es posible poder manifestar el inmenso placer que mi alma siente.

Habiase expresado con tal emoción, que Luisa le miró sorprendida. Parecióle que aquella confianza que manifestaba, era como el anuncio de un plan, del cual fuese ella el objeto. Por la primera vez, permitiase David salir de la reserva impuesta por lo humilde de su posición, y nunca había podido suponer que aquel empleado de su padre pensase en ella; sin embargo, las palabras que acababa de

oir, perdidas ya en el tibio ambiente, aromatizado por la fragancia de mil abiertas rosas, le daban á conocer, de un modo claro y preciso, el amor que hacia ella sentía aquel pobre diablo. Sintióse alhagada, al propio tiempo que ofendida; ofendida, porque el homenaje partía de muy abajo, fuere cual fuere el cambio de situación de David, y alhagada, porque al fin y á la postre, era un homenaje. En aquel que muy bien pudiera llamarse desierto de la Neuville, no estaba verdaderamente muy mimada; así es que, no obstante su natural orgullo, no por eso dejó de mostrarse mujer. Quiso saber, ante todo, el motivo que había hecho concebir á Herbelin la audacia de confiarse libremente á ella, y le dijo con acento altanero:

—Ya que sus asuntos se hallan en tan buen camino, le deseo buena suerte.—Y pasó ante él como contrariada de haberle escuchado tanto tiempo, dirigiéndose hacia el despacho de su padre. David la vió alejarse, y con el corazón oprimido y la mirada fija en el suelo, se encaminó hacia el ala del edificio en que se hallaba la explotación, diciendo para sí: No tan sólo no conquistaré su amor, sino que tampoco obtendré su simpatía, y es una verdadera locura que yo piense en semejante cosa... Sí, sí; yo debo ocuparme tan sólo en el éxito de mis trabajos en esta fábrica... ¡Triste de mí! ¿Cómo pretender un hombre de modesta apariencia, y que cual yo ha nacido en humilde cuna, que la hija de mi jefe acoja favorablemente mi pretensión? ¿Qué pensará de mí? ¿Qué digo pensar, ni siquiera quizás existo para ella!

Dejóse caer sobre un banco próximo á la entrada de la fábrica, y allí permaneció sumergido en una tan profunda meditación, que ni siquiera llegaban á sus oídos los pasos de los obreros que ante él pasaban. Al verle estos últimos con la cabeza inclinada hacia el suelo y con la mirada vaga é incierta, creyéronle ocupado en rebuscar, allá, en lo más íntimo de su pensamiento, la resolución de algún difícil problema, pues aquellos sencillos y honrados trabajadores no habían tardado mucho tiempo en comprender la distancia que existía entre ellos y el joven Herbelin. La superioridad de éste quedó demostrada ante los ojos de los obreros de la fábrica, mucho antes que el director de ella se diese cuenta del positivo talento de David, y cuando todavía el Sr. Lebarbier juzgaba con cierto desdén á su empleado, los contramaestres aseguraban, hablando entre sí, que Herbelin era hombre de gran valer y que alcanzaría grandes triunfos en su carrera. Nada, pues, tenía de extraño que al verle inmóvil y silencioso, no trataran de interrumpirle en sus meditaciones, conducta que por otra parte observaban siempre, comprendiendo, en medio de su sencillez, que era preciso respetar las ideas, más ó menos caprichosas, de un hombre que era superior á ellos.

Recorrió después David con mirada distraída el contrato que el director le entregara, y halló inscritas en él las cláusulas que el Sr. Lebarbier había ya mencionado; esto es, triple sueldo del que hasta entonces había tenido y una participación importante en los beneficios. Se le hacía gozar ade-

más de una independencia, por no decir de una supremacía completa ante su antiguo jefe, desde el momento en que, como ingeniero-consultor, podía trabajar solo y ocuparse en resolver problemas industriales. Después, él solo también, era quien debía indicar el mejor medio, una vez resueltos esos problemas, para sacar de ellos el mejor partido posible. En cambio, al aceptar ese tratado, comprometía su palabra por diez años: ¡Diez años en la Neuville, en presencia de Luisa, y en presencia quizá del que llegase á hacerla suya, si desgraciadamente para él llegaba á casarse!

Su corazón se agitó con violencia ante semejante idea, y comprendió desde luego que de aquel modo la existencia sería insoportable. Así pues, no más dudas: ó en la Neuville unido á Luisa en lazo indisoluble, ó la ruptura de sus compromisos con la Sociedad, y por consiguiente, su inmediata partida de aquellos sitios. Y los términos de ese dilema se grababan de un modo claro y terminante en su pensamiento con la misma precisión de una ecuación geométrica. No le era dable proceder de otra manera, sin correr el grave riesgo de entregarse á la más completa locura, ó morir de desesperación.

Fortalecido con la resolución que acababa de tomar, levantóse de su asiento y penetró en la fábrica.

En tanto que él meditaba, Luisa se había dirigido al despacho de su padre y sin preámbulos ni precauciones oratorias, le interrumpió en la lectura de una memoria diciendo:

—Acabo de encontrar al Sr. Herbelin y me ha parecido en extremo contento; vamos á ver, ¿qué es lo que le sucede?

—Una cosa que él no se aguardaba por cierto... La gerencia acaba de ligarle á la fábrica con cuerdas de oro... Ahí tienes un muchacho que va á ganar el doble y quizás el triple de lo que me dan á mí al cabo de veinticinco años de dirección. Y eso no es más que el comienzo, pues todos los grandes accionistas están entusiasmados con los ingeniosos descubrimientos que ha hecho... Si fuera ambicioso, no sé que es lo que no obtendría de ellos...

Luisa reflexionó durante unos instantes y dijo luego:

—¡Ah, con que tanto vale ese joven!

—Ya lo creo—respondió el Sr. Lebarbier, de todo punto contrariado, aunque sin el valor necesario para negar los méritos de su antiguo subordinado.—Y si estuviese bien aconsejado y se dejase guiar...

—Pues bien, padre mío—interrumpió tranquilamente la joven,—si usted tiene tan firme confianza en el porvenir del Sr. Herbelin, no veo obstáculo alguno que pueda oponerse á que usted le dé esos buenos consejos y á que le sirva de guía...

—¡Cómo!—exclamó con acritud el director.—¿Ayudar yo á un hombre que está en vísperas de suplantarme? ¿Me crees por ventura un chiquillo?

—Y si ese hombre llegase á ser su yerno, ¿cree usted que le suplantaría, y no tendría usted interés, además, en ser su guía?

—¿Herbelin mi yerno?—exclamó Mr. Lebarbier,

levantándose bruscamente.—Explicáte... No acierto á comprender.

—No hace todavía un cuarto de hora que á mí me sucedía lo propio; pero con una sola mirada y algunas palabras, me ha hecho comprender mucho mejor lo que piensa respecto á mí, que todo lo que yo hubiera podido suponer desde que le conocí... Tengo la seguridad de que me ama, y de que si se muestra tan contento con su cambio de posición, es tanto á causa de sus padres, pues es buen hijo, como por llegar hasta mí.

—Me hablas de Herbelin, hija mía, como si te hallases dispuesta á ser su esposa.

—Usted verá, padre mío, si puede ser un marido aceptable.

—Me coges desprevenido—dijo el director con cierto embarazo.—¿Qué quieres que te conteste?

—No, si no pido contestación; usted es, por el contrario, quien me interroga. Reflexione usted: varias veces me ha dicho que difícilmente encontraría un marido en este país, donde los hombres son muy positivistas, y van sólo tras un dote importante. Quién sabe si ahora no tiene usted al alcance de su mano lo que buscaba...

—Pero, después de todo, Herbelin es hijo de un obrero.

—Lo esencial es que sepamos lo que él va á ser. Su padre no será eterno, y si además llega á hacer una fortuna importante, nadie se preocupará en saber cómo ha venido al mundo.

—Hija mía, me confunde la firmeza de tus juicios, y veo que has aprovechado la educación que

te he dado—dijo sonriéndose el Sr. Lebarbier.— En efecto, Herbelin hará fortuna, pues cuenta con todo lo necesario para conseguirlo... Pero, vamos á ver: ¿le encuentras de tu gusto?

—No creo sea mejor ni peor que los demás hombres que hasta ahora se me han acercado, y hasta será soportable cuando vista de otro modo, y se afeite y se peine mejor que en la actualidad.. Su aspecto no es ordinario y su mirada es muy inteligente... ¿Á qué pedir más?

—Siempre había visto hasta aquí, que todas las muchachas se interesaban en saber si podían llegar á amar al hombre con quien debían unirse; así es, hija mía, que no puedo menos de sorprenderme al ver que no haces mención alguna de la cuestión de afecto, y que te fijas, exclusivamente, en lo que constituye el lado práctico del asunto.

—Pues, creo que le debiera agradar, más bien que sorprenderle esa conducta mía—dijo la joven con irónica sonrisa.—Si tuviese un buen dote, comprendo que podría mostrarme exigente... pero, no habiendo podido darme más que una excelente educación, y teniendo que esperar todo de la suerte, es preciso que fije mi elección para marido, en un hombre de porvenir. El secreto, pues, de mi política, consiste tan sólo en haber comprendido esa necesidad. ¿No lo encuentra usted bien?

—Sí; pero, repito que me sorprende. En fin, después de todo, tiempo sobrado nos queda para pensarlo.

Apenas había fijado David en su mente la decisión que ya conocemos, cuando la señorita Lebar-

bier, guiada por su finísima intuición, se había hecho cargo de ella. Así es, que se decidía la suerte del pobre joven en el momento en que su ánimo se hallaba trabajado por las más tristes de las dudas. ¡Cuántas crueles incertidumbres se hubiese evitado, si hubiera podido leer en el pensamiento de Luisa, como ésta había leído en sus ojos! Presa de la más viva inquietud, comunicó á su director las dudas que le agitaban, antes de aceptar el contrato, y como quiera que el Sr. Lebarbier fingiera no descubrir las extraordinarias razones que para ello tuviera, rogándole, al propio tiempo, que se explicase claramente, concluyó David por declararlo todo, asegurando, que si no podía abrigar esperanza alguna de ser correspondido por Luisa, prefería abandonar para siempre aquellos lugares.

Mientras Herbelin hablaba, no cesaba el director de admirar la perspicacia de su hija, al ver la rapidez con que se desarrollaban los acontecimientos por ella previstos. Trató, pues, de tranquilizar al joven ingeniero que, pálido y demudado, no bien se hizo cargo de que su jefe no se manifestaba hostil á sus proyectos amorosos, no pudo contener un grito de profunda alegría, que hubiera ciertamente conmovido el frío corazón de Luisa; pero ésta se hallaba en aquellos momentos sentada tranquilamente en el jardín, sin acordarse para nada del hombre enamorado que no vivía más que por ella y para ella. Á pesar de esto, cuando Herbelin le fué presentado por su padre con autorización de hacerla la corte, juzgó necesario recibir con tranquila amabilidad á aquel excelente muchacho.

Éste, que no era por cierto ambicioso, sentíase el más feliz y más favorecido de los hombres, cuando Luisa se dignaba mirarle con aire sonriente; el amor que sentía hacia aquella hermosa, cuanto impasible mujer, era profundo, completo, exclusivo. Jamás había amado á otra mujer, y su ternura debía comenzar y concluir en ella.

Al cabo de diecisiete años de ventura, y al dirigirse, llevado por potente locomotora á la Neuville, era mayor, si cabe, el cariño que sentía hacia Luisa, pues del fruto de aquel amor había nacido una hermosa niña: Cecilia, que era la otra mitad de su corazón.

Había cerrado los ojos, y su imaginación, mecida por el movimiento del coche en que se hallaba, entreveía á aquellos dos queridos seres, de los cuales se había separado la víspera. ¿Se acordarán de mí? ¿Qué harán en este momento? se preguntaba. Luego, creía verlas atravesar en su coche el bosque de Bolonia: su mente las seguía con avidez y admiraba á Cecilia, verdadera y seria compañera de su madre, á pesar de sus diecisiete años y de su carácter curioso y amigo de investigar el fondo de las cosas, hasta el punto de poner, en más de una ocasión, en grave aprieto á sus padres, pues no hallaban contestación satisfactoria á mano. Poseía, en una palabra, la ardiente imaginación de su padre. Admiraba después en Luisa su belleza y su elegancia, realizadas ahora por esa natural languidez que la maternidad proporciona á la mujer, y David sonreía con placer inefable ante aquella fascinadora visión, que le permitía contemplar á los

seres que más amaba sobre la tierra. Era indudable que, para aquel hombre, tan honrado como digno, no existía otra cosa sino aquellas dos criaturas, objeto de toda su ambición, de todos sus cuidados.

El prolongado silbido de la locomotora al atravesar el paso á nivel de la Neuville, arrancóle del sopor en que se hallaba sumergido; abrió los ojos y reconoció las praderas que bordan el valle del Lirón: en lontananza y tras el cortinaje de empinados álamos, cuyas hojas susurraban á impulsos de la brisa, reconoció las erguidas chimeneas de su fábrica. Púsose en pie, y cogiendo el repleto cartapacio que contenía los expedientes de la Diputación provincial, bajó del vagón, una vez que el tren hubo por completo detenido su marcha. El jefe de estación corrió presuroso hacia David, y éste, que se sentía dichoso en aquel país, al cual amaba como al suyo propio, contestó con sincera afabilidad á las preguntas que el funcionario le hiciera sobre el estado de salud de su familia. En fin, después de saludar por su nombre al modesto empleado que recogía los billetes, dirigióse hacia una victoria de elegante aspecto que ya le esperaba, y preguntó al cochero, al propio tiempo que arrojaba el cartapacio sobre los almohadones del coche:

—¿Han llegado á la fábrica cartas de París para mí?

—Una sola, que creo es de la señora.

—¡Está bien!—dijo Herbelin con acento de gozo. Y subió apresuradamente al coche, ávido ya de leer aquella carta que le traía noticias de su esposa y de su hija.

Avivó el cochero los caballos y partieron éstos al trote largo siguiendo el camino que contorna el valle del Lirón: Herbelin se encontraba en sus dominios, pues eran de su propiedad todas las tierras que se hallaban á un lado y otro del camino, cuyo trayecto hacía siempre con placer, al recordar que había discurrido por él hacía veinte años sin otro equipaje que una pobre maleta. Su actividad é inteligencia, á la vez que el profundo conocimiento que tenía en los negocios, habíale conquistado rápidamente nombre y fortuna, pues á más de su fábrica de productos químicos, dirigía también otras empresas. En aquellos momentos, llevaba por decirlo así, la batuta en todo negocio de electricidad, y se ocupaba, aunque con cierto secreto, en experimentar un procedimiento de reversibilidad de las corrientes que él mismo había inventado, lo cual debía producir una radical revolución en todos los sistemas de locomoción conocidos. Debido á eso, era por lo que no había consentido en acompañar á París á su amigo Pérignon, pues se hallaba impaciente por llegar lo antes posible á la fábrica y hacerse cargo del efecto que producirían los últimos perfeccionamientos por él inventados. No se trataba ya en aquella ocasión de un descubrimiento industrial, propio para enriquecer al que primeramente llegase á explotarlo, no; su ambición tenía más altos vuelos: al propio tiempo que por la fortuna, trabajaba también por la gloria. Sus investigaciones y descubrimientos debían revelar ante el mundo como un verdadero sabio, digno rival de Edison. ¡Cuánta dicha la suya si lograba hacer cé-

lebre el nombre que su esposa y su hija llevaban y que éstas pudieran mostrarse orgullosas de él! Ya no le cabía la menor duda respecto al éxito que aguardaba: sus últimos cálculos eran indiscutibles, y se hallaba ya próximo al anhelado fin.

Aquí llegaba en sus ambiciosas recapitulaciones, cuando el carruaje, después de atravesar la verja de la fábrica, se detuvo ante la casa del director.

Este aguardaba á su principal en el umbral de la puerta.

—¿Qué tal, ha tenido usted buen viaje?

—Excelente, mi querido Laroque—respondió Herbelin. Y en seguida, dominado por su constante idea, preguntó:

—¿Y nuestra máquina? ¿Ha hecho usted en ella las modificaciones que le había indicado?

—Sí, señor.

—Bueno, vamos á verlo.

Laroque, que era un muchacho alto, rubio y de proporciones atléticas, ayudó á bajar del coche á Herbelin, separándose después respetuosamente para dejarle franca la entrada de la casa.

—Quizás prefiera usted, Sr. Herbelin, le dijo, entrar en sus habitaciones antes que en la fábrica.

—En efecto, no me desagradará lavarme un poco la cara y las manos; hoy hace mucho calor y además estoy cubierto de polvo...

Subieron al primer piso, y una vez que hubieron llegado á las habitaciones que Herbelin ocupaba siempre que se detenía algunos días en la Neuville, aferrados uno y otro al nuevo invento que de común acuerdo experimentaban, volvió á recaer

la conversación sobre el asunto que tan apasionadamente les preocupaba.

—Así, pues, Laroque, la máquina produce los resultados ya previstos?

—No tenemos más que un quince por ciento de pérdida á causa del frote; pero creo haber hallado un medio para disminuir esa pérdida...

—¡Bravo!

Herbelin, en mangas de camisa, se paseaba de un lado á otro de la habitación en vez de entrar en su gabinete, y hacia continuas preguntas al director, entrando hasta en los más pequeños detalles respecto á la maquinaria. Su excitación, á la par que su fisonomía iluminada por la esperanza, le daban todo el aspecto de un hombre completamente dichoso.

—¿Vamos á tener el gusto esta vez de tenerle algún tiempo á nuestro lado en la Neuville?—preguntó el director. Hay muchas cosas que ver en la fábrica.

—¡Sí, ya lo sé, amigo mío; pero qué quiere usted, me lo prohíben las obligaciones de la vida de París y no soy dueño de mi persona... Entre mi esposa y mi hija, no crea usted que me queda tiempo para hacer todo cuanto quiero!

Y al decir esto, con la sonrisa en los labios, no era difícil adivinar que le era muy agradable la tiranía de la cual se quejaba.

—Y ahora que recuerdo—exclamó Laroque—sobre mi mesa de despacho hay una carta de París para usted, y que creo ha de ser de la señora Herbelin.

—¿Sí? pues bajemos y la cogeré al paso.

Llegaron á la administración, que no era ya como en tiempo del Sr. Lebarbier, una pequeña sala en la que tres escribientes desocupados mataban el ocio de mil diferentes modos. Correspondencia, contabilidad y servicios técnicos, tenían cada cual su particular oficina, en la que un personal inteligente y numeroso trabajaba durante todo el día.

En todos los engranajes de aquella máquina administrativa que Herbelin había montado de nuevo, se ponía de manifiesto el vigor y la actividad. Nadie había levantado la vista de su trabajo al pasar el principal, y si Herbelin al entrar en cada oficina no hubiera saludado en alta voz, su presencia hubiera pasado desapercibida, á lo menos en apariencia. Pero David que quería á sus empleados como ellos le querían á él, les hablaba con gusto, interesábase en sus necesidades, y sin ostentación y con discreta cordialidad, les concedía gratificaciones para que salieran del apuro en que se hallaban. Siempre recordaba los tiempos en que había sido pobre, y se con dolía de las privaciones de los demás. Nada pues, tenía de extraño que respondiesen todos á su saludo levantándose con aire de gozo de sus respectivos asientos. Veiase que todos aquellos hombres profesaban á Herbelin verdadero cariño á la par que profundo respeto.

Siempre acompañado por Laroque, pasó á la maquinaria, y una vez allí el semblante de Herbelin se iluminó de gozo. Hallábase en su elemento, y los que jamás le habían visto devorado por la

fiebre del trabajo, puede decirse que no le conocían. El jefe de máquinas, antiguo obrero que ya sudaba la gota gorda cuando David no era más que simple contraamaestre, salióle al encuentro con intención de darle la bienvenida; pero este último no le dió tiempo para ello diciéndole:

—Buenos días, Courdimanche. ¿Está en marcha el dinamo?

—Sí, señor Herbelin, aguardábamos á usted y todo está preparado.

Pero ya la vista perspicaz del amo había observado un cambio en las piezas del aparato, y David acercóse con curiosidad.

—¿Tiene usted acumuladores cargados?

—No, señor.

—¿Cómo que no?—exclamó David amostazado.

—¿Y puede saberse por qué?

El director y el jefe de máquinas se miraron sin decir una palabra, y al observar Herbelin la actitud de los empleados, exclamó:

—Vamos á ver. ¿Que es lo que sucede? ¿Qué quiere decir esa extraña actitud? ¿Ha pasado algo?

—Pues bien; sí, señor—dijo Laroque.—Ayer tarde al ensayar la batería de acumuladores, contruidos según el nuevo procedimiento de usted, y apenas habíamos comenzado el trabajo,—buen sabe Dios con cuánta prudencia,—se produjo una explosión que por poco mata á Courdimanche.

—Así, pues—preguntó con viveza Herbelin—¿el jefe de máquinas se hallaba completamente solo?

—No, señor—respondió friamente el director,—yo me hallaba con él.

—Entonces habéis corrido el mismo peligro. ¿Por qué no me lo ha dicho usted?

—Porque mi presencia era natural en aquel sitio: tenía la representación de usted y mi deber era permanecer allí.

—Está bien—dijo Herbelin tendiendo la mano al joven—es usted un hombre en toda la acepción de la palabra. Ahora, explíqueme que es lo que ha sucedido.

—Es muy sencillo. Las cajas de los acumuladores no eran bastante fuertes; además, los gases, cuya disgregación debía de operarse por medio de la corriente, para reconstituirse en seguida y restituir la energía eléctrica almacenada, se han segregado con demasiada violencia. En una palabra, que ha habido ruptura, y Courdimanche y yo hemos recibido una lluvia de metralla; gracias á que nos hallábamos al otro lado del taller, pues de haber estado próximos á la máquina, no lo contaríamos á la hora presente. Mire usted, mire usted las paredes.

Herbelin dirigió su vista hacia la pared, que en efecto se hallaba surcada por innumerables trozos de hierro. Hubiérase dicho que una formidable bomba había explotado en aquella sala. Tornóse entonces David hacia el sitio donde se hallaba el jefe de máquinas y le dijo:

—Tendrá usted una recompensa, Courdimanche, porque no en balde se pone en peligro el pellejo. Continuemos ahora el experimento.

Iba ya á inclinarse sobre los focos, cuando entró un empleado, portador de una carta que entregó

al director y que éste puso en manos de Herbelin.

—Con tanta preocupación—dijo—había usted sin duda olvidado leer esta carta.

—Pues es verdad—exclamó David,—¡y decir que tenía tanta prisa en leerla!

Separóse unos pasos, volviendo la espalda al director y al jefe de máquinas, y ya cerca de la ventana y con risueño semblante de antemano, rompió el sobre, disponiéndose á leer la carta de su esposa.

La lectura no pasó de la primera línea; una súbita palidez invadió su faz, y con brusco ademán restregóse los párpados cual si desconfiara de su propia vista; después, volviendo á fijar su mirada sobre el papel que se agitaba entre sus convulsas manos, leyó lentamente, y aterrorizado como si de repente surgiese ante sus pies insondable abismo, en el que, en menos de un segundo debiera precipitarse toda su dicha:

«Amor mio, mañana estaré sola. *Él*, sale para Beauvais y permanecerá un día en la Neuville. Aguárdame á las dos en nuestra casita. —Luisa.»

La carta quedó arrugada entre sus crispados dedos. Parecía herido por el rayo; sus ojos fijos, miraban sin distinguir los objetos; un ruido confuso y ensordecedor atormentaba sus oídos; le paralizaba el estupor y su cerebro era presa de la más completa atonía; ya no pensaba ni sabía nada, y su existencia toda parecía suspendida ante tan terrible catástrofe. Creyó que la vida se le escapaba ó que iba á perder la razón, y arrojó un grito de horror y de espanto, extendiendo las manos hacia los

dos hombres que se hallaban cerca de él, con tal expresión de agonía, que ambos se precipitaron á sostenerle. Aquel movimiento pareció devolverle alguna lucidez y les contuvo con un ademán, mirándoles fijamente, como si tratase de adivinar lo que ellos pensaban respecto á su desdicha. Leyó en su rostro la consternación, y se dijo á sí propio que aquellos hombres creían se hallaba atacado de apoplejía. En aquel instante le preguntó Laroque:

—¿Qué tiene usted, Sr. Herbelin? ¿Está usted indispuesto?

David tuvo el valor suficiente para responder:

—Hoy he pasado mucho calor. Abran ustedes un poco esa ventana; se ahoga uno aquí.

Los dos empleados se apresuraron á hacerlo así, y Herbelin arrancó el cuello de su camisa, apoyándose después contra la pared, casi desfallecido, aunque siempre en pie.

—¿Quiere usted entrar en su despacho?—preguntó Laroque.

David, ante la perspectiva de volver á pasar necesariamente ante todos sus empleados, no aceptó la proposición, limitándose á contestar:

—No; me encuentro bien aquí... Este malestar será pasajero.

Permaneció solo al lado de la ventana y á diez pasos de sus afligidos colaboradores. Dueño ya de sí mismo, pudo aplicar su pensamiento al examen del hecho monstruoso que con implacable brutalidad se le había revelado. La carta que tenía ante sus ojos, y que por mortal descuido llegaba hasta él, estaba dirigida á un amante. ¡Á un amante...! Al

pensar en tan terrible afirmación, un dolor desconocido y cruel oprimió el corazón de Herbelin; profundos suspiros subieron hasta sus labios, y desesperado y sin fuerzas para tener el orgullo de ocultar sus lágrimas, lloró dentro de aquellas cuatro paredes ahumadas y oscuras y ante aquellos dos hombres que le miraban espantados. Ni siquiera se preguntaba quién pudiera ser el miserable que le robaba su dicha. ¿Para qué saberlo? Era un amante, y eso decía y resumía todo. No podían tocarse más de cerca los límites de lo horrible, y que fuera éste ó el de más allá, ¿qué podía importarle? El hecho era cierto, y le anonadaba. Su mujer, aquella criatura á la que él colocaba por encima de la humanidad entera, que resumía ante sus ojos todas las perfecciones, y hacia la cual había sentido verdadera idolatría, habíase convertido en un segundo en divinidad caída del alto cielo, revolcándose ahora en negro fango.

Una vez más volvió David á posar su mirada en la carta, cual si aguardase á leer en ella otra cosa de lo que había leído; pero siempre tropezaba su vista con aquella primera y horrible frase: «Amor mio» ¡Amor mio! Jamás su Luisa le había llamado así; jamás tan dulce, poética y voluptuosa palabra había llegado á sus oídos, dándose por contento con oírse llamar lisa y llanamente: «Amigo mio...» Ante este recuerdo, apretó los puños y arrojó tal rugido de cólera, que Courdimanche y Laroque se acercaron á él. Miróles con aire amenazador, cual si se hallase ante gente enemiga, y con sorda voz y brusco ademán les dijo:

—Qué hacéis aquí, marchaos.

Y aquellos dos hombres, tristes y aterrados, obedecieron el mandato, después de inclinarse con respeto. Ya solo, cruzó Herbelin en todos sentidos la sala de maquinaria, perdida la razón, cargada y llena de obscuridad la cabeza y atarazado el cerebro con esta única idea: ¡Te ha engañado! ¡Tiene un amante!... Y repitió en alta voz y con desvariado acento estas palabras, que al llegar á sus oídos, despertó en el fondo de su anquilado ser cierta especie de instintivos y brutales celos, que á su vez le sugirieron esta pregunta: ¿Y ahora qué vas á hacer?... Inmediatamente sintió en su mente la concepción del crimen: una nube de sangre pasó ante su vista, inyectó sus ojos, levantó en su corazón una súbita tempestad de rabia, y respondió con absoluta fuerza de voluntad y de conciencia reconquistadas: ¡La mataré!

De tal suerte dió rienda suelta á esta decisión, que lanzándose fuera de la sala del piso bajo, se encontró en el patio, y dirigiéndose á uno de los mozos que allí había, le dijo:

—Que enganchen el carruaje. Salgo para París.

Volvió á entrar en el cuerpo de edificio destinado á la dirección, subió á sus habitaciones, y al contemplar en un espejo su descompuesto semblante, comprendió la necesidad que tenía de hacer cambiar de rumbo las sospechas, adoptando determinada actitud y dando así como una especie de explicación á los que se hallaban en torno suyo. Sumergió la cara en agua fría, refrescó sus manos calenturientas, y físicamente repuesto y fortaleci-

do moralmente, hizo llamar á su director. Sin aguardar á éste, bajó al patio, donde Laroque vino á su encuentro; éste le examinó con inquieta mirada y aguardó respetuosamente á que su principal le dirigiese la palabra.

—Acabo de recibir una noticia que me ha trastornado, Laroque—dijo David con temblorosa voz,—y que me obliga á abandonar la Neuville ahora mismo...

—Por supuesto, ¿no es nada que concierna á la familia?—preguntó el joven.

—No, á Dios gracias. Trátase de un amigo muy querido, cuya muerte me anuncian... Un antiguo amigo, Laroque, y he de confesar que esa noticia me ha causado profundísima impresión. Pero, en fin, ya me siento mejor... Ahora es preciso que vuelva á mi casa, con objeto de ponerme á la disposición de los seres que mi buen amigo deja sobre la tierra... Vaya, no tenemos más remedio que retrasar nuestros experimentos, pero, ya, ya los llevaremos á cabo... Con que, hasta bien pronto... No haga usted nuevos ensayos sin mí... Es muy peligroso... ¿Estamos?

—Está muy bien; viva usted sin cuidado, que yo le obedeceré, Sr. Herbelin.

Tomó David asiento en el coche y partió, después de arrojar una mirada sobre aquella fábrica, en la que tanto había trabajado y tan dichoso había sido.

II

Cuando Cendrin y Pérignon, nombrados ambos testigos para la boda de Herbelin, vieron aparecer á Luisa en el salón de su padre, tradújose su admiración de distinto modo. El elegante Pérignon respiró con fuerza, hircúiose en forma de dar mayores proporciones á su ya elevada estatura, y lanzó á su amigo una mirada de aprobación. El sabio Cendrin, se recogió, por decirlo así, dentro de sí mismo y mostró un semblante triste y preocupado. David dió las más expresivas gracias al oficial por el entusiasmo que éste había manifestado, y casi se amostazó con el sabio á causa de su frialdad, diciéndole aquella misma noche al salir, después de terminada la comida:

—Has adoptado esta noche una actitud un tanto rara. No creo la adoptases peor si desaprobaras la elección de esposa que he hecho. ¿Hallas en la señorita Lebarbier algo que sea digno de crítica?

—Es arrebatadora—profirió Pérignon con voz tonante.—No hagas caso de ese sabi-hondo. ¿Qué sabe ni qué conoce él más allá de sus retortas y de

do moralmente, hizo llamar á su director. Sin aguardar á éste, bajó al patio, donde Laroque vino á su encuentro; éste le examinó con inquieta mirada y aguardó respetuosamente á que su principal le dirigiese la palabra.

—Acabo de recibir una noticia que me ha trastornado, Laroque—dijo David con temblorosa voz,—y que me obliga á abandonar la Neuville ahora mismo...

—Por supuesto, ¿no es nada que concierna á la familia?—preguntó el joven.

—No, á Dios gracias. Trátase de un amigo muy querido, cuya muerte me anuncian... Un antiguo amigo, Laroque, y he de confesar que esa noticia me ha causado profundísima impresión. Pero, en fin, ya me siento mejor... Ahora es preciso que vuelva á mi casa, con objeto de ponerme á la disposición de los seres que mi buen amigo deja sobre la tierra... Vaya, no tenemos más remedio que retrasar nuestros experimentos, pero, ya, ya los llevaremos á cabo... Con que, hasta bien pronto... No haga usted nuevos ensayos sin mí... Es muy peligroso... ¿Estamos?

—Está muy bien; viva usted sin cuidado, que yo le obedeceré, Sr. Herbelin.

Tomó David asiento en el coche y partió, después de arrojar una mirada sobre aquella fábrica, en la que tanto había trabajado y tan dichoso había sido.

II

Cuando Cendrin y Pérignon, nombrados ambos testigos para la boda de Herbelin, vieron aparecer á Luisa en el salón de su padre, tradújose su admiración de distinto modo. El elegante Pérignon respiró con fuerza, hircúiose en forma de dar mayores proporciones á su ya elevada estatura, y lanzó á su amigo una mirada de aprobación. El sabio Cendrin, se recogió, por decirlo así, dentro de sí mismo y mostró un semblante triste y preocupado. David dió las más expresivas gracias al oficial por el entusiasmo que éste había manifestado, y casi se amostazó con el sabio á causa de su frialdad, diciéndole aquella misma noche al salir, después de terminada la comida:

—Has adoptado esta noche una actitud un tanto rara. No creo la adoptases peor si desaprobaras la elección de esposa que he hecho. ¿Hallas en la señorita Lebarbier algo que sea digno de crítica?

—Es arrebatadora—profirió Pérignon con voz tonante.—No hagas caso de ese sabi-hondo. ¿Qué sabe ni qué conoce él más allá de sus retortas y de

sus alambiqués, ni qué idea quieres que tenga de las mujeres?

Cendrin movió melancólicamente la cabeza y permaneció mudo.

—Me exasperas con tu consternado silencio— exclamó Herbelin.—¿Qué pretendes con semejante tristeza? No se trata de un entierro, ¿lo sabes? se trata de una boda.

—¡Qué diablo! ya lo sé—concluyó por decir Cendrin,—y ambas cosas se asemejan no pocas veces.

—¡Vaya!—replicó David—basta de reticencias y explícate.

—Pues bien, sí; la señorita Lebarbier es arrebatadora, como lo pregona á voz en cuello por todas partes Pérignon; pero según mi gusto, hallo que es demasiado arrebatadora, y no lo suficientemente sencilla, también según mi opinión.

—Según tú, debiera consagrar mi amor á un serpiente?

—No por cierto; pero hubiera preferido para tí una mujer de agradable presencia, antes que esa admirable criatura que ha de atraer las miradas de todos cuantos pasen por su lado... y eso es precisamente lo que me preocupa. Dicho esto, sería injusto si fuese de los que creen que la hermosura excluye forzosamente la virtud. Existen verdaderos monstruos de fealdad cuya conducta es horripilante, y en cambio existen también acabados tipos de belleza que son modelo de la más acabada castidad. Sin embargo, aquel que posee un tesoro, tiene más probabilidades de ser robado que el in-

feliz que con nada cuenta para llamar la atención de los aficionados á lo ajeno. Me obligas á darte explicaciones que ciertamente no serán de tu agrado, pero yo soy incapaz de ocultarte mi pensamiento.

—Y no te guardo rencor por ello, mi buen Cendrin—dijo sonriendo David.—Todo cuanto acabas de decirme es en extremo justo y se presta á reflexión; pero, qué quieres, abrigo gran confianza, y ese es el punto capital. Adoro á la señorita Lebarbier á causa de su hermosura: ha sido además educada modestamente por su honrado padre, y va, en fin, á habitar en la Neuville; esto es, en medio del campo, lejos de las tentaciones y de la elegancia, y me atrevo á esperar que la estima que llegaré á inspirarla, en primer término, y más tarde el afecto que sentirá hacia mi, la pondrán en guardia contra todo género de tentaciones. Verá cómo trabajo para asegurar su bienestar, presenciará cómo asiento la primera base de nuestra fortuna, pues como todo debe ser común entre ella y yo, quiero y debo llegar á hacer esa fortuna. Tendrá bastante corazón y bastante inteligencia para agradecerme los esfuerzos que por ella haga, y si tengo la dicha de tener hijos, la ternura maternal acabará por hacer más completa mi seguridad. Ahí tienes, amigo mío, los razonamientos que me he hecho y los cálculos de probabilidad que me he fijado. ¡Crítiqueme, pues, quien quiera: amo, tengo confianza y soy dichoso!

—¡Cuán bueno eres!—exclamó Cendrin en tono placentero;—es muy posible que te salgas con la tuya, y comienzo á creerlo porque has llegado á

enternecerme, maldita testa dura, con tu calurosa sinceridad...

...¡Nada, que eres capaz de conquistar á tu mujer como has conquistado la fábrica... y vamos á verte rico, célebre y dichoso!

—No pido tanto: ser dichoso es todo cuanto ambiciono.

—Por el pronto—exclamó Pérignon con voz de mando:—«¡Desenvainen y á la carga!» Tú no eres hombre que puede limitarse de ese modo. Cuando hayas conquistado la mujer, desearás tener lo que falte, y lo tendrás, ¡ya lo creo que lo tendrás! ¡Apostaría desde luego mi carrera, y bien sabe Dios que abrigo la esperanza de cubrir mi cabeza con el anhelado tricornio, adornado con blanca pluma y sus tres correspondientes estrellas.

—Sí, sí, todo lo obtendremos.

Sus manos se extendieron obedeciendo á espontáneo impulso y se estrecharon cordialmente. Los tres amigos miraban en aquellos momentos hacia el porvenir con aire risueño.

Todo sucedió tal y como Herbelin lo había predicho. Instalóse con su esposa en la Neuville y allí vivió algunos años en medio de una paz tan laboriosa como productiva. El nacimiento de su pequeña Cecilia hizo aún más fuertes los lazos que le unían á Luisa, y su ternura hacia ella se ennobleció y purificó, pues si antes admiraba en ella los encantos de su talento y de su belleza, sedújole más tarde el juvenil á la vez que maternal aspecto de su compañera de existencia. Era de ver el buen David en muda contemplación ante el grupo se-

ductor formado por aquellos dos seres que representaban para él todo cuanto la vida pudiera ofrecerle de goces y delicias. Él, que jamás se había mostrado orgulloso por ninguno de sus descubrimientos, lo estaba de su hija hasta el punto de creer que no había en el mundo otra que pudiera igualarla. A buen seguro, que si cualquiera le hubiese preguntado cual era la maravilla del siglo, se habría apresurado á contestar: «Mi Cecilia.»

A pesar de todo esto, y en medio de aquella explosión de apasionados sentimientos, conservaba Luisa la misma inalterable sangre fría de que había dado muestras una vez llegada á la edad de la razón: ni el matrimonio ni la maternidad realizaron en ella cambio alguno. Soportaba á Herbelin, porque había comprendido claramente que al unirse á él aseguraba su porvenir, y quién sabe si no la reservaba también triunfantes empresas. Sin haber cesado un solo momento en serle indiferente, era demasiado perspicaz é inteligente para desconocer el valor intelectual de su marido; pero era tal la diferencia que existía entre aquellos dos caracteres, que se hubiera dicho pertenecían á distinta raza.

Las mujeres criollas, sienten hacia los mestizos tan extraordinario y excesivo desdén que llegan á no considerarlos como á hombres.

Esto no quiere decir que Luisa no guardase á David todo género de miramientos: mostrábase siempre correcta, producto de la educación que había recibido; pero su esposo hubiera deseado que todas aquellas deferencias encerrasen menos

cortesía y si más cariño. Era, en una palabra, una mujer llena de cualidades, pero de la cual no se podía obtener la menor expansión.

Desde el momento en que fué madre, comprendió David que aquella rigida frialdad no se había hecho tan solo para él, pues vió que tampoco la pequeña Cecilia producía en su madre esos apasionados entusiasmos que siente siempre la mujer ante la cuna de su primer hijo: mostróse atenta, cuidadosa y solícita; eso sí, pero sin perder un instante su fría gravedad.

No se hallaba David muy seguro de que Luisa amase á su hija más que lo que comunmente aman las madres á sus hijos; pero consolábase pensando en que, como era poco comunicativa, no manifestaba sus afectos ni sentimientos, guardándolos para sí. Eso no obsta para que fuese de un temperamento enérgico, capaz de adoptar las más firmes resoluciones.

Acababa Cecilia de cumplir tres años, y una noche despertóse Herbelin presa del mayor sobresalto: había oído ruido en la habitación de Luisa, y levantándose del lecho en medio de la mayor inquietud, corrió á abrir la puerta, encontrándose frente á frente de su esposa, que salía de la alcoba de la niña. Quiso hablar, pero ella le contuvo con un gesto, y le explicó en voz baja lo que sucedía. La niña habíase visto acometida de súbitas convulsiones y su madre se hallaba cuidándola hacia dos horas.

—¿Por qué no me has llamado?—murmuró asustado Herbelin.

—¿Para qué incomodarte? Tu socorro habría sido inútil.

—Por lo menos, me hubiera hallado presente y no hubieras soportado sola la agonía de ver sufrir á la niña.

Luisa miró sorprendida á David, como si no comprendiese el sentimiento que le guiaba al hablar como lo hacía.

—Me hubieras estorbado mucho; los hombres son siempre torpes en estos casos, y prefería estar sola. Afortunadamente ya no hay nada que temer, pues la niña está más sosegada. Puedes acostarte de nuevo y no fatigarte inútilmente.

David pretendió ver á la niña, pero Luisa se lo impidió diciendo:

—Está durmiendo y la vas á despertar. Sé razonable; te aseguro que el acceso ha pasado.

Herbelin obedeció; pero á la mañana siguiente se presentó una nueva crisis, y el médico, al cual se llamó, pareció alarmarse no poco, temiendo una meningitis. Agraváronse los síntomas hacia la tarde y la implacable enfermedad se caracterizó por completo.

Durante una semana entera, Luisa, dotada de una fuerza de resistencia sin igual, permaneció día y noche á la cabecera de su hija. Toleraba que David permaneciese en la habitación, pero sin moverse, y allí, el pobre padre, con las manos calenturientas por la fiebre y la frente bañada en copioso sudor, oía delirar y lanzar quejidos á la pobre niña. En cambio, Luisa, siempre impasible, lleno de lucidez el espíritu y dominando por completo

sus nervios, pasaba silenciosa como una sombra, respondiendo brevemente á las preguntas de su marido, y le miraba sollozar con una especie de desdeñosa piedad. Herbelin, aniquilado por la inquietud y el dolor, admiraba aquella fortaleza de alma, y envidiaba aquella sangre fría que nada ni nadie hacían turbar, hallándose siempre á la altura de las más difíciles circunstancias.

La niña curó por fin, y David pensó que el honor de aquella cura debía serle á la madre; su amor hacia ésta aumentó, si cabe, y así se lo manifestó, pero ella acogió sus demostraciones con sonriente extrañeza, como si le pareciese natural todo cuanto había hecho, sin que le hubiese costado el menor esfuerzo, y no mereciese, en fin, admiración alguna. Así es que, fué tal el ascendiente que llegó á tomar sobre David, que éste quedó por completo á merced de su esposa, la que, tratada como una reina, no usó de su soberanía sino en beneficio de los intereses de la casa. Lo refinado de sus gustos contrastaba con la sencillez de Herbelin, el cual no sentía la necesidad del lujo; pero, á pesar de esto, viendo que Luisa prefería siempre todo cuanto era elegante y rebuscado, dejola en completa libertad de obrar como quisiera, aprovechándose ella para realizar cambios del gusto más perfecto en la casa de la Neuville.

También encontró medio, sin imponer por eso á David derroches de elegancia, ajenos por completo á su carácter y á su situación, de que modificase su guardarropa de modo que fuese presentable. Sus levitas tenían ya el aspecto de estar hechas á

la medida; sus corbatas no se enroscaban como antes en torno de su cuello, á manera de cuerda, usó guantes, y en fin, la seda de su sombrero no presentaba el aspecto de un erizo, como en épocas anteriores. Luisa, después de haber montado su casa bajo buen pie, y de hacer adoptar á los criados la forma de servicio que ella deseaba, abrió las puertas de aquella morada á los amigos de su padre. Éste, que en los primeros tiempos del matrimonio de su hija se había mostrado un tanto frío y receloso, acabó no tan sólo por reconocer la supremacía de su yerno, si que también por tratar de imponérsela á los demás, no costándole ningún trabajo el obtenerlo. Todos aquellos que trataban á Herbelin reconocían en él, á primera vista, uno de esos hombres superiores, cuyas ideas adquieren al verterlas una fuerza y una variedad imponderables.

En un corto periodo de tiempo adquirió David en la comarca tal popularidad, que el prefecto llegó á preocuparse seriamente, hasta el punto de creer necesario el trabar amistad con el ingeniero de la Neuville. Una visita de inspección le condujo hasta la fábrica, y sin ningún preparativo penetró en el despacho de Herbelin, bajo pretexto de informarse de las necesidades de los obreros, así como de su higiene física y moral. Se encontró con un hombre de aspecto tranquilo, cuyo acento impresionaba desde luego, muy modesto y exento de toda ambición, aparte, por supuesto, de la de hallar magníficos descubrimientos; vió también en él, un hombre que amaba al personal de su fábrica

con el afecto digno del hijo de un obrero, y decidido á todo, con objeto de proporcionar á su gente el mayor bienestar posible. Iba ya á retirarse el prefecto, un tanto inquieto por lo que acababa de ver, y preguntándose si David era en efecto sincero ó representaba un fingido papel, cuando Luisa, á cuya noticia habia llegado la visita del prefecto, intervino ofreciendo y haciendo después los honores del *lunch* con su altiva y encantadora gracia.

En el transcurso de media hora, informó la mujer al prefecto de lo que el marido no hubiera sabido informarle en dos años. El funcionario público abandonó la Neuville en la seguridad de que Herbelin no profesaba idea política alguna de carácter subversivo; que era hombre cuya influencia era preciso atraerse, y que ningún otro candidato para las elecciones de diputados provinciales podría ser más del agrado del Gobierno. Al siguiente año, Herbelin, impelido diestramente por Luisa, presentóse, en efecto, como candidato á la Diputación provincial, pero rehusó enérgicamente el hacerlo en las elecciones para diputados á Cortes. Esta decisión causó á Luisa no poca contrariedad, que supo soportar, por otra parte, con aquella serenidad de espíritu, base del soberano influjo que sobre sí propia ejercía.

—En la Diputación provincial—decía Herbelin— perderé mucho tiempo, pero podré en cambio hacer algún buen servicio; estaré además en compañía de Pérignon, que es amigo de la infancia, en tanto que en la Cámara, ¿qué es lo que sería de mí, ahogado en medio de aquel océano de turbu-

lentas incapacidades? ¿Me comprenderían dado caso que llegase á discutir, y aun comprendiéndome, abundarian por eso en mi opinión? No quiero oír hablar de todas esas asambleas, cuyas decisiones no tienen más norte ni otro guía que el exclusivismo, en el cual se encierra toda pasión política. Si un individuo cualquiera de la minoría presentase en el palacio de la representación nacional un proyecto, capaz de resolver sin el menor sacudimiento la cuestión social, estoy seguro de que sería objeto de burla y de chacota por parte de la mayoría, siempre temerosa de que se trate de perjudicar los intereses del Gobierno. En fin, que yo soy hombre de negocios y no un hombre político: dejadme, pues, entregado á mis negocios.

Rechazar un mandato electoral es cosa que no se ve ciertamente todos los días; así es, que considerando segura la elección de David, la popularidad de éste aumentó con el desinterés que manifestó al no aceptar la candidatura que se le ofrecía. Es cosa sabida que en este mundo, siempre se ofrece con calor aquello que sabemos no se ha de admitir; así es, que Herbelin tuvo que soportar afectuosos reproches de todos los electores influyentes; pero como era un hecho incontestable que jamás volvería sobre su decisión, se contentaron con decir á cada paso que si Herbelin quisiera, no habria otro dueño de la provincia más que él. Sin embargo, todos esos ditirambos parecíanle platónicos á Luisa, cuyo objetivo, al tratar de la elección de su marido para diputado á Cortes, no era otro que el de instalarse en Paris, objetivo que

veía caer por tierra ante la obstinación de David. Esto no obstante, no dió á conocer su enojo; era demasiado avisada para demostrar una decepción que hubiera podido dar alguna luz á Herbelin sobre los proyectos que ella había formado. Ocultó, pues, su descontento y preparóse á obtener, mediante otra combinación, lo que en vano había pedido á la política.

No había por eso dejado de cultivar sus relaciones; los dueños de algunas propiedades vecinas se habían adelantado á sus deseos, y Herbelin, tanto por la originalidad de su aspecto como por el prestigio de su talento, llamaba la atención de la gente ociosa; además, la amistad de Pérignon le había colocado en la categoría de aquellos á quienes se debe visitar.

Desgraciadamente, él persistía en no dejarse ver, y resistiase á todas cuantas tentativas se hacían por atraerse á aquel hombre, cuyo aspecto de ogro excitaba poderosamente la atención de todo el mundo, pues si bien es verdad que recibía numerosas visitas en la Neuville, jamás se molestaba en devolverlas. En la alternativa, pues, de abandonar sus relaciones ó de aceptarlas tal cual era, optaron por esto último.

Las personas ilustradas sufrieron el ascendiente que sobre ellos ejercía el espontáneo genio de David, y las gentes sencillas le adoraban por la simple cordialidad con que les acogía. La beldad y el trato encantador de Luisa habían hecho el resto, viéndose favorecida su mesa con invitados que habitaban á cuatro leguas á la redonda, dando también

alguno que otro baile, y consiguiendo, en fin, llegar á ser considerada como la más perfecta señora de su casa. Hiciéronla, aunque en balde, la corte, pues no tenía ni el menor asomo de coquetería, y aquellos mismos muchachos del departamento del Oise, que la desdénaron cuando era pobre, nada pudieron obtener de ella una vez casada, al abrirles las puertas de su agradable mansión. Aun el mismo Pérignon, que aventuró determinadas galanterías (lo que nada tiene de extraño dado que era el íntimo amigo del marido), no fué mejor tratado que los demás, viéndose obligado á no volverse á salir de los límites de una buena amistad.

Al cabo de algún tiempo, la fuerza de los acontecimientos ofreció á Luisa el placer de abandonar el fresco valle, la ruidosa fábrica, la hermosa casa y el alegre jardín de la Neuville.

David, en tanto que su esposa recibía á los invitados, se manifestaba, brillaba ante los ojos de propios y extraños y trabajaba con método y perseverancia, dándose el caso, y no sin fundado motivo, de llegar á las reuniones que se daban en su casa, en desordenado traje, con poca sorpresa de sus invitados. Puede decirse que no abandonaba su laboratorio: había hallado un regulador para las corrientes eléctricas de una sencillez tan ingeniosa, que las interrupciones é intermitencias del alumbrado, así como la incandescencia de los hilos, causa de algunos incendios, quedaban para siempre suprimidos. Acababa de tomar patentes para el mundo entero, y dichoso por completo con un tan práctico descubrimiento, dirigióse sin vacilar, si-

guiendo en esto el consejo de su amigo Cendrin, á la Academia de Ciencias con objeto de presentarla su invento. La memoria del invento de Herbelin presentada por el sabio Bartherot, produjo inmensa sensación entre todos aquellos que se ocupaban de electricidad. La supresión de todo peligro de incendio, hacia partidarios del nuevo alumbrado á los vacilantes y á los timoratos, y el gas podía considerarse desde entonces fuera de combate, no obstante los nuevos mecheros con los cuales se había llegado á obtener una luz semi-eléctrica.

Las principales compañías de alumbrado hicieron todo género de ofrecimientos á Herbelin, pero éste, que no amaba el dinero, aceptó lo que se le proponía sin meterse á buscar la quinta esencia del negocio. Así y todo, los contratos llevados á cabo, rindieron tantos beneficios al cabo de un año, que sus funciones como ingeniero-consultor de la fábrica de la Neuville llegaron á no encajar con la situación que ocupaba de administrador de las principales sociedades de electricidad.

Como es lógico, pasaba una buena parte de su tiempo viajando entre Paris y Beauvais, y Luisa, que comprendió en seguida todo el partido que podía sacar de aquellos incómodos y repetidos viajes, quejóse de permanecer sola con demasiada frecuencia. Fué, pues, preciso tener una explicación con el consejo administrativo de la Neuville, que por otra parte, se hallaba de antemano dispuesto á llegar á un arreglo, con tal que Herbelin no abandonase los intereses de la explotación, para lo cual, su nombre seguiría figurando á la cabeza de la em-

presa y le supliría en sus funciones un director por él designado: tendría asimismo el derecho, sobre todos los demás socios, de adquirir al precio de cotización del día las acciones que pudieran quedar disponibles, con lo cual ofrecíasele el medio de llegar á ser en parte poseedor de la fábrica en un tiempo más ó menos limitado. Admitió Herbelin dichas proposiciones y después de dar posesión al nuevo director trasladóse á Paris con su mujer y su hija.

Una vez llegado á la gran ciudad, se instaló en una cómoda y bonita habitación del boulevard Haussmann, pues no obstante lo mucho que ganaba, su natural sencillez le contenía todavía al borde del ostentoso lujo hacia el cual Luisa le arrastraba; tan solo al cabo de tres años decidióse á comprar un hotel en la calle de Lisboa, por el cual pagó seiscientos mil francos.

Durante todo aquel tiempo vió desaparecer del mundo de los vivos á sus padres, rodeados del más completo bienestar, y casó á su hermana,—á la que dotó con largueza,—con un fabricante de sedas de Lyon. Su hermano cultivaba una productiva hacienda en Argelia y le enviaba todos los años lo mejor de su cosecha de vino, que Luisa hacía concienzudamente beber á los criados con gran sentimiento de éstos.

Todo pues había salido á gusto de aquel admirable trabajador, veíase á los cuarenta y dos años esposo feliz, padre adorado y poseedor por fin de una fortuna, que iba cada día en aumento, y mucho más superior á lo que sus gustos exigían.

Respecto á actividad se mostraba tan apasiona-

do por el trabajo como cuando veinte años antes se había propuesto llegar á ser algo ó perecer en la demanda.

Su hija, que tenía ya catorce años, era una rubia encantadora de carácter decidor, pero llena de franqueza y rectitud. Para David no existía sobre la tierra criatura alguna que pudiera rivalizar con Cecilia, y cuando la veía bailar en las reuniones de confianza que Luisa daba todos los inviernos para que las muchachas se divirtieran, experimentaba el más delicioso de los goces. No por eso dejaba de fijar sus ojos en Luisa, y si él mismo hubiese tenido que decidir cuál era la más encantadora de entrambas, hubiera concluido por incluirlas en la misma admiración para que en nada excediera la que por una ú otra sentía.

A decir verdad, Luisa se había conservado de tan maravilloso modo, que á los treinta y cuatro años, parecía no tener más que veinticinco. En sus negros cabellos no se divisaba el menor hilo de plata, su altanero rostro había adquirido la plenitud aterciopelada del maduro fruto, y conservaba siempre la natural esbeltez de su talle. Jamás había estado tan hermosa y uníase á esta hermosura la elegancia y exquisito gusto de sus trajes, pues figuraba entre las diez ó doce mujeres que mejor vestían en París, y cuando ocupaba su palco en la Ópera, producía siempre una viva sensación entre los espectadores de las butacas. Hacia y gastaba cuanto quería y sus cuentas se pagaban en la caja de Herbelin sin mandato anticipado de éste, quien por otra parte jamás se permitía hacer la menor

observación á su esposa, no ocurriéndosele nunca el criticar ninguno de sus actos, ni aun observar las locuras que hacía comprando encajes, alhajas y costosas pieles. Ocurriasele, eso sí, elogiar tal ó cual collar de perlas, al cual, según él pensaba, daba realce el blanquísimo y escultural cuello de Luisa.

Tan sólo se diferenciaba el afecto que David sentía hacia Luisa y Cecilia, en que hacia á ésta frecuentes regalos y jamás á aquélla. Y se comprende. Dejaba á Luisa en completa libertad de comprar todo aquello que le viniera en mientes, mientras él aguzaba el entendimiento, en medio de las muchas preocupaciones que sus negocios le proporcionaban, para buscar y adquirir aquello que fuese más del agrado de Cecilia. Y entonces, cuando llegaba á su casa, guardando cuidadosamente en su bolsillo el estuche que encerraba la preciada joya, bien fuese con motivo del cumpleaños ó de otra fiesta cualquiera, eran de ver los transportes de gozo, las emociones, y sobre todo los besos, que él hubiera pagado á buen seguro á cualquier precio. Aquel hombre lleno de ocupaciones y del cual algunos consejos de administración reclamaban en vano su presencia, pasaba tardes enteras recorriendo almacenes y tiendas con Cecilia, una vez terminados sus asuntos, contento y satisfecho de poder satisfacer el menor de sus caprichos.

Por más que Luisa fuese muy dada á las reuniones y al trato social, jamás se le ocurrió á David privarla de aquel placer: tal confianza tenía en su

virtud y de tal modo hallábase libre su pensamiento de abrigar la menor sospecha, que algunas veces solicitaba su permiso para ir á terminar un trabajo urgente y la dejaba sola en su palco de la Ópera, confiándola con absoluta seguridad la guarda de sí misma, no obstante su belleza y á pesar también de lo solicitada que se veía por muchos adoradores. No se equivocó Herbelin durante mucho tiempo. Luisa se había contentado con brillar pasando tranquila y fría por entre aquellas adoraciones, lo cual no tenía gran mérito, si se tiene en cuenta que su orgullo, al propio tiempo que su frío temperamento, la ponían al abrigo de toda seducción. No podía aceptar la idea de una caída moral, y ninguno de los que á ella se habían dirigido le habían hecho concebir ni menos soportar la idea de entregarse á ellos. Contaba ya treinta y cuatro años y Cecilia catorce, cuando se la presentó el hombre que debía vencer por fin todas aquellas resistencias.

Se vieron por vez primera en la inauguración de un camino de hierro de interés local en el departamento del Oise. David y Luisa habían ido á pasar el mes de julio en la Neuville, y nuestro diputado provincial hubo de abandonar su laboratorio para asistir á la apertura de la línea, que él mismo había obtenido en beneficio de sus electores. Hallábanse en la empavesada estación, el prefecto, uno de los administradores del ferrocarril del Norte, diez ó doce señoritos de los pueblos comarcanos, los bomberos y, por fin, un centenar de campesinos. Luisa, para quien aquella reunión re-

sultaba poco agradable, al dejar vagar sus miradas y escuchar con aire distraído el discurso del prefecto, que ensalzaba todas las riquezas que debía reportar á los moradores de aquel valle el ferrocarril económico que en aquellos momentos se inauguraba, fijó de repente su atención en una fisonomía, cuyo aspecto, nada banal, le hacía sobresalir del resto de la concurrencia.

De pie y recostado en uno de los palos en cuyo extremo flotaban al viento varias banderolas, un joven la miraba con no disfrazada admiración. Sentado á su lado hallábase un anciano de blancos cabellos, que con aire cejijunto y altanero, parecía comentar irónicamente el discurso del prefecto. El joven movía la cabeza con forzada sonrisa, pero se advertía bien á las claras que no prestaba gran atención á lo que su venerable compañero le decía; hallábase tan por completo entregado á su contemplación, que aunque el prefecto hubiese prometido una fortuna á la provincia, que el delegado de la compañía del Norte ofreciese transportar gratis todas las mercancías, que los bomberos hubiesen jurado y perjurado que ya no habría incendios, y que por fin, los cien campesinos, que sudaban la gota gorda bajo los ardientes rayos del sol, hubiesen declarado solemnemente que no entendían una sola palabra de todo cuanto oían, no hubiese perdido un solo instante de vista á la hechicera mujer que ante él se hallaba.

Sin embargo, y muy á pesar suyo, vióse en la necesidad de mirarla con cierta reserva; ella acababa de hacerse cargo de aquella persistente mi-

rada y le examinaba á su vez con extrañeza. El joven observó que Luisa, inclinándose hacia su marido, le hacia una pregunta que le concernia sin duda, pues Herbelin, dirigiendo la vista hacia el sitio donde se hallaba, contestó algunas palabras que hicieron asomar una sonrisa desdeñosa á los labios de Luisa; ésta cesó de mirar por completo de aquel lado como si aquel hombre no existiese para ella en el mundo. Un tanto despechado, afectó asimismo el joven no volver á ocuparse de Luisa para nada.

He aquí el diálogo entablado momentos antes por los dos esposos:

—¿Quién es el joven rubio que se halla de pie al lado de aquel anciano?—preguntó Luisa.

—Es el hijo del marqués de Condottier; su padre, que es aquel anciano, habita el castillo de Montivilliers. Ha sido mi contrincante vencido hace diez años en las elecciones provinciales, y desde entonces viene siempre sucediendo lo mismo en cada elección.

—Sin duda es por eso por lo que su hijo nos mira tan fijamente.

—No; quizás por curiosidad. Se halla muy ocupado ese chico con sus placeres y no le queda tiempo para pensar en ambiciones políticas... En cuanto al padre, no ha aceptado su derrota con resignación... Es un ferviente legitimista y se consideraba inamovible... Para mí, le creo lleno de rencor...

—Que se quede con él y que le aproveche.

Dió fin la ceremonia y ambos esposos, después de cambiar algunos saludos con los personajes ofi-

ciales y de dirigir algunas frases de cortesía á los electores influyentes, regresaron á la Neuville, y los Sres. de Condottier al castillo de Montivilliers. Más de un año había transcurrido desde el primer encuentro de Luisa con su admirador, al cual había ya dado por completo al olvido, cuando la casualidad hizo que se hallasen una vez más frente á frente.

Verificóse el susodicho encuentro en Deauville, en casa de la baronesa de Prefond, cuya posesión estaba contigua á la que habitaba Luisa. Mediaron, desde luego entre ambas, relaciones de la mejor vecindad, impulsadas por el particular afecto que David profesaba al gran industrial Derblay, pariente de los Prefond; más tarde aquellas relaciones tomaron un carácter más íntimo, gracias también á las interminables horas de ocio de la vida balnearia. La vispera de las carreras estaba Luisa invitada á comer en casa de la baronesa, en compañía de algunos parisienses que habían ido á pasar la semana. David regresó á Paris á causa de sus negocios, dejando á su mujer sola con Cecilia, y confiando ésta á los cuidados de la institutriz, aceptó Luisa la invitación de su nueva amiga. Llegó temprano y hallábase tomando el fresco en la terraza, en tanto que en el salón departían los hombres sobre sport y las señoras hablaban de lazos y trajes, cuando hizo volver sus miradas un ruido de pasos que hollaban la menuda arena del jardín. Vió entonces á la baronesa de Prefond y á su lado un joven cuya fisonomía no le era desconocida. Hablaban con cierta familiaridad y la baronesa reía en

alta voz al escuchar lo que el recién venido la decía. Iba el joven vestido de rigurosa etiqueta y los últimos rayos del sol poniente doraban en la descubierta cabeza sus largos y rubios cabellos, separados en el izquierdo lado por finísima y blanca raya. Al ver á Luisa dirigióse hacia ella la baronesa, y presentando á su acompañante la dijo:

—El señor marqués de Condottier, mi amigo de la infancia, que ha venido para tomar parte activa mañana en las carreras, y probablemente también para romperse algún hueso...

—¡Mil gracias por el pronóstico!—dijo riendo el joven;—pero en fin, no llega usted á matarme y le agradezco la bondad...

La baronesa le interrumpió y dijo designando á Luisa:

—Pero ahora que recuerdo, habitan ustedes el mismo país; Montivilliers no está lejos de la Neuville...

Al oír estas palabras los labios del marqués se contraieron y una marcada expresión de desdén se pintó en su semblante. Inclínose ligeramente y sin siquiera mirar á Luisa dijo:

—La Neuville... ¡Ahl sí, ya recuerdo, los productos químicos.

Luisa se sonrojó; sus ojos despidieron chispas, y en el mismo tono que el marqués, contestó:

—¡Montivilliers!... En efecto, sí; la Diputación provincial.

Ante tan insolente respuesta, el joven levantó los ojos y una sonrisa de aprobación se dibujó en sus labios. Fijóse detenidamente en Luisa para

mejor definirla, y moviendo la cabeza lanzó una mirada á la baronesa como haciéndola comprender que su amiga era tan hermosa como inteligente. Se inclinó saludando con respeto esta segunda vez; pero fué en vano, porque Luisa le había vuelto la espalda dirigiéndose al salón. Al alejarse oyó que decía la baronesa:

—Vamos á ver Daniel, ¿qué quiere decir todo eso?

Y que el marqués respondía:

—Pues nada, que he cometido una torpeza; pero ya ha visto usted que me la han hecho pagar cara.

Durante la comida, Condottier, que se hallaba lejos de Luisa, no pudo cambiar con ella una sola palabra; llegada la noche trató de aproximarse á ella, pero Luisa supo con hábil estrategia mantenerle á respetable distancia, observando al propio tiempo con secreta alegría que era la constante preocupación del bello Daniel.

Luisa, que no había tenido hasta entonces intención de ir á las carreras, aceptó al día siguiente un sitio en el carruaje de la baronesa. Allí tuvo ocasión de ver á Daniel vestido con una blusa negra, rayada de blanco, pasar ligero como el aire montando un precioso alazán que llegó el tercero á la meta. Merced á aquella exhibición pudo Luisa recoger algunos curiosos y contradictorios informes concernientes al joven marqués. La señora de Bregy refería que después de haberse arruinado en el juego, había causado la muerte de su anciano padre, víctima de tantos disgustos: el tal marquesito vivía de expedientes, y el más honrado

de ellos era la venta de caballos en extremo caros á los extranjeros y á las mujeres alegres de alto coturno en cuya sociedad se había lanzado. En una palabra, un aventurero de bella presencia y gran nombre, que no temía á una estocada ni á los hazes del juego.

En cambio, otra de las versiones le mostraba cariñoso y solícito hacia su padre, y prefiriendo arruinarse antes que alterar ni disminuir el boato, al cual se hallaba acostumbrado el viejo aristócrata. La opinión de la baronesa de Prefond fluctuaba entre las dos antedichas versiones: tenía á Daniel por un ser algo raro y amante del peligro, aunque dotado de gran corazón, á pesar de su aparente ligereza. Añadía después la baronesa con tono de afectada indiferencia que lo que menos bueno había que referir sobre él era lo decididamente malo y peligroso que resultaba para con las mujeres.

Dicha última frase, que no hacía ciertamente el elogio del compañero de infancia de la baronesa, fué de todas cuantas Luisa había oído respecto al marqués, la que más presión ejerció en su ánimo. Creía ofensivo para ella que su amiga pretendiera ni aun en conjetura ponerla en guardia contra las pretendidas seducciones del joven, y experimentó un tan singular descontento, que prometió había de costarle caro al Sr. de Condottier; y por lo mismo que le anunciaban que era un hombre temible, ocupóse de Daniel con más preferencia y mayor tenacidad que si la hubiesen rogado mostrase algún interés hacia él. Durante la semana que permaneció en Deauville, no volvió á casa de

su amiga con objeto de no encontrarse una vez más con el marqués.

Eso no obstante, le veía con frecuencia, y las miradas que la dirigía eran tan expresivas, que no daba lugar á duda de cuál fuese su significación. Reíase Luisa de ellas, pero no con completa libertad de espíritu, pues sentía dentro de sí misma una cierta extraña turbación, de la cual se daba exacta cuenta. Llamaba en su ayuda á la razón para tratar de investigar el estado, tan nuevo para ella, en que su alma se hallaba. Después de todo, se decía á sí propia, ¿qué podría importarle aquel hombre? No era ni mejor ni peor que tantos otros que á diario encontraba en los salones; su situación social era discutible, pues aunque de familia noble, era notorio que no poseía fortuna, y respecto á su talento, que tanto alababan las gentes, había dado de él una prueba tan triste como vulgar, la tarde en que por vez primera se hablaron. No debía además entrar en el estrecho círculo de sus relaciones íntimas, pues David le conocía de vista tan sólo.

Todo el mérito que podía reconocérsele, consistía en el arte de devorar tres mil metros sobre un caballo á todo galope sin que jamás alcanzase el premio, lo cual resultaba algo ridículo y en todo caso poco digno de llamar la atención, á no ser entre la clase de gente un tanto heterogénea objeto preferente de su trato.

A pesar de todo esto, no se le ocultaba á Luisa que había algo que la obligaba a pensar en él. ¿Qué especie pues de sortilegio la hacía obrar de aquel modo? Indudablemente ninguno: era de ella mis-

ma de quien partían todas aquellas ideas, todos aquellos sentimientos, y convenciéndose fácilmente de ello desde el instante mismo en que el joven marqués abandonó á Deauville para trasladarse á Dieppe, donde debía lucir nuevamente su blusa blanca y negra.

Después que Daniel se hubo ausentado, continuó Luisa pensando en él del mismo modo que antes, y á pesar de no sentir arrepentimiento alguno por la severidad que había demostrado, experimentaba, sin embargo, cierto enojo al pensar que ya no podía verle. Hizo serios esfuerzos para sustraerse á aquella obsesión, que juzgaba humillante para ella; se ocupó de su hija de un modo más activo que antes, no abandonándola más que breves instantes y hasta interesándose en sus juegos: llamó á David con gran insistencia á su lado y acudió en fin, á todos cuantos medios halló á mano. Todo fué por desgracia inútil, y su entonces agitado espíritu no volvió á recobrar su pasada tranquilidad.

Había llegado sin saber lo que era amor, á la solemne hora en que el temperamento de las mujeres se exaspera, impulsando á unas á esa actividad corporal que les hace ir, venir, viajar, cazar y trabajar con pasión y suscitando en otras una fiebre de imaginación, que se traduce en intimidades literarias ó musicales, en largas y continuadas lecturas ó en interminables sesiones al piano. Se apodera de algunas de ellas mortal languidez, que las clava, por decirlo así, durante largas horas en un sillón, y allí permanecen abatidas y casi moribundas. En otras, por el contrario, sus sentidos, hasta

entonces entregados al más profundo sueño, despiértanse con violencia, y hacen que se lance al vicio aquella misma que ha sido modelo de virtud en el transecurso de muchos años. Y esa crisis, se manifiesta siempre en el primer período de la madurez, en el que la vida ha dado ya todos sus frutos, en el que no hay que dar, en fin, más que un sólo paso para entrar en la senectud con dulce y tranquila calma.

La mujer de espíritu débil ó neurótica, sucumbe fatalmente bajo el peso de esas tentaciones, pero sabe vencerlas desde luego aquella que teniendo tan sano el cuerpo como el alma y ayudada por la virtud ó por la idea de Dios, salva con facilidad ese último tortuoso camino de la vida, en el que tantas rebeldes permanecen para siempre extraviadas.

Luisa era más reflexiva que razonable, y demasiado orgullosa además para penetrar en los límites de la resignación. Educada por un padre escéptico, desconocía todo principio religioso, así es, que en la lucha que comenzaba para ella, tan sólo su orgullo podía ofrecerle eficaz socorro, si sabía usarlo á punto y en provecho de su virtud.

Hasta el mes de Noviembre no volvió á oír hablar del marqués, que según las apariencias parecía haberse olvidado de ella. Alguna vez que otra solía ver su nombre en los periódicos, bien fuese con motivo de alguna fiesta, de alguna solemnidad en los círculos, ó de alguna arriesgada partida de polo, y no podía por menos de sonreír amargamente pensando en la futilidad de las ocupaciones de aquel hombre, al cual comparaba con David, siem-

pre en busca de un invento cualquiera ó sobre la pista de un perfeccionamiento tan útil, como inútiles eran las ocupaciones del marqués. Y sin embargo, y á pesar de todo, la silueta de Herbelin, mal peinado, con los vestidos en desorden y las manos negras cuando acababa de hacer algún experimento, tenía algo de grotesca para ella, en tanto que su imaginación le representaba á Daniel, del todo correcto, aun cabalgando á la carrera, bello, elegante, y lo que es más, altanero y desdenoso. Aquel desdén y aquella altanería exasperaban á Luisa haciéndola arrugar su lindo entrecejo, y por hacerlo cambiar en humildad y en respeto no se sabe lo que hubiera sacrificado. Ese era precisamente el peligro, el escollo al que la conducía un orgullo, que bien entendido la hubiera hecho invencible.

En tanto que Luisa se torturaba la imaginación para alejar de ella el recuerdo del marqués, éste seguía lo más agradablemente posible el curso de su existencia. Intimo amigo del barón de Rheinsfeld, propietario de una de las más importantes cuadras francesas, obtenía de aquella amistad útiles informes sobre los caballos de carrera.

De este modo ganaba algún dinero y el juego completaba el resto. No se prestaba su carácter á inquietudes de ningún género, y era la mejor de sus cualidades un constante buen humor que le hacía tomar la vida tal cual era, sin protestas ni acrimonias de ninguna especie. Los días en que experimentaba alguna pérdida al juego, que eran muy frecuentes, no se hallaba ni más nervioso ni más

triste que en los que obtenía beneficios; unos y otros se compensaban y cual hábil acróbata, el marqués se sostenía en la cuerda tirante, sin ni siquiera pasárselo por las mientes que el día menos pensado podía romperse la cabeza.

También es no menos cierto que se mostraba poco escrupuloso sobre la procedencia del dinero que gastaba, y en lo que á este particular concierne, tenía bien merecido todo lo malo que de él se decía, por más que nadie se atreviera á hacerlo cara á cara. Todo el mundo sabía cuán poco sufrido era en materia de dignidad y amor propio y lo muy certero y hábil de su mano en el manejo de las armas. Guardábase el recuerdo de un duelo en el que resultó sin vida el capitán Heresford, de los guardias escoceses, porque dicho noble inglés permitióse decir que su prima lady O'Donnor sabía á ciencia cierta lo costoso que era el bello marqués de Condottier. Heresford, que era uno de los más afamados tiradores de pistola de Londres, cayó en tierra, no bien los padrinos hubieron dado la voz de mando.

Después de aquel lance, Daniel decía siempre en tono de broma que hasta entonces, jamás había tenido tantos amigos; siendo en efecto un hecho indudable que nadie juzgó oportuno captarse la enemistad de tan temible enemigo. Enseguida que el marqués penetraba, sea en el lugar destinado á pesar los caballos en el campo de carreras, bien en un salón ó en cualquiera otra parte, todo el mundo le tendía la mano. ¿Quiere esto decir que fuese universalmente estimado? Necesariamente no,

pues si así fuese, no habría sociedad posible. Por lo demás, y excepción hecha de Heresford, ya difunto, nadie había podido proferir contra Daniel una acusación precisa, pues aunque se murmuraba en voz baja, no podían traducirse esas murmuraciones más que como hablillas y cuentos sin importancia. Después de todo, no existe ningún hombre de los que brillan en París que no se hallen expuestos á ser el constante objeto de todos esos chismes, creados y difundidos las mas de las veces por la majadería y por la envidia. Pero de todas suertes, lo que era notorio é indiscutible es que cara á cara no se le prodigaban á Daniel sino cumplimientos, sonrisas y amistosos saludos.

El marqués se contentaba con eso. Era un hombre frío, metódico y sagaz, que juzgando la época en que vivía, pensaba que para no representar el papel de engañado en este mundo miserable, se hacía necesario recibir mucho y dar lo menos posible; así es, que todo gasto mediante el cual no pudiera obtener un probable resultado, lo consideraba completamente inútil. Si se hubiere visto atacado por diez hombres durante el día, hubiera sido capaz de defenderse hasta la muerte, pero si en la obscuridad de la noche se viese acometido por dos vulgares ladrones, volvería sin vacilar la espalda ó les entregaría el bolsillo para salir del paso. Cuando jugaba al *baccará*, comía poco, hablaba menos y trataba de equilibrar sus nervios todo lo posible con objeto de dominar la partida. Había tomado asimismo como regla de conducta el no arriesgar cantidad alguna á la Bolsa, fundándose en que allí

no tenía la seguridad de ser el más fuerte. Aparte de todo eso, era buen camarada y tenía clarísimo talento, pero tan caústico á veces, que dejaba las huellas de amorado cardenal sobre la piel de todos aquellos á quienes hacia blanco de sus sarcasmos.

Habiase creado asimismo relaciones en la prensa, y se le citaba en ella como el más acabado modelo de elegancia y de buen gusto. Duc, el ya viejo y conocido parisién, que había ocupado el mismo sitio años atrás, se moría de envidia cada vez que leía uno de aquellos elogios, pues el joven marqués, con sus cabellos rubios y su bella apostura, parecía, si se le comparaba con Duc, un torpedero del último modelo al lado de una corbeta de vela del tiempo de Luis Felipe. En todos los *Eclos* de la prensa, citábasele á Daniel como el organizador privilegiado de *garden-party*, conductor sin rival de cotillón, y figurin destinado á decretar de la noche á la mañana si los chalecos debían de ser de seda satinada, si las orquidéas en el ojal de la levita representaban el gran tono, si el *smoking* quedaria reservado en adelante para el exclusivo uso de los comerciantes de loza, y si por fin los aficionados á la bicicleta, llegarían á figurar en las últimas capas sociales. Nada tiene de extraño por lo tanto, que el viejo Duc se arrancase los pocos cabellos que le quedaban al presenciar los triunfos de su rival.

Respecto á relaciones amorosas, siempre habían sido serias cuantas se le habían conocido á Daniel. Este sabía perfectamente dónde colocaba su amor,

dirigiéndose las más de las veces á mujeres bonitas, no muy jóvenes, y de buena posición. Antes de ser el íntimo amigo de Rheinsfeld, había sido el brazo derecho de Merlerot, hijo de un industrial archi-millonario, gran propietario de caballos de carrera, poseedor de un yacht y amante dadivoso de la bella Andrea de Taillebourg. Merlerot no podía pasarse sin Daniel, ni éste sin el primero, hasta que un día, sin saber cómo ni por qué, supose que tan estrecha amistad se había roto, marchando Merlerot hacia el Cabo Norte á bordo de su yacht y dejando plantados á la querida y al amigo.

También estuvo á punto Daniel de contraer matrimonio con la marquesa de la Tour, una vez terminado el proceso en demanda de divorcio que contra su marido había hecho esta última incoar; pero no obstante todas las favorables conjeturas que de antemano se habían forjado, los jueces sentenciaron la caducidad de los bienes dotales de la marquesa, que eran inmensos, y entonces haciéndose cargo Condottier de que sus principios religiosos no le permitían contraer un matrimonio exclusivamente civil, rompió sus relaciones con la marquesa. A consecuencia de todo esto, tuvo también otro duelo con el hermano de la ya ex-marquesa, al que propinó Daniel una soberbia estocada.

Nada, pues, tenía de extraño que la señora de Prefond hubiese dicho en presencia de Luisa, que si bien es verdad era Condottier un hombre amable y de agradable trato, era asimismo en extremo peligroso para las mujeres, y es también no menos cierto, que si la referida señora hubiese tenido in-

tención de dar un buen consejo á Luisa, jamás hubiera podido darle otro más conveniente y más útil. Pero, es cosa sabida que un consejo no adquiere valor sino en aquellos que lo aceptan, y no en los labios de los que lo dan, y de que es además preciso hallarse dotado de una inteligencia extraordinaria para acojerlo y seguirlo á punto.

Durante el invierno y en distintas ocasiones, volviéronse á encontrar Luisa y Condottier, y en los comienzos no parecía que aquellas escaramuzas pudiesen ofrecer peligro. David nada sospechó, y tan solo Pérignon, que no tenía gran cosa que hacer, excepción hecha del servicio, observó que el flamante Daniel se aproximaba demasiado á Luisa. Interesóle aquel escarceo, tanto por lo nuevo, como por ver si llegaría á modificar la opinión que se había formado sobre la virtud de aquélla; pues según él, una mujer que había sabido resistirle, debía de ser invulnerable. Así, pues, las tentativas del marqués por una parte, y por otra la emoción que advertía en la esposa de su amigo, parecieronle tan curiosas, que dedicó á su examen todos cuantos momentos tenía libres, que no eran pocos. Observó desde luego que Daniel hacía proposiciones á Luisa, que ésta rechazaba, es cierto, pero también sin aquella necesaria firmeza de carácter, merced á la cual no se deja entreveer la más ligera esperanza. Era aquello, en una palabra, una especie de insociables coloquios á los que las duras palabras y las acerbas contestaciones, proporcionaban ante la vista de los indiferentes todo el aspecto de la más completa antipatía.

Llegó por fin el día en que aquellas hostilidades cesaron, y Luisa y Daniel parecieron no ocuparse ya uno de otro, lo cual inquietó no poco á Pérignon, que no tenía nada de tonto, y vió en aquella nueva actitud la prueba palpable de un cambio completo en la respectiva situación de los beligerantes. Supuso que ambos se habían puesto de acuerdo con objeto de no llamar la atención de las gentes, y dicho acuerdo significaba para él los preliminares de una táctica común, á cuyo final se hallaba fatalmente el precipicio en el que Luisa iba á arrojarse.

Al hacer todos estos razonamientos, que le parecieron irrefutables, sintió Pérignon que su alma se llenaba de justa cólera hacia Luisa y Daniel, á la vez que de profunda compasión hacia David. Su primera idea fué la de provocar en duelo al marqués, pues no era el coronel hombre que temiese un lance, pero después de maduro examen, convención de que su intervención podía más bien comprometer el asunto, sin contar además, con que no tenía la menor prueba que le justificase sus sospechas. Resolvió por lo tanto vigilar y tener paciencia. Nada averiguó sin embargo durante el invierno que pudiera darle una idea exacta y decisiva, pero al llegar la primavera, adquirió, debido á la casualidad, la más completa certeza.

Llegaba un día á París, procedente de Beauvais á donde había ido á arreglar cuentas con sus colonos, cuando al salir de la estación del Norte hacia las seis de la tarde y ya casi entre dos luces, vió saltar, más pronto que bajar de un coche de circu-

lo que se había detenido en el ángulo que forma la calle de Dunkerque y el boulevard Denain, una mujer cuya cara ocultaba espeso velo y que iba envuelta en ancho y largo abrigo. Pérignon reconoció instintivamente á Luisa en aquella mujer y para mejor asegurarse, lanzóse sin tardar hacia el carruaje, que ya se ponía en marcha, teniendo el tiempo suficiente para apercibir dentro de él al marqués de Condottier, al cual hizo una seña con la mano, que lo mismo podía tomarse como saludo que como amenaza. Siguió después á todo escape tras las huellas de la mujer en cuestión y penetró en la gran galería de viajeros. Sabiendo como sabía que David se hallaba en la Neuville era indudable que su esposa iba á reunirse con él. Dirigióse siempre á buen paso hacia la sala de espera, pues si en efecto y como él suponía, aquella mujer era Luisa, debía encontrarla en dicho sitio.

La sala de espera se hallaba casi vacía, y ya sin velo, con el amplio abrigo doblado sobre el brazo, hallábase la hermosa Luisa sentada y hojeando tranquilamente un libro. Nadie hubiera dicho que era la misma mujer que minutos antes bajaba tan misteriosa como precipitadamente del coche. Al ver entrar á Pérignon hizo un gesto de extrañeza y sonrió con amabilidad. No se creía ciertamente que el coronel hubiese sorprendido su secreto, pues con la celeridad con que bajó del coche ni siquiera advirtió su presencia; estaba, pues, tranquila y se creía completamente segura. En cuanto á Pérignon, cambió en un instante de modo de pensar, y si momentos antes se había puesto impetuosamen-

te en seguimiento de Luisa, ahora que la había hallado permanecía ante ella temeroso y confuso. Dábase cuenta de lo raro de su situación y no sabía cómo salir del paso, hasta que impulsado por la cólera que le hacía experimentar la certidumbre de lo que había presenciado, decidió no retroceder ni un solo paso. Luisa le sacó del apuro diciéndole:

—¿Va usted á Beauvais, coronel?

—No señora, hace un momento que llego de allí.

—Entonces ha olvidado usted alguna cosa en el vagón?

—No he olvidado nada, señora.

—¡Ah! vamos, ¿habrá usted sabido que estaba aquí y me quiere dar un encargo para David?

—Tampoco es eso.

Luisa tuvo un movimiento de impaciencia, arrugó el entrecejo, y vagamente inquieta dijo con voz un tanto apagada:

—Decididamente, lo más corto sería que me dijese usted qué es lo que le trae por aquí.

Pérignon tomó bravamente el partido de atacar de frente al enemigo como en una carga de caballería y dijo mirando fijamente á Luisa:

—La he seguido á usted, señora, desde el instante mismo en que tan encubierta ha bajado de un carruaje, y tengo gran curiosidad por conocer la explicación que ha de darme, respecto á la presencia del señor Condottier tan cerca de la de usted...

La fisonomía de Luisa tornóse fría y altanera y dijo con una tranquilidad que aterró á Pérignon:

—No sé de qué quiere usted hablarme. Hace

más de un cuarto de hora que me hallo sentada en este mismo sitio, á causa de haberme adelantado á la hora de salida del tren. He venido á pie y no oculto el rostro con velo alguno, y no comprendo por qué ni á qué título mezcla usted aquí el nombre del señor de Condottier. En suma, que encuentro todo cuanto usted ha dicho, falto por completo de sentido, y lo que es más, de una impertinencia superlativa.

Pérignon balbuceó todo descompuesto:

—Advertiré á usted señora, que no estoy loco ni ciego... Yo nada invento; he visto... La fisonomía de Luisa se iluminó con una sonrisa y dijo:

—Señor Pérignon, el papel que está usted desempeñando no es muy bonito que digamos, y me extraña que lo represente un hombre como usted. Además, me parece que está usted falto de memoria; harto sabe usted que soy una mujer honrada... ¡Ni cómo admitir además, que yo concediese á otro aquello mismo que le he negado á usted! ¡Qué ausencia de buen gusto mostraría yo si eso fuese cierto. ¡Vamos, confiese usted que no ha pensado seriamente en ello!

—Me parece, señora, que se está usted mofando de mí, exclamó Pérignon picado en lo más vivo.

Luisa recobró de nuevo su aire altanero, diciendo:

—¿Prefiere usted echar una mancha sobre mi honra? Veo que se ha lanzado usted en una desdichada aventura, pues si lo que usted supone es cierto, nadie con menos derecho puede dirigirme el menor reproche, sin dar á creer, que obra usted

así impulsado por un despecho que le hace aparecer ridículo á mis ojos... Si se ha equivocado, como yo lo aseguro y confírmome, ¿juzga usted que es más bonito el papel que representa? Me ha hecho usted una injuria gratuita, y lo menos que puede acontecerle es que me queje á mi marido dándole cuenta de sus infructuosas tentativas.

—¡Ah! señora mía, galanterías bien inocentes por cierto.

—Sí, porque no me he prestado á más, de otra suerte...

—Suplico á usted crea, que si me hallo aquí en este momento es tan solo por su interés.

—Mil gracias... pero no deseo que se moleste tanto por mí.

—¡Después de todo, señora, yo no veo visiones! El marqués de Condottier estaba con usted en aquel carruaje...

—¿Otra vez, coronel? veo que usted abusa...

—¿No quiere usted confesarme la verdad? Bien sabe usted que no he de hacerla traición y que puedo aconsejarla bien...

—¿Una lección de moral?... ¡Vaya! eso es demasiado, dijo Luisa riéndose en sus barbas; después, al ver que él se erguía herido en su amor propio continuó:

—Elegan viajeros y estamos llamando la atención de la vendedora de periódicos... Por lo tanto, tenga usted la amabilidad de saludarme y de retirarse después.

—¿Es decir que no puedo hacer nada para probar á usted la rectitud de mis intenciones?

Luisa reflexionó un momento, diciendo enseguida con tono burlón:

—Sí, por cierto. Cómprame usted un periódico de la tarde. Pérignon giró sobre sus talones con desesperado ademán y alejóse no sin inclinarse antes y sin pronunciar una sola palabra.

Hacia aquel día una semana que Luisa, después de una lucha tanto más desesperada cuanto más falta de convicción, cedió por fin á los ruegos de Daniel acudiendo á casa de éste. Una extraña exaltación, mezcla de delirio sensual y de aberración cerebral, se había manifestado en aquella mujer antes tan fría y razonadora y presa ahora de la fulminante revelación del placer desconocido, enloquecida además por la superior depravación del hombre al cual se entregaba, había adquirido la súbita convicción de que hasta entonces no había vivido, pues antes había ignorado por completo lo que era la dicha. A tal punto había llegado su estado de demencia, que en un instante, parecióle que nada en este mundo valía lo que las sensaciones que acababa de experimentar.

Todo la sorprendió en Daniel: la exquisita elegancia de su persona, la delicada cortesía y los miramientos de todo género hacia ella, el extraordinario desprecio que tenía del mundo, lo cual hacia resaltar más y más el culto que le profesaba, el lujo de su morada, en nada parecido á lo que ella hasta entonces había visto, y por fin la delicadeza y el arte que empleaba para crear la más completa soledad en aquella casa, mudo testigo de sus amores, lo cual la proporcionaba la ilusión de la más per-

fecta seguridad. Vivió, pues, dentro de una atmósfera de adorables ensueños y creyendo á veces en una especie de transposición de todo su sér. Todo lo que no fuese su amor, perdió para ella interés, é hizo toda clase de esfuerzos por abstraerse dentro de su habitual existencia, para no vivir sino con el recuerdo de aquellas deliciosas horas que constituían su solo deseo.

Su marido, como asimismo su hija, no tuvieron ya más que un puesto secundario en su pensamiento, y de tal suerte se hallaba dominada por la pasión, que no tenía fuerza ni voluntad para reflexionar. Cuando volvía á su casa después de una de aquellas citas en la de Daniel, su tristeza y su fastidio llegaban á tal punto, que hasta le parecía fácil y hacedero el abandonar su casa, su hija y su marido, para huir con el hombre á quien amaba. El hogar, la familia, nada significaban ya para ella; todo, todo se hallaba dispuesta á sacrificarlo con tal de ver satisfecho su amor.

David, que no observaba gran cosa, alarmóse no obstante al advertir el cambio así físico como moral que se había operado en Luisa. Veíala extendida días enteros sobre un canapé con los ojos fijos en el techo y como hipnotizada, ó bien salir á compras, presa de febril actividad, para volver luego rendida por el cansancio, después de haber recorrido varios almacenes y lleno el coche de cajas y paquetes. Una cierta palidez inundaba su bello semblante, comunicando á su mirada una expresión más viva y más ardiente, sus labios se contraían y adelgazaba en fin de un modo visible.

Preguntábala el pobre Herbelin si se sentía mal y si deseaba cambiar de aires trasladándose al Mediodía, y á todas aquellas preguntas contestaba Luisa con irritable descuido, que se sentía bien de salud y que no quería salir de París. David no volvió á insistir, pues aceptaba aquella autocracia como indiscutible ley, mas no por eso dejó de permanecer intranquilo. No dudaba de Luisa: antes sería capaz de dudar de la misma virtud; pero achacaba el estado de su esposa á una pasajera alteración nerviosa. Sin embargo, un día que regresaba á su casa más pronto que de costumbre, halló á su hija sola y llorando en su habitación: la tomó en sus brazos, y después de enjugar sus ojos, la hizo sentar á su lado prodigándole palabras de ternura y de cariño. Interrogóla sobre el motivo de aquellas lágrimas y de aquella pena, rogándole le dijese la verdad, pues él, como padre cariñoso, hallaría medio de consolarla.

Pero ante aquellas expansiones, que hicieron brillar en el rostro de la niña fugitivo rayo de alegría, y que acogía de ordinario con anhelo, contestó Cecilia con más amargos sollozos. Entonces, David, verdaderamente alarmado, acentuó sus palabras con cierto tono de autoridad y no sin gran trabajo obtuvo las confidencias de su hija, después de amenazarla con pedir cuenta á su madre de las causas que motivaban aquella desesperación.

Cecilia se calmó un tanto y dijo, suspirando con esfuerzo:

—No, no digas nada de todo esto á mamá.

—¿Puede saberse por qué?

—Pues, porque...

—Por qué, no es una razón. ¿Crees acaso que tu madre no puede poner remedio á todas esas cosas?... Además, no debe de ignorar lo que te pasa.

—No; te repito que es preciso no decir nada á mamá—replicó Cecilia de nuevo, de un modo más contenido, con todas las apariencias del que experimenta profunda pena, y estrechando entre sus brazos con extraordinaria fuerza el cuello de su padre, como si pretendiera adherirse para siempre á él.

Sintióse David profundamente conmovido, y convencido cada vez más de que era necesario hacer hablar á su hija, la asió por la cintura sentándola sobre sus rodillas, y con segura voz y con acento más lleno de autoridad que nunca, la dijo:

—Vamos á ver, Cecilia; es necesario que me digas, por qué no quieres que hable de tus pesares á tu madre. ¿Lo oyes? Lo quiero.

La niña bajó la cabeza y dijo temblando, después de un momento, como luchando con sí misma:

—Es porque mamá ya no me quiere.

—¿Qué dices? ¿Que tu madre no te quiere? ¡Vamos, estás loca! La habrás contrariado en algo, y por castigarte te ha dicho que ya no te quiere...

—No, no la he contrariado en nada. Hace cuatro días que no entra en mi cuarto. Ya no me habla, ya no me quiere.

Y de sus ojos brotaron lágrimas más ardientes, más precipitadas y más amargas, que rodaron sobre sus pálidas mejillas.

David trató de consolarla, besando repetidas veces su rostro infantil y colmándola de caricias. Después la hizo los siguientes razonamientos:

—Tu madre, hija mia, hace algún tiempo que no se encuentra bien; así pues, en vez de enfadarte con ella, debes, por el contrario, mostrarte satisfecha y no fatigarla en balde. La prueba de que te quiere tanto como yo, es que te prepara una agradable sorpresa dentrole pocos días. Por lo tanto, todo cuanto te imaginas es pura ilusión.

Al decir esto, mentía el bueno de David; pero aquella mentira, sugerida por el cariño, produjo un saludable efecto en Cecilia, prometiendo ésta á su padre que sería más razonable en lo sucesivo.

Herbelin permaneció pensativo, sin embargo, y esperó el regreso de Luisa para hablar con ella en sus habitaciones. Nunca, ni por motivo alguno, había habido la menor explicación entre ellos, pues era cosa averiguada que desde hacía dieciséis años la una mandaba y el otro aprobaba sin reserva aquellos mandatos. Jamás se le había pasado por la idea á Luisa que su marido pudiera discutir ninguno de sus actos; así es que cuando, haciendo completa traición á la costumbre, le vió entrar en su cuarto, experimentó profunda impresión al observar, sobre todo, su semblante demudado y sombrío. No era mujer, á pesar de esto, de sobrecogerse, ni de perder la cabeza y, adelantándose á los deseos de su marido, tomó la iniciativa diciendo:

—¿Qué quiere decir esto? ¡A estas horas en mi cuarto! ¿Qué pasa?

—No pasa nada—respondió David.—La casuali-

dad me ha traído aquí antes de la hora de la comida, y aprovecho esa casualidad para hablar libremente contigo unos momentos.

—Y ¿de qué se trata?

—Se trata de Cecilia.

—¡Jesús, Dios mío, y con qué aire tan solemne lo dices! ¿Te han pedido su mano por ventura? Si así fuese, creo que á los quince años es demasiado pronto para que tome estado...

—Siempre será demasiado pronto—replicó melancólicamente David.—Pero vamos á ver: ¿No te ha sorprendido el cambio de carácter, ó mejor dicho, de humor, que se ha verificado en ella?

—No por cierto. ¿Qué cambio es ese?

—Siempre está triste y apenas habla con nadie; sin ir más lejos, hoy mismo la he sorprendido llorando en su habitación.

Luisa se estremeció al oír estas palabras; pensó por un momento en si su hija habría llegado á presumir algo de lo que acontecía, y á la idea de que su rostro podría teñirse del rubor de la vergüenza ante ella, sintió sobrecogerse todo su sér. Permaneció silenciosa y en actitud reflexiva sin fijarse para nada en David, que no cesaba de observarla.

—¿En qué piensas?—la preguntó.

Luisa hizo un movimiento como si la sorprendiese oír hablar cerca de ella; pero se repuso bien pronto y contestó:

—Buscaba en mi imaginación si en estos últimos tiempos, podía haber habido alguna causa que justificase ese cambio de que me hablas, y que yo no había observado, y... nada, no encuentro nada.

Pero en fin, yo hablaré, yo interrogaré á Cecilia...

—De ningún modo—replicó con viveza David, deseoso de evitar una explicación que pudiera ocasionar á Luisa un disgusto.—Es inútil, y debes de darte por satisfecha con los informes que acabo de comunicarte, sin necesidad de agitar en demasía el estado de espíritu de la pobre niña, que recobrará, á buen seguro, la descuidada tranquilidad, propia de sus pocos años... Pero créeme, Luisa, dedícala más tiempo, y ya verás cómo habrá de servirme de agradable compañera. Tú—y cuidado, que esto no envuelve la menor crítica hacia tí—sales con frecuencia de casa; pues bien, llévala contigo, en vez de confiarla, sobre todo á su edad, á los cuidados de una institutriz, cuyas indudables buenas cualidades no pueden rivalizar con las tuyas... Yo quisiera, yo desearía que llegases á infundir en Cecilia la madurez de tu juicio, al propio tiempo que lo elevado y fino de tus gustos... De ese modo, después de parecerse á tí en lo bella, adquirirá asimismo todas las hermosas cualidades morales que te adornan y harás de nuestra hija el más acabado modelo de perfección.

—Me adulas demasiado—dijo Luisa sonriendo á duras penas.

—Demasiado sabes que no es así; y por lo mismo que no conozco mujer alguna que te iguale, es por lo que quisiera que nuestra hija se te pareciera en todo. Ya ves que lo que te pido es sumamente fácil.

—No tanto como tú crees; pero en fin, no im-

porta; desde el momento en que no es cosa fácil, el mérito será mucho mayor.

—¡Cuánto te lo agradezco!—replicó con efusión David.—Me proporcionas un verdadero placer, y ya verás cómo tú misma te alegras en el alma de haber tomado tal resolución. Mira, mañana compraré un brazalete y se lo das á Cecilia diciendo que eres tú quien se lo regala... Eso acabará por tranquilizarla del todo.

Y frotándose las manos con satisfacción, abandonó la estancia de su esposa el bueno de David, dirigiéndose á su despacho para terminar la correspondencia.

Aprovechóse Luisa de las indicaciones que su marido le había hecho, y aunque no desprovista de cierta afectación, como acontece siempre en todas aquellas manifestaciones que no son del todo sinceras, se mostró tierna y afectuosa para con su hija. Herbelin estaba contentísimo por los resultados debidos á su intervención, por más que no se hallase del todo satisfecho al advertir que la actitud de Cecilia no se había modificado en las proporciones que él deseaba. Siempre podía observarse cierta frialdad y cierta persistente tirantez entre la madre y la hija; tratábanse sí, con manifiesto cariño; pero sin ese abandono natural en todos aquellos afectos á los que siempre acompaña la sinceridad. Existía entre ambas algo así como una sombra, que les hacía permanecer en guardia, y que no obstante los esfuerzos que Luisa hizo por disipar, no pudo llegar á conseguir. Mostrábase Cecilia atenta, afectuosa, aunque con cierto tinte

de reserva, y diríase que después de haber reflexionado sobre su situación, se había trazado un plan de conducta. Sin embargo, no era así; conducíase instintivamente en toda ocasión, pues en aquel tan sencillo como recto criterio, eran involuntarias todas cuantas restricciones pudieran hacerse, y del mismo modo que, sin saber por qué, pero con la certidumbre de la realidad, había asegurado un día en medio de un sollozo partido del alma, que su madre no la quería como antes, así sentía después que era necesario conformarse con lo que aquella la daba, no exigiendo más por temor á una decepción. Todo esto la hacía sufrir, como es consiguiente, manifestándose al propio tiempo en aquel joven ser, una gravedad en extremo precoz.

Desquitábase en cambio con su padre, hacia el que, si posible era, había aumentado su afecto. Cuando se hallaba ante él, abandonaba la niña su aspecto triste y reservado y recobraba su sonriente á la par que cándida fisonomía. Gozaba David con delicia al advertir aquel aumento de ternura sin preguntarse ni saber siquiera á qué atribuirlo. Tanto y tan profundamente adoraba á su hija, sentíase capaz por ella de llevar á cabo tantos sacrificios, que no se extrañaba que volviese los ojos hacia él, llenos de confianza, ni se daba tampoco exacta cuenta del cambio que se había verificado en las afectuosas relaciones entre Luisa y Cecilia. No tenía por otra parte el gusto, ni el tiempo para advertirlo, ocupado constantemente como se hallaba en labrarles una gran fortuna; así es, que creía sincera-

mente que todo en aquella casa iba á pedir de boca, y se entregaba con pasión mañana y noche á sus descubrimientos químico-industriales. Como quiera que adoraba á su mujer, dejábala libre de hacer cuanto quería, achacando á meros caprichos, todo cuanto á su modo de ver podía tener de singular ó extraordinario. Estimábase en suma el más dichoso de los mortales, y quizás lo hubiera sido en efecto, si hubiera podido vivir engañado eternamente. ¡Entra por tanto la ilusión en las dichas humanas!

III

Completamente solo dentro del vagón que le conducía á París y sacudido su cuerpo merced á la moderada velocidad de un tren mixto, esforzábale David en apaciguar los pensamientos, que en tumulto se agolpaban á su imaginación, y en recuperar la necesaria calma para tomar una resolución cualquiera. Lanzábale el primer impulso resentido hacia su casa, hacia su mujer, pero, ¿qué diría, qué haría cuando dentro de dos horas se hallase en presencia de aquella miserable? Eso es lo que él trataba de decidir, y presa de una especie de locura, retorciase sobre los almohadones del coche y mezclaba sus gritos de desesperación y de rabia con el acompasado ruido de las ruedas, al ver que no podía dominarse ni reflexionar en medio de aquellos abismos de obscuridad en los que le había precipitado tan horrorosa catástrofe.

El instinto material, la carne, se hallaba tan exasperado como el espíritu, y atarazábale de continuo una idea dolorosa, dominante, cual era la de que otro hombre que él pudiera poseer á Luisa.

mente que todo en aquella casa iba á pedir de boca, y se entregaba con pasión mañana y noche á sus descubrimientos químico-industriales. Como quiera que adoraba á su mujer, dejábala libre de hacer cuanto quería, achacando á meros caprichos, todo cuanto á su modo de ver podía tener de singular ó extraordinario. Estimábase en suma el más dichoso de los mortales, y quizás lo hubiera sido en efecto, si hubiera podido vivir engañado eternamente. ¡Entra por tanto la ilusión en las dichas humanas!

III

Completamente solo dentro del vagón que le conducía á París y sacudido su cuerpo merced á la moderada velocidad de un tren mixto, esforzábale David en apaciguar los pensamientos, que en tumulto se agolpaban á su imaginación, y en recuperar la necesaria calma para tomar una resolución cualquiera. Lanzábale el primer impulso resentido hacia su casa, hacia su mujer, pero, ¿qué diría, qué haría cuando dentro de dos horas se hallase en presencia de aquella miserable? Eso es lo que él trataba de decidir, y presa de una especie de locura, retorciase sobre los almohadones del coche y mezclaba sus gritos de desesperación y de rabia con el acompasado ruido de las ruedas, al ver que no podía dominarse ni reflexionar en medio de aquellos abismos de obscuridad en los que le había precipitado tan horrorosa catástrofe.

El instinto material, la carne, se hallaba tan exasperado como el espíritu, y atarazábale de continuo una idea dolorosa, dominante, cual era la de que otro hombre que él pudiera poseer á Luisa.

Veíala en los brazos de aquel otro, la mancha del placer adúltero había caído sobre ella, y todo aquello, á la vez que le inspiraba un asco profundo, despertaba en él el más desenfrenado deseo. Luego, preguntábase á si mismo la causa de que le hubiese engañado aquella mujer á quien tanto había querido, á cuyos deseos todo lo había subordinado, y por la que hubiera sido capaz de sacrificar gustoso la vida. Diríale súplicas é injurias á la par, y concluía por llorar amargamente, arrebatado por el furioso huracán de los celos.

Lo que más le hacía sufrir, era que no comprendía nada de todo aquello. Su razón negábase á admitir que la mujer pueda faltar sin motivo, ya sea arrastrada fatalmente por los sentidos, ó bien por vanidad, por ignorancia, por satisfacer ajenos placeres, ó por causar á propio intento terrible daño y honda pena. No acertaba á explicarse que pudiera faltar á sus deberes, una mujer que tenía un buen esposo, una hija encantadora y todas las comodidades, todo el lujo que pudiera ambicionar. Revolvía, torturaba su imaginación buscando la clave de aquel misterio, y enloquecido por la fiebre y por la sangre que se agolpaba á sus sienes en aquellos momentos de agonía, volvía á llorar y á maldecir, entregándose á la más negra desesperación.

Jamás se vió tortura que se sufriese con menos resignación. Durante las dos horas que duró el viaje, pasaron por la agitada mente de David mil diversos y contradictorios proyectos, ninguno de ellos moderado en verdad, pues en lo único que

vacilaba era en el género de castigo que debía imponer á la culpable, á quien trataba de herir sin compasión devolviéndola mal por mal, y preguntándose qué es lo que sería más cruel, si arrojar á Luisa al arroyo como á una ladrona cualquiera, dejándola revolcarse entre la vergüenza y el espanto de su falta, ante el mundo pregonada, ó bien destrozarse de un tiro aquella cabeza bajo cuyo bello aspecto se ocultaba la mentira y el dolo, cerrando para siempre las pupilas en las que se habían reflejado con amor otro semblante que el suyo, y sellando por fin, lívidos y fríos aquellos labios que habían prodigado infames besos.

¡Oh! Con qué placer la echaría en cara su falta y la vería palidecer, y verter á torrentes aquella condenada sangre que la había arrastrado hasta el crimen... Después... después, todo habría concluido; ¡ya no sufriría más aquella mujer y podría bajar á la tierra para dormir el sueño eterno, llevándose el recuerdo de su amante! ¡No! eso sería demasiado rápido, demasiado dulce! Era mucho mejor herirla en su orgullo, hacerla pasto de las ferocidades del mundo, crearla una vida de privaciones, y saber de cierto que sufría. ¿Pero, y si por casualidad no sufría, ó aquel sufrimiento estaba compensado por el amor? ¿Y si era dichosa, aun suponiendo sin fortuna al hombre á quien amaba, aquel amante del cual nada sabía y cuyo nombre no había oído siquiera pronunciar?

Al intervenir el cómplice de Luisa, en aquel horroroso debate que consigo mismo sostenía Herbelin, todas sus facultades pensantes se concentra-

ron con inusitado esfuerzo para llegar á adivinar quién podía ser aquel amante. Desmenuzó uno por uno sus recuerdos, pasó revista á todos cuantos le rodeaban de continuo, y no halló ninguno susceptible de representar aquel papel, pues el digno y confiado Herbelin, juzgaba á todos los hombres, honrados y dignos de confianza. No tenía ni pruebas ni indicio alguno. A no dudar, se trataba de un extraño, de uno de tantos con los cuales se había codeado en las reuniones y en el que ni siquiera se había fijado. ¡Qué ignominial! Y á la audacia de aquel desconocido, de aquel... transeunte, debía el que naufragasen para siempre su dicha, su honor, y la seguridad de toda su existencia.

Admirábase también de no experimentar mayor rabia de la que sentía, hacia el hombre que tanto había contribuido á su desgracia. ¿Sería quizás porque no podía representársele á sus ojos bajo una forma tangible? ¿Sería su impersonalidad la que le hacía en parte irresponsable? Sea como fuera, ello es que David formaba tan solo proyectos de venganza contra la mujer, y sobre este punto para nada se ocupaba del hombre. ¡Con cuanto sarcasmo se recriminaba á sí propio por la credulidad que en todas ocasiones había demostrado! ¡Cuántas facilidades había proporcionado á la miserable para engañarle; á él, que no había sospechado de ella un solo instantel.... ¡Pensar en que si no hubiese sido por una torpeza, por un aturdimiento, cometido por ella, continuaría todavía venerándola como á perfecta buena esposa y

madre modelo! ¡Una madre!... A esta idea, ofrecióse ante su vista y por vez primera en aquella ocasión la imagen de Cecilia, y sintió oprimirse su corazón á impulsos de cruel y punzante dolor. ¡Ah! sí, ¡aquella infame madre, ni aun había sabido contenerse merced al cariño de su hijo!.... Que no le amase á él, bueno, lo encontraba explicable; pero á Cecilia, tan dulce, tan buena.... ¡No era por ventura, bastante dicha en la tierra para una mujer, el poseer una hija como aquella, y no estaba suficientemente pagada de antemano de todos cuantos esfuerzos pudiera llevar á cabo por permanecer honrada?... ¡Cuán inmenso no era ya el desorden moral que aquella desgraciada había causado! Entonces comprendió el pobre David las tristezas y la inquietud de su hija y las lágrimas que ésta vertía, y la desconsoladora confesión de que su madre no la quería ya como antes, tenían fácil y comprensible explicación.

«¡Qué no la quería como antes!» ¿Antes de qué? Ella no podía decirlo, pero el instinto mismo de su afecto, hacía la ver que su madre se alejaba de ella por momentos y que una grave alteración se verificaba en la vida de aquella que le diera el sér. ¡Ah! ¡Y cómo maldecía Herbelin á aquella madre indigna y desnaturalizada! Más que por la traición hacia él, hacía lo por el abandono en que había dejado á aquella pobre niña.. ¡Y de qué modo!... Llevando el impudor hasta el extremo de traer á aquella atmósfera, donde sólo se respiraba castidad, las impurezas del adulterio de que venía saturada al salir de casa de su amante. Y sin em-

bargo, nada, ni un remordimiento, ni un paso hacia atrás; todo por el contrario; la continuación tranquila y calculada del desenfreno ante los ojos de su marido y de su hija.

Iba cayendo la noche, y en medio de aquella obscuridad, las ideas de David tomaban más potente relieve, materializándose hasta el punto de representarse á su vista terribles cuadros que le torturaban cruelmente, y siempre, siempre la misma idea dominante, la misma pregunta á la cual no hallaba contestación: «¿Pero, Dios mío, por qué razón nos ha de hacer tanto mal esa desgraciada?» Y era que para aquel hombre tan digno y tan perfectamente equilibrado de espíritu, aquella falta, no tan solo carecía de excusa, sino que tampoco tenía explicación. No era, pues, de extrañar que habiendo caído desde el pináculo de la confianza al abismo de la duda, permaneciese ahora como aturdido y atónito.

La marcha del tren que iba haciéndose cada vez más lenta, le arrancó á sus dolorosas meditaciones: vió pasar rápidamente ante las ventanillas del coche las luces de la estación; comprendió que había llegado á París, y al pensar que era en extremo urgente el decidir algo, fuera lo que fuere, sintió que su corazón se oprimía angustiosamente, al propio tiempo que una singular firmeza venía á reemplazar á las vacilaciones que hasta entonces le habían asediado. Después de bajar del vagón, y de seguir maquinalmente á los demás viajeros hacia la puerta de salida, subió á un carruaje, ordenando antes al cochero que le condujera, no precisamente á su

casa, sino á la esquina de la calle de Lisboa y del boulevard Haussmann.

Comenzaba ya á prever y á combinar. No quería dar la voz de alerta á Luisa haciendo parar el carruaje á la puerta misma de la casa; deseaba por el contrario entrar en ella rodeado del mayor silencio posible, y aprovecharse del primer momento de sorpresa para obtener una confesión decisiva. Eran ya más de las diez cuando llegó á la entrada del hotel; llamó, y como quiera que el portero se aprestaba ya, después de abrir la puerta, á oprimir un botón eléctrico, anunciando la llegada del amo, éste le detuvo diciendo:

—No, no incomode usted á nadie. ¿No ha habido novedad por aquí? ¿Están todos buenos?

—Sí, señor.

—Y la señora, ¿está en casa?

—Sí, señor: la señora ha comido con la señorita.

Herbelin inclinó la cabeza como dando las gracias al portero, y después de atravesar el patio, entró en el vestíbulo. Este se hallaba desierto; los criados, que no aguardaban ciertamente á su amo, debían hallarse reunidos en las cocinas, ocupados en jugar para pasar la velada lo más agradablemente posible. David subió por una escalerilla que conducía á su gabinete, y al llegar al descansillo del primer piso, detúvose un instante sofocado por la emoción. A dos pasos de él, detrás de aquella misma puerta, hallábase la mujer hacia la cual volvía con proyectos de venganza. Si, allí estaba, confiada en una mentida seguridad, y no dejaría, al verle, de dejar asomar á sus labios una no me-

nos mentida sonrisa, acogiendo su llegada como si su afecto experimentase con ello gran contento.

Aproximóse con objeto de cerciorarse si se oía algún ruido dentro de la habitación, pues le preocupaba la idea de que Cecilia estuviese allí con su madre, y deseaba hallarse completamente á solas con Luisa. Veía que no podría disimular lo bastante para que Cecilia no adivinase el terrible conflicto que se levantaba entre ambos esposos, y se hallaba por lo tanto decidido á tomar todas cuantas precauciones fuesen necesarias para impedirlo. Oyó dar las diez en el reloj del saloncillo, y momentos después la voz de Luisa que decía:

—Vamos, hija mia, ya es hora de acostarse.. Voy á hacer que llamen á la señora Pellegrin...

—No, no la molestes mamá. Pasaré por el gabinete de papá.

—¿Para qué quieres pasar por allí?—preguntó Luisa con acento de sorda hostilidad que hirió el corazón de David.

—Porque es mi camino de todas las noches, respondió Cecilia. Pobre papá, estará solo en la Neuville; estoy segura que piensa mucho en nosotras.

Hubo un momento de silencio, y David, cuyos ojos se inundaron de lágrimas, oyó el ruido de un beso, y después los leves pasos de su hija, que se alejaba. Entonces, con el corazón henchido por una resolución implacable, abrió la puerta del salón y penetró en él con el semblante pálido y demudado.

Hallábase Luisa sentada en una butaca, cerca de la mesa, con los brazos caídos, la cabeza apoyada

en el respaldo y con el rostro dolorosamente contraído, después de haber hecho inauditos esfuerzos por ocultar ante su hija el infierno que ardía en su pecho. Su mirada vagaba en dirección opuesta á la en que se hallaba David. Éste pudo contemplarla con detenimiento, observando que aquel rostro en nada se parecía al que él estaba acostumbrado á ver, tranquilo, impenetrable, y ahora triste, dolorido y descompuesto. ¿Podía por ventura ser dichosa aquella mujer cuya frente se doblegaba bajo su propio peso, ni podía tampoco revelar inocencia la boca cuyos labios se crispaban con tanta maldad?

Inmóvil, estupefacto y con el corazón queriéndosele salir del pecho, permanecía David ante la revelación de aquella Luisa, por todos conceptos distinta de la que él conocía, y se explicaba al establecer la diferencia, lo nada difícil que le sería el aborrecer, y aun pasar de la amenaza á la acción con aquel nuevo sér que sus ojos descubrían.

Bien fuese debido á un apagado suspiro salido de su pecho, bien que el temblor nervioso que le agitaba hubiese denunciado su presencia, ó quizás en fin que el fluido magnético de su ardiente y fija mirada, sirviese á Luisa de misterioso agente, lo cierto es, que aquélla volvió de repente la cabeza, y vió á pocos pasos del sitio en que se hallaba, pálido, vestido de negro, como si llevase ya el luto por su perdido reposo, al hombre mismo en el cual pensaba, sin duda alguna con natural inquietud.

Incorporóse Luisa de repente, ahogó un grito en su garganta y con los ojos desmesuradamente abiertos por la más horrorosa agonía, á la par que re-

tratándose en su semblante el espanto de que era presa, aguardó una palabra del hombre terrible que llegaba de tan inesperado modo.

Al verla embargada por el terror sonrióse irónicamente Herbelin, movió la cabeza, y sin proferir palabra, y más terrible aún, dentro del silencio que guardaba que si hubiese prorumpido en gritos de cólera, dirigióse hacia su esposa poniendo ante sus ojos el papel denunciador. Reconoció Luisa la carta destinada á su amante, y viendo que sería inútil toda negativa, exhaló un hondo suspiro, ocultando el rostro entre sus manos y dejóse caer desfallecida en el sillón que antes ocupaba.

David habló entonces, diciéndola con acento para él hasta entonces desconocido:

—¿Á quién escribía usted esta carta?

Luisa separó las manos de su rostro, dirigió una tímida y suplicante mirada á David, é inclinando de nuevo la cabeza, permaneció sumida en el más triste silencio.

—La persona á quien ha dirigido usted esta carta, ha debido recibir la que me estaba destinada... debía usted, pues, hallarse prevenida y aguardarse á verme llegar de un momento á otro... ¿Por qué ha permanecido usted aquí? ¿Qué es lo que espera? Hacer gala de su audacia, sin duda, pretendiendo engañarme una vez más... ¡Si, porque, quizás hace ya mucho tiempo soy víctima del más cruel de los engaños... ¡Y de qué modo?... En efecto, sí; ¡de un modo admirable!... Pero, en fin, eso importa poco: hoy soy ya dueño de un secreto que usted misma ha puesto entre mis manos... ¡Verda-

deramente, llevaba usted la propia seguridad hasta el absurdo!... Es natural, yo era tan necio... ¿No es verdad? que ni aun había necesidad de ocuparse para nada de mí... ¡Cuánto, cuánto debe usted haberse reído de mi estupidez en compañía de su amante!...

Esta última palabra, desgarró, por así decirlo, su garganta de un modo tan doloroso, que se vió precisado á detenerse. Había querido adoptar un tono sarcástico y un aire indiferente, pero le fué imposible sostener su papel, y quedó vacilante, sin voz y pálido como la muerte ante aquella mujer á quien adoraba y que tan cruelmente le había ofendido.

Durante algunos minutos, permanecieron el uno frente al otro, sin poder proferir una sola palabra. y como aniquilados por el horror que les inspiraba su respectiva situación. Rehízose sin embargo David, y mostrando nuevamente la carta acusadora, y con una obcecación que atestiguaba que todo se sobreponía en él al decidido empeño que manifestaba en conocer al cómplice de Luisa, volvió á repetir:

—Quiero saber á quién escribía usted esta carta. Respóndame usted... Es la sola, la única cosa que la pido, pero no cejaré en mi propósito hasta tanto que no lo ignore... ¿Quién es ese hombre? ¿Cómo se llama?

Habiase acercado á Luisa y con el arrugado papel entre sus crispados dedos, rozaba casi el rostro de la culpable. Ésta inclinó la cabeza como en demanda de gracia, pero Herbelin no sintió la menor piedad hacia ella y asíéndola por los hombros

y sacudiéndola con rudeza, exclamó aproximando su rostro al de Luisa:

—¡No respondo de lo que pueda hacer contigo, si no me obedeces!

Levantóse Luisa bruscamente; recobrando de nuevo su orgullo ante la violencia física con la cual la amenazaba David, y con el rostro encendido y centelleante la mirada, irguió la cabeza exclamando:

—¡No; eso nunca!

Y dió un paso en dirección á la puerta, pero Herbelin llegó hasta ella de un salto, dió una vuelta á la llave, la guardó en uno de sus bolsillos y volvió sobre sus pasos, poseído de un furor que ya no trataba de contener:

—No; si no se trata ya de tomar aires de tragedia... ¡Sé demasiado que es usted consumada maestra en eso! ¡Pero ya no hacen mella en mí... Concluyamos! ¡Obedece ó yo sabré obligarte á ello... ¿Cómo se llama ese hombre?

De pie ante la chimenea y trémula por la emoción, aunque tan resuelta á callar como resuelto se hallaba su marido en hacerla confesar el nombre de su amante; Luisa ni aun se dignó dar la menor contestación á David.

Éste, con una calma bajo la cual hervía uno de esos furoros que no vacilan en llegar hasta el crimen, preguntó de nuevo, devorándola con la vista:

—¿Cómo se llama ese hombre?

El semblante de Luisa permaneció impasible. Había tomado un partido: no confesar lo que se la preguntaba, ni entonces ni nunca. Así lo conoció

Herbelin. Una ola de sangre inundó su cabeza, haciendo tomar á su rostro un subido color purpúreo y crispando los puños y golpeando el suelo con sus pies se precipitó sobre ella exclamando:

—¡Miserable! ¡Ya has concluido de provocarme para siempre!

Y asiéndola por el cuello, la lanzó de un empujón sobre el canapé. Luisa creyó que había llegado su última hora y levantando las manos como para detener el golpe supremo exclamó con voz suplicante:

—¡David!

Pero había pasado para este último la hora de la debilidad, y sordo á toda súplica, sin otra cosa ante sus ojos que el objeto que se había propuesto, manteniala extendida sobre el canapé y sacudiéndola violentamente por el cuello.

—¡Su nombre, su nombre!—gritó con rabia.— ¡Por última vez, no me obligues á cometer un crimen!... ¡Ah! ¡si no me obedeces!...

Luisa hizo un desesperado esfuerzo para desasirse, pero David hundió más y más sus dedos en el cuello, cuyo rostro se enrojeció hasta el extremo de inyectarse las venas de su frente: su marido la ahogaba.

Sucedieron entonces breves momentos de silencio, interrumpidos tan sólo por los movimientos y roces de la lucha. De repente, oyéronse repetidos golpes á la puerta y una voz dulce y alegre que decía:

—¿Estás ahí papá? ¡Qué alegría! Vamos, abre.

Herbelin hizo un gesto de espanto y se detuvo

como herido por un golpe mortal. Abandonó á Luisa, que se incorporó con trabajo, y lanzando á la mujer que un minuto antes había tratado de matar, una mirada suplicante, balbuceó en voz apenas inteligible:

— Es preciso afectar tranquilidad... Que nada pueda sospechar esa niña... Ni una palabra, ni un gesto que pueda darle el menor indicio...

Luisa, que respiraba con dificultad, apresuróse á arreglar en lo posible su descompuesto traje.

Cecilia volvió á exclamar:

— ¡Pero, no me abres papá?... Mira que quiero darte un beso...

Herbelin vió que Luisa se hallaba ya sentada en la butaca, y aunque muy pálida, dueña otra vez de sí misma. Arrojó sobre ella una última imperiosa mirada, y dirigiéndose á la puerta franqueó la entrada á su hija.

Cecilia, cubierta con un blanco peinador sobre el cual caían sus hermosas trenzas, entró alborozada en la estancia, y se echó en brazos de su padre. Éste la estrechó con fuerza apoyando la cabeza de su hija contra su corazón, como para apaciguar la cólera en que éste rebosaba, y deteniéndola con objeto de que no se dirigiese á su madre, la preguntó:

— ¿Cómo has sabido mi llegada?

— El conserje se lo ha dicho á la institutriz cuando ésta ha bajado á entregarle algunas cartas... Entonces, cuando lo he sabido, no he querido acostarme sin darte las buenas noches. ¿Os he incomodado? Quizás hablabais de cosas muy serias y

por eso habiais cerrado la puerta... ¿He hecho mal en venir?

David dirigió una profunda mirada á su hija y la dijo con conmovida voz:

— No, hija mía; no has hecho mal.

Cecilia examinó con atención á sus padres, y dijo con tono de inquietud:

— ¡Pero, qué tenéis? No estáis como de costumbre. ¿Sucede, por acaso, algo que puede causaros pena?

— No, amor mio, dijo con viveza Herbelin. Nada que deba alarmarte; créeme, puedes permanecer tranquila.

— Bien, entonces, buenas noches mamá, adiós papá.

David la acompañó hasta la puerta, dirigióla una última sonrisa, siguiéndola con los ojos para persuadirse de que se alejaba, y volviéndose después lentamente hacia su mujer con inquieto semblante la dijo:

— Señora, no estamos solos en el mundo, y tenemos, ya lo ha visto usted, que contar con otros seres que nosotros. Usted ha sido la primera en olvidarlo... Yo tampoco me acordaba de ello hace un momento. Ambos hemos sido por lo tanto culpables... Usted por haberme ultrajado tan cruelmente; yo por haber procurado vengarme, sin haber reflexionado en el mal que podía hacer á mi hija. En el breve trancurso de un segundo, la intervención providencial de esa niña, ha dado á las cosas el color que verdaderamente tienen, y á los hechos, la extensión y la importancia que en sí

encierran. Todos nuestros actos, por lo menos esa es mi opinión, deben de quedar subordinados al interés de nuestra hija.

Así formulada la frase de Herbelin, bien á las claras se veía que no interrogaba, sino que por el contrario afirmaba de un modo contundente. No pedía sobre el asunto la opinión de Luisa, se contentaba con emitir la suya, sintiéndose en aquellos momentos dueño absoluto de imponerla. Inclino su esposa la cabeza sin pronunciar una sola palabra, como aceptando lo que Herbelin acababa de decir. Dióse este último por satisfecho, y con un gesto en el que se pintaba el cansancio moral y material, la señaló la puerta que conducía á su habitación diciendo:

—Está bien. Nada más tenemos que decirnos por el momento. Cuando lo juzgue conveniente reanudaremos la interrumpida conversación.

Y sin siquiera dirigir una mirada á Luisa, que se alejaba en silencio, penetró en su gabinete, dejóse caer en un sillón próximo á la chimenea y arrojando un suspiro que más bien parecía un gemido, permaneció inmóvil en medio de aquella semi-obscuridad, y como entregado á profundas reflexiones.

Al cabo de un instante, las lágrimas que brotaron de sus cerrados párpados, corrieron silenciosas sobre sus pálidas mejillas; su garganta se contrajo con esfuerzo, y solo, rodeado por las tinieblas de la noche y por el silencio de aquella estancia en la que tanto había trabajado por hacer rica y feliz á aquella ingrata mujer, á dos pasos de la habitación

donde su hija dormía tranquila y placentera, lloró David con verdadera desesperación.

Allí permaneció en un estado de dolorosa posición, sin ideas, sin fuerzas y entregado por completo al hondo pesar que le anonadaba. Las vibraciones del péndulo al sonar la hora le arrancaron del sopor en que se hallaba sumergido y vió con sorpresa que no eran más que las once. ¡Cuán pocos minutos habían bastado para la terminación de aquel desastre! Parecía que hacía ya largo tiempo que estaba de regreso en su casa, á contar por todo lo que en ella había sucedido. En aquel momento, tuvo horror de la soledad que le rodeaba y no quiso permanecer más tiempo en medio de aquella obscuridad y de aquel aislamiento. Dirigióse, pues, hacia el vestíbulo, tomó el sombrero y el sobretodo que había dejado allí al entrar, atravesó el patio y se encontró por fin en la calle.

Una vez al aire libre, respiró con fuerza, encaminóse hacia San Agustín, y, maquinalmente dirigió sus pasos á la calle de Boissy-d'Anglas. El iluminado y ancho portal del Circulo, ante el cual estacionaban los coches del mismo, llamóle la atención, y el recuerdo de Pérignon cruzó por su mente. Su amigo debía encontrarse allí á aquellas horas, como todas las noches. Entró, y después de preguntar al portero por el coronel Pérignon, le introdujeron en uno de los salones de espera. Al cabo de algunos instantes, oyó la sonora voz de su amigo, que decía en el corredor:

—¿Está ahí?— Bueno.

Y la puerta, abierta de par en par, dió acceso al

coronel, vestido de frac y corbata blanca. Adelantóse con la mano extendida, exclamando alegremente:

—¿Cómo, tú por aquí á estas horas? ¿Pues y la fábrica? Vamos á ver; ¿qué historias son las que me has contado esta tarde?

Sin embargo, al fijarse en la demudada fisonomía de su amigo, su locuaz entonación se heló de repente, y cambiando de tono y de aspecto, le preguntó:

—¿Qué te sucede?

Al ir en busca de Pérignon, había cedido David á un instintivo movimiento de afecto, y en medio de su desgracia era muy natural que tratase de buscar la compañía del amigo de la infancia. No había calculado en que sería preciso explicarle las razones que allí le llevaban; así es; que la última brusca pregunta de Pérignon, vino á determinar de un modo fijo la situación. Su visita anormal, le ponía en el caso preciso de contestar á inevitables preguntas. No había ciertamente proyectado el confiar á su amigo la pena que le devoraba; pero tenía tal costumbre de no ocultarle nada, que ni siquiera pensó en callársela. Además, era tanto lo que sufría, que no podía soportar el pudor del sufrimiento. Hallábase, en fin, en uno de esos instantes de agonía moral en que los hombres se consideran incapaces de ocultar sus sentimientos. Levantó la vista hacia Pérignon, que aún estrechaba su mano, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Lloras?—exclamó el coronel lleno de zozobra.

Pero, vamos á ver, ¿qué significa todo esto?... ¿Está enferma Cecilia?

David movió la cabeza en sentido negativo.

—¡Entonces, es que...

No terminó la frase: la verdad apareció instantáneamente ante sus ojos, y no dudó que Luisa había traicionado á David, y que éste venía á confiárselo todo. Su fisonomía se tornó grave y mediatubunda, y haciendo un signo cariñoso á su amigo para que se sentara, ocupó en seguida un sitio á su lado. Tratábase de una cuestión de honor, y Pérignon, dando al olvido sus galantes tentativas y tomando como suya la causa de Herbelin, dispúsose á escucharle y ayudarle con sus consejos y con su persona si necesario fuese.

—¿Por qué causa cesas de repente en tus interrogaciones?—preguntó David. ¿Sin duda, sabías ya todo cuanto tenía que decirte?

Supuso entonces Pérignon que Herbelin no estaba tan al corriente de su desgracia, como en un principio había creído, y juzgó oportuno revestirse de prudencia, dado caso de que su amigo le tendiese un lazo.

—Nada sé de lo que puede sucederte, respondió; pero teniéndote, como te tengo, por un hombre enérgico, al verte en ese estado, no puedo por menos de hacer las más tristes suposiciones... Pero, no más que suposiciones, ¿estamos?

—Todo aquello que puedas imaginarte, no llegará jamás á la verdad de lo que me sucede. Me acaban de herir mortalmente cuando más seguro y más confiado me hallaba... El presente, el porve-

nir, en una palabra, mi existencia toda, se ha desmoronado para siempre. De los dos grandes cariños en que yo había fundado todas mis esperanzas, uno de ellos ha desaparecido.. Tan sólo me queda mi hija...

Ante estas palabras, creyó Pérignon que Luisa habría huído con el marqués de Condottier, y no pudiendo vacilar, pues ya no cabía duda alguna de que nada ignoraba David, le preguntó:

—¿Te ha abandonado tu mujer?

—¡Abandonarme! —respondió Herbelin con amargo acento. ¿Y por qué, ni para qué? Tenía cuantas facilidades podía ambicionar para engañarme, y eso era más cómodo, más pulcro y más correcto. Hoy existen miramientos y corrección en todo, y carecer de gusto y de distinción en el crimen, es mucho más grave que el crimen mismo, ¿no es verdad? Y dejó escapar una risotada sarcástica que hizo temblar al coronel, el cual no presumía ciertamente de alma sensible.

—¿Pero cómo has podido saber?...

—Del modo más banal, más estúpido y más ridículo que figurarte puedas. Por una torpeza cometida por mi misma desgraciada mujer; de tal modo se abandonaba y se adormecía en la más completa seguridad.. Ha equivocado los sobres al escribirme y me ha enviado una carta que no era para mí.. Yo estaba tan ciego por mi ternura, y siempre tan ocupado en ganar para ella mucho dinero, que no ha tenido gran necesidad de preservarse.. ¿Podía yo creer en semejante infamia? Pero, es natural, á un imbécil como yo, se le engaña como se quiere!

Cambió súbitamente de expresión y fijando sobre el coronel una ardiente mirada, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que tiene un amante? ¿Es, además, el primero?

—En cuanto á eso, puedo asegurártelo, contestó con viveza Pérignon.

—¿Luego sabes quién es?

Y como quiera que Pérignon permaneciese perplejo después de comprender lo grave de su afirmación:

—Es probable que todo el mundo lo sepa, excepto yo: eso es moneda corriente, pero tú vas á decirme su nombre...

—¿Estás loco para pedirme semejante cosa? exclamó el coronel. ¿Crees por ventura que puedo prestarme á representar el desairado papel de denunciador?

—¡Crei que eras mi amigo!

—¿Qué diablo! Sí que lo soy, y si quieres matar á ese danzante, ya verás si te secundo ó no. ¡Pero denunciarle!.. No lo hago por él, no señor, porque ya sé que no se perdería gran cosa si le aconteciese una desgracia; pero al nombrarle, voy en contra de ella... y... ¡qué demonio!.. Una mujer... Vamos, que no es posible abrumar de ese modo á una mujer.

—Ese es el razonamiento que todo el mundo se hace, dijo irónicamente David. El marido es siempre el sér desprovisto de interés y de poesía... En cambio, la mujer.. ¡Oh, la mujer simboliza el amor, la gracia, la belleza; en ella, la infidelidad es cosa tan corriente como sencilla, tierna la infa-

mia y poético el crimen! Nada, sí, seamos caballeroscos y convirtámonos en defensores de ese hermoso monstruo contra el hombre honrado y sin prestigio á quien ella ha sumido en la desesperación... Las lágrimas que á causa de ella se vierten, no son otra cosa que agua clara, y la sangre que por ella también se derrame... nada, nada tampoco; lavándola desaparece. Protejamos, protejamos el vicio, que es agradable, y enviemos al diablo la honradez que no tiene encanto alguno.

—Poco á poco, amigo mío, exclamó Pérignon. Me atribuyes ideas que no son mías... Puedes estar seguro que entre tu mujer y tú no vacilo un solo instante; estoy por completo á tu lado, y ya te convencerás de ello... Pero, ponte en mi lugar. Soy un soldado, y, por lo tanto, muy susceptible en materia de honor... Y... cómo quieres que le diga á un marido el nombre del... de... la... ¡Diablo de testa dura esta! Mira en qué berengenal me pones, cuando ya ni aun acierto á decir...

—Di: el amante... Y después nómbrale.

—No insistas más, te lo suplico. Oyeme; este es un caso de conciencia... Vamos en busca de Cendrin y con lo que él nos diga, con aquello nos conformaremos...

—¿Luego Cendrin no ignora tampoco lo que pasa? ¿Sin duda tú se lo has referido todo? Vaya, has sido menos reservado con él que conmigo...

—¡Eh, qué diantre! Él no es hombre capaz de abusar de una confianza que pueda hacersele...

—¿Y crees que yo no haría lo mismo?

—¿Tú? Creo que tú hubieras ido en busca de tu

enemigo, y que como primera medida le habrías aplicado dos sendos bofetones en público, procurando darle muerte en seguida...

Herbelin movió la cabeza con aire preocupado y no respondió. Dio algunos pasos por el salón, y dijo deteniéndose ante el reloj:

—Ya es más de media noche...

—Es precisamente la hora para poder encontrar á Cendrin y hablar tranquilamente con él.

—Vamos, pues, en su busca.

Llamó el coronel para que le diesen su sobreto-do y su bastón, y salió acompañado de su amigo. Llegado que hubieron al portal, subió á un coche en el cual hizo tomar asiento á Herbelin y gritó al cochero:

—Avenida de la Bourdonnais, número 10.

En el amplio hotel antes habitado por el mariscal duque de Bautzen, y más tarde por el padre de Cendrin, habitaba éste completamente solo. Habíase hecho amueblar un gabinete de trabajo en el inmenso estrado de recepción y allí vivía en medio de su biblioteca, de sus colecciones y de sus reportas, pues en un rincón de la estancia habían colocado un hornillo al cual coronaba una chimenea cuya campana era de piedra labrada y que permitía al sabio doctor hacer cuantos experimentos químicos desease. Pero todo aquello no era más que pura decoración. Los maravillosos cuadros que pendían de los muros hubieran sufrido grave deterioro á causa del humo del hornillo y de las corrosivas emanaciones de los alambiques. El verdadero laboratorio hallábase en una habitación con-

tigua á la que nos ocupa. Desarrollábanse allí los bacterios en caldos de cultura cuidadosamente preparados, y el cólera, la peste, la tifoidea, macerábanse dentro de las botellas, dispuestos á esparcir, á la menor ruptura, sus mortales fermentos sobre la humanidad.

En el vasto gabinete, alumbrado por la luz que arrojaban dos lámparas eléctricas y sentado ante su mesa de trabajo, leía atentamente Cendrin una memoria manuscrita cuyo margen llenaba de anotaciones con lápiz azul. Era nuestro sabio un hombre de baja estatura, rubio, de aspecto extraordinariamente joven y de mirada dulce á la par que profunda. Cubría su cuerpo una bata de color obscuro, y su cabeza un gorro de terciopelo. Reposaba sobre sus rodillas un magnífico gato negro, cuyos voluptuosos y tenues ronquidos, rimaban, por así decirlo, su trabajo. En medio de aquel barrio sin vida y en el silencio de la noche, trabajaba con placentera tranquilidad, únicamente por la satisfacción que proporciona el estudio, pues solo en el mundo y con doscientas mil libras de renta que su padre le había dejado, no tenía otro objeto, otra ambición ni otro placer, que los descubrimientos científicos.

Ocupado durante todo el día tanto en la academia y en la cátedra como por las visitas que á su casa afluan, y además hombre de sociedad que recibía con magnificencia, no podía disponer sino de la noche para recogerse y absorberse en sus investigaciones. Entraba todas las noches á las once en su gabinete, permaneciendo allí hasta las tres, y

acostábase después, gozando del mejor y más perfecto de los sueños. Pretendía que la obscuridad y el silencio exaltaban su espíritu, y que cuando se hallaba solo, sentado ante su mesa de trabajo, cuando todo reposaba en torno suyo, hallaba más lucidez y más fuerza en su cerebro. Eso sí, inútil era el presentarse en su casa antes de las diez de la mañana, pues por nada en el mundo se hubiese aventurado á despertarle su ayuda de cámara. Aquel hombre dichoso había realizado el ensueño que tiene todo ser pensante y andante, esto es: vivir á su gusto.

Acababa de compulsar la antedicha Memoria, cuando la puerta se abrió sin ruido y dió paso á un criado, que andando casi de puntillas sobre el mullido tapiz se llegó hasta la mesa del sabio. Éste volvió la cabeza sorprendido, pues era raro que nadie viniese á verle pasada media noche, cogió dos tarjetas que en una bandeja de plata le presentaba el criado, y dijo levantándose bruscamente y haciendo huir apresuradamente al gato:

—¡Pérignon y Herbelin! Que entren en seguida.

Adelantóse para recibir á su amigo poseído de misteriosa inquietud, pues si bien es verdad que el soltero trasnochador Pérignon iba alguna que otra noche á fumar un cigarro en su compañía, no era menos cierto que el prudente y metódico Herbelin no acostumbraba á salir á aquellas horas. No bien hubieron entrado, apercibióse de la turbación de David no más que al ver su descompuesta fisonomía. Estrechó cariñosamente entre sus brazos á su amigo, hizole sentar después en una butaca,

y le dijo con solicitud sin ocuparse del coronel que le hacía repetidas señas:

—¿Qué te acontece mi buen David? ¡Tú que tan resuelto y firme eres de ordinario, y ahora te veo trémulo y demudado!... ¿Es la materia la que sufre ó bien es el espíritu? ¿Necesitas consejos ó cuidados? Vamos habla. Sabes lo bien que te comprendo y que soy capaz de todo para volar en tu socorro...

Al oír tan afectuosas palabras, Herbelin exhaló un gemido y fijando en Cedrin sus ojos enrojecidos por la desesperación murmuró:

—¡Ahl ¡Cendrin, cuán desgraciado soy!

Hízose entonces cargo el sabio de las señas y de las miradas del coronel, y ambos cambiaron con la vista mutuas confianzas. Cendrin inclinó la cabeza y permaneció un instante abstraído y en silencio como si midiese el alcance de lo que iba á decir. Después, cortando por lo sano como un operador que desea sin pérdida de tiempo desbridar una peligrosa llaga:

—¿Es decir, que lo has sabido todo?

—Sí, Cendrin, todo. Y todavía no comprendo de un modo exacto el valor de semejante desastre. ¿No es una monstruosa é inmerecida injusticia herirme de un modo tan cruel? Se anula mi razón, todo mi ser se halla perturbado y tengo necesidad de oírte para tranquilizarme un tanto, para saber qué es lo que debo de hacer y para recobrar la necesaria fuerza de acción en aquello que en definitiva resuelva. He estado como loco desde el primer momento de mi desgracia, apoderándose de mí una imponderable rabia y un inusitado deseo de herir...

La fiera que se esconde en el fondo de cada uno de los hombres, se ha despertado rugiente dentro de mí, y sin la fortuita é inocente intervención de mi hija, hubiera dado muerte hace dos horas á la desdichada que tanto mal me ha hecho.

—¿Pero la niña nada ha sospechado?

—Nada, felizmente. Su presencia ha bastado para que recobrará mi presencia de espíritu, y pudiera darle algunas explicaciones. No ha fijado su atención en el silencio, en el estupor de su madre, así es que volvió tranquila á sus habitaciones, en tanto que yo, horrorizado por el acto que estuve á punto de cometer y temblando ante la idea de reincidir en mi furor, he huido de mi casa y he venido instintivamente en busca de los dos únicos seres en quienes tengo confianza y ante los cuales puedo libremente demostrar mi dolor en la seguridad de que sabrán compadecerme y tratarán de prodigarme sus consuelos.

Todos permanecieron silenciosos. Pérignon encendió un cigarro que comenzó á fumar nerviosamente, arrojando precipitadas bocanadas de humo. Cendrin daba lentos paseos á través de la estancia y con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía reflexionar profundamente. Detúvose ante Herbelin, y mirándole con fijeza como si tratase de sugerir en su espíritu la fuerza moral de que se hallaba dotado le dijo:

—En las ordinarias circunstancias de la vida, amigo mío, es preciso de todo punto revestirse de valor y de energía ante las dificultades más ó menos terribles que se presentan á nuestro paso. Existen

muchas gentes que se enorgullecen por su dureza y constancia en el trabajo, como si éste no fuera la sola y absoluta dicha del hombre. Muchos otros, hacen gala de haber soportado con valentía las inevitables penas de la existencia, como sinó fuera una estupidez el creerse fuerte por el solo hecho de haberse resignado á sufrir aquellas contrariedades que ellos no pueden evitar. Ante los más grandes dolores, es como mejor se juzga á las almas superiores y á los espíritus elevados. Tú te hallas sometido á una de esas pruebas, y podrás justificar, sin apoyarte para ello en un glorioso mérito de relumbrón, que eres digno del cariño que hace tantos años te profesamos.

Movió Herbelin la cabeza y murmuró:

—Es una gran verdad todo cuanto acabas de manifestarme, pero que no pasa del terreno de la teoría. Todo eso se lo dice uno mismo cuando es dichoso y cuando el ánimo disfruta de apacible calma. ¡Hermosa filosofía en verdad, para que la pongan en práctica todos aquellos que no sufren, pero los que son presa de una de esas torturas, para las que sin duda se han inventado todas esas bellas máximas, observan desde luego que el punto de vista deja de ser el mismo y ya no juzgan la situación con la sangre fría que pudiera hacerlo un moralista, y si con el natural furor de un hombre ultrajado. Y entonces, se grita, se blasfema y se hiere, porque es imposible obrar de otra suerte, porque se acuerda uno de que es hombre, en una palabra.

—Sí, pero es preciso sobreponerse á la hu-

manidad, pues nos contentaríamos con bien poca cosa si permaneciésemos á su nivel. Convienes y declaras tú mismo, que te has visto, y que aún te ves impulsado por feroces instintos. ¿Quieres, pues, ajustar tu conducta á tan pernicioso influjo? Nosotros que tenemos formada la mejor idea sobre lo elevado de tu carácter, no creemos hayas venido en busca nuestra para decirnos que deseas ponerte á la altura de una bestia feroz siempre dispuesta á dejarse llevar de su natural impulso. Pero en fin, después de todo, ¿qué es lo que pretendes hacer? Aunque desatinado, debes de tener un proyecto. Dinos cuál es.

Vaciló Herbelin breves instantes, su pecho se levantó con fuerza y dirigió una vaga mirada en torno suyo; al fin pudo más la violencia de su cólera, que el temor á la crítica de su amigo y dijo con temblorosa voz:

—¡Quiero vengarme! Mi primera idea ha sido la de saber quién era el hombre al cual debía pedir cuenta de mi desgracia con objeto de darle muerte al propio tiempo que á su cómplice. En vano he interrogado á Pérignon; se ha encastillado dentro de los escrúpulos de la más exquisita delicadeza, me ha hablado de casos de conciencia, y me ha propuesto en fin, venir á consultarte: he aceptado y aquí estoy. Tú conoces el nombre que deseo saber y que mi mujer y nuestro amigo se niegan á decirme; yo espero de tu sinceridad que me lo des á conocer. Ten, pues, compasión de mí y no me obligues á pedir á un extraño, que indudablemente se reirá de mi desdicha, aquello mismo que

puedo obtener de tu afecto... Por fin, bien puedes ver que estoy fuera de mí, que sufro mucho, que es preciso que haga á alguien responsable de mi dolor, y que, ya que no me ha sido dable dar muerte á la mujer, debo tratar por lo menos de matar al amante.

—¿Y crees que con eso cambiará la situación de las cosas?

—Cambiará, en que quizás apareceré odioso ante los ojos del mundo, pero dejaré al menos, de representar un papel ridículo.

—¡Vamos, ya comprendo!—exclamó el sabio con aire de triunfo. ¡Ya entramos de un modo decidido en el terreno de la verdad! ¡Es decir, que tu preocupación, es la de ensalzarte, no tan sólo á tus ojos, sino también á los de ese mismo mundo de que nos habías, que temes ser objeto de risa, y que no quieres que eso suceda! No, tú pretendes por el contrario hacer llorar, ¿no es cierto?... ¡Ah! Desdichado del que cual tú obedece á tan mezquinas consideraciones en tan solemnes momentos! Tu vida, la de la mujer que hasta aquí ha sido tu compañera, la de tu propia hija, en fin, se hallan en suspenso, y de tí depende tan sólo el que se derrumbe ó se mantenga en pie el edificio de tu porvenir tan laboriosamente levantado á fuerza de años. ¿Y sin embargo, en qué piensas en estos momentos? En dar una satisfacción á la opinión pública; porque, después de todo, no es otra cosa lo que te mueve. Suponte por un instante que no hay público alguno, que estás completamente solo, y ya verás cómo cambian tus propósitos, cómo

tratas de sacar partido de la situación para que sea lo menos desastrosa posible, y en vez de pensar en ponerlo todo á sangre y fuego, tu idea dominante no será otra que la de arreglarlo todo, lo mejor posible. Pero, ¿y el mundo? me dirás. Sí, un montón de imbéciles, que se cuidan tanto de tí, como de sus caprichos y fantasías del año último; una colección de charlatanes que chismorrearán estúpidamente en los salones y casinos; una bandada de periodistas que critican, inquietan y propalan; que viven del escándalo, que lo inventan si no lo hallan á mano y á los cuales vas á ofrecer como presa, tu respetado nombre, tu intachable conducta, el honor de tu mujer y el porvenir de tu hija. ¡Sí, tienes razón, hay que contar con el mundo... ¡Ya verás, ya verás de que modo tan dulce, tan benévolo y tan clemente te trata!... Nada, dale satisfacción, publica tu desdicha, aumenta su alcance confiándola á los ecos de la prensa, acude al terreno de las armas para que pueda leerse el proceso verbal en la primera plana de los periódicos, á menos que no prefieras el asesinato, en cuyo caso el escándalo subiría hasta las gradas del Tribunal de justicia... A eso, pobre amigo mío, se le llama vengarse. Tú mismo decías hace un momento: ¡Quiero vengarme! ¡Pues bien, véngate! ¿Quieres saber ahora el nombre del que tratas de herir? Tienes razón. No tienes más que decir una sola palabra y lo nombro.

Herbelin, casi hundido en la butaca que ocupaba, tenía los ojos cerrados, pero la febril agitación de sus manos y las hinchadas venas de su frente,

daban fiel testimonio del violento combate que dentro de él se libraba. Nada respondió á las consideraciones que su amigo acababa de hacer, pero Pérignon que había escuchado con visible irritación las últimas palabras de Cendrin, arrojó el cigarro en la chimenea y dijo con su potente voz:

—Permiteme, amigo mío; Herbelin sabe muy bien los esfuerzos que para calmarle he hecho; no puedo, sin embargo, autorizar con mi silencio todos los argumentos que acabas de hacer.

Cendrin no contestó; dirigió solamente á su amigo una mirada tan penetrante, y expresó su rostro tal ironía, que las mejillas del coronel se enrojecieron y se vió precisado á bajar la vista. Diríase que la mirada del sabio le escudriñaba la conciencia y que su fisonomía parecía decirle: ¿Es posible, Pérignon, que tengas la necesaria audacia de tomar parte en este asunto después de tus inútiles tentativas amorosas? Emites tu opinión y refutas la de los demás, cuando debieras permanecer callado y mostrarte satisfecho por no ser tú quien se encuentra en el banquillo de los acusados. No has tenido antes más que la intención del soborno, y no eres otra cosa en la actualidad sino un desdenado seductor. Era tan clara aquella interpretación que á la objeción puramente mental de Cendrin, respondió el coronel con ingenuidad:

—Sin embargo, en un asunto, que después de todo no pertenece tan sólo á un orden particular, sino asimismo á un orden general, desde el momento en que se trata de la manera de conducirse con un hombre que nos ha ultrajado...

—Habla, Pérignon, prosigue—dijo Cendrin con acento de fría malicia. No puedes figurarte cuánto me interesa todo eso; las tonterías que vas á decir tendrán desde luego para mi doble valor...

—Sea—dijo Pérignon algo picado.—Creo que aconsejar á un hombre ultrajado que acepte tranquilamente el ultraje que recibe, es sencillamente darle un mal consejo. Es innegable que obedeciendo tan sólo á las leyes de la Naturaleza, el primer movimiento de ese hombre sería arrojarle sobre su enemigo, pero dado el estado de civilización en que nos hallamos, regulariza el pundonor aquellas naturales tendencias y le mueve á no soportar el mal que se le infiere. Sólo que, en vez de excitarle al asesinato, le prescribe el combate leal y frente á frente. Eso es lo regular y lo lícito; pero permitir, como tú dices, que se vuelva tranquilamente la espalda á aquel á quien por tantas razones aborrecemos, sin antes haber hecho todo lo posible por meterle una bala en la cabeza ó tres pulgadas de acero en el cuerpo, me parece de todo punto inverosímil, y creo, por lo tanto, que es menos afrentosa la injuria recibida, que la formal resolución de no vengarla.

—Perfectamente; eso está muy bien—dijo Cendrin.—Hás hablado como pudiera hacerlo el anuario del Ejército ó como el del Círculo del cual eres socio. Para vosotros los militares ú hombres de alta sociedad, es tan preciso un duelo, á renglón seguido de una desdicha conyugal, como un gran banquete después de efectuada una boda. ¿Pero, querrás decirme lo que prueba y á lo que conduce

vuestro decantado duelo? Conduce á demostrar que el vencedor es el más fuerte ó el más hábil en el manejo de la espada, pero no demuestra que tenga razón ni que sea un hombre honrado. Es, en suma, la continuación en este siglo de las luces, de una bárbara costumbre de superstición, tan estúpida y tan falta de igualdad como el antiguo juicio de Dios. Si es el seductor quien sucumbe, ¡qué gran triunfo el que se obtiene! Si por el contrario, es el marido, todos ven en él á un pobre diablo al cual no le ha faltado nada en esta vida. Pero dejemos de estudiar la cuestión por este lado verdaderamente mezquino, y tomémosle por otro más amplio, más humanitario y más social. En toda catástrofe del género de la que nos ocupa, no es tan sólo el hombre, el marido, quien recibe el daño; existe asimismo una casa, una familia, como también, y además de las consecuencias morales, existen consecuencias materiales; y en esto precisamente es donde muestra su barbarie la teoría del pundonor. En medio de la cólera que os ciega, hasta el punto de exterminar á los culpables, os olvidáis de los inocentes, que es á los que precisamente herís: véis tan sólo á la mujer, al marido y al amante y dejáis de lado al hijo ó á los hijos, cuando de ellos debierais de ocuparos con preferencia. ¿El todo del escándalo que queréis provocar, no salpicará sobre sus cabezas, obligándoles á llevar en las primicias de la vida—cuando la vuestra se halla ya en su ocaso,—el estigma de una falta que ellos no han cometido? ¡Ah, y cuán ciegos estáis! Os ocupáis y preocupáis del qué dirán en lo que á vosotros

mismos concierne; hacedlo en lo que á ellos respecta y tened en cuenta lo mucho que pueden sufrir. No se verán libres de la mofa de las gentes que tanto teméis, y de la misma boca de sus compañeros de infantiles juegos oirán alusiones, que si bien no comprendidas por ellos en un principio, podrán precisarlas más tarde empozoñando su pensamiento. Comprenderán entonces todos los horrores que en su inocencia no habían podido apreciar, y sabrán la razón, de que una madre que pasaba por muerta á sus ojos, existe todavía lejos de ellos y viviendo quizás en el desorden. Sabrán asimismo la causa de que los padres se opongan á que frecuenten su trato y á que sean consideradas como parias. Después, cuando se trate de casarlos, cuando sea preciso obtener el consentimiento de una familia honrada y cariñosa, habrá que confesar que existe una madre lejos de su hija por esos mundos de Dios—quién sabe cuánto tiempo hace y en compañía de quién,—y entonces os asaltarán los temores de probables rupturas y de ver rechazados vuestros ofrecimientos. Nada, obrad á vuestro antojo, provocad en duelo al amante, arrojad á la mujer de vuestra casa. Ahí tenéis el divorcio á vuestra disposición. Representaréis el papel de un héroe, más ó menos dramático, y las gentes dirán al veros pasar: ¡Ahí va un valiente! Pero todos aquellos que más y mejor hayan aprobado vuestra conducta, serán los primeros en volveros la espalda cuando se trate de unir sus hijos á vuestras hijas. Si por acaso se presenta un pretendiente, es más que posible que sea un rebuscador de

dotes, más amante del dinero que rico de ternura, y que hará desgraciada á vuestra hija. De ese modo, la pobre inocente, que ha vivido antes en medio de las tristezas de una situación equívoca, vivirá más tarde con el cuidado de una situación aventurada. Y todo eso, porque habéis obrado como unos egoístas y por fanfarronear ante un público imbécil. A eso es á lo que conduce el código del pundonor, del cual nuestro amigo hace tanto caso, y bien sabe el cielo que si yo estuviese casado y en su lugar, no recurriría á sus absurdas prescripciones.

—Tú eres un filósofo—gruñó Pérignon—y además soltero. Si fueses casado, daría yo cualquier cosa por ver la lucha que se entablaba entre tu filosofía y tu cólera de marido ofendido.

—Quizás—dijo melancólicamente Cendrin—desbarrase como los otros; pero prescindiendo de toda preocupación personal y juzgando la cuestión con completa sangre fría, no puedo, honradamente emitir otra opinión que la que acabáis de oír.

Los tres amigos guardaron largo silencio. Pérignon había encendido otro cigarro y lo maceraba entre sus dientes. Cendrin, llevado de su imaginación pensaba en las consecuencias que pudieran sobrevenir y que no osaba formular prematuramente: Herbelin se había tranquilizado durante la animada discusión que por su causa habían sostenido sus dos amigos y parecía dormir. Al cabo de un instante, y como si hubiere querido dar tiempo á que Cendrin y Pérignon hubiesen expresado todas sus ideas sobre el particular, incorporóse en su

asiento, apoyó los codos en los brazos de la butaca y dijo con reposada voz:

—Todo cuanto ha dicho Pérignon, lo he pensado y lo he sentido yo mismo; luego, esa es la verdad incontestable. Todos los consejos que me ha prodigado Cendrin, los había yo puesto en práctica. ¿Son buenos esos consejos? No vacilo en asegurar que sí, fortalecido como me hallo con su convicción. Hace dos horas me dejaba llevar hasta el asesinato como una bestia feroz; más tarde, he pretendido matar como matan los hombres civilizados, y ha sido suficiente la evocación de mi hija para detener mi brazo ya levantado á herir, y para devolverme á la conciencia del deber. Al salir de mi casa, todavía dudaba, y mi cólera tachaba de cobarde á mi razón. En ese desorden de espíritu he venido en busca de mis dos mejores amigos para pedirles consejo; y al entrar en tu casa, Cendrin, te he confesado que todo eran tinieblas en mí y que necesitaba por lo tanto de tus luces. Me las ha dado, y tus palabras han sido la confirmación de mis juicios: tienes razón; en la triste confusión de mi vida y después de la completa ruina de mi dicha y de mis esperanzas, ya no debo pensar más que en mi hija á cuya felicidad tienen que tender todos mis esfuerzos, considerándome recompensado, si lo consigo, aun á costa de los más grandes sacrificios. En adelante, mi voluntad no tendrá otro objetivo. Hace un momento, me ofrecías nombrarme al que tanto ha contribuido á labrar mi desdicha; es inútil, ya no quiero conocerle. ¡Adiós y gracias!

Púsose en pie, tendió la mano á sus amigos, y

sin añadir una sola palabra abrió la puerta del gabinete y salió. Pérignon y Cendrin oyeron cerrarse la puerta del hotel y más tarde los pasos de Herbelin que se perdían á lo lejos en el silencio de la noche.

—Digase lo que se quiera, exclamó con rabia Pérignon, en su lugar, yo hubiera hecho lo posible por abrir una brecha en la hermosa cabeza de Condottier.

—No hace falta que lo haga un hombre honrado, dijo tranquilamente Cendrin, el mejor día un pillete cualquiera se encargará de ello.

IV

En su gabinete de confianza y vestido con elegante traje de mañana, el marqués de Condottier conversaba con el grueso Bowel, preparador de caballos de carrera del barón de Rheinsfeld. Sentado en un pequeño canapé, las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo de tabaco de Oriente, escuchaba el joven con atención las explicaciones que le daba el director de las cuadras. Deslizábase la conversación en un abigarrado lenguaje mitad francés, mitad inglés y mezclado con términos especiales, sobre las condiciones de los caballos confiados á su cuidado. Ninguno de los dos parecía hallarse satisfecho, y la conferencia del profesional no convencía al aficionado, pues éste, arrojando el cigarrillo en un ancho cenicero, interrumpió las demostraciones del inglés diciéndole:

—Se está usted burlando de mí, Bowel: no es usted tan tonto como parece, y una de dos, ó no está usted en regla ó se entiende con Hastings para engañar al barón, en cuyo caso será preciso volverle á usted á su querida patria. Allí podrá usted

sin añadir una sola palabra abrió la puerta del gabinete y salió. Pérignon y Cendrin oyeron cerrarse la puerta del hotel y más tarde los pasos de Herbelin que se perdían á lo lejos en el silencio de la noche.

—Digase lo que se quiera, exclamó con rabia Pérignon, en su lugar, yo hubiera hecho lo posible por abrir una brecha en la hermosa cabeza de Condottier.

—No hace falta que lo haga un hombre honrado, dijo tranquilamente Cendrin, el mejor día un pillete cualquiera se encargará de ello.

IV

En su gabinete de confianza y vestido con elegante traje de mañana, el marqués de Condottier conversaba con el grueso Bowel, preparador de caballos de carrera del barón de Rheinsfeld. Sentado en un pequeño canapé, las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo de tabaco de Oriente, escuchaba el joven con atención las explicaciones que le daba el director de las cuadras. Deslizábase la conversación en un abigarrado lenguaje mitad francés, mitad inglés y mezclado con términos especiales, sobre las condiciones de los caballos confiados á su cuidado. Ninguno de los dos parecía hallarse satisfecho, y la conferencia del profesional no convencía al aficionado, pues éste, arrojando el cigarrillo en un ancho cenicero, interrumpió las demostraciones del inglés diciéndole:

—Se está usted burlando de mí, Bowel: no es usted tan tonto como parece, y una de dos, ó no está usted en regla ó se entiende con Hastings para engañar al barón, en cuyo caso será preciso volverle á usted á su querida patria. Allí podrá usted

á su gusto dejar que los jockeys refrenen los caballos haciendo como que no se apercibe usted de ello... ¡Aquí no es posible eso!

—¿Por qué quiere usted que le jure, señor Marqués, que?...

—No jure usted, eso confirmaría mis sospechas. Pero, vamos, quiero una vez más dar al olvido todas las malas pasadas que me ha hecho y que continúe su trabajo. Sin embargo de esto, le doy á usted mi palabra que si uno solo de sus caballos no corre por derecho, á la hora siguiente habrá usted dejado de pertenecer al servicio del barón. Goza usted ahora de una magnífica posición, y gana más dinero que pesa, que no es poco decir; así pues, no persista por más tiempo en sus incalificables granujadas, y ya que su amo se deja estafar, haga usted por lo menos que los colores que simbolizan su cuadra resulten victoriosos... El barón estaba con razón furioso el domingo último, pues contaba con el éxito y así lo había anunciado en el club; todos sus amigos habían hecho importantes apuestas sobre el caballo...

Dibujose una ligerísima sonrisa en los labios de Bowel, de tal suerte burlona, que el marqués le interrumpió para decir:

—No, yo no, master Bowel... Todos los amigos del barón apostaron menos yo... Me había ya olido la canallada que iba usted á hacer, y no quise decir nada al barón, por temor de contrariarle demasiado y por no desacreditar su cuadra... Así es, que jugué sobre *Rayon d'Or*.

La fisonomía del inglés tomó un aspecto grave y

casi solemne y dijo inclinándose con deferencia:

—El señor marqués sabe más que todos nosotros. ¡Tendría ahora inconveniente el señor marqués en decirme quién le ha aconsejado jugar sobre *Rayon d'Or*?

—Pues... nadie, master Bowel. Desconfío siempre de los datos que se dan misteriosamente al oído y no hago caso más que de los que yo mismo me proporciono.

Por esta vez manifestóse incrédulo el inglés, pero ante la resistencia de su interlocutor no tuvo otro remedio que capitular.

—Doy mil gracias al señor marqués por su benevolencia, y le aseguro que estará satisfecho de mi... En cuanto á Hanstings, quedará relevado en seguida.

—¡Guárdese usted bien de hacer semejante cosal exclamó con viveza Daniel: no hallará usted otro mejor: conténtese con darle oportunas órdenes, pues demasiado sabe usted que siempre se ha ceñido á ellas y que hace todo cuanto usted quiere.

—El señor marqués será obedecido.

—Está bien: yo arreglaré su asunto de usted con el barón.

En el momento mismo en que el inglés iba á hacer un movimiento para salir de la estancia, entró el ayuda de cámara de Condottier y le dijo con marcado aire de inquietud, que una señora deseaba hablar al señor marqués. Daniel interrogó al criado con la mirada, y á las mudas preguntas de su amo contestó haciendo un signo afirmativo.

—Puede usted retirarse, Bowel, dijo Condottier.

Y dirigiéndose al criado:

—¿Esperan en el saloncillo?

—Sí, señor marqués.

Y dejando salir al inglés, conducido por el criado, Daniel atravesó sus habitaciones en extremo preocupado y penetró en el saloncillo. Vestida de negro y cubierta por un espeso velo, hallábase allí sentada una mujer que se levantó no bien hubo entrado en la estancia el joven marqués. Llegóse hasta él con apresuramiento familiar y le dijo con voz breve:

—¡Á Dios gracias he podido hallarte!

—¿Eres tú, bien mío?—preguntó el marqués con galante apresuramiento, atrayendo hacia sí á la recién llegada y tratando de imprimir un ósculo á través del tupido velo.

Pero ella rechazó con dulzura y apartó bruscamente el velo, dejando ver el hermoso semblante de Luisa.

—¡Me falta la respiración!—dijo.

—¿Qué es eso, qué sucede?

—Todo lo más grave que pudiera sucederme.

Ya sabes que ayer me devolvistes una carta que por equivocación te había dirigido y que estaba destinada á mi esposo... Recordarás también mi turbación y mi cuidado, cuando me preguntaste riendo si había llegado mi aturdimiento hasta el punto de enviar á mi marido la que yo había escrito para ti... Pues bien, no te has equivocado... Ha recibido, en efecto, la carta á ti dirigida y me la ha devuelto ayer noche...

Tornóse grave la fisonomía del marqués y guardó silencio en actitud de meditar.

—No tengo necesidad de describirte la escena que se ha desarrollado entre él y yo... Todavía puedes ver en mí sus vestigios...

Y separando el alto collarín de su corpiño, mostró á Daniel las amoratadas huellas que las manos de David habían impreso en su mórbido y blanco cuello.

—¡Cómo! ¿Se ha atrevido? Exclamó Condottier.

Un relámpago fulguró en la mirada del joven, palideció ligeramente y estrechando cada vez más á Luisa contra su pecho, posó sus labios sobre la acardenalada piel de aquel cuello, que por su causa había perdido su uniforme y nitida blancura. Ante esta prueba de cariño, los ojos de Luisa se arrasaron de lágrimas y exánime y casi desfallecida dejóse caer en un sillón balbuceando:

—¡Ah! sí. ¡Es un milagro que me haya dejado con vida!

No refirió la oportuna llegada de su hija en tan terribles momentos: un resto de pudor la impidió hablar de aquella inocente delante de Condottier.

—Caro le van á costar sus violencias, exclamó con acento altanero el marqués. Tú me perteneces y no me hallo dispuesto á soportar que te martirice.

—Gracias, Daniel, interrumpió Luisa con dulzura, pero no es ciertamente su cólera la que me inquieta. Desde el momento en que he sobrevivido al terrible peligro del primer encuentro ya nada tengo que temer... Pero la tranquilidad y el aire reflexivo de mi esposo me parecen mucho más terribles que su cólera y sus amenazas.

—¿Y qué es lo que puede hacer?

—Separarnos, impidiendo de ese modo nuestro amor.

Al pronunciar aquellas palabras, los ojos de Luisa se fijaban en Daniel con desaliento. Había preparado aquella declaración como una prueba decisiva, para juzgar los grados de cariño del hombre á quien amaba. Durante la noche terrible que había seguido al regreso de su marido, había agitado en su mente con terrible sangre fría, las diversas soluciones que David pudiera dar á la situación y de todas ellas, una sola le parecía insoportable: renunciar á Daniel. Y precisamente, dicha solución era la que imponía con implacable lógica la actitud últimamente adoptada por su marido, pues al sacrificar éste su venganza ante la seguridad moral de su hija, tendría ella necesariamente también que sacrificar su amor, lo cual era lo mismo que pedirle la vida. Así, pues, deseando saber si su amante la adoraba como ella le adoraba, quiso ver la impresión que experimentaría Daniel al decirle que Herbelin trataría de separarlos. El marqués no vaciló un solo momento y dijo con una vehemencia que reaccionó el agitado espíritu de aquella desgraciada:

—Le desafío á que lo intentel

Reflexionó después un instante y con voz más reposada, aunque siempre con tono algo irritado:

—Además, ¿cómo se arreglaría para ello?

—Conduciéndome lejos de París.

—Tú no le seguirás. No ha nacido una mujer cual tú para vivir enterrada en una provincia.

Luisa movió la cabeza con aire pensativo, y respondió:

—Yo he nacido para adorarte, Daniel, y para nada más. El resto me importa poco y si tuviese la seguridad de verte como hasta aquí, iría contenta hasta el fin del mundo. Si deseo, en fin, permanecer en París, es porque tú vives en él, no por sus salones y grandes fiestas.

—Creo que de alejarte de París, será para llevarte á la Neuville, y en ese caso, yo iría á Montivilliers.

Luisa le miró tristemente diciéndole:

—La soledad llegaría á cansarte y no podrias al fin resistir al deseo de volver á tu acostumbrada vida.

—¡Cuán ligero me crees, Luisa; juzgo que te engañas, pero de todas suertes siempre me hallo dispuesto al sacrificio por complacerte.

—¿Al sacrificio?—preguntó Luisa con fisonomía que en vano trataba de hacer sonriente.

—Seguramente. De todos modos, todavía no ha llegado el momento de que tomemos las necesarias medidas para asegurar nuestra dicha; es preciso pensar antes en vivir, pues si tu marido ha renunciado á ejercer su venganza sobre ti, supongo que será todo lo contrario en lo que á mi respecta. Debo, pues, estar preparado para ponerme á sus órdenes, y quién sabe los resultados que puede tener nuestro encuentro.

—Si, ya sé que eres arrojado y valiente, pero en la presente ocasión no tengo que temblar ni por él ni por ti... Ni siquiera conoce tu nombre...

La fisonomía de Daniel expresó el desagrado que le causaba el saber que para Herbelin era un ser tan misterioso, que casi tenía las apariencias de ocultarse de él.

—No tengas cuidado, replicó sonriendo: un amigo cualquiera se encargará de abrirle los ojos sobre el particular... Los hombres, siempre tenemos un amigo para esos casos... ¡Y además, poco importa! Sucederá no más que aquello que deba suceder; pero de todos modos, mientras yo aliente, puedes en absoluto contar conmigo.

Aquellas palabras eran las que Luisa aguardaba con ansiedad, y su hermoso semblante, hasta entonces anublado por la inquietud se iluminó con un rayo de esperanza. Tendió una de sus manos al marqués, que éste se apresuró á cubrir de besos y se dispuso á partir después de dejar caer nuevamente el velo sobre su rostro.

—¿Me abandonas ya?—dijo Condottier con dulce galantería.

—Sí; no he podido escaparme más que por un momento. Piensa que las circunstancias son en extremo graves y que es preciso que tome todo género de precauciones, pues me hallo en este instante á la completa merced de mi marido.

—Ve, pues, amor mío, dijo el marqués con ternura. Por nada en el mundo quisiera complicar la situación en que te hallas; harto triste es ya para mí el no poderla aliviar.

—¡Qué bueno eres!—dijo Luisa, echándose en sus brazos, con los ojos bañados en lágrimas y apoyando su cabeza sobre el pecho de Condottier.

Después, le estrechó fuertemente contra su corazón y dijo con afligida voz:

—¡Dios mío, Daniel, si fuese esta la última vez que nos vemos!...

—¡Qué locural! ¿Por qué pensar en semejante cosa! ¿Qué voluntad mayor que la nuestra, podrá oponerse á nuestro amor? ¿Te hallas tú dispuesta á abandonarme? No; ¿No es cierto? Pues bien, aleja de tí toda inquietud: yo vivo aún, y aunque completamente resuelto á no dar muerte á tu marido, lo estoy también á no dejarme matar por él. Recobra, pues, el valor y tu natural lucidez, porque, en las proposiciones de arreglo que tu marido pueda hacerte, es preciso dejar de lado el sentimiento, y tú, que eres avisada, necesitas ver claro en todo aquello que pueda pasar entre ambos.

Luisa le miró un tanto sorprendida al hacerle aquella recomendación en el momento mismo de su partida, como presumiendo que por encima de las protestas de cariño, deseaba Condottier que dominasen en su pensamiento las ideas de interés material. Pero al verle tan bello, tan joven y sonriente, no dudó que era tan solo su dicha la que le preocupaba.

Una vez ya en la antecámara volvió á estrecharle nuevamente en sus brazos, como si temiera separarse de él para siempre, dióle un último beso y por fin, ahogando sus suspiros, salió, desapareciendo rápidamente por la escalera.

El marqués volvió á entrar con lento paso en su gabinete y tomando asiento en el mismo sillón desde el cual había oído momentos antes las expli-

caciones de Bowel, encendió un cigarrillo y se entregó por completo á la reflexión.

El accidente que turbaba sus relaciones con Luisa no le inquietaba lo más mínimo respecto á su responsabilidad personal. Sería, en suma, un duelo más sobre los muchos que había tenido; y para él, que era perfecto conocedor del terreno, la cosa no tenía gran importancia, pues no veía un gran peligro en cruzar su espada con la de un industrial como Herbelin. En lo que á la pistola respecta, si su adversario cometía la imprudencia de elegirla, sería á su costa y riesgo, pues sabiendo que dicha arma es la que por lo regular escogen los poco verosados en tales lides, y no queriendo ser blanco de un azar fortuito, no podría mostrarse generoso con su contrario y se vería precisado á tirar con presteza al propio tiempo que á afinar la puntería. No pensaba, por lo tanto, en lo que podría acontecerle, pero en cambio le preocupaba seriamente lo que podría llegar á ser de Luisa.

Jamás había tenido una querida más encantadora. Había hallado en Luisa, y de ello se mostraba justamente orgulloso, todo cuanto su exquisito y delicado gusto pudiera desear. Tan en extremo elegante como soberanamente bella, y tan rica como fastuosa, ofrecíasele envuelta en una atmósfera de indispensable lujo, al venir á verle íntimamente á su casa, proporcionándole además esto último una completa libertad de acción. Preguntábase, pues, con cierta inquietud en qué grado podría llegar á alterarse aquella hasta entonces perfecta situación, á causa de la crisis que acababa de surgir.

Haciase además las siguientes reflexiones de otro orden distinto: La pobre Luisa se halla violentamente agitada y hubiera sido imperdonable de mi parte el no comunicarle nuevo valor: sin embargo, si el dichoso marido se empeña en ello, aunque nos cueste en extremo, va á ser preciso separarnos... Digo, á menos que no sea ella la que tome el partido de separarse de él, en cuyo caso, todo puede arreglarse satisfactoriamente. Ese animal de Herbelin, tiene una gran fortuna, que ha ganado después de contraer matrimonio con Luisa, luego, son bienes comunes, y la mitad del dinero que las gentes bien informadas le atribuyen, puede constituir una renta muy decente para la mujer, y una vez libre, siendo como es rica y hermosa, Luisa tiene ante sí diez buenos años para poder gozar de una existencia deliciosa de la que yo participaré.—Y después del anterior razonamiento, Daniel llamó para que le vistiera, á su ayuda de cámara, con objeto de ir á almorzar con Rheinfeld.

David volvió á su casa á las tres de la mañana y se acostó en seguida para no hacer ver á los criados la turbación en que se hallaba su espíritu. Desde el momento en que había decidido vivir, era preciso que fuera de modo que en nada alterase sus anteriores costumbres. Revolviéndose en el lecho y con los ojos abiertos no hizo más que pensar en su dolorosa situación, y los primeros resplandores matutinos vinieron á sorprenderle sin que el sueño hubiera podido rendirle. Hallábase no obstante estropeado por la fatiga, pero su po-

tente y robusto pensamiento pudo más que el abatimiento y cansancio de su cuerpo.

Levantóse al dar las siete y pasó á su gabinete donde la correspondencia del día anterior le aguardaba todavía. Llamó, como todos los días y se hizo servir una taza de té. Tomó un ligero alimento, tanto para recuperar las perdidas fuerzas, como para que el vacío de su estómago no influyera de un modo pernicioso en su cerebro, y con una imponderable pujanza de voluntad, se puso á trabajar como de costumbre y á leer sus cartas, aguardando la hora en que había decidido ver de nuevo á su mujer. A las diez hizo llamar á su secretario, al cual entregó la correspondencia y envió en seguida á preguntar si la señora estaba en su cuarto.

Volvió el criado para anunciarle que la señora, que acababa de salir, había manifestado estaría de vuelta á las once. La frente de David se contrajo al pensar que Luisa había ido á casa de su amante para concertarse con él, y una mortal melancolía se apoderó de su corazón. ¡Cuán triste era para Herbelin haber perdido por completo la confianza, verse obligado á que el menor acto llegase á infundirle sospechas, y á desconfiar hasta de los más banales pensamientos; hallarse en fin, aislado en su propia casa, como un enemigo en extranjera tierra! ¡Ahl cuanto trabajo le costaría plegarse á la dura ley de la necesidad, él, que no sabía ocultar nada de lo que esperaba ni de lo que temía, y que hallaba en la confidencia un aumento para sus alegrías ó un consuelo para sus penas! En

adelante tendría que ser frío, duro, y acallar todo género de expansiones, tanto por no desmerecer ante sus propios ojos, como para no entregarse de nuevo á la mujer que nada representaba ya para él en el mundo, después de haberle manejado á su antojo.

¿Podría conseguirlo? A veces, lo dudaba, y vuelto á la desesperación de los primeros momentos, era tal el desfallecimiento en que caía, que llegaba á preguntarse si no sería preferible la muerte antes que soportar semejante existencia. Pero entonces la dulce y llorosa imagen de Cecilia pasaba ante sus ojos, y cogido nuevamente entre las dentadas ruedas de su implacable destino, hacíase cargo de que ya no se pertenecía, que no le era posible disponer de sí propio y que antes de pensar en su reposo, debía de asegurar la dicha de su hija. Después de esta reflexión recobraba un tanto la perdida calma, pero por mucha que fuese su resolución en aquel primer momento, no por eso dejaba de sufrir horriblemente.

Abrióse á las once la gran puerta de entrada, y oculto tras una cortina Herbelin vió á Luisa atravesar el patio. Vestida de negro y con un tupido velo que ocultaba su rostro, su ademán era tranquilo y reposado, cual si se hallase ya acostumbrada á aquellas salidas furtivas. En efecto, tanta tranquilidad, que revelaba una práctica de todos los días, encendió de nuevo la cólera de Herbelin, y con el corazón queriéndosele salir del pecho, dirigióse á las habitaciones de su mujer. Penetró en el gabinete y vió á Luisa sentada como el día an-

terior, al lado del costurero. Le aguardaba sin duda alguna. Púsose vivamente en pie apoyándose con fuerza en dicho mueble, y tratando de aparentar una tranquilidad que no tenía, pues David, observó en ella un ligero temblor, por más que su semblante manifestase el mismo aire altanero de siempre. Aproximóse Herbelin é invitándola con un gesto para que se sentara, recostóse en la chimenea y dijo esforzándose para hablar lentamente con objeto de dominar su emoción:

—La explicación que he tenido ayer con usted, me ha parecido incompleta, pues aunque en ella le indiqué en conjunto mis intenciones, nada la pregunté sobre las tuyas. Podría por mi parte imponer desde luego un plan de conducta, pero á más de que dudo obtuviera de usted aquello que precisamente no le convenga hacer, no quiero imponerla mi voluntad más que en un solo punto, sobre el que la prevengo será intransigente hasta el último extremo. Más tarde se lo daré á conocer; por el pronto quiero, deseo arreglar otras condiciones, y sobre todo, dirigirla algunas preguntas. ¿Tiene usted inconveniente en contestarlas?

Luisa respondió con frío acento y con una calma aterradora:

—Puede usted interrogarme.

—¿He dejado jamás de tener hacia usted todo género de miramientos?

—No, señor; nunca.

—¿La he contrariado en sus gustos, en sus aspiraciones y aun en sus caprichos?

—No.

—¿No he hecho cuanto posible ha sido para darla toda la felicidad que desear pudiera?

—Sí.

—¿No tiene usted á su lado hace dieciséis años una niña que hubiera debido ocupar en su corazón todo el sitio, que sin duda mi poco valer dejaba vacío?

Esta vez no contestó Luisa: agitáronse sus labios y las lágrimas brotaron á sus ojos. ¿Era que se despertaba en ella el sentimiento materno, ó era que la conmovía la humildad de aquel hombre al cual tan duramente había maltratado?

Herbelin prosiguió:

—Me atrevo á interpretar su silencio como una confesión. Pues bien; tratada como lo ha sido usted por su marido, á la par que adorada por su hija, qué es lo que la faltaba y qué es lo que ha ido á buscar fuera de su casa?

Luisa con el corazón oprimido continuó guardando silencio.

—Vamos, responda usted, replicó Herbelin con acento de autoridad. Quiero saber lo que es usted, en quien desde ayer he descubierto una nueva mujer y deseo saber á qué atenerme. A falta de honradez, me parece que es usted franca. Dígalo usted todo, pues no creo que sea el pudor que se lo impida. ¿Qué locura más fuerte que el afecto y la ternura de nuestra hija y que el respeto que á sí misma se debiera, la ha impulsado á usted á sacrificarlo todo?

—Lo que hasta aquí ignoraba, lo que tiene más fuerza que el deber, que la fe, que la

misma muerte, lo que sólo es algo en la vida. ¡el amor!

Aloir estas palabras un terrible dolor desgarró el corazón de Herbelin, pero no sintió cólera hacia aquella mujer á la que con tanta pasión había amado y á quien no había sabido hacer partícipe de ninguna de sus embriagueces. Maldijo, sí, la injusticia de la Naturaleza que, por desgracia de la raza humana, no ha ligado de inseparable modo el amor á la posesión, y que permite á la mujer ser esposa y madre sin haber conocido el goce. Así es, que á pesar de hacerle un daño terrible la locura que impulsaba á Luisa á confesar su crimen con tan atroz cinismo, fué lo bastante dueño de sí propio y lo suficientemente generoso para juzgarla menos culpable. Quizás la amaba aún, no obstante sus faltas, y trataba de figurársela menos culpable de lo que en realidad era.

—Según eso, continuó, ¿pretende V. darme á entender que su conducta seguirá siendo la misma, y que abriga V. la intención de subordinarlo todo en lo porvenir á ese nuevo afecto?

Luisa no contestó. Hubiérase dicho que el esfuerzo que había hecho para confesar intrépidamente su falta había agotado toda su energía.

Herbelin volvió á tomar la palabra diciendo:

—Demasiado debe V. comprender que si hablo tan friamente con V. es porque pretendo obtener decisivas concesiones en cambio de mi moderación. Presumo que no me juzgará como á un marido complaciente, y se hallará plenamente convencida de que, si en obsequio de mi hija trato

de evitar el escándalo, aún á costa de mis más legítimos derechos, me encuentro también en el caso de exigir de V. las suficientes garantías, tanto para el presente como para el porvenir.

—¿Y qué garantías son esas?

Contrajéronse los labios de David, como si las palabras que iba á pronunciar le produjesen un profundo asco.

—La ruptura de sus relaciones con...

No tuvo la necesaria fuerza para decir: con su amante. Las fuerzas comenzaban á agotarse y la desesperación se apoderaba nuevamente de él al sentir agitado su espíritu en medio de tanta infamia. Sintió temblar todo su cuerpo, cerró los ojos cual si tratara de apartarse de tal cúmulo de horrores, y entre el zumbir atronador de sus oídos oyó á su mujer pronunciar las siguientes terribles palabras:

—¿Para qué comprometerme á una cosa que no estoy segura de cumplir? Ya no dependo de mí misma y estoy dispuesta á abandonarlo todo á la menor señal, al menor llamamiento.

David abrió entonces los ojos é irguió su hasta entonces abatido cuerpo. Toda su honradez asomó á sus pupilas en una llamarada de justa indignación, y exclamó levantando el brazo en dirección de la puerta:

—Entonces, puesto que es así, salga V. en seguida.

Inclinando humildemente la cabeza, dispúsose Luisa á obedecer del mismo modo que una hipnotizada ante el mandato de otra voluntad más fuer-

te que la suya. Guiado por un resto de piedad, David exclamó:

—Acuérdese V. de que es la casa de su marido, la de su hija, la que abandona por la de un extraño cualquiera.

Luisa no respondió, pero se detuvo; de tal suerte en aquella decisiva fase de su vida, la menos presión ejercida sobre su inquieto ánimo podía hacerla vacilar.

Herbelin continuó:

—Antes de que me abandone V. para siempre debo de ponerla al corriente de ciertas cosas: no tiene V. fortuna, pues su padre, que no tenía confianza en mí, hizo que nuestro matrimonio se verificase bajo el régimen dotal y con completa separación de bienes... Así pues, su escaso dote y la herencia de sus mayores es lo único con que puede contar si abandona V. a su hija... Reflexione un momento tan sólo antes de hacer tamaños sacrificios materiales por un hombre cuyas intenciones desconoce...

Ante esta insinuación, que fué á herir su pensamiento, atravesándole como una flecha, estremeciéndose Luisa con violencia, y volviéndose hacia su marido, le dijo con áspera voz:

—¿Qué dice usted?

Apercibióse David que iba ganando terreno, y tratando de aprovecharse de ello, afectó un aire glacial, diciendo:

—Sencillamente lo que va V. á oír: que la mayor parte de los hombres, si bien es verdad se muestran solícitos hasta la exageración hacia toda

mujer rica, halagando su vanidad y su egoísmo, pierden una gran parte, si no toda, de esa solicitud, tratándose de una mujer pobre, desde el punto en que estas últimas, no tan sólo no les proporcionan ventaja alguna sino que, por el contrario, les ponen á veces en embarazosa situación. No se acomoda el placer en el mezquino marco de un triste hogar, y es siempre el abandono la inmediata consecuencia producida por el descontento en el ánimo de un vividor burlado en sus esperanzas. Luisa, créame V. y no corra hacia la más segura desilusión: haciéndolo será desgraciada.

—Pues bien, dijo Luisa resueltamente, ese será el modo de que quede V. vengado.

—Sí; pero no es eso lo que yo quiero.

—¿Entonces, que es?

—Quiero defender á mi hija y salvarle á V. misma, respondió David juntando las manos en actitud suplicante. No se trata ya de mí, ni yo cuento para nada, pero escúcheme por favor y vea usted que al perderse sacrifica también á su hija... ¿Qué será de ella una vez que su madre haya partido, Dios sabe dónde, ni cómo hacerla saber tampoco tan terrible abandono? ¿Cómo explicarle por qué ni por quién? ¿No comprende V. que su corazón manará sangre y que la pureza de sus pensamientos se verá salpicada por el lodo de la infamia? No, no cometa ese crimen, pues la juro por mi honor que la primera falta que V. ha cometido nada significa al lado de la que piensa V. cometer. Puede una mujer engañar al marido, es infame, sí, pero se comprende; pero que una madre aban-

done á su hija, es imposible, es ir contra las leyes de la misma Naturaleza, y va, en fin, más allá de lo que marcan los límites de la razón!... La trataré á V. del mismo modo que si no hubiera cometido la más pequeña falta; en fin, en nuestra hija, en su hija de V. es en la que debe pensar y no en ese miserable que ha turbado su espíritu y cuya perniciosa influencia leo en este momento en sus ojos. Vamos, Luisa, un poco de dignidad y un poco de valor. ¿Será V. capaz de echarse de ese modo en brazos de un hombre, y sabe V. además, por ventura, si él la acojerá en ellos? ¡Loca, que no ve que llegaría á ser insoportable carga para él!... ¡Ah! conozco perfectamente el corazón humano y no tardará mucho en abandonarla!

Herbelin acababa de hierla en lo más vivo, así es que le contestó friamente:

—Eso lo veremos.

Al verla tan dura, tan sombría y tan rebelde, experimentó David un nuevo acceso de furor y cogiéndola por el brazo y arrojándola en medio de la habitación, exclamó:

—¡Miserable!... decididamente vale más que yo te mate antes de que nos deshonres á todos!

Ambos se miraron frente á frente durante algunos momentos, exhalando por sus ojos el aborrecimiento y la ira de que estaban poseídos. En el intervalo de algunos segundos, creyóse Luisa perdida para siempre al ver la terrible resolución de Daniel pintada en su rostro; pero éste se separó vivamente de su lado diciendo:

—¡Concluyamos! salga V. inmediatamente. Ese

será su mejor castigo, y por lo menos no habré sido yo quien se lo haya impuesto.

Luisa pasó ante él, abrió la puerta y penetró en sus habitaciones. Poseído de mortal agonía oyó la David abrir y cerrar cajones para tomar sin duda algunos objetos de su pertenencia; vió cómo atravesaba el vestíbulo, y un instante después la puerta de la calle se cerró pesadamente á su paso. Luisa acababa de desertar de su casa y abandonaba á su marido y á su hija por ir en busca de un amante.

David permaneció inmóvil algunos momentos y sin escuchar otra cosa que el silencio. Parecía que se desgajaba una parte de su ser y que éste se paralizaba bruscamente. Miró, sin embargo, en torno suyo y se cercioró de que aquel salón era el que él estaba acostumbrado á habitar, pero se había verificado allí un cambio tan terrible que apenas si lo reconocía. La que lo animaba con su presencia había desaparecido.

Creía soñar y se decía á sí mismo que no era posible que aquella ausencia fuese definitiva. ¡Sí, murmuraba; ella reflexionará y no tardará seguramente en volver. Se calmará su espíritu y no persistirá en su fatal resolución cuando claramente aparezcan ante sus ojos las ventajas de la conciliación que la he propuesto... Tiene un carácter altanero y quizás he obrado mal al tratarla tan duramente, haciendo de ese modo más difícil su vuelta. Sí; era necesario no haberla humillado tanto y haber, por el contrario, dejado un resquicio que la facilitase nuevamente la entrada...

¡Dios mío, si no volviese!... ¡Si ese miserable que la ha arrastrado hacia el mal pretendiese robarnosla para siempre!... ¡Soy un insensato; con mis estupendas y desdeñosas teorías, ni siquiera sé quien es ese hombre, ni á dónde debo ir á buscarle!... Cendrín me lo hubiera nombrado ayer noche si yo hubiese querido, y fui tan imbécil que por echármelas de espíritu elevado no insistí en conocerle.

Por una extraña retroacción, presentáronse en un instante á su mente las ideas emitidas por su amigo la noche anterior, y pudo compararlas con las que él mismo había desarrollado ante Luisa momentos antes, y resultaban idénticas, es decir, llenas de mansedumbre y de perdón hacia la madre con objeto de salvar del abandono á la hija. ¡Bonito y admirable resultado habían dado las tales doctrinas! Nada le había concedido su mujer de cuanto él la pidiera, y es muy posible, además, que al verle tan rendido y tan prudente hubiese concebido hacia él irremediable desprecio... Luisa habría quizás aborrecido á un marido implacable y brutal, pero seguramente le hubiera respetado. ¿Qué podía esperarse de un pobre hombre que con las manos juntas baluceaba humildes súplicas? Tan sólo risa debía infundir. En suma, había resultado un Dandín debiendo de haber sido un Otello.

Al hacer todas las anteriores consideraciones, el furor de David no reconoció límites: halló que su indulgencia había rayado en lo grotesco y que debía haber dado muerte al amante y á la querida. De

ese modo, la sangre vertida hubiera lavado la mancha de su deshonor. Figuróse á Luisa ya en casa de aquel en cuya busca había ido, referirle, estrechándole entre sus brazos, el desenlace de la aventura y burlándose del beatísimo marido que le había abierto la puerta para que pudiera escapar con más facilidad... Al llegar aquí, los dientes de David rechinaron con fuerza y exhaló á gritos en medio de la soledad de aquel salón la dolorosa agonia moral que le devoraba. Injurióse á sí propio, y de repente y en medio de las profundas tinieblas en que vagaba su atribulado espíritu, surgió un punto luminoso, y en su centro la angelical y sonriente imagen de su hija, que aproximándose poco á poco hasta donde él estaba, parecióle que murmuraba á su oído: No, padre mío, no has hecho mal al ser indulgente; te ha impulsado á ello el acendrado amor que me profesas. No, no tan sólo no has rayado en lo grotesco, sino que has llegado á lo sublime, pobre padre mío, pues en los momentos más agitados de tu vida, sólo has tenido presente el interés de tu hija. Recobra pues la calma y la tranquilidad, y si somos tan desgraciados que aquella que debiera compartir nuestra existencia, nos abandona, estrechémonos uno y otro con más fuerza que nunca para llenar el oasis de su ausencia. Tú me amarás por los dos, y mi veneración hacia tí no tendrá límites al recordar que por mí has tenido la generosidad de perdonarla.

Ante aquella consoladora visión que le anunciaba lo que podía aguardar del porvenir, sintió David desvanecerse toda su cólera, y la seguridad de

haber obrado como debía tranquilizó no poco su razón. Respiró con fuerza cual si acabase de salir de un profundo delirio y postrado por el cansancio, aunque relativamente tranquilo, tuvo la necesaria fuerza para pensar en las medidas que debía tomar, con objeto de ocultar, siquiera por aquel día, la ausencia de su mujer. Necesitaba ante todo dar un pretexto cualquiera á Cecilia y pensando en él, dirigióse al aposento de su hija, prefiriendo tomar la iniciativa de una explicación ante el temor de no poder ocultar su turbación al hacerle aquélla, inesperadas preguntas.

Siguió un corredor y penetró en el gabinete de estudio, en el que Cecilia se encontraba á aquella hora todas las mañanas en compañía de su institutriz. Abrió la puerta y vió á la joven inclinada sobre la mesa, escribiendo con gran atención, en tanto que la señorita Pellegrin se ocupaba en bordar en un bastidor cerca de la ventana. Al ver á David, levantóse Cecilia apresuradamente y rodeando con sus brazos el cuello de su padre le dijo:

—¿Qué contenta estoy con que hayas venido á verme! Has hecho divinamente, porque estoy aquí dando vueltas á una lección de botánica que me está sacando de quicio... ¿Tú que lo sabes todo, no podrías decirme, que es lo que quiere decir en substancia el sistema Candolle?

Herbelin contestó sonriendo:

—Es el sistema de las descendencias... Un poco antiguo por cierto; el sistema de Hooker y Bentham es mucho más moderno... Pero no tengo tiempo de explicarte ahora todo eso: esta tarde si quieres. He

venido tan solo para decirte que tu madre ha salido desde esta mañana y que probablemente no habrá vuelto todavía á la hora de comer, á causa de una venta pública de caridad, y como quiera que también se vende por la noche, es muy posible que se quede con las señoras, protectoras de esa obra benéfica.

—¿De modo, que va á estar todo el día fuera de casa? preguntó tristemente Cecilia. ¿Pero tú no me dejarás sola, no es verdad?

—No, hijita mia, respondió David con voz un tanto agitada. Hoy y siempre, sabes que puedes contar conmigo.

—Eso está muy bien. Entonces, me explicarás algo sobre Candolle?

—Sí, sobre Candolle, y Jussieu y Linneo. ¿Quieres más?

Cecilia le besó repetidas veces con ternura y Herbelin la devolvió aquellos besos con una efusión casi nerviosa, apresurándose después á abandonar la estancia, pues sentía que las lágrimas acudían á sus ojos.

Luisa, una vez fuera de su casa, había errado á la ventura llevando en su mano un saco de cuero que contenía sus alhajas y el dinero que poseía. Había pensado en asegurar aquellos recursos, que aunque encerrados en tan pequeño espacio representaban un gran valor, pues con ellos podía vivir seguramente dos años sin privarse de nada y sin tener que estar á expensas de nadie. Llegado que hubo á la plaza de Eylau, reflexionó que no debía ir á pie por más tiempo sin correr el riesgo de en-

contrarse con alguna persona conocida que la detuviese é interrogara á su paso y deteniéndose ante una parada de coches, subió en uno de éstos, haciéndose conducir al hotel Continental. Creía que en aquel inmenso albergue, verdadero dédalo de pasillos, escaleras y ascensores, se hallaría más segura que en ninguna otra parte, hasta tanto que llegase á tomar una decisiva determinación. Se apeó del coche en la calle Castiglione, pagó al cochero y entrando en el hotel por la puerta de la calle de Rívoli con el tranquilo continente de una persona que va de visitas, llegó hasta el despacho del gerente y pidió una habitación.

—Mi equipaje llegará en todo el día de hoy: en este saco están encerradas mis alhajas y algunos valores, que ruego á usted guarde en su caja.

Antes de entregar el saco, tomó de él algunos billetes de banco y se hizo inscribir en el libro registro, bajo el nombre de: señora Lebarbier, de Lyon. Después, precedida de un mayordomo, encargado de hacerla ver las habitaciones que había disponibles, eligió en el tercer piso una de aquéllas, compuesta de un salón y una alcoba cuyos balcones daban frente al jardín de las Tullerías. Ya sola, abrió uno de los balcones y apoyándose en la barandilla, esparció la mirada en torno suyo y respiró con deliciosa libertad el aire tibio y embalsamado de la mañana. Parecíale que salía de una prisión, que gozaba de su primera hora de libertad, y que el azul del cielo, las espesas hojas agitadas por el céfiro y el gorgojo de los pájaros posados en las ramas de los copudos árboles, tenían una pureza

y exhalaban una ternura desconocida hasta entonces para ella. Ni una sola vez cruzó por su pensamiento la idea de los desgraciados seres que dejaba tras sí. Hallábase por fin, en una de esas horas en que la razón desaparece por completo y en que las criaturas obran entregadas á su propio instinto.

El reloj de su aposento al dar las doce la hizo salir de su éxtasis y observar que el tiempo transcurría como siempre. Sentóse cerca de la mesa que ocupaba el centro del salón, y abriendo un cartapacio sacó una hoja de papel sobre la que escribió las siguientes líneas:

«Querido Daniel, ven sin perder instante al hotel »Continental: pregunta por la habitación de la señora Lebarbier.—LUIZA».

Cerró la carta, escribió las señas en el sobre y llamó. Un momento después, entró una doncella y Luisa la dijo entregándole el billete:

—Que lleven inmediatamente esta carta, y si no se hallase en su casa la persona á quien va dirigida que vayan á buscarle donde se encuentre.

—Está muy bien. —¿No almuerza la señora?

—Que me suban té y unos emparedados.

Durante dos horas vivió Luisa como sumergida en una especie de lúcido sueño, durante el cual, su inconsciente imaginación la condujo hasta los dominios de la más acabada fantasía. Volvió por fin á la realidad de las cosas al abrirse la puerta de su aposento, en cuyo dintel apareció el marqués de Condottier.

—¡Cuanto te agradezco, Daniel, el haber venido

tan pronto! Dijo Luisa dirigiéndose hacia él con los brazos extendidos.

—No me hallaba en casa y han tenido que buscarme; de otro modo ya estaría aquí hace rato. Pero sepamos ante todo qué es lo que sucede. Tu carta me ha alarmado en extremo. ¿Se ha presentado alguna otra nueva complicación?

Hablaba Daniel con la prudente tranquilidad de un hombre á quien nadie asusta y que no quiere tampoco dar un paso en falso. Sus miradas escudriñaron el salón para ver si hallaba algún indicio que le hiciera comprender algo de aquella situación, que presumía era grave. Luisa no le hizo languidecer mucho tiempo y atacó de frente la cuestión, diciendo:

—Momentos después de separarme de tí, he tenido una explicación decisiva con mi marido. Entre ambos la ruptura es completa é irremediable, y he abandonado su casa para no volver á ella jamás.

Daniel cogió la mano que Luisa le tendía y besándola con más galantería que cariño, le respondió:

—Creo no habrás dudado un momento del amor que te profeso... Sabes que te amo profundamente y que me hallo dispuesto á todo género de sacrificios para probarlo así.

Luisa le mostró su agradecimiento estrechando la mano de Daniel entre la suya. Después le condujo hasta el canapé, donde le hizo sentar á su lado.

—Es una hospitalidad bien triste la que hoy

te ofrezco, pero mañana todo habrá cambiado.

—¡Qué importa eso! dijo Condottier, lo esencial para mí es verte, tenerte á mi lado. Tu presencia embellece todo aquello que te rodea... Pero, vamos á ver, hablemos seriamente, las circunstancias así lo exigen. Deseo saber en primer término qué es lo que ha sucedido y cuáles son tus proyectos; al abandonarte á mí, tu misma confianza me proporciona una especie de autoridad moral sobre tus acciones... Debo velar por tu seguridad... Así, pues, contéstame: ¿Qué esperas, qué temes y cuáles son tus esperanzas?...

—Nada espero, nada temo y abrigo toda clase de esperanzas, querido Daniel, si tú me pertences por completo.

—Preciso es hacerte la justicia, dijo Daniel riéndose, de que tus explicaciones son tan claras, que no dan lugar al equívoco. ¡Qué mujer, Dios mío! Nada hay que se te oponga. Sin embargo, querida Luisa, ¿estás segura de haber reflexionado lo bastante, antes de llevar á cabo un acto tan grave como éste?

—Debí reflexionar el día mismo en que fui tuya, dijo Luisa con febril entonación, pues data de entonces mi locura; pero en los momentos actuales lo más prudente, lo más leal y lo más digno que me resta hacer, es regularizar en lo posible lo irregular de mi situación. Me repugnaba el engaño, la doble posesión me producía inexplicables náuseas, y el cotidiano mentir iba haciéndose, por último, imposible para mí. Me encuentro hoy

menos culpable, menos degradada que ayer, al no engañar la buena fe de nadie con falsas apariencias de rectitud y de honradez. Podré ser pasto de la crítica de las gentes por haber recobrado mi libertad, pero al menos no me entregaré como hasta aquí á mi propio desprecio.

—¡Ahl cuán encantadora locura la tuya! respondió Condottier con dulce acento, atrayéndola hacia sí y rozando con su sedoso bigote los negros ojos de Luisa, que se estremeció de placer al contacto del joven.

—Tienes una manera de arreglar las cosas, continuó el marqués, que aunque exclusivamente tuya, no es ciertamente de lo más razonable. Mi deber, como amigo cariñoso y sincero es decírtelo así. Te preocupas en demasía de tu propia estima, sin preocuparte para nada de conservar la de los demás, lo cual sería mucho mejor. No vivimos en una isla desierta, querida Luisa; nos hallamos por el contrario rodeados de gentes, á las que es preciso no olvidar, y que no tendrán, sin duda alguna, la indulgencia que tú misma tienes, para esa franqueza de que blasonas. No se deben romper lanzas con la sociedad... Y, cuanto más falsa sea la situación, se debe de tener tanto más cuidado en no herir la pública opinión... Si, ya veo que haces gestos negativos y que crees que te hablo como pudiera hacerlo un viejo sabio y prudente... Es muy posible que tu marido te haya dicho otro tanto, lo cual no me sorprendería, porque no le sería posible defender su propia causa sin apoyarse en los mismos argumentos en que yo me apo-

yo... Es, en una palabra, el mismo tema, desarrollado de la misma exacta manera.

—Puedes decir cuanto quieras, dijo Luisa moviendo melancólicamente la cabeza. No llegarás á convencerme.

—No trato de convencerte, dijo Condottier, pero sí de iluminar tu razón. Es para mí un deber de conciencia, pues no quiero que puedas decir dentro de seis meses, ó de seis semanas: ¡Ahl ¡si yo hubiera sabido lo que iba á acontecer!... No; quiero yo decírtelo antes, y al hacerlo así, te doy una indudable prueba de cariño, pues tengo que combatir en este momento con mis propios deseos para probarte que tengo razón, y una vez probado, quizás te alejes de mí.

—No temas eso, Daniel; te amaré más, por el contrario, pues ya no hay más que tu voluntad ó la mía que puedan separarnos.

—La tuya tan sólo, amada Luisa, pues desde el momento en que una mujer hace un sacrificio tan completo como el que tú pretendes llevar á cabo, el hombre objeto de ese sacrificio la pertenece por completo.

—¿Para qué, entonces, todos esos razonamientos? dijo Luisa, dirigiéndole una acariciadora mirada. Nadie ni nada se opone ya á que seamos felices sin el menor obstáculo.

—¿Así, pues, no quieres oír mis consejos?

—No, prefiero mil veces tus caricias.

Daniel no se lo hizo repetir, y durante brevísimo instante dieron al olvido, ella sus tristes recuerdos y él su inquieta curiosidad.

—Puedes pensar, dijo Luisa apoyando su cabeza sobre el hombro de Daniel, que no abrigo la intención de permanecer largo tiempo en este tabuco... Desde mañana mismo voy á ponerme en busca de un hotel en el barrio de los Campos Eliseos, y una vez encontrado, allí me instalo... ¿Tú me ayudarás á buscar, no es cierto?

—Bueno, pues que así lo desees... Pero, dime, ¿has derivado el Páctolo?

—¡Oh! dijo Luisa con acento de gozo. ¡Tengo mucho dinerol cien mil francos líquidos y además mis joyas que valen mucho. Con todo eso podré muy bien tirar un año... Después... después estoy tranquila, mi marido no permitirá que carezca de lo necesario...

—¡Eh, que sé yo! dijo secamente Condottier. No es seguro, pues si te ama, lo más probable es que te corte los viveres para obligarte á volver á su casa.

—El no es capaz de eso; te repito que no querrá que yo esté en una situación angustiosa, pero volver á vermé, jamás. Es una verdadera desgracia que yo no haya amado nunca á David, pero no por eso dejo de apreciar su carácter en lo que vale.

El marqués dijo entonces con forzada sonrisa:

—¿Por ventura estamos aquí para celebrar sus virtudes?

—Lo mejor que podemos hacer, replicó Luisa, es no volver á hablar de él.

—Esa es mi opinión, dijo Condottier con aire pensativo; y añadió después de dar algunos pasos por la estancia:

—¿De modo que has venido hasta aquí sin titubear y con toda tu fortuna bajo el brazo, como el filósofo griego?... ¿Presumo que aguardarás también tus baules?...

—No, no aguardo nada. Todo cuanto he traído estaba al alcance de mi mano; de no haber sido así, también lo hubiera abandonado. No tengo más que el vestido que llevo puesto.

—¿Y qué vas á hacer?

—Ir dentro de unos instantes á los almacenes del Louvre y comprarme todo lo que necesite. Como me corre mucha prisa, todo lo compraré hecho. No quiero dirigirme á mis habituales proveedores, porque sería lo mismo que anunciar de repente á todo Paris lo que sucede...

—Ya ves, dijo Daniel, como desde los primeros momentos se ponen de manifiesto los inconvenientes de tu situación.

—Así lo esperaba, y no ignoro, además, que van á hacerme blanco de sus murmuraciones todos los desocupados de Paris... Bien es verdad que no pienso permanecer en él durante los primeros meses; con eso daré también tiempo á los obreros para que decoren y amueblen mi nueva morada. Deseo viajar... ver tierras y países que no conozco y que no he podido nunca visitar á causa de los dichosos negocios... ¡Pero lo que es ahora!...

Luisa se aproximó entonces á Condottier y continuó, apoyando el brazo sobre su hombro:

—¡Qué placer sería para mí, Daniel mío, poder recorrer contigo toda Italia!... ¡Ambos libres y dueños uno de otro!...

Pero como advirtiera que el joven plegaba ligeramente el ceño, se apresuró á decir:

—¡Tan sólo durante algunas semanas!... ¡Serían las más dulces, las más felices de mi vida!... ¡No es verdad que no te negarás á ese deseo?

El marqués, que había adoptado una actitud bastante fría, mordióse ligeramente los labios y dijo haciendo un verdadero esfuerzo:

—Seguramente que no.

El tono de aquella respuesta era tan distinta de lo que ella esperaba, que á pesar de haber puesto su voluntad en condiciones de no ver más que el lado bueno de su nueva situación, sintió Luisa que un ligero sudor invadía todo su cuerpo, y que su corazón se oprimía hasta el punto de producirle una especie de vértigo, durante el cual no vio más que sombras en torno suyo. Por vez primera la duda había penetrado en su alma, pero como quiera que se hallaba dotada de singular energía, en vez de cerrar los ojos á la evidencia los abrió cuanto pudo, con objeto de asesorarse de la verdad. Las palabras pronunciadas por su marido acudieron entonces á su mente, y preguntóse presa del mayor sobresalto si podría ser ya inoportuna á Daniel. Veíale distraído, sombrío y pensando, quizás, en cosas que no la quería decir, y sin embargo, apenas si había transcurrido una hora desde el momento en que ella le anunciara que se entregaba para siempre á él. Quiso, pues, conocer el fondo de aquel turbado pensamiento y se aprestó á llevar á cabo su empresa.

—Te estaré tanto más reconocida por consa-

grarme el tiempo que te he pedido, dijo mirándole con fijeza, cuanto que sé es para tí uno de los más preciosos... Sí, porque precisamente este es el mejor momento de las carreras, en las que sin duda alguna hubieras brillado... ¡Pobre Daniell!... ¿No lo echarás de menos, dí?

A pesar del descontento que no podía ocultar, respondió Daniel:

—¿Qué mérito sería el mío si no te sacrificase nada?

—¿Pero qué va á decir el barón de Rheinsfeld, ó mejor dicho, qué va á hacer al verse privado de su mejor consejero?

—Pues nada, que se quejará amargamente y perderá mucho dinero, pero en cambio tú estarás satisfecha y eso es lo que importa.

El reconcentrado acento con que Condottier pronunció aquellas palabras, desmentía la cariñosa dulzura que en vano había tratado de darlas. Era, por otra parte muy dueño de sí mismo, á la par que perfectamente educado, para no contestar con galantería, pero la irritación que se iba apoderando poco á poco de él, al ver que así se disponía de su persona, era demasiado evidente ante los investigadores ojos de Luisa, que tembló á impulsos de la desesperación, y tuvo el presentimiento de una catástrofe en la cual iba á naufragar su existencia toda. Levantóse ante ella el espectro del abandono y el Daniel tierno, generoso y caballeresco que adoraba y en el cual había depositado su confianza hasta el punto de abandonarlo todo por él, tornóse de repente en otro Daniel, egoísta, seco é

interesado, incapaz de llegar al sacrificio por una mujer, y prefiriendo á todo y en toda ocasión sus placeres, caballos y queridas, sin importársele un ardite la dicha y el honor destruidos por su causa. Haciendo una espontánea evocación de todas cuantas opiniones había oído formular sobre el hombre á quien amaba, elevóse ante ella una especie de concertadas maldiciones que nada tenían de calumniosas, y á tal punto llegó el insoportable dolor que experimentaba que, tomando una atrevida resolución, llegóse á Condottier, y cogiéndole la mano, le dijo fijando en él una mirada irritada:

—Daniel, siempre he tenido instintiva repulsión hacia todo aquello que no es franco, sincero y leal. Desde hace un instante existe entre los dos como una especie de espesa nube que me oculta tus verdaderos sentimientos y la sinceridad de tus designios. Si me amas, como dices, proporcióname la mayor prueba de cariño que pueda esperar de ti; dime toda la verdad.

El joven palideció y bajó los ojos: retrocedió ante la atroz idea de confesar ante aquella mujer enloquecida por mentidas esperanzas, que no debía contar con él y que no tenía tampoco ni gusto ni tiempo para ocuparse de su porvenir; así es que trató de ganar tiempo, diciendo:

—Te equivocas Luisa querida; si adviertes en mí más gravedad que de costumbre, es porque me hago cargo, tanto de tu situación como de la mía propia. Buena prueba de ello, es que desde el primer momento, te he señalado todos sus inconvenientes y todos sus peligros...

—Así es; no me has hablado de otra cosa. ¡Del interés, siempre del interés, ni un solo instante del amor!

—Debia hacerlo así...

—Si hubieras pretendido hacerme volver al lado de los míos, dejándote en paz para siempre, á buen seguro que no hubieras empleado otro lenguaje.

Al sentirse tan por completo comprendido y tan atrocemente desenmascarado, cedió por completo Condottier á la exasperación que desde hacía una hora minaba su espíritu y dijo con voz insinuante:

—¡Quién sabe si no te hubiera hecho un favor, y quién sabe también si no es lo mejor que pudieras hacer!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, sintió su alcance y trató de atenuarlas, pero Luisa no le dió tiempo para ello, diciéndole con feroz vehemencia:

—¡Acabo de leer en el fondo de tu corazón! y he visto todo lo que en él se alberga... ¡He ahí lo que es usted, he ahí lo que quiere!... ¡Y por un hombre así, se pierde, se sacrifica y se deshonra una mujer!... ¡Es lógico, si; en tanto que el placer no proporciona responsabilidad alguna, se continúa gozando de él hasta la saciedad, pero si es preciso mostrarse desinteresado, generoso, hacer, siquiera sea un pasajero sacrificio, pagando con él un cariño que no tiene otro sentimiento que el de no poder dar más de lo que ha dado, entonces es cuando llega la hora de la retirada, de la fuga!... ¡Oh! no lo niegue usted! He visto, he comprendido y todo se ha acabado... Abrigaba obscuras dudas

y acabo en este momento de aclararlas... ¡Ha caído usted por completo en el lazo!...

Irguióse furioso el marqués al sospechar que había sido juguete de Luisa y exclamó balbuciente:

—¡Señora, no comprendo lo que quiere usted decir!

—Pues voy á explicarme, contestó Luisa con el corazón palpitante, trémulas las manos y transportada de furor por la terrible decepción que acababa de sufrir. Para mejor apreciar el valor de su cariño hacia mí, he simulado el abandono de mi hogar y usted ha sido lo suficiente imbécil para creer que yo podría salir de mi casa, como he salido, con las manos vacías. Después de la dolorosa escena que he tenido con mi marido á causa de usted, confieso que he abrigado la idea de abandonarlo todo para venir á echarme en sus brazos, pero antes de hacerlo, necesitaba convencerme de sus disposiciones y ya las conozco. Es usted uno de esos hombres siempre dispuestos al placer y nunca al deber; sin corazón, porque hacía usted traición al mío y sin un talento superior desde el momento en que se ha dejado caer en el lazo que le he tendido. ¡Ese es su verdadero retrato, señor marqués de Condottier!

Daniel se mordió los labios, sobre los que se dibujó después una forzada sonrisa y dijo recobrando su acostumbrada serenidad.

—No la creía á usted capaz de tanto disimulo; y me inspira usted verdadera admiración, extrañándome, lo confieso, que una mujer tan seria como usted haya venido á caer con tanta facilidad en el adulterio. Veo que ha sido usted víctima de

su temperamento, pero ya vuelta en sí, hay grandes probabilidades ahora para que no cometa más tonterías, pues por raro privilegio, ha podido mirar al fondo del abismo antes de precipitarse en él. Aprovechese de la experiencia adquirida y no se aproxime más á su orilla. Los hombres protegidos por la buena fortuna en amores, no son ciertamente los llamados á mostrar el camino de la virtud á la mujer, amante de aventuras, y aprovechan cuantas ocasiones puedan presentárseles sin intentar siquiera dar la menor lección de moral á las hermosas que locamente se les entregan. Sin embargo de esto, si las mujeres que se echan en brazos de un amante, supieran de un modo exacto lo que éstos piensan de ellas, se consagrarían seguramente á sus deberes y no faltarian en adelante á ellos. Ha representado usted una comedia, bastante bien por cierto, señora, pero como quiera que soy un buen aficionado, y que admiro además el talento allí donde le encuentro, no la guardo el menor rencor. Acabaré por fin esta discusión diciéndola con entera franqueza lo que hace un momento había usted adivinado en el fondo de mi pensamiento: vuelva usted á su casa y no intente volver á salir de ella. Dice usted que me conoce muy bien, yo también la conozco, y puedo asegurarla que aparte de alguna que otra locura, es usted una mujer honrada, nada á propósito para la vida del placer. Durante algún tiempo nos hemos hecho partícipes de nuestras mutuas fantasías y hemos cambiado nuestras aspiraciones; perdonémonos, pues, recíprocamente y sepáramonos sin rencores ni violencia.

Y al decir esto, trató de tomar la mano de Luisa, pero ésta, después de rechazarle, arrojóse sobre el canapé, herida de muerte por el dolor y la vergüenza, entregándose en medio de sus sollozos á la más profunda desesperación, sin cuidarse para nada de la presencia del hombre que la había asestado un golpe tan cruel y deseando con toda su alma al sentirse perdida, que la muerte la sorprendiera allí mismo, para acabar de una vez con tan horribles torturas.

Miróla el marqués sin acertar á comprender lo que pasaba, pues la orgullosa extratagema de Luisa le había engañado por completo, y dijo con acento compasivo:

—Vamos, Luisa, sea usted razonable...

Y al observar que no hacía ningún movimiento, abismada como se hallaba por el dolor y vertiendo abundantes lágrimas, decidióse á alejarse de aquel sitio.

Cuando Luisa se incorporó sobre su asiento, con el rostro bañado en llanto, hacía más de una hora que Condottier había partido.

La pesadez que sentía en su cabeza y el desfallecimiento que se había apoderado de todo su ser apenas si la permitían moverse, y al observar que se hallaba sola en el cuarto de un hotel, exhaláronse de su pecho profundas quejas y la realidad de su situación apareció ante sus ojos de implacable modo. Durante aquella hora que acababa de transeurrir, excudriñó con incalificable amargura todo el pasado y no tuvo otro remedio que juzgarse á sí propia con terrible severidad, pues en aquel naufragio de la

vida ella era la sola y única responsable. Su marido había tratado de salvarla, sin que ella quisiera oír sus prudentes consejos, y su hija había pretendido atraerla con inequívocos y desesperados esfuerzos de cariño, que ella había desdeñado, como también había desdeñado sus caricias.

En una hora pues, de imperdonable demencia, había sacrificado, cegada por un falso espejismo de amor, su honor, su reposo y la dignidad y la dicha de aquellos nobles y dignos seres.

¿Cómo volver los ojos hacia su esposo, después de los inútiles ruegos que la había dirigido? ¿Cómo presentarse tampoco ante su hija, que en aquellos momentos debía ya saber su precipitada marcha? Una decisión como la que Luisa había tomado, no tenía otros caminos que seguir que el de la felicidad ó el de la muerte, y ya que el primero huía ante su paso no había otro remedio que decidirse por el segundo. Así lo pensó aquella desgraciada, libre por completo de fiebre y no aconsejada por la cólera ó por la desesperación. Así pues, friamente, con el pensamiento lleno de lucidez, herida mortalmente en su orgullo, y desconsolada por la pérdida de los bienes que había despreciado, reflexionó que el único remedio que la quedaba era el de desaparecer para siempre del mundo de los vivos.

Y una vez esa sentencia, contra sí propia pronunciada, decidió ponerla en ejecución en el más breve plazo. Llamó para pedir la cuenta, y en tanto que la doncella volvía, sentóse delante de aquella misma mesa y se sirvió de aquel mismo papel que le había servido para llamar á su aman-

te, lleno su corazón de locas ilusiones, y escribió á su marido anunciándole su fatal resolución. En aquellos momentos, que para ella eran los últimos de su existencia, no pudo contener sus lágrimas, que cayeron sobre el papel como dolorosas gotas de rocío, y sintió su corazón atarazado por el remordimiento, por el mal que había causado á aquel hombre tan bueno, tan generoso y tan leal. Su mano permanecía inerte sobre el papel que continuaba mostrando su tersa blancura porque: ¿Qué podría decir á David, ni cómo explicarle tampoco lo que su alma sentía? Una vez más venió en ella el orgullo al sentimiento, pues no dejó hablar al corazón y retrocedió ante la idea de confesar su desastre final. Por fin, oprimiendo la pluma de un modo convulsivo entre sus dedos, escribió lo que sigue:

—«Adiós David, veo, aunque demasiado tarde, que he aventurado mis pasos por una senda fatal...»
 »Salgo de ella con la muerte. Perdóname y haz mis veces al lado de nuestra hija.—Luisa.»

Cerró la carta, y después de pagar la cuenta y de recoger el saquillo que contenía sus alhajas, salió por la calle del Rívoli y siguió la verja de las Tullerías hasta llegar á la plaza de la Concordia. Al encontrarse en dicho sitio pensó que no era conveniente guardar en su poder el antedicho saco, y decidió entregarlo en el Círculo para que se lo remitieran á Pérignon. Dirigióse, pues, al conserje del Círculo, diciéndole:

—Entregue usted este saco al coronel Pérignon de parte de la señora Herbelin.

—Muy bien, señora; ahora mismo se le entregará, precisamente el coronel está en el Círculo.

Luisa saludó y salió. Hallábase más desembarazada y sin otra carga que la de su propia existencia. Volvió á cruzar la plaza, atravesó el puente, encaminó sus pasos hacia el Palacio de Borbón, contemplando el agua que se deslizaba con rapidez por entre los arcos del puente, y se dijo: ¡Esa es mi tumba!... Se hizo, no obstante, cargo de que no podía entregar su cuerpo á la corriente en pleno día y á la vista de los transeuntes, sin exponerse á que la retiraran con vida de entre las aguas y á provocar, por lo tanto, una escena horrorosa á la par que risible. Eran las cinco, y dos horas más tarde podría poner en práctica su idea sin el menor cuidado. Acortó el paso para no fatigarse en demasía, y siempre fija la vista en la verdosa y ancha cinta de movidas aguas formada por el Sena, que iba ensanchándose poco á poco entre los altos malecones de piedra; concluyó por detenerse como poseída de extraña fascinación.

Permanecía inmóvil hacia un instante apoyando ambos codos sobre el parapeto y muy ocupada en apariencia en seguir los movimientos y maniobras de uno de esos vaporcillos que transportan pasajeros, cuando sintió que una mano se posaba dulcemente en su hombro. Volvióse con presteza y vió con profundo terror que se hallaba frente á frente del profesor Cendrin. Éste la dijo con acento imperativo:

—¡Cómo es eso, señora, usted sola y en este sitio!

Luisa trató de disimular su turbación y balbuceó:

—¡Ah! ¿Es usted amigo mio?... Me ha sorprendido usted... Estaba mirando...

No se sintió con fuerzas para proseguir, y presa de la mayor inquietud, creyó que Cendrin leía en el fondo de su pensamiento todas cuantas ideas bullían en él, pues el sabio fijaba en ella su penetrante mirada. En efecto, sin separar la vista ni un sólo momento de la mujer de su amigo, y haciendo uso de una autoridad por todos conceptos extraordinaria, asió el brazo de Luisa, lo apoyó en el suyo, y la condujo en dirección á los Inválidos al propio tiempo que la decía:

—Se encuentra usted muy lejos del barrio en que habita y ausente también de sus ordinarias ocupaciones; nada se opone, supongo, á que se aleje usted por completo del centro en que habita, acompañándome unos instantes... ¿Consiente usted, no es cierto?... Salgo en este momento del Instituto y me dirijo á mi casa.

Luisa le siguió sin hacer la menor resistencia, débil y tímida como una niña, y prosiguieron en silencio su camino durante algún tiempo. Llegado que hubieron á un sitio por el que no transcurría apenas nadie, preguntó á Luisa el doctor, lanzándola una escrutadora mirada:

—¿En qué pensaba usted cuando la he encontrado?

Luisa no respondió. Cendrin movió la cabeza y dijo con tono verdaderamente afectuoso:

—Las ideas que se agolpaban en esa cabeza no

debían ser nada buenas, desde el momento en que no quiere ó no puede confiármelas. Debe usted saber, sin embargo, que no ignoro ciertas cosas, y para probárselo así y para darle mayor confianza, la diré que su esposo estuvo anoche en mi casa después de separarse de usted.

Los ojos de Luisa se abrieron desmesuradamente, palidieron sus mejillas y ahogando un sollozo que la ahogaba y que pretendía salir de su pecho, dijo con voz entrecortada y señalando con la mano las tristes y profundas aguas del río:

—Cuando usted me ha encontrado, buscaba un sitio solitario y tranquilo donde morir.

Cendrin pareció no conmoverse y dijo después de pulsar á Luisa con su diestra mano:

—Se halla usted dominada por la fiebre, es necesario que se tranquilice, y la ruego me permita conducirla hasta mi casa, donde podremos hablar con entera libertad y á nuestro gusto, pues, ya lo vé usted, esta enorme cartera repleta de papeles que llevo bajo el brazo me molesta en extremo. Por otra parte, tampoco podría usted llevar á cabo sus designios á esta hora del día. Además, la prometo que si después que hayamos hablado persiste usted aún en sus proyectos, yo, que he sido siempre de opinión de no torcer ninguna voluntad manifiestamente bien dirigida, escogeré en mi laboratorio un admirable tóxico, y unas cuantas gotas serán lo bastante, no tan sólo para que se realicen sus propósitos sin experimentar el menor sufrimiento en sus últimos instantes, si que también para sustraer á sus restos del natural

horror que siempre causan las averiguaciones judiciales.

—Gracias, doctor; es todo cuanto podía esperar, contestó Luisa sonriente.

Llegaron por fin á la avenida de la Bourdonnais. Cendrin, después de abrir con llave la pequeña puerta de entrada, hizo subir á Luisa por una escalera particular que conducía á su laboratorio y abrió el gabinete en el que hacía tantos años vivía en amigable consorcio con la ciencia.

—Entre usted, y la ruego deponga en el dintel de esa puerta todos sus escrúpulos. Aquí se han analizado y juzgado todas las flaquezas humanas y siempre hemos hallado el perdón para ellas. El estudio y la experiencia nos han demostrado de un modo hartamente claro cuán poca es la responsabilidad de nuestros actos, así sean los más culpables, y me hallo, por lo tanto, dispuesto á prodigarla mis cuidados. Si no pudiese llegar á curarla, la compadecería por lo menos sinceramente.

Luisa, que había tomado asiento en un ancho sillón, dijo moviendo la cabeza con aire de duda:

—Si en efecto conoce usted mis faltas, debe usted saber que son imperdonables.

—Ya es algo el que se juzgue usted tan severamente á sí propia, dijo Cendrin con acento de bondad. ¿Pero, quiere usted decirme cuál es la falta que sólo pueda expiarse por la muerte? Por mi parte, no conozco ninguna.

—Las hay, sin embargo tan graves respondió Luisa con dolbida voz, y tienen para los que las cometen y para los suyos, tan desastrosas conse-

cuencias, que hacen intolerable la existencia después de haberlas cometido.

—Es porque no tienen el valor de repararlas, arguyó gravemente Cendrin.

—¿Y si no fuera posible?

—No hay nada que pueda ser completamente irreparable, excepción hecha de la vida, y preciso es confesar que en el orden moral, existe mucho mayor mérito en reparar, que en no cometer una falta. Al decir esto, no es que hable mal de la virtud, pero camina ésta no pocas veces en compañía de la impotencia. Todos los que sienten dentro de sí todas las energías del mal y conocen su exquisito sabor, tienen mucho más mérito ante los ojos de las gentes, si poseen la suficiente fortaleza para huir de él, que aquellos otros que por no haber caído en la tentación conservan la neutralidad de la virtud.

—Trata usted en este momento de alentar un tanto mis esperanzas y le estoy en extremo reconocida por tanta bondad. Se conduce usted como un verdadero y dulce amigo, cuyo nombre bendeciré al exhalar el último suspiro por los consuelos que me ha prodigado, pero sus argumentos no me convencen, y la única resolución que debo tomar es librar para siempre de mi presencia á los que tanto he hecho sufrir.

—¿Y cree usted que al obrar como usted pretende no sufrirán más que lo que sufren en estos momentos?

Estremeciéndose Luisa y sus mejillas se cubrieron de vivo carmin:

—¿Por ventura cree usted que todavía puedo ser algo para ellos?

—Señora; una hija siempre debe esperar algo de su madre, y siendo esto así, ¿no cree usted también que la madre puede llegar á obtener el perdón de las faltas cometidas por la mujer?

—¡David no me perdonará jamás! ¡No puede perdonarme! exclamó Luisa recordando con desesperación su loca conducta.

—Sentado ahí, en ese mismo sitio que usted ahora ocupa, la había á usted ya perdonado anoche, logrando por mi parte arrancarle el olvido de la injuria del mismo modo que deseo obtener de usted que renuncie á sus designios.

—¡Ahl Ayer, á pesar de la indignidad de mi conducta era mucho menos culpable que hoy, después de resistirme á sus súplicas. Dice usted que me había perdonado... No lo ignoraba, pues David me rogó de rodillas que no abandonase nuestro hogar ni nuestra hija; en cambio yo, he desoido sus ruegos, no he llegado á comprender su grandeza de alma y he salido de aquella casa para no volver á ella jamás... ¡Ya ve usted que no me queda otro recurso que la muerte!

—Vamos á ver, dijo Cendrin, ábrame por completo su corazón y refiérame usted todo cuanto hoy ha sucedido.

Y Luisa hizo en efecto la narración de su terrible aventura con sincera y absoluta franqueza. Nada omitió y hasta hubiérase dicho que al acusarse, como lo hacía, experimentaba una amarga satisfacción. Cendrin, con los codos apoyados sobre la mesa

y sosteniendo entre sus manos la espaciosa y reflexiva frente, escuchaba sin decir una palabra, como si no se extrañase de ninguna de las desdichas morales que pudieran referirle. Fijaba sus perspicaces ojos, llenos de tierna melancolía en aquella desgraciada mujer, y parecía que con aquella mirada de compasión media todo el abismo de la humana debilidad. Al propio tiempo, en aquel vasto aposento, alumbrado tan solo por los oblicuos rayos de un sol poniente, iba poco á poco extendiéndose una tenue y pálida sombra que envolvía á la culpable y al juez en una atmósfera de silencioso recogimiento.

Parecía á Luisa en aquellos momentos, que su ser había sufrido misteriosa y súbita transformación y que si hubiese respirado antes aquella atmósfera, saturada de clarividente virtud, no se hubiese apoderado de su mente ninguna culpable idea. Poco á poco su desesperación fué perdiendo en intensidad, debilitándose á la vez el poder de la resolución por ella adoptada y sintiendo que hallaba acogida en su alma la mas santa de las resignaciones. Cuando cesó en su narración, Cendrin permaneció inmóvil y pensativo cual si todavía estuviera oyendo sus palabras. Mirábale Luisa con temor aguardando á que pronunciase su sentencia, pues en ella tan solo se cifraba desde entonces el porvenir de aquella infeliz mujer.

Levantóse Cendrin de su asiento y con los brazos cruzados sobre el pecho acercóse á Luisa diciendo:

—Su conducta de usted ha sido verdaderamente culpable en alto grado, pero en medio de su des-

gracia, ha tenido usted asimismo no poca suerte al tropezar en su camino con un hombre, modelo de cinismo. Si el marqués de Condottier hubiese obrado con menos brutalidad y no hubiera levantado sin reticencia alguna el velo que ocultaba su infame proceder, quizás usted no habría dudado en seguir una senda, cuya salida podía ofrecer grandes dificultades. Gracias, pues, á la brutal franqueza de ese hombre, se ha detenido usted en su camino; todo queda, pues, materialmente hablando, en el terreno en que antes se hallaba colocado, y nada se opone por lo tanto á que vuelva usted sobre sus pasos. Imite usted la conducta de su esposo que todo lo ha pospuesto al interés de su hija, pues es bien cierto que en estos naufragios conyugales, el cariño de los padres hacia sus hijos es un supremo medio de salvación, la balsa en que el atribulado viajero se apresura á ganar la deseada orilla. Cuando la vida no ofrece ya juveniles alicientes, es un deber interesarse por los niños y ser con ellos caritativo y afable; demasiada es su desgracia, al venir á este mundo, en el cual se hallan, porque se les ha traído, y eso solo constituye para ellos el derecho de que se les proporcione la mayor suma de dichas posible. Así lo ha comprendido David, quien no hubiera hecho uso de una tan amplia filosofía si no se hubiera tratado más que de usted. He ahí la explicación de su conducta: el derecho del hijo, le ha dictado el deber que para con él tiene, y diga usted lo que quiera, no lo desmentirá un solo momento.

—¿Qué me ordena usted que haga?

—No ordeno, dijo sonriendo Cendrin, la aconsejo que vuelva á su casa.

—Sin embargo, ya he escrito á David, diciéndole que todo había concluido para mí y que...

—Me atrevo á creer que todavía no habrá recibido esa carta, que le causaría ciertamente una profunda emoción... No pierda usted tiempo; son las seis y antes de veinte minutos puede usted hallarse de vuelta en su casa...

—¿Y si no quisiera recibirme?

—Juro á usted que la acogerá nuevamente... Respondo de ello.

—¡Dios mío! No me atrevo á presentarme ante su vista.

—¿Quiere usted que yo la acompañe?

—¡Ah! ¡Cuán bueno es usted!

—Vamos, pues, dijo Cendrin tomando su sombrero, que al entrar había dejado sobre una silla.

Ya en la calle, subieron en un carruaje después de haberle dicho al cochero que los condujera á la calle de Lisboa. Al llegar á la plaza de la Concordia tuvieron que detenerse ante el incalculable número de coches que al regresar del bosque de Bolonia dificultaban no poco la circulación. Cendrin, con objeto de sacar á Luisa de la dolorosa meditación en que se hallaba, la dijo:

—Ni siquiera se hace usted cargo de que todo París desfila en este momento ante nuestra vista. ¡Qué van á pensar de mí si por casualidad cualquiera de mis compañeros del Instituto llegase á verme acompañando á una mujer hermosa!

—Todo lo pensarían, excepto la verdad, respon-

dió Luisa. ¿Quién podría imaginarse que la mujer que lleva usted al lado vive porque así lo ha exigido usted de ella?

—¿Lo siente usted?

—No. Es tan débil el espíritu, que apenas tomamos una resolución violenta vemos cuán difícil es el llevarla á cabo. Mil lazos de cariño, antes desconocidos, nos contienen, y creo que los que atentan contra su vida lo hacen llevados de un movimiento irresponsable, ó bien ayudados por un valor sobrehumano. Así es, continuó Luisa, bajando los ojos, que ahora que me ha hecho usted entrever la salvación, no sé que sería de mí si no se realizarán sus esperanzas...

—Nada tema usted, dijo Cendrin tomando la mano de Luisa. Respondo de David como de mí mismo, pues desde hace treinta años que nos conocemos, no se me ha escapado ni uno solo de sus pensamientos. Sé perfectamente lo que hará, porque sé de un modo preciso también lo que el deber le aconseja hacer. ¡Ahl desgraciadamente no ha adivinado usted cuán sutil y delicado es el espíritu de ese hombre, quizás porque ha sido lo suficiente tímido para no revelárselo; pero sea como quiera, esas falsas interpretaciones son á veces causa de terribles desdichas. Con toda su inteligencia, su marido de usted es un ser tan inocente como sencillo, y si ha esperado usted de él las elegantes delicadezas de una afección á la moderna, debe usted haber sufrido un rudo desengaño, porque es tan incapaz de poderla ofrecer lo que llamaré el relumbrón y falso atavío del

amor, como tampoco esperarlo ni exigirlo de usted, pues no es hombre á propósito para divertir á una mujer con galantes atenciones ni con fútiles y variadas coqueterías. Sin embargo de esto, que se presente una circunstancia cualquiera, la más difícil, y verá usted á ese mismo hombre presto á sacrificarse, y proporcionando con su conducta la más absoluta confianza á todos aquellos que de él necesiten. Ya sé que podrá usted decirme que las circunstancias que revisten cierta gravedad no se presentan á cada paso y que, por el contrario, las ocasiones de mostrarse galante son, por así decirlo, cotidianas, pero precisamente por sacrificarse á esas futilidades se llega un día al rebajamiento conyugal, á que la autoridad del marido se debilita, á que la esposa pierda por completo la dignidad, á que los hijos se aprovechen para emanciparse, de la ruptura de los lazos de la familia y, por fin, á que de compromiso en compromiso y de error en error, llegue la sociedad al más completo abatimiento y todo un pueblo á la más exagerada decadencia; que es, ni más ni menos, al estado que hemos llegado en Francia por su demasiado bienestar, su mucho lujo y su excesivo delicado gusto... Pero veo que hablo á usted como si me hallase en una conferencia y la ruego me perdone. Hoy he actuado de pontífice todo el día en el Instituto, y sin duda, llevado por la fuerza de la costumbre, volvía á hacer lo propio dentro de este coche. ¡Qué quiere usted! en realidad, los hombres de ciencia no son ni más ni menos avisados que los otros; tienen, á

tenemos la pretensión de poder explicarlo todo, pero no es siempre seguro que lo consigamos.

Después añadió riéndose:

—Había empezado por hablar bien de David y he concluido por decir pestes contra la sociedad. Retenga usted tan sólo la primera parte de mi discurso y tómese el trabajo de estudiar á su esposo, pues la aseguro que descubrirá en él admirables condiciones. Entre tanto no tiemble usted así ante la idea de hallarse en su presencia.

Llegó el coche al término de su destino; apeáronse y penetraron en la casa, no sin que Luisa investigase antes con la vista el aspecto de aquella morada, que era la suya. Nada de extraordinario se ofreció á sus ojos. El conserje, que se hallaba en la portería, descubriose con respeto como de costumbre, y el ayuda de cámara dijo, al propio tiempo que abría la puerta del vestíbulo:

—El señor coronel Pérignon ha mandado el saco de la señora... Se le ha entregado al señor.

—Está bien, balbuceó Luisa, cuyo corazón latía con violencia, pues el envío de aquel saco podía ser para su marido una revelación de sus proyectos.

—¿Está en casa el señor? preguntó Cendrin que veía palidecer á Luisa.

—El señor está en su cuarto.

—Bueno, yo iré delante, respondió el sabio, y después de estrechar la mano de Luisa, encaminóse hacia el gabinete de David.

Hallábase este último sentado en una butaca y no hizo el menor movimiento al oír abrir la puerta

del aposento. Sabía que su hija no entraba jamás allí á aquellas horas y no se cuidaba de que pudieran hacerlo los demás.

Sobre su mesa de despacho hallábase el saco de cuero enviado por Pérignon y la correspondencia de la tarde, aún sin abrir, esperaba también en su sitio. Por la primera vez en su vida descuidaba David sus habituales ocupaciones. ¿Cuánto tiempo hacía que se hallaba entregado á sus tristes reflexiones? Un tinte lívido cubría sus mejillas, y sus ojos, ardientes y febriles, se hundían á causa del sufrimiento en sus cóncavas y profundas órbitas. ¿En qué pensaba en aquel momento?... Quizás en la fugitiva, pues su entrecortada respiración y sus temblorosos labios indicaban que hacía esfuerzos inauditos para contener las lágrimas.

Al posar Cendrin una mano sobre su hombro se estremeció, volvió vivamente la cabeza, enrojecióse su rostro y se puso de repente en pie. Permaneció algunos segundos frente á frente de su amigo, presa de la más terrible agonía y sin atreverse á hacerle una sola pregunta por el temor de llegar á saber alguna lúgubre noticia y comprendiendo demasiado que la presencia de Cendrin tenía una importante significación. Por fin, exclamó con feroz violencia:

—¿Vienes á anunciarme su muerte, no es cierto?

—No, contestó el sabio, tranquilízate, aún vive.

El suspiro que desde el fondo de su corazón exhaló David, dió á conocer á Cendrin el estado de ánimo de aquel desgraciado.

—¡Pobre amigo mió! dijo con acento de tierna compasión. ¡Cuánto has debido sufrirl!

—Si, ¿pero habla, dime qué hace, dónde está? replicó Herbelin con agitación casi convulsiva. El envío de ese saco hace dos horas me ha hecho presentir su muerte... ¡Ah! ¡Qué terribles instantes he pasado, siempre en espera de la más espantosa noticia! Si, he sufrido mucho, mucho, Cendrin, y es preciso sin duda que yo sea un gran culpable para merecer tan crueles sufrimientos.

El sabio movió la cabeza, diciendo:

—Todo es pura injusticia sobre la tierra, pero afortunadamente no ha sucedido lo que tú con tanta razón temías. La casualidad ha hecho que encuentre á esa desgraciada mujer en el momento decisivo y que consiga volverla á la razón y obligarla á vivir...

Daniel se arrojó en los brazos de su amigo, diciendo:

—¡Qué bueno eres, Cendrin, qué bueno eres!

—¿Y tú, vas á serlo también? dijo el sabio mirando con profunda fijeza á Herbelin.

—¿Qué es lo que exiges de mí?

—Que olvides.

—No, eso es imposible, contestó Herbelin, haciendo un ademán de protesta.

—Por lo menos, haz como si fuera así.

—Haré todo cuanto la piedad me aconseje.

—Sea. Es más de lo que la culpable podía esperarse.

—¿Dónde está?

—Aquí.

—¿La has traído contigo?

—Si. Confiaba por completo en tu buen corazón.

—Así, pues, ¿tú no me desprecias ni me juzgas cobarde porque me muestro indulgente? exclamó Herbelin con los ojos arrasados en lágrimas.

—No, David, dijo Cendrin tendiéndole su mano, y con una emoción que no trataba de ocultar. Te quiero y además te estimo porque eres un hombre excelente y honrado!

Permanecieron un instante en silencio, hasta que Herbelin sacudiendo la cabeza como para arrojar de ella las ideas que le asediaban, dirigióse hacia la puerta del salón y se encontró en presencia de Luisa, que, de pie y con el sombrero puesto, parecía aguardar á que su marido la permitiese permanecer allí ó bien la ordenase partir. Cendrin se llegó hasta donde ella estaba y la condujo después ante David. Éste pronunció con reposada voz las siguientes palabras:

—Ha hecho usted bien en volver, y se lo agradezco.

Volvióse entonces Cendrin hacia Luisa como para decirle: Ya ve usted que tenía razón. Y salió después de estrechar la mano de Herbelin.

Ambos esposos quedaron solos, y entonces Luisa, pensando en que había sido absuelta sin haber antes sido juzgada, dijo movida por el delirio de confesarlo todo, y con la mayor humildad.

—No quiero que me juzgue usted mejor de lo que soy, pues no he vuelto á esta casa llevada de los impulsos de una idea razonable, no; la desesperación es la que me conduce á ella. Ha sido us-

ted demasiado buen profeta esta mañana, al anunciarme que el desengaño llegaría para mí en un período más ó menos breve, y en efecto no se ha hecho esperar. He podido leer en el fondo del egoísmo humano y he visto lo que se puede esperar de las promesas y juramentos; entonces, revolviéndome ante tantas infamias, hastiada de mi propia indignidad, y no pudiendo ya contar con el hombre por el cual todo lo había sacrificado, ni siéndome ya dable pensar en volver los ojos hacia usted, pensé que tan solo la muerte podía ser mi único refugio, y escribí á usted una carta en demanda de perdón, pues en aquella suprema hora, comprendía cuán abominable había sido mi conducta y cuán generosa la de usted. Cuando ya me preparaba á llevar á cabo mis propósitos, me halló su amigo de usted y me prometió obtener su perdón: he visto después cuán bien le conocía, pero no quiero que ignore usted nada de lo que puede ayudarle á formar sobre mí una opinión definitiva. No he sido criminal hasta el fin, porque no he podido serlo: vivo aún porque usted así lo quiere, y no permaneceré aquí, si después de haberle expuesto todo cuanto acabo de decirle no me ordena usted que no salga. Ahora, decida usted lo que quiera.

David no vaciló un solo momento y contestó con segura voz:

—Lo que acaba usted de revelarme, en nada altera mi determinación y sus culpas siguen siempre siendo las mismas. Todo cuanto ha sucedido después de su salida de usted de esta casa, á usted

sólo atañe, á usted sólo concierne. El interés de mi hija es el solo norte de mi conducta, y su ausencia de usted ha sido, á Dios gracias, bastante corta para que ella la ignore: eso me basta. Por otra parte, usted comprende que no puede lisonjearse de obtener jamás mi perdón, por el mal que tan injustamente me ha hecho, y nuestra vida en común no irá más allá del día en que nuestra hija contraiga matrimonio; importa por lo tanto, y siempre teniendo en cuenta la dicha de Cecilia, que vivamos en aparente buena armonía. Después de su boda, cada cual irá por su lado, pues el divorcio se ha instituido para estos casos y para gente como nosotros. No me juzgue usted tampoco mejor de lo que en realidad soy, pues la repito que toda mi indulgencia hacia usted proviene tan solo del amor que profeso á mi hija. No me lo agradezca, pues, pero trate en cambio de amarla un poco más de lo que la ha amado hasta aquí, si es que puede, con lo cual á más de hacerla completa justicia, la hará al propio tiempo más dichosa.

Luisa inclinó la cabeza en señal de asentimiento y murmuró:

—Será usted obedecido.

dió en el acto á la adquisición de la antedicha propiedad.

Cecilia habíase mostrado loca de contenta al saber aquel cambio de residencia, y su institutriz, la señorita Pellegrin se hallaba también muy satisfecha de salir de París. Respecto á Luisa, fué para ella un gran alivio el alejarse de un sitio, en el que sus menores pasos hubiesen sido espiados y comentados. Sus decepciones la habían sumergido en una especie de misantropía y ninguna otra resolución que la adoptada por su marido, podía cuadrar mejor á sus deseos. Encontró además un ameno entretenimiento y un momentáneo olvido á sus sombríos pensamientos, ahajando el antes casi desamueblado castillo.

David, como si nada hubiera acontecido entre ellos, la había encargado de la organización interior de la casa, haciendo lo posible por no revelar el menor cambio en su actitud, pues por nada en el mundo hubiera querido que Cecilia se apercibiera de ello, sirviéndole de poderosa ayuda la tímida reserva de que siempre había hecho uso para con Luisa. Encerrábase en la fábrica desde la mañana á la noche y tan solo se le veía en su casa á la hora de las comidas. En lo que á Cecilia respecta, llevaba la misma existencia de siempre, y expansiva y cariñosa con su padre en todas ocasiones, mostrábase con Luisa un tanto reservada é inquieta, como si presintiera algo de los misterios que se ocultaban dentro de aquel corazón inquieto. Todo cuanto David decía, era para ella palabra de Evangelio y ajustaba su opinión á la que su padre

V

El castillo de San Salvador, situado á dos kilómetros de la fábrica de la Neuville, es una vasta construcción, estilo Luis XVI, levantado en medio de un parque que mide próximamente diez hectáreas y que se refleja en las corrientes aguas del Lirón. Inhabitado hacia ya cinco años, adquiriólo Herbelin instalándose en él veinticuatro horas después con su mujer y su hija. Hacia ya mucho tiempo que las gentes de la comarca decían que aquel castillo estaba hecho que ni pintado para David, pero tenía éste entonces más que suficiente con el pabellón de la fábrica cuando iba á visitarla y no se hallaba muy inclinado á adquirir una propiedad, que su mujer, amante como la que más de la vida y del bullicio de París, habría de resistirse á ocupar. Al siguiente día de los desgraciados sucesos que de tal modo habían influido en la existencia de Herbelin, sintió éste la necesidad de abandonar París por otro sitio cualquiera que le permitiera vivir casi en completa soledad, y después de consultarlo con Luisa, proce-

emitiera sobre cualquier persona ó asunto respondiendo siempre á los argumentos que pudieran hacersele: «Esa es la opinión de papá.» Pero jamás decía lo propio, respecto á su madre.

Existía en el fondo de su alma una especie de protesta, contra el mal oculto desdén que desde hacia largo tiempo manifestaba Luisa hacia su marido, pues veía claramente que aquel hombre perfecto, no era amado como debiera serlo; así es, que el espíritu de justicia que reside casi siempre en el fondo de toda conciencia infantil, impulsábala á respetarle y amarle con mayor fuerza, llegando de este modo sin pensarlo, á separarse un tanto de su madre y á hacer más débiles los naturales lazos que las unieran. Podrían tener, por lo tanto, fácil explicación, atenuándolas hasta cierto punto las faltas cometidas por Luisa. Un poco más de tiránica ternura por parte de su hija, y algo menos de tímido recogimiento por parte de su marido, la hubieran detenido en sus locas ideas y mejor guardado en su hogar.

Todas estas reflexiones se hacía David cuando pensaba en su doloroso infortunio. Conservaba siempre un resto de bondad para excusar á Luisa en vez de aumentar las proporciones de su culpa, y llevado por su excesiva modestia decía á veces que nada tenía de extraño que un hombre como él, con quien la naturaleza no se había mostrado pródiga, siempre ocupado en absorbentes trabajos y sin aparato alguno seductor para conquistar el corazón de una mujer joven y bella, no hubiese conseguido atraerse de invencible modo el cariño

de la suya. Nada, pues, tiene de extraño que al propio tiempo que se quejaba amargamente por el mal recibido, compadeciese asimismo á la culpable.

Observábala con atención y extrañábase de su impasibilidad, que conservaba á toda hora desde el día que tuvieron la decisiva explicación que ya conoce el lector. Veíase bien á las claras que había decidido mostrarse tranquila, sencilla y deferente y que habría de continuar guardando la misma actitud en lo porvenir. Pero, ¿cómo podría saber David lo que pensaba?... Y ese, era precisamente el mayor de sus deseos, porque, cuando la veía con la frente serena, y apacible la mirada, ¿cómo averiguar el curso de sus ideas, ni cómo inquirir tampoco si en el fondo de aquel sér, se ocultaba la cólera, la pena ó la resignación? También ella había sufrido, pero por más merecido y justo que fuese aquel sufrimiento, las heridas causadas por éste, no podían haberse cicatrizado todavía, pues las suyas aún manaban sangre.

Cuando durante la noche permanecía sentada en un rincón de la estancia ocupada maquinalmente en bordar, ¿sería por acaso el recuerdo del hombre que tanto había adorado el que la sumergía en aquella especie de éxtasis? ¡Ah! ¡Poder penetrar en aquel cerrado y obscuro pensamiento y leer en él como en un libro los amargos recuerdos del placer perdido, las locas aspiraciones á nuevos voluptuosos placeres, el horror de la situación presente y la esperanza de una próxima libertad, hubiera aliviado de un gran peso á su fatigado espíritu y

podría hacerle saber por completo los sentimientos que Luisa guardaba en su pechol Deseaba, en fin, afirmarse en su compasión ó en su odio.

Y, sin embargo, había sido para él una verdadera dicha el no haber penetrado durante los primeros momentos en el misterioso pensamiento de aquella que vivía á su lado, al alcance de sus miradas y que no obstante eso, se hallaba moralmente tan lejos de él. Hubiérase aterrado ante el espectáculo que ofrecía aquel espíritu caído y revoltoso y se hubiera indignado mucho más al ver la falta de resignación en la mujer abandonada, que de la carencia de virtud en la que se había entregado á ilícitos amores. Porque no había que dudar que de Luisa se había apoderado primeramente la cólera, duramente humillada por un abandono anunciado ya por aquel mismo á quien ella abandonaba. El esfuerzo llevado á cabo para arrancarse á los lazos de la familia, había sido tan violento, como violenta y dura fué la reacción que más tarde se iniciara en aquel espíritu, tan por completo postrado, que abatida y falta de fuerzas para sustraerse á aquel decaimiento, decidió dejarse llevar por la voluntad de los que la rodeaban.

Buscaba siempre la soledad, y después del almuerzo, cuando David regresaba á la fábrica y que Cecilia trabajaba con la señorita Pellegrin, ó que ambas se dirigían campo á través rebuscando insectos y hierbas para su colección, Luisa bajaba al parque, hermoso macizo de árboles seculares, cortado por anchas avenidas, y rodeado por una valla cubierta de musgo, y siempre tapizada de trepadora yedra,

que separaba la posesión del bosque de la Neuville. Atravesaba el parque el río Lirón, festonado de verdes praderas, en las que multitud de rollizas vacas rumiaban tranquilamente la jugosa y fresca hierba. Reinaban allí la más reposada calma y el más recogido silencio, turbados tan solo por el murmullo del río, que, detenido á veces en su curso por enormes rocas hábilmente dispuestas, producía su ruido el efecto de misteriosa cascada. Muy cerca del estanque, á cuya orilla crecían los lirios dando al viento sus violáceas campanillas y se estrellaban las aguas formando plateada espuma, alzábase un kiosco en el que Luisa se refugiaba pasando en él la mayor parte del tiempo.

Llena el alma de profunda tristeza, tan descontenta de sí misma como de los demás y tan ávida como incapaz de recobrar la perdida calma, pasaba la mayor parte del día contemplando cual se deslizaban las nubes en el azulado cielo, escuchando el susurro del viento entre los árboles y respirando el aire saturado de las infinitas é impalpables partículas que el cercano salto de agua llevaba hasta ella. Y sin embargo hubiérase dicho que sus ojos nada veían de cuanto miraban, que sus oídos permanecían insensibles á todo rumor, y que vivía, en fin, en medio de aquel encantado Edén, sin gozar para nada de sus delicias. Devorábala el remordimiento, juzgaba que su castigo era poco proporcionado á la falta que cometiera y en la completa evolución que en sus sentimientos se verificaba, era tal el odio que dentro de su alma sentía hacia Daniel, que todos sus esfuerzos propendían á bo-

rrar para siempre de sus recuerdos la imagen de aquel sér cuya conducta había sido tan rastrera como vil.

En cambio, sentía hacia David un profundo agradecimiento por la bondad é inusitada grandeza de espíritu que había demostrado. Hubiera querido, sin embargo, que en el heroísmo de aquel hombre hubiese habido menos piedad y más cólera, pues para que su admiración hacia él fuese mayor, faltaba que éste hubiese puesto verdadero empeño en conocer al ladrón de su honor, manchando luego sus manos con la sangre de Condoctier: esta conducta la hubiera quizás horrorizado, pero la habría parecido verdaderamente heroica al propio tiempo, y no pasaría Herbelin ante sus ojos como un hombre indulgente y honrado, si, pero también algo común y nada romántico.

Preguntábase también á veces, si sería quizás el miedo el que impulsase á su marido á no conocer á su aborrecido rival y hasta llegaba á advertir cierto rebajamiento en la incomprensible impasibilidad hacia ella, de aquel mártir del deber paternal. De aquí, que se considerase asimismo menos indigna al ver que David no se mostraba lo suficientemente grande que el caso exigía, y que para no juzgarse tan humillada, presumiese que la afrenta sufrida no le había hecho gran mella, desde el momento en que vivía sin ignorar que existía todavía el hombre que se la había inferido y que quizás se burlaba de él después de haber obtenido un completo triunfo.

Agitábase, pues, dentro de aquel desorden de

ideas y sentimientos, sin abrigar la menor indulgencia para sí propia ni para nadie, llena de sombría amargura, ciega ante la realidad de las cosas y dispuesta, sin embargo, á reconocer la verdad. Hubiera sido para eso preciso, que se la hubieran demostrado, pues falseado su espíritu por un exclusivismo personal, excesivo á todas luces, no le era posible llegar por sí propia á tan deseada demostración.

Había adoptado como regla de conducta, el mostrarse dulce y afable en toda ocasión para con su marido y Cecilia, aceptando desde luego como bueno todo cuanto David decía y ejecutando sin replicar, el menor de sus mandatos. Ocupábase de su hija con tan esmerado celo, que era la admiración de los extraños, por más que, falto del resplandor que ilumina y del ardiente rayo de sol que vivifica, no podía engañar á Herbelin ni á Cecilia: cumplía, en fin, con un deber, pero sin ese entusiasmo propio de los grandes afectos, pues en realidad no existía una gran diferencia entre las meditadas atenciones de la madre y el retribuido celo de la señora Pellegrin.

Tal era el efecto que en Cecilia produjera el desvío de su madre, desde que pudo apercibirse, hacia ya dos años, del visible alejamiento de Luisa, de las continuas salidas de ésta y del inmoderado deseo que tenía en acudir á las fiestas del gran mundo, que concluyó por persuadirse de que ya no la quería como toda buena madre debe de querer á sus hijos, y su cariño, propendió, como es natural, á hacerse más intenso en lo que á su padre se re-

fería. A pesar de esto, cuando sin explicarse la causa de ello, vió que se tornaba triste, preocupada y amante de la soledad, prodújose en su alma repentino cambio que la inducía, llevada de instintiva piedad, á acercarse á aquella mujer cuyos profundos dolores no conocía, pero que á toda costa hubiera deseado aliviar. Tornaba, pues, en derredor de su madre, llena de natural timidez, del mismo modo que un perro castigado por su amo, vuelve hacia éste exento de todo rencor y dispuesto á prodigar sus caricias y á hacer nuevos actos de sumisión.

En esa nueva conducta de Cecilia, no veía otra cosa Luisa que la natural timidez, producto de la desconfianza que ella la inspiraba, y su amargura tomaba mayores proporciones, cuando se decía á sí propia con ruda franqueza, que el actual desvío de su hija, era la consecuencia lógica del ejemplo que ella misma había dado. ¿Por qué tenía que encontrar cariño en aquella niña, si no la había amado nunca como debiera?... Su pensamiento, producto siempre del cálculo, no veía otra cosa en el cariño que un prolongado cambio de afecciones y no podía comprender que se puede amar con el necesario desinterés para concederlo todo sin recibir ni exigir nada, en cambio de esas mismas afecciones.

Hasta el momento mismo de su trágica desventura, había recibido inequívocas muestras de cariño, sin que ella se hubiese ocupado en devolverlas: habiase deslizado su vida en medio de la adoración y de las adulaciones, y su padre, su esposo y sus adoradores todos la habían tratado como á una rei-

na, que cree hacer lo bastante dirigiendo una desdenosa sonrisa á su pueblo. Tan sólo Daniel había obtenido durante cierto tiempo algo más de lo que él concediera, y llegado el fatal momento, cayó el idolo envuelto entre las ruinas que el engaño de aquel hombre produjera. La lección no había sido sin embargo bastante instructiva, pues Luisa se obstinaba en maldecir las injusticias de la suerte. Ni por un solo instante recordaba que había tenido en su mano todos los elementos que pudiera apetecer para llegar á ser completamente dichosa, y continuaba, siempre vuelta la espalda á la realidad, encerrándose en sus dolorosos pensamientos y sin hacer alto para nada en la consoladora realidad que ante ella se presentaba.

Aquel deseo de soledad que alejaba á Luisa de todo el mundo proporcionó mayor independencia á Cecilia, que iba á sorprender con sus visitas á David cuando éste se hallaba ocupado en su laboratorio de la Neuville, y allí se entretenía también en cuidar el jardín que cultivaba siendo niña. Estaba situado dicho jardín dando frente á la dirección y bañado por la sombra de seculares tilos, cuyas ramas tocaban las ventanas del despacho de Herbelin, que no podía mirar sin profundo dolor hacia uno de los extremos de aquel pequeño vergel, en donde se conservaba aún el emparrado bajo cuya verde bóveda había osado hablar á Luisa por vez primera.

Hacia ya algunos días que Cecilia se ocupaba en la improba y pesada tarea de arreglar el jardín, cuando una tarde cargada con dos regaderas llegóse

á la bomba aspirante para tratar de llenarlas, pero advirtió al cabo de un momento que el grifo no daba agua ninguna. Esforzábese, sin embargo, imprimiendo todo el peso de su cuerpo sobre la balanza de hierro, cuando un joven, que salía en aquel punto del despacho desnuda la cabeza y llevando un rollo de papeles en la mano, se precipitó en su ayuda. Su semblante oval, sus ojos azules, su luengo bigote y su cabellera cortada al rape, le daban un aspecto dulce y sencillo. Saludó á Cecilia y dijo apoderándose de la balanza:

—¿Por qué no ha llamado usted á alguien, señorita? Ya sabe usted que todo el mundo está aquí á sus órdenes.

Y al decir esto agitó con fuerza la balanza consiguiendo llenar las dos regaderas en un instante. Reíase Cecilia del apresuramiento del joven y al advertirlo éste, no pudo menos de sonrojarse y demostrarse un tanto confuso.

—Doy á usted un millón de gracias. Pienso decir á papá que haga poner una artesa debajo del grifo, para que siempre haya agua y de ese modo se entibiará y será mucho mejor...

Quiso coger entonces ambas regaderas, pero el joven no lo consintió y dijo, después de colocar bajo su brazo el rollo de papeles:

—Permitame usted, señorita, esto es demasiado pesado para usted... Habrá que decir al señor Herbelin que compre otras menos pesadas...

—Verdaderamente éstas lo son, y mucho.. Pero esos papeles le incomodan á usted bastante... Deje usted al menos que los lleve.

Y el uno balanceando sus regaderas, y la otra con el rollo de papel al hombro, á guisa de escopeta, encamináronse hacia el jardín. Llegaban ya cerca de las plataformas, cuando apareció Herbelin en la puerta-ventana de su despacho, y dijo al verlos:

—¡Eso sí que está bien! ¿Con que, en esos trabajos ocupas á mi director?... Amigo Laroque creo que no conocía usted todavía á mi hija...

—Todavía no he tenido el honor de que me presenten á esta señorita.

—Pues bien, Cecilia; dijo riéndose Herbelin, te presento al señor Laroque, director de la fábrica, con objeto de que si más adelante tienes que hacer importantes trabajos, no te dirijas especialmente á él para llevarlos á cabo.

Pero ahora que pienso, añadió acariciándose la barba y despertándose en él el espíritu de profesión, es sencillamente tonto tener que servirse de la bomba para obtener agua. Por medio de una tubería que partiese de la máquina hasta el jardín conseguiríamos cien veces más presión de la que se necesita para regar por medio de manga.

—Se podría también instalar un surtidor, añadió Laroque, y se utilizaría también el estanque pequeño que está cerca de la verja...

—Nada, pues ya puede usted dar las órdenes necesarias para que abran una zanja é instalen en ella la correspondiente tubería... Y tú, añadió dirigiéndose á su hija ya no tendrás necesidad de más regaderas; con dar vuelta á un grifo, asunto concluido.

—Entonces, ya verás, ya verás, papá mío, que jardín á la inglesa voy á hacer aquí: lo mismo que el parque Monceau.

—Bueno, mujer! diviértete; pero mira, ten mucho cuidado en no mojarte los pies...

Apercibióse en aquel momento del enorme rollo de papeles que Cecilia conservaba aún en su poder y dijo:

—Pero chiquilla, esos son los planos de Laroque!

—Sí, señor; dijo el director, iba á entregárselos á usted cuando encontré á esta señorita.

—Vaya, pues entremos entonces en mi gabinete. Y luego, dirigiéndose á su hija:

—¿Piensas permanecer aún mucho tiempo aquí, hijita?

—Sí, papá. Deseo aguardarte y que volvamos á casa juntos, á pie.

—Convenido.

Y se fué en compañía de Laroque, dejando á Cecilia entregada á sus trabajos.

Cuando al día siguiente, después de almorzar, volvió para cuidar sus flores, observó que la tierra estaba recientemente removida y que faltaba todavía una de las planchas de madera que constituían la valla del jardín. Entró precipitadamente en sus dominios y descubrió una presa de agua, instalada del modo más perfecto, y á un lado, varias mangas de goma dispuestas ya á regar. Aplaudió con loca alegría, y llamó á la señorita Pellegrin para explicarle los milagrosos trabajos que se habían llevado á cabo en el jardín desde la vispera.

—Papá posee decididamente una varita mágica, que hace las cosas en el tiempo que quiere... Por más que es preciso convenir también en que el joven director, que es muy complaciente, debe haberle secundado de lo lindo.

Y cogiendo en seguida una de las mangas de goma, comenzó á regar la tierra, maravillándose al contemplar el diamantino iris que producía el agua, herida por los rayos del sol. Acababa de inundar casi por completo uno de los cuadros del jardín, cuando Herbelin salió de su despacho, y dijo, adelantándose hasta su hija:

—Me parece, Cecilia mía, que vas á convertir el jardín en un pantano! Ten cuidado, porque el uso no autoriza el abuso.

—Tienes razón, papá, ¿qué quieres? Me he dejado llevar por el atractivo de la novedad... Pero, vamos á ver, ¿cómo es que no me has dicho nada esta mañana, á la hora del almuerzo? Porque tú ya sabías entonces que el milagro estaba hecho.

—Quería darte una sorpresa... Además, Laroque me lo había rogado.

—Dale muchas gracias en mi nombre.

—Ya se las darás tú misma. ¡Ah! También te recomiendo á mi viejo contramaestre, Courdimanche; el pobre se ha llevado toda la noche trabajando y bien merece que le des un billetito de cien francos. Ya verás cómo esa gratificación le proporciona un doble placer.

—¿Y al Sr. Laroque?

—A ése le das las más expresivas gracias y le diriges algún amable cumplido... Demasiado com-

prenderás que no es hombre al cual se le pueda recompensar con dinero.

—Oye, papá; ¿qué clase de hombre es ese señor Laroque?

—Creo haberte dicho ayer que es el director de la fábrica.

—¿Hace ya mucho tiempo?

—Unos tres años...

—¿Sería muy joven entonces?...

—Tenía exactamente la misma edad que yo cuando ocupaba el sitio que hoy ocupa.

—¿Sí, pero es que tú!...

Sonrióse Herbelin deliciosamente conmovido ante aquella sencilla admiración, producto de la ternura que su hija le profesaba, y pasó uno de esos deliciosos momentos que compensan muchos otros de tristeza y de amargura. Dirigióla una cariñosa mirada, no pudiendo menos de admirarse al contemplar la naciente beldad de su hija, y la dijo, mientras acariciaba el rostro de la niña con una de sus manos:

—Laroque es un muchacho que me está en extremo reconocido.

—En efecto, parece quererte mucho.

—Sí; me he interesado vivamente por su suerte; cuando le admití en la fábrica, había pasado ya la pena negra y se encontraba casi en el arroyo á causa del inopinado cierre de un establecimiento de Saint-Denis, en el cual se hallaba colocado.

—¿Cómo! ¿No tenía familia?

—No tiene padre ni madre...

—¿Pobrecillo!...

Sintió David conmoverse todas las fibras de su corazón cuando Cecilia pronunció estas últimas palabras, no pudiendo menos de pensar que sin su constancia y verdaderos sacrificios paternos, quizás aquella pobre niña hubiera tenido que llorar la pérdida de su madre, y en su consecuencia, también la de sus más lozanas y juveniles ilusiones. Sintió, pues, inundársele el alma de inefable dicha, cual dulce bálsamo que viniera á mitigar los dolores de su ulcerado corazón, y después de besar á Cecilia, dirigióse hacia su despacho.

Aguardó en vano Cecilia durante tres días la propicia ocasión para dar las gracias á Laroque, y hubiera esperado más tiempo aún, si una orden expresa de Herbelin no le hubiese obligado á presentarse ante ella. Escuchó el joven con gran embarazo y no menos timidez las delicadas frases que aquella le dirigiera, y se apresuró á esquivar su presencia apenas pronunciadas, y casi sin responder á ellas, en el momento mismo en que Herbelin le permitió recobrar su libertad.

La salvaje actitud del joven director no produjo la mejor impresión en Cecilia, que, aunque se guardó muy bien en comunicárselo á su padre, no por eso dejó de criticar duramente en su fuero interno aquel aspecto de hurón y aquella extremada seriedad, concluyendo por pensar en que Laroque era hombre de carácter retraído, y por lo tanto, poco aficionado al trato de gentes. Esto no obsta para que se ocupase de él, quizás con más frecuencia, que si hubiese hecho gala de vanales cumplimientos.

El castillo de Saint-Sauveur hallábase ya por completo amueblado, y Luisa, al dirigir la instalación, había dado muestras una vez más de su refinado gusto. Sólo que, influida tal vez por el estado de su espíritu, había prescindido de toda suntuosidad, que antes era tanto de su agrado, y había adoptado una fría sobriedad hasta en los menores detalles del mueblaje, cuyo severo aspecto contrastaba, como es lógico, con el elegante y caprichoso mobiliario de su casa de París. David no hizo la menor observación; pero hallábase más á su gusto en medio de la severidad del castillo de Saint-Sauveur, que entre la rebuscada elegancia del hotel de la calle de Lisboa.

Habitaba Herbelin una de las alas del primer piso, y Luisa y Cecilia ocupaban la del otro extremo. Cuando se hallaban todos reunidos, el marido y la mujer esforzábanse en encontrar motivo de conversación, que pudiera alejar toda sospecha en Cecilia sobre el verdadero estado de sus relaciones. Facilitaba, además, este respetable engaño, la gran libertad de que se goza en el campo, pues la niña, cuando no se hallaba en el parque ó en la pradera, hallábase en su pequeño jardín de la fábrica, y no tenía, por lo tanto, ni tiempo, ni deseos de observar lo que pasaba en su derredor. Aquella existencia al aire libre produjo el más excelente efecto en ella, pues se iba desarrollando por momentos.

Pocos días después de llegar al castillo había Cecilia preguntado á su padre:

—¿Di, por qué hemos salido de París?

—¿Lo sientes?—preguntó Herbelin.

—Yo nó, al contrario. Me gusta mucho el campo, pero como á mamá la gustaba tanto aquéllo, no sé como va á acostumbrarse á este género de vida.

—Pues mira, precisamente hemos venido aquí por su causa.

El médico la ha recomendado la tranquilidad, el aire libre...

—¿Cómo! ¿Está enferma?

—Enferma no, pero si un poco delicada...

—Vamos, si; por eso sin duda, su humor no es el mismo de antes.

—Justamente, por eso.

—¿Tonta de mí! ¡Y yo, que se lo reprochaba y hasta me he quejado á tí tantas veces!... Ahora veo que he hecho mal, muy mal.

—Pues nada, hija mía, ahora es preciso que obtengas su perdón mostrándote con ella más dulce y más cariñosa que antes.

—Te lo prometo... ¡Ya lo creo!

Estas fueron las únicas explicaciones que mediaron sobre tan brusco y repentino viaje, procurando David al propio tiempo, con la exquisita delicadeza que constituía el fondo de su carácter, hacer resaltar en provecho de Luisa, el cambio observado en esta última, y de no atraerse todo el cariño de Cecilia al no dar lógico origen al sombrío mal humor de su madre. No ignoraba, sin embargo, que habría de llegar un momento, el más terrible de todos, en que aquella pobre niña tendría que decidirse á preferir á uno de los dos, y esto no

obstante, en vez de preparar su triunfo, hacía todo género de esfuerzos para presentar bajo un aspecto interesante, á aquella misma, que quizás en época no lejana llegaría á disputarle el amor de su hija. Después de todo, en el fondo del corazón de aquel hombre, existía siempre una arraigada ternura hacia la mujer culpable.

Todo cuanto su dignidad ofendida le había ordenado hacer, habíalo llevado á cabo, pues después de los sufrimientos, lágrimas, denuestos y hasta brutales agresiones por su parte en los primeros momentos de su desgracia, vivía separado de Luisa, aunque bajo el mismo techo, aguardando la eterna separación á contar desde el día siguiente al en que Cecilia, que contaba ya diez y seis años, contrajese matrimonio. ¡Pobre Herbelin! Por más que hacía, érale imposible alejar de su espíritu el momento aquél, en que forzosamente tendría que ver salir para siempre de su casa, al sér que por completo le había llenado con su presencia.

Ocupábase ya de aquel acontecimiento, esto es, del futuro matrimonio de su hija con la más sabia previsión, por lo cual y teniendo en cuenta que trataba de hallar para Cecilia un marido que le inspirase absoluta confianza, habíase puesto de acuerdo con Pérignon para llevar á cabo un proyecto, que ofrecía ya todas las apariencias de verse coronado por el más feliz de los éxitos. El coronel, que como ya es sabido, permanecía soltero, y dueño á la vez de una muy regular fortuna, había concentrado todo su afecto en un sobrino suyo llamado Raoul, excelente muchacho al cual había

educado y que debía de ser su heredero. Hacia ya, pues, largo tiempo que el coronel había hecho á David la siguiente proposición:

—Si te parece, casaremos á estos chicos cuando llegue el momento oportuno. ¡Qué diablo! Ya que juntos hemos comenzado á gozar de la existencia, justo es que continuemos unidos hasta el fin.

Aceptó gustoso Herbelin, y crecieron ambos jóvenes unidos por la más cariñosa amistad, sin que jamás se les hubiese dicho la menor palabra sobre el porvenir que se les tenía reservado. Veíanse con verdadero placer, se tuteaban y existía entre ellos deliciosa armonía, sin que por eso mediase la más leve demostración que pudiera dar á sospechar un sentimiento superior al que revela una buena y encantadora amistad. Disputaban también algunas veces, pues Raoul, que poseía clarísimo talento, era á la vez tan bromista y burlón, como Cecilia, llevada de su natural sencillez, poco aficionada á bromas ni á burlas. De aquí que aquello fuese un continuo hacer y deshacer las paces.

Poco tiempo después del desastre ocurrido, Herbelin, guiado por la más sana rectitud, juzgó que era necesario devolver á Pérignon la palabra empeñada, dado que la situación había llegado á ser lo suficiente grave para poder legitimar los concebidos proyectos, y deseando sobre todo, saber lo que sobre el particular pensaba su amigo.

Pero no bien hubo pronunciado las primeras palabras, le interrumpió el coronel diciendo:

—¿Puede saberse, amigo David, por quién me tomas? Te advierto que tus dudas me ofenden. ¿Cómo

demonios puedes imaginarte que haya podido cambiar de idea ni que te quiera por lo tanto menos de lo que antes te quería? Porque ha pasado... lo que ha pasado, será por eso Cecilia menos bonita ni menos bien educada?... No. ¿No es verdad?... Pues entonces ¿a qué viene todo eso?

—Viene, querido amigo, á que Cecilia tiene un padre y una madre que vivirán separados desde el momento mismo en que su hija contraiga matrimonio; y aunque bajo el punto de vista material eso no pueda alterar gran cosa su situación, bajo el punto de vista moral, puede acarrear en cambio, gravísimos inconvenientes. Es tan lógico como justo que hablemos de asunto tan importante.

—Hablemos... Pero conste que es tan solo porque tú así lo deseas, pues yo...

—Te haré observar que no eres tú solo quien debe decidir. Quien se casa es tu sobrino y no tú: conviene por lo tanto que conozca tus propósitos y es asimismo necesario abrirle los ojos...

—En lo que respecta á hacerle conocer mis propósitos, sea en buen hora, pero en lo de abrirle los ojos... es inútil. Sabe ya lo bastante.

Las mejillas de Herbelin se colorearon vivamente. Nunca se había presentado para él la ocasión, de un modo tan directo, de sentirse entre las garras de la opinión pública. ¿Es decir que Raoul, y con éste, gran parte de la sociedad en que él había vivido, se hallaban al corriente de su infortunio?... El primero, seguramente le compadecería, pero los otros... ¿Los otros, cuánto no se habrían mofado de él!

—Sin embargo, dijo, es indispensable que le comuniqués tus deseos y que él á su vez, te diga cuáles son sus pensamientos sobre el particular..

—Pues, mira, esta noche sin ir más lejos. Precisamente comeremos juntos y á los postres le ofreceré ese casamiento al propio tiempo que mi fortuna, pues desde el momento en que se case con Cecilia será mi heredero universal.

Raoul Pérignon que era un muchacho rubio y de buena presencia, pareciase mucho al coronel, por más que fuesen más finos los rasgos de su fisonomía, y tuviese menos vivacidad de carácter. Habíase propuesto desde su infancia abrazar la carrera de las armas, siguiendo con esto el ejemplo de su abuelo y de su tío; pero su padre, agente de cambio muy en boga, se opuso decididamente á ello, y de esta misma opinión, por más que pareciera extraño, participó también el coronel, que por aquel entonces era jefe de escuadrón. Declaró Pérignon á su sobrino que después de la desastrosa guerra que había postrado las fuerzas militares de la Francia, se hallaba condenada ésta á rehacerse de nuevo, en un periodo que no bajaría de veinte años por lo menos; que además, el servicio de las armas iba á ser más insoportable que nunca á causa de los naturales trastornos que ocasionaría la reorganización del ejército, y que por fin, obtendría los grados á paso de tortuga, pues siempre se tendría en cuenta que su abuelo había debido al imperio su condado. Debía pues, decidirse á seguir una carrera civil cualquiera.

No tuvo más remedio Raoul que inclinarse, aun-

que sin convicción alguna ante las resoluciones adoptadas por el autor de sus días y por su mismo tío, á quienes profesaba entrañable afecto. Acabado que hubo los estudios del bachillerato con notable brillantez, vaciló sobre la elección de la carrera que debiera seguir y por más que su padre trató de iniciarle en los secretos de las cuentas á plazo, y al contado, decidió no llevar cuenta alguna ya que no había podido llevar la espada. Quiso ser pintor, escultor y Dios sabe cuántas cosas más, encontrando siempre una tenaz resistencia por parte de sus parientes, hasta que ya aburrido y casi furioso les declaró que desde el momento en que se oponían á todo cuanto él deseaba, no le quedaba ya más que una sola vocación; la de no hacer nada. Así es, que á despecho de los ruegos de toda la familia, puso en ejecución su programa con tal ardimiento y tal decisión, que demostró bien á las claras de lo que hubiera sido capaz si le hubieran dejado la libre elección de carrera.

Hizose socio de un círculo, apostó en las carreras de caballos, no perdió una primera representación, se gastó alegremente el dinero con las mujeres más bonitas de Paris, y al cabo de dos años había ya contraído deudas por valor de ciento cincuenta mil francos, que su padre pagó religiosamente. Tan buen jinete como gran tirador, disputábasele para las partidas de caza y se distinguía en los asaltos públicos, midiendo su acero con los mejores tiradores de Francia. Ya una vez mayor de edad pusieronle en posesión de la fortuna de su madre, que indudablemente hubiera disipado si no

hubiera sobrevenido un acontecimiento que le obligó á moderarse por todo el resto de sus días.

El estruendoso *Krach*, aquella famosísima bancarrota que tantas desdichas ocasionó, produjo la ruina de su padre de un modo tan completo, que para solventar los créditos pendientes se vió precisado Raoul á dar todo cuanto poseía. No vaciló un solo momento; entregó los valores que tenía en su poder para que se negociasen y extrañado al ver las lágrimas que vertiera su padre por el acto de abnegación de aquel hijo que tan tranquilamente se arruinaba por él, le dijo:

—¿Dí, padre mio, no llevamos por ventura el mismo nombre? ¿Cuando yo era un jovencillo sin reflexión, no pagabas por mí las deudas que yo contraía en el círculo? ¿Y crees tú que yo podría pasar sin hacer otro tanto por tí, en el momento en que eres víctima de la canallada de tus clientes y que tienes que responder de las faltas que otros han cometido?... Toma, toma todo esto; véndelo y quedamos limpios de toda mancha y honrados como siempre.

Su padre le abrazó con efusión sin pronunciar la menor palabra, pero el coronel, que había llegado en aquel momento con objeto de ofrecer su fortuna, exclamó:

—¡Este tunante es realmente un ser extraordinario; un Pérignon y de los buenos! ¡Ah! ¡si el general hubiera podido contemplarle qué contento no estaría! Decididamente hemos sido unos imbéciles al oponernos á que fuese soldado: tiene, tiene carácter, y en el ejército, eso es todo. Encontrar

individuos que se hagan agujerear la piel por un quitame allá esas pajas, se encuentran á carretadas y á cada paso, pero mocitos como éste, que no dudan, que no vacilan un solo momento en sacrificar todo cuanto son y cuanto valen en cualquiera situación que sea, son el *rara avis* de la sociedad moderna y llevan en sí el germen de que se componen los grandes generales. Pero en fin, no se dirá nunca que este muchacho se ha despojado por completo de todo cuanto tenía, y que yo, el jefe de la familia, he guardado tranquilamente mi dinero... Desde hoy tendrá una pensión anual de doce mil francos.

Raoul dió afectuosamente las gracias á su tío, pero aseguró que abrigando el decidido propósito de trabajar hasta conquistarse una posición, no le era posible aceptar la oferta que se le hacía. Viviría con su padre y en ello tendría una inmensa satisfacción.

No siendo posible discutir las resoluciones de un hombre que se despoja voluntariamente de un capital de dos millones y que rechaza además una renta de doce mil francos, accedieron á que entrase en la Escuela central, de la que salió teniendo ya veinticuatro años, dando después pruebas de gran capacidad al lado de Cendrin, á cuyo lado sirvió como secretario, y augurándole todos un hermoso porvenir. Mas no por haberse dado al estudio había renunciado á los placeres; continuaba asistiendo á las primeras representaciones y á los asaltos de esgrima y hacía también periódicas apariciones en el Circulo, cautivando á todos por su

decisión y buen humor. En cuanto á su padre, había seguido ocupándose de negocios, pero profundamente herido por la catástrofe, causa de su ruina, murió dos años después de consumada aquélla. Quedó pues Raoul solo y sin más compañía que la de su tío el coronel, y aunque no rico, en posición bastante desahogada para permitirle trabajar por gusto, tanto por lo menos como antes se había divertido por no tener que hacer otra cosa.

Acababa de salir del hotel de la avenida de la Bourdonnais, donde había permanecido dos horas haciendo experimentos químicos en compañía de Cendrin y encontró al llegar á su casa una esquela del coronel invitándole á comer en el Circulo. Vistióse y se encaminó en seguida hacia aquel centro de recreo, llegando en punto de las siete y penetrando en el gran salón, en el cual se hallaba Pérignon sentado en un ancho canapé y aturdiendo á los oyentes con su voz de trueno:

—¡Una buena ley de cuadros es lo que aquí hace falta! Y, vean ustedes, es precisamente la única de que no se ocupa esta Cámara de diputados que hoy tenemos. En cambio votan miles de tonterías y se pasan la vida charlando sobre el proteccionismo y el libre cambio... ¿Y qué es eso, vamos á ver? Pues nada, majaderías y no más que majaderías. ¡Buenos cuadros de tropas que constituyan un buen ejército y entonces podrá dormir Francia á pierna suelta!

—Eso está muy bien, dijo Raoul llegando hasta el centro del salón.

—¿Ola, estás ahí?

—Ya lo ve usted; con puntualidad militar. Buenas noches mi general, añadió después saludando con deferencia á los dos veteranos que se hallaban en compañía de su tío.

Uno de ellos, con el cabello completamente blanco y ornada su frente por honrosa y ancha cicatriz, se aprestaba ya á tomar su sombrero.

—¿No come usted esta noche en el Círculo, Saint-Regent? preguntó el coronel.

—No señor, contestó el viejo general con cierta sonrisa alegre y fanfarrona, esta noche como en una casa particular.

Al propio tiempo que salía presentóse en el salón el jefe de comedor, diciendo:

—Los señores están servidos.

—Vamos á comer.

Y Pérignon cogiendo á su sobrino por el brazo dirigióse al comedor. Después de la sopa, pidió el coronel una excelente botella de Mouton-Rothschild, y dijo mirando á Raoul con aire satisfecho:

—Vamos á ver vizconde, ¿cuántos años, tienes?

—Tengo ya veintiséis años, querido tío.

—Y no estás muy estropeadillo: te conservas bien; pero en fin, ya es llegada la hora de que seas un hombre formal en toda la extensión de la palabra... ¿Dime, tienes repugnancia al matrimonio?

—No en verdad; todo depende de las cualidades de la futura.

—¿Cualidades? Nada, una friolera; diecisiete años apenas, un verdadero capullito, un corazón sensible y delicado, y por último, dueña de una bonita fortuna.

—¡Diablol ¡Ahi es nada!

—Pues no exagero.

—Entonces querido tío, corramos en su busca. ¿Dónde se halla?

—Concluyamos antes de comer, y oye bien lo que voy á decirte. Toda medalla por preciosa y brillante que sea, tiene su reverso, ¿no es cierto? Pues bien, en el caso presente, el reverso de la medalla, es la madre.

—¡Ah! Vamos; existe de por medio una madre de dudosa conducta.

—Sí, hay una madre y un padre que, por motivos que te daré á conocer en seguida han decidido separarse una vez verificado el enlace de su hija, pero que hasta entonces, permanecerán unidos en apariencia. La fortuna pertenece al padre, el cual tiene además la razón y el derecho por su parte; todo hace por lo tanto creer que la chica se inclinará de ese lado, cuando llegue el momento oportuno. La madre, ya que es preciso decirlo todo, ha cometido una grave falta, que el marido ha llegado á conocer, y aunque no la perdonará nunca, ha cerrado los ojos con objeto de evitar un escándalo que á buen seguro hubiera perjudicado á su hija. Esa es en pocas palabras la situación, y si te decides á arrostrarla, te diré el nombre de los personajes; de otra suerte, haré como que no he dicho nada y seguiremos comiendo tranquilamente. ¡Á tu salud, muchachol

—Á la de usted, querido tío.

—¡Valiente vino, sobre todo, cuando ya es entradito en años!

—¡El del 74 es excelentel

—Con que, vamos á ver. ¿Qué piensas de todo lo que acabo de ensartar respecto de ese matrimonio?

—Pienso muchas cosas. En primer lugar, le diré á usted que sé perfectamente de quien se trata.

—¡Quiál

—¿Que nó? Como si fuera una cosa del otro jueves, adivinar que se trata de Cecilia Herbelin, que por cierto le inspira á usted el más vivo interés... Hasta he llegado á preguntarme alguna que otra vez, si no tendría usted fundada razón para ello.

Al oír estas palabras el rostro de Pérignon enrojeció por completo, y bajó un instante los ojos, pero reponiéndose en breve, exclamó con energía:

—¡No, eso no; lo aseguro bajo mi palabra de honor!

—Sin embargo, no me negará usted que ha rondado de lo lindo en torno de la madre en cuestión.

—Si... pero, era ya en una época mucho más avanzada para que puedas suponer... Después de todo, aquello no fué nada; simples coqueterías no más... ¡Cómo quieres que yo fuera capaz de... con Herbelin, con un amigol...

—¡Como si no fuera siempre un amigo el que hace esas cosas! Pero en fin, yo no puedo dudar de la palabra de usted. Demos pues por sentado desde luego, que es tan solo teniendo en cuenta mi interés, por lo que usted ha preparado ese casamiento. ¿Lo aprueba el padre?

—Con verdadero placer.

—Está bien. Debo dar por ello las gracias al señor Herbelin, que á más de ser un cumplido caballero, es á la vez un industrial de primer orden.

—Y añade á eso que es amigo mío hace la friolera de treinta y cinco años.

—Ya me lo ha dicho usted, cuando hemos hablado de su señora. En lo que respecta á Cecilia, la conozco desde que vino al mundo y sé que tiene un corazón de oro.

—Es una chica muy bonita.

—Y sobre todo, un espíritu recto y verdaderamente honrado, lo cual es muy de apreciar en los tiempos que corremos.

—Tendrá un dote de ochocientos mil francos...

—Es un dote decente.

—Y yo, te daré además treinta mil francos de renta, que te aseguraré por un contrato hecho ante escribano, hasta tanto que heredes todo cuanto poseo.

—¡Hágame usted el favor de no hablarme de semejante herencial! Está usted tan tieso y tan fuerte como la torre Eiffel, y espero que mis hijos serán quien la hereden, y... ¡quién sabel...

—Es muy posible, dijo riendo el coronel. Pero sea como quiera conste que puedes disponer de mi fortuna en época indeterminada... Ya sabes que tengo cien mil francos de renta y mi propiedad de Clermont...

—¿Cuánto gasta usted?

—¿Y á ti, que te importa?

—Es para saber...

—Pues entre cuarenta y cuarenta y cinco...

—Y así y todo, fuerza usted la mano un poquito.

—En cuanto á eso, no; es mi cifra razonable... Antes gastaba de setenta á setenta y cinco...

—¡Claro, las señoras!

—¡Dinero á las mujeres, nunca! exclamó con viveza el coronel. Siempre me han querido por mí mismo.

—Lo cual resulta siempre más caro.

—Pero se sabe en cambio, que no se nos quiere por el interés.

—Bueno, vamos al caso. Hace usted cada año cincuenta y cinco mil francos de economía... Así pues, una vez deducción hecha de la renta que se digna usted concederme, no le quedarán más que treinta y cinco ó cuarenta... Y si vive usted todavía una treintena de años, lo que es necesario suponer como minimum, habrá usted doblado su fortuna... Decididamente, es usted uno de los mejores tíos á quienes se pueda heredar.

—¡Ya te lo decía yo!

Terminaron los postres, y el coronel pidió café y un excelente habano, comenzando á hacer la digestión en medio de un estado físico completamente delicioso.

—¿Me quieres decir ahora qué consecuencia sacas de todo cuanto te he explicado?

—Pues, no saco otra que la de parecerme muy bien, á más del placer que tendría en darle á usted gusto. Pero no echemos en olvido, que para casarse, hace siempre falta unir dos voluntades: nos precisa por lo tanto saber qué es lo que piensa Cecilia de todo esto.

—¡Contentísima, hombre, contentísima de unir su suerte con un muchacho al cual se conoce desde la infancia!

—¡Quién sabe! Á veces no es bueno conocerse tanto, pues si bien es cierto que asegura la amistad, no lo es menos, que dificulta el amor.

—Mira, chico; si no llega á amarte, será porque tú no quieras. ¡Un hombre de tus prendas!...

—Sí, su retrato de usted en pequeño.

—¡Dispensa hijo, he valido más que tül... Pero en fin, cuando sepa Cecilia que su padre consiente en esa boda, verás como yo no te mira como se mira á un simple camarada y si como á su prometido. De todos modos, será preciso que abandones París, si te decides á hacer la corte á esa chica.

—Eso no me asusta.

—Irás á la Neuville, á la fábrica, y allí podrás ocuparte en experimentos químicos en compañía del padre de tu novia... Ya verás como no te aburres; hay también en Saint-Sauveur un coto de caza bastante agradable, y muy buena vecindad, sobre todo...

—Sí, y sobre todo, la del marqués de Condottier.

Tío y sobrino cambiaron entre sí una maliciosa mirada.

—No creo, dijo el coronel, que piense, ni por asomo en presentarse por aquellos contornos.

—Diré á usted tío; eso depende de un capricho suyo del momento, respondió Raoul. El individuo ese, no morirá á buen seguro de un empacho de escrúpulo.

—Pero, al fin y á la postre, es un hombre bien educado.

—No, si yo no tengo con él ningún resentimiento personal; siempre ha estado, por el contrario muy amable conmigo, pero hay quien asegura que es un ganapán de primera.

—Y no aseguran en falso... ¿Con qué, puedo comunicar á Herbelin tu próxima llegada á la Neuville?

—¿Tanta prisa corre?

—¿Y que es lo que puede detenerte?

—¿Á mí? nada.

—Allí habitarás durante algunos meses, y cuando por fin te hayas decidido á pedir la blanca mano de Cecilia, y de que se halle ésta dispuesta á concedértela, me pondré de rigurosa etiqueta para pedirte oficialmente y... siga su curso la procesión. ¿Está dicho?

—Está dicho.

Levantáronse de sus respectivos asientos y después de tomar sus abrigos salieron á la calle. Anduvieron breve rato sin hablar palabra, y cuando llegaron al boulevard de las Capuchinas dijo el coronel:

—¿Qué dirección tomas?

—Voy á llegarme hasta Variedades.

—Vaya, pues yo entro en la Opera. Buenas noches.

Tres días después, hallándose la familia reunida en el comedor durante el desayuno, Herbelin tomó la palabra diciendo:

—Es preciso preparar una habitación; vamos á tener un huésped.

Y como quiera que la madre y la hija fijaron en él sus curiosas miradas, añadió:

—Raoul Pérignon debe llegar de un momento á otro con objeto de hacer algunos estudios sobre los trabajos de la fábrica, y como no puedo permitir, como es lógico, que vaya á albergarse en una posada, vendrá á vivir con nosotros.

Al oír el nombre de Pérignon, las mejillas de Luisa se cubrieron de vivo carmín y acudió á sus labios una pregunta; pero supo contenerla á tiempo, contentándose con decir reposadamente:

—Haré por que quede instalado todo lo mejor posible.

Herbelin movió la cabeza, en signo de aprobación, y dijo volviéndose hacia su hija.

—¿Presumo que la llegada del forastero no te contraría?

—Al contrario, tendré mucho gusto en verle. Es un chico muy simpático. Pero, añadió con cierto aire de inquietud, ¿qué es lo que viene á hacer en la fábrica?

—Pues, viene á estudiar todos los procedimientos de la fabricación.

—¿Entonces, no viene para llenar determinadas funciones?

—No, solamente como aficionado.

—Bien, bueno; de modo que no ocupará el sitio de nadie?

—Seguramente que no.

Esta declaración produjo sensible alegría en la joven, que añadió después.

—¿Dime papá, tendría Raoul la idea de hacerse

fabricante? Yo no puedo figurármelo, ni por un momento, dedicado á la industria.

—¿Y por qué no? Es muy inteligente, muy activo y...

—Y muy vizconde además. Yo no sé como puedes suponerte que todo un vizconde Raoul, llegue á vender productos químicos, por ejemplo.

—No veo en qué pueda haber dificultad.

—¡Es tan raro eso! Nada, que no puedo figurarme de otro modo á Raoul sino vestido con mucha elegancia y en un gran salón, pero trabajar como tú ó como el señor Laroquel...

No bien hubo pronunciado esta última palabra, cuando Luisa, levantando de pronto la cabeza dirigió á su hija una investigadora mirada; David no fijó en ello su atención y dijo abandonando el tenedor sobre la mesa:

—El general Pérignon ha referido muchas veces delante de mí, cuando yo era muchacho y me llevaba á paseo los domingos con su hijo, que no bien hubo salido de la Escuela de Saint-Cyr, ingresó como alférez en el décimo séptimo batallón de ligeros que se hallaba por entonces en Africa luchando valientemente ante los muros de Constantina. La idea de iniciarse en la vida militar asistiendo á una campaña le produjo inmensa alegría, así es, que se apresuró á incorporarse á su regimiento. Una vez ya en Africa, le fué preciso emplear todo género de recomendaciones para obtener del gobernador que le permitiese ir en busca de la columna de ataque. Sin embargo, aprovechando la coyuntura de tener que enviar unos

despachos que habían llegado de Francia para el general Damremont, se le dió una escolta compuesta de cuatro jinetes y llegó á Constantina después de haber cabalgado por caminos infernales y sinuosas veredas, y no sin haber sido saludado á su paso por los continuos disparos de los habitantes del país que atravesara. Llegó, pues, milagrosamente y después de entregar los despachos al general en jefe, corrió en busca de su coronel, que no era otro que el famoso Bedeau. «Llega usted en buen momento, amiguito, le dijo; creo que mañana daremos el asalto, y como quiera que la mitad de mis oficiales han caído en la refriega, va usted á tener que trabajar de firme.— Tanto mejor mi coronel.—Lleva usted un uniforme demasiado nuevo.—Ya no lo estará mañana, mi coronel.—Y al alejarse, oyó el joven Pérignon que decía su jefe:—¡Valiente refuerzo; cualquiera diría que es una señorita vestida de hombre.» Al siguiente día, se dió efectivamente el asalto que por cierto fué rechazado con temerario valor, y el batallón de ligeros, que había sido de los primeros en atacar, dejó por tierra una tercera parte de su contingente. En el momento de tocar retirada, el coronel Bedeau, que también estaba herido, vió que llevaban tendido sobre dos fusiles en cruz, al alférez de la vispera, sin kepis, ennegrecido su rostro por la pólvora y todo cubierto de sangre que manaba por las dos heridas que había recibido. Incorporóse entonces Pérignon, y dijo mostrando su uniforme: «Mi coronel, así arreglan hoy las señoritas sus vestidos.» Bedeau le estrechó en-

tre sus brazos, le hizo llevar á su tienda y aquella misma noche le entregó la cruz de la Legión de Honor. Ya ves, pues, hija mía lo que es capaz de hacer un hombre que se llama Pérignon; y te aseguro que el nieto es digno de tal abuelo. Por lo menos, si no se ha presentado todavía la ocasión de que realice un hecho heroico cualquiera, ha podido probar que es tan generoso como desinteresado.

—Es muy interesante esa historia, papá.

—El viejo conde Pérignon sabía muchas por el estilo y las refería muy bien.

—Al hablar hace poco del desinterés y de la generosidad de Raoul, aludías al total abandono que hizo de su fortuna para salvar el crédito de su padre. ¿No es cierto?

—Ciertamente. ¿Y qué, no es ese un hermoso rasgo?

—Yo lo encuentro muy natural. ¿No les debemos todo á nuestros padres?

—Hija mía, no es tan sencillo ni tan corriente como tú crees. Los hijos están acostumbrados á heredar á sus padres, pero no lo están á despojarse de lo que puedan poseer, por ellos. Sería mucho más fácil hallar multitud de jóvenes decididos á correr los mayores peligros durante todo un día, que un hijo de familia dispuesto á renunciar á una renta de cien mil francos por todo el resto de su vida.

Pareció que Cecilia quedaba convencida y no insistió más sobre el asunto.

Al día siguiente del anuncio de la próxima lle-

gada de Raoul, Cecilia que no había ido á la fábrica por no encontrarse en ella David, dirigióse á eso de las tres de la tarde en compañía de la señorita Pellegrin hacia la orilla de Lirón, provista de su correspondiente caña y demás adminículos inherentes á la pesca, é instalóse cómodamente sobre la hierba, resguardándose de los rayos del sol á la sombra de los espesos sauces. Hacía ya un cuarto de hora que seguía con atención los movimientos todos del corcho flotador, cuando una especie de plateado relámpago fulguró casi á flor de agua, y vió un albur que saltaba con extraordinaria rapidez por encima de la corriente del rio para volver á sumergirse en el acto. La penetrante mirada de la joven descubrió entonces una hermosa trucha, que iba á la caza del pobre pececillo, y ya no tuvo otra idea que la de apoderarse de aquella magnífica pieza. Entretanto, la trucha aguardaba su presa á la salida de un juncal y casi oculta por una hierba flotante.

En un instante cambió Cecilia el aparejo que antes tenía su caña, sustituyéndole con una seda engomada muy doble; puso mayor cebo en el anzuelo, y trémula y roja como una amapola por la emoción, lanzó con violencia la seda, haciéndola describir un círculo en el aire, con objeto de hacer llegar el anzuelo á proximidad de la trucha. Desgraciadamente, la seda quedó enredada entre las ramas de un árbol, y llena de impaciencia y de despecho, no tuvo más remedio que perder algún tiempo para desenredar y volver á poner en regla el aparejo. Hizo después una nueva tentativa consiguiendo por fin sumergir el anzuelo, pero asustada

la trucha por el ruido que aquél hiciera al caer en el agua, siguió la corriente yendo á esconderse un poco más lejos entre dos tamañas piedras.

Cecilia no titubeó en seguirla, entusiasmada ya por el interés que en ella despertaba aquella pesca, y perdiendo por completo la noción del tiempo, llegó, casi sin darse cuenta de ello hasta cerca del camino de la Neuville. Otra vez había lanzado su aparejo, siempre sin éxito, y ya veía á la trucha guarecerse en una pequeña presa situada más arriba de un molino que pertenecía á su padre, cuando en la puerta de aquél apareció Laroque, que después de despedirse del molinero, dispúsose á atravesar la pradera en dirección á la fábrica.

Detúvose no obstante al ver á la joven y en vez de alejarse, siguió andando hacia la orilla del río. Entre tanto, Cecilia sofocada, casi suelto el cabello á causa de las ramas de los árboles, y con los vestidos empapados en agua, no había visto el molino ni al molinero, ni á Laroque, de tal suerte hallábase abstraída por el solo deseo de conquistar el deseado pez, y de perseguirle si preciso fuera, hasta que llegara la noche. Acababa nuevamente de lanzar infructuosamente el anzuelo, cuando oyó una voz que decía:

—Señorita, si usted se digna oír mis consejos, emplee usted menos fuerza y más soltura para arrojar el aparejo.

Levantó Cecilia la cabeza y vió á Laroque y al molinero que se hallaban en la orilla opuesta.

—¡Ay, Dios mío! exclamó toda ruborosa, ¿en qué estado me encuentra usted!...

—Dispense usted si he sido importuno, pero la he visto tan entusiasmada al salir de casa del tío Rollet, que me he permitido...

—¿Cómo! ¿Sabe usted pescar truchas?

—Un poco; pero aquí está el tío Rollet que es mucho más habil que yo en la materia.

—¿Quiá, no señor! dijo el molinero, todavía podría usted darme punto y raya...

—Pero, sepamos, ¿qué es lo que hay que hacer?

—Hay una regla invariable para eso: primeramente mucha maña, luego, un poco de paciencia, y después, ninguna fuerza.

—¡Caramba, vaya una facilidad! dijo contristada Cecilia, golpeando con su pie la menuda hierba. Sin embargo, la trucha esta ahí, la estoy viendo, y á pesar de todo, no podré cogerla. ¿Si usted quisiera ayudarme un poco? añadió dirigiéndose á Laroque.

—Ya lo creo, señorita; con mucho gusto.

—¿No le molestará á usted?

—De ningún modo.

—¿Quiere usted que le eche la caña desde aquí?

—Gracias, pero prefiero atravesar el río.

—¿Por dónde?

—Por el puentecillo del molino, que está á cien pasos de aquí. Y se lanzó en dirección de aquel estrecho pasadizo de madera, sobre el cual se alzaba una barandilla en uno solo de sus lados, dominando el depósito de agua del molino á través de la tupida cortina de agua, que se precipitaba formando cascada en el profundo canal, propulsor de las ruedas del molino.

—¡Dios mío, dijo Cecilia, cuánto tengo que agradecer á usted por las molestias que le causo!

—Al contrario, señorita; si esto es una diversión.

El molinero, interesado en la aventura acercóse á la orilla para contemplar más de cerca las peripecias de la batalla. En cuanto á Cecilia, llevada ya del mayor entusiasmo, indicó al joven el remolino en que se hallaba la trucha, que esperaba sin duda el paso de una nueva presa.

—¡Qué lástima que no podamos disponer de un pequeño tridentel dijo Laroque: me hubiera servido de harpón y antes de tres minutos nos habríamos apoderado de la trucha. En fin, nos contentaremos con la caña.

Enrolló con sumo cuidado la seda en el carretillo del torniquete y cambió el cebo al anzuelo, lanzándole en seguida con destreza ante el paso de la trucha, que ya comenzaba á ponerse en movimiento. El codiciado pez, lanzóse precipitadamente sobre el cebo y después de tragarlo con ansia partió como una flecha siguiendo la corriente y arrastrando la seda, que él mismo iba desenrollando del carrete.

—¡Ya está! ¡Ya le tenemos! exclamó Cecilia entusiasmada. ¡Tire usted, tire usted hacia fuera!

—¡De ningún modo, gritó el tío Rollet, eso sería estropearlo todo. Fatiguela usted... suelte usted seda señor Laroque... Más... ¡Va más aprisa que todos los demonios!

Laroque, sin contestar á las observaciones del molinero, soltaba y recogía la seda, según convenia, sin dejar de ir en seguimiento de la trucha,

que se defendía con heroísmo. La joven le seguía, también á la carrera, saltando por encima de profundos surcos, sorteando los árboles que se hallaban ante su paso y sosteniendo en fin una lucha sin tregua contra aquel pez, objeto en aquel instante de su ambición. Por fin, al llegar á un recodo del río vieron con gran satisfacción que la trucha daba desesperados saltos, agitando violentamente el agua. Laroque, que se había detenido, tiraba de su presa hacia la orilla, merced á un movimiento pausado y continuo de su mano.

—¿No tiene usted una manga de malla?

—¡Ay!... ¡La he dejado en el sitio en que antes estaba!

—¿Está muy lejos?

—No señor. Tres minutos de aquí, á lo sumo.

—Tenga usted la bondad de ir á buscarla.

Se había, pues, prescindido de galanterías, deferencias y cortesías. Allí no había más que dos buenos camaradas ocupados en el mismo trabajo y que no experimentaban la menor cortedad al hallarse el uno frente al otro. Laroque enviaba á Cecilia en busca de un objeto preciso, por que no podía dejar abandonada la caña, y la joven obedecía al mandato, convencida de que no podía pasarse por otro punto.

—¿No se ha escapado, es verdad? dijo Cecilia, al regresar jadeante y sofocada.

—No, señorita. Ahora, mucho cuidado, porque es el momento más decisivo é importante. Yo iré cobrando hilo, aproximo la trucha hacia la orilla y la entrego á usted la caña, usted me dará en cam-

bio la manga, porque esté usted segura que el animalito hará una resistencia desesperada en los últimos momentos, y es preciso no dejar que se desprenda del anzuelo... Con que, estamos listos?

—Sí, señor, ya estoy preparada.

Cecilia cogió la caña y Laroque se dispuso á hacer uso de la manga de mallas que la joven le entregó á su vez. Ya se veía á la trucha á flor de agua y casi á dos metros de la orilla.

—¡Qué hermosa es, exclamó Cecilia. Lo menos pesa cuatro libras!

—¡Mucho más!...

—¡Dios mío, con tal que no se nos escapel... Cuidado, mire usted que se agita mucho...

Al sentirse cogida la trucha dentro del aro de la manga, dió un salto prodigioso, pero fué en vano, pues Laroque la lanzó en aquel momento con violencia sobre la hierba. Ambos pescadores se arrojaron por decirlo así sobre ella.

—¡Qué alegría, qué alegrial exclamaba Cecilia saltando de júbilo. ¡Qué contenta estoy, y cuántas gracias tengo que darle; sin usted á buen seguro que nunca habría caído en mi poder.

—En adelante, ya será otra cosa, señorita, dijo el tío Rollet desde la opuesta orilla. Ahora que ya ha visto usted qué es lo que hay que hacer, ya verá usted cómo aprende... ¡Anda, pues no quedan que digamos, pocas truchas en el riol... Eso lo sabemos muy bien los molineros.

—¿No se privan ustedes de coger alguna que otra en los remansos, no es cierto? dijo riéndose Laroque.

—¡Qué quiere usted, señorito; eso es causa de la situación de los molinos... Ya se ve, y como nosotros vivimos siempre en el agua... claro está, nos conocen esos animalitos.

—¿Qué desea usted hacer ahora señorita, preguntó Laroque.

—Volver en seguida á mi casa. ¿Qué hora tiene usted?

—Las cinco.

—¡Misericordia divina! ¡Y yo que había prometido á la señorita Pellegrin que estaria de vuelta á las cuatro!... ¿De modo que la persecución y captura de la trucha ha durado más de dos horas?...

—Está usted muy cerca de su casa.

—¿Quiere usted dejarme la trucha y los aparejos? señorita, dijo el molinero. Yo haré que los lleve luego el chico.

—Los aparejos, tío Rollet, no digo que no... En cuanto á la trucha, prefiero llevarla yo... Adiós, señor Laroque; un millón de gracias por su amabilidad.

Y colocandola trucha en el cestillo, alejóse ligera y sonriente á través del parque, dejando á sus mentores en la pesca á orillas del Lirón.

Apresuraba el paso, agitada por el temor de verse reconvenida, y experimentaba al propio tiempo un secreto orgullo al pensar en su presa á la que de tiempo en tiempo contemplaba, inanimada en el fondo del cestillo, extasiándose á la vista de aquel plateado pez, salpicado de manchas rojas, que tanto la había hecho trabajar. Llegaba ya á un obscuro y profundo pinar, cuajado de gigan-

tescos y seculares árboles, cuando de pronto oyó pronunciar su nombre: volvió la vista hacia el sitio donde la llajaban y vió á su madre sentada sobre el musgo, cerca de la caída de agua del Lirón.

—¡Mira, mamá, mira que hermosa pesca he hecho!—exclamó corriendo hacia Luisa, llena de animación y con un acento más expansivo que nunca. Y entregada por completo á su alegría, mostraba su captura con expresión de verdadero triunfo.

Ante aquel juvenil ardor que la aproximaba á su hija con una confianza hacia largo tiempo olvidada, dilatose el ulcerado corazón de Luisa, sus ojos se llenaron de lágrimas, y cediendo por la primera vez, después de la desgracia acaecida, á un impulso maternal, asió las manos de Cecilia, la sentó á su lado, estrechándola contra su pecho, y llevada por irresistible fuerza, posó repetidas veces sus labios en el rostro de la niña, cual si tratara de desquitarse de una atrasada deuda de cariño. Cecilia, un tanto sorprendida en los comienzos por aquella explosión de ternura, dejóse acariciar gozosa y sonriente, al advertir, aunque de un modo confuso, que se operaba en el alma de su madre un cambio tan súbito como feliz, y que volvía á ser para ella lo que antes había sido, es decir, cariñosa, dulce y complaciente. La emoción que experimentara entre los brazos de aquella madre que con tanto cariño la oprimía contra su corazón, hizo asomar también las lágrimas á sus ojos, y sin explicación alguna, y sin que los labios de ninguna de ellas, murmurasen ni una oculta queja, ni una promesa

para lo porvenir, permanecieron largo rato estrechamente enlazadas y felices como en pasados tiempos.

Por fin Luisa pudo recobrar su habitual sangre fría, y asustada por haberse dejado llevar de una debilidad que no tenía fácil explicación, trató de dar un cambio á las ideas de Cecilia, y dijo separándola un poco de su regazo, aunque sin abandonarla por completo.

—¿Pero dime, hija mía, de dónde venías cuando nos hemos encontrado?

—Pues venía del molino del Lirón, donde he pescado esta hermosa trucha.

—¿La has pescado tú sola?

Cecilia se sonrojó vivamente, pues hasta entonces le había parecido que la colaboración y franco trato de Laroque eran la cosa más sencilla y natural del mundo; pero como quiera que la joven era toda franqueza y buena fe, dijo sin vacilar:

—No, mamá; me ha ayudado también el director de la fábrica que estaba por aquellos contornos, para hacer no se qué reparaciones. Si no hubiese sido por la ayuda que me ha prestado, á buen seguro que no hubiera conseguido yo mis propósitos.

—¡Ah! el señor Laroque te ha ayudado... ¿Y qué tal, ha estado muy complaciente contigo?

—¡Ya lo creo!... mucho; por supuesto que no es ya la primera vez que hace gala de su amabilidad para conmigo.

—¿Y cómo es eso? preguntó Luisa un tanto inquieta. ¿Le habrás encontrado ya otras veces á orillas del río?

—No, en el río no, respondió Cecilia con tal acento de tranquilo candor que disipó la vaga inquietud que se había apoderado de Luisa. Ha sido en la fábrica. Ya te enseñaré las obras que por mí ha llevado á cabo, siguiendo las órdenes de papá, el día en que te decidas á venir conmigo en vez de permanecer todo el día en el parque.

Dirigió Luisa una mirada á su hija y vió que su rostro estaba tan sonriente y tranquilo como antes, á pesar del cariñoso reproche que le hiciera, y atrayéndola de nuevo hacia sí la dijo después de darla un cariñoso beso y llena de la más dulce satisfacción.

—Sí, hija, si con eso estás contenta, te acompañaré...

—¡Ya lo creo que estaré contenta, y papá también!... ¡Está tan afligido al verte siempre tan triste!...

Una nube pasó por el rostro de Luisa, que dobló la cabeza sobre el pecho; pero logró hacer desaparecer aquella momentánea y dolorosa impresión y dijo volviendo sobre el asunto que la preocupaba:

—¿Con que es decir, que el señor Laroque ha estado muy amable contigo?

—Sí, mamá. Y mira, es muy sencillo y muy franco, y creo además que debe de tener mucho talento, porque papá, que ya sabes no hace caso sino de las personas de mérito, le considera y le atiende mucho... Lo que es como ingeniero, no creo haya otro mejor...

—Ni como pescador de caña, añadió sonriendo Luisa.

—¿Como pescador? ya lo creo que no; pesca las truchas perfectamente...

—Vamos á ver: ¿Qué te ha dicho durante todo ese tiempo?

—Absolutamente nada. ¡Si, como que había tiempo para hablar! Tú figúrate; no podíamos ocuparnos de otra cosa que de correr atropelladamente en persecución de la trucha, que huía á todo correr llevándose toda la seda que tenía el carrete. No pensábamos ni decíamos otra cosa que: ¡Si la cogemos!... ¡Si no la cogemos!...

En fin, ¿quieres que te diga lo que pienso del señor Laroque?

—Sí, hija mía, dilo.

—Pues bien, creo que no debe de ser uno de esos hombres á propósito para sociedad... Cada vez que me ve, echa casi á correr como si yo le intimidase... ¡Nada, que tiene miedo de mí! Estoy segura que sin este dichoso pez, jamás ¡ya lo creo! jamás se atrevería á permanecer tres segundos en mi presencia. El tiempo preciso no más para preguntarme: «¿Cómo está usted, señorita?» y luego retirarse más encarnado que un pavo y sin saber qué hacer de brazos ni piernas.

Y al decir esto, reía la joven poseída de la más franca alegría.

—Pero hija mía, dijo Luisa, ¡vaya una manera de reírte de ese pobre muchachol

—No, si no me burlo de él, respondió Cecilia, poniéndose seria de repente. Te hago ver sencillamente lo que él es; ni más ni menos... Pero eso no quiere decir que mis palabras envuelvan crítica

alguna... De todos modos, me gusta más así que si fuese pretencioso ó estirado.

Detúvose al decir esto, bruscamente y miró á su madre como si en aquel momento hubiese advertido que había ido demasiado lejos en sus apreciaciones y añadió:

—En fin, después de todo, nada me importa eso. Si el señor Laroque ha estado amable conmigo, diré á papá que le dé las gracias y en paz.

—Yo también se las daré,—añadió Luisa con sentido acento, y después de ponerse en pie, cogió el brazo de su hija y cariñosamente enlazadas dirigieronse hacia el castillo.

VI

Al siguiente día de los sucesos que acabamos de narrar, llegó Raoul Pérignon á Saint-Sauveur, y aquella misma noche, en tanto que el recién llegado hacía con Cecilia y la señorita Pellegrin una turbulenta partida de billar, al juego conocido en Francia por el de la *barraca*, rogó David á su mujer que le siguiese hasta su gabinete de trabajo. Era la primera vez, hacía ya muchos meses que la dirigía la palabra, saliéndose de los acostumbrados y diarios términos de una conversación general. Una vez solos, sentóse Luisa con el corazón palpitante delante de la mesa de despacho de su marido, y se dispuso á escucharle del mismo modo que el reo que se prepara á escuchar su sentencia ante un tribunal. Herbelin hallábase asimismo algo turbado, pues permaneció en silencio durante algunos momentos como si tratara de buscar las palabras que debía pronunciar. Por fin, dijo con pausada voz:

—No creo que convenga ignore usted los moti-

alguna... De todos modos, me gusta más así que si fuese pretencioso ó estirado.

Detúvose al decir esto, bruscamente y miró á su madre como si en aquel momento hubiese advertido que había ido demasiado lejos en sus apreciaciones y añadió:

—En fin, después de todo, nada me importa eso. Si el señor Laroque ha estado amable conmigo, diré á papá que le dé las gracias y en paz.

—Yo también se las daré,—añadió Luisa con sentido acento, y después de ponerse en pie, cogió el brazo de su hija y cariñosamente enlazadas dirigieronse hacia el castillo.

VI

Al siguiente día de los sucesos que acabamos de narrar, llegó Raoul Pérignon á Saint-Sauveur, y aquella misma noche, en tanto que el recién llegado hacía con Cecilia y la señorita Pellegrin una turbulenta partida de billar, al juego conocido en Francia por el de la *barraca*, rogó David á su mujer que le siguiese hasta su gabinete de trabajo. Era la primera vez, hacía ya muchos meses que la dirigía la palabra, saliéndose de los acostumbrados y diarios términos de una conversación general. Una vez solos, sentóse Luisa con el corazón palpitante delante de la mesa de despacho de su marido, y se dispuso á escucharle del mismo modo que el reo que se prepara á escuchar su sentencia ante un tribunal. Herbelin hallábase asimismo algo turbado, pues permaneció en silencio durante algunos momentos como si tratara de buscar las palabras que debía pronunciar. Por fin, dijo con pausada voz:

—No creo que convenga ignore usted los moti-

vos que han traído hasta aquí al sobrino de Pérignon, pues no se trata, según he manifestado á Cecilia, de una estancia de carácter industrial que Raoul debe de hacer en la fábrica. El coronel y yo hemos formado el proyecto de casar á esos chicos, y se lo prevengo, para que los actos de usted respecto á ese joven, estén en perfecta consonancia con mis deseos. Cuento con la intimidad que entre ellos existe desde su infancia para que lleguen á profesarse completa simpatía, y puedan amarse más tarde sin reservas. Al obrar así, creo hacerlo con prudencia, pues la felicidad es cosa tan rara, que nunca se ingenia uno lo bastante para asegurar la de los seres queridos.

Cesó de hablar y fijó la vista en su mujer como si aguardara á que ésta formulase una respuesta cualquiera, pero viendo que Luisa continuaba guardando silencio, añadió con viril acento:

—No creo tenga usted que hacer objeción alguna respecto del hombre objeto de mi elección para nuestra hija. Es excelente bajo todos conceptos: honradez, fortuna, buenas prendas personales y de noble y distinguida familia, Raoul reúne todas las condiciones apetecibles para hacer de él un yerno perfecto.

—Todo eso es cierto y está muy bien, con tal que sea del gusto de Cecilia, dijo Luisa inclinando la cabeza.

Aquella contestación que David encontró llena de reticencias no era ciertamente la que él aguardaba, así es que se apresuró á preguntar:

—¿Tiene usted algún motivo para creer que Ce-

cilia no se hallará dispuesta á conceder su mano á Raoul?

—Por el momento, no tengo ninguno.

—Entonces agradeceré á usted que coopere al buen éxito de mi proyecto.

Luisa reflexionó un momento y dijo después:

—Puede usted estar seguro desde ahora que lo haré con la mejor voluntad del mundo.

Dióla David las gracias haciendo una leve inclinación de cabeza, y abriendo de nuevo la puerta, la dejó en libertad para que regresara al salón. Cuando hubo quedado solo, púsose á pensar en quién podría ser la persona á que había aludido Luisa en su ambigua contestación. ¿Tendría por acaso determinados informes respecto á Raoul que pudieran darla á creer una negativa por parte de Cecilia? No era probable. ¿Habría descubierto algún otro naciente afecto en el corazón de su hija? Parecióle asimismo imposible, pero aun así y todo, no dejó de sentirse dominado por cierta inquietud y prometióse ejercer atenta vigilancia.

Al día siguiente condujo á la fábrica á su futuro yerno, y allí, después de hacerle visitar todos y cada uno de los departamentos y de observar con profunda satisfacción el entusiasmo de Raoul ante la instalación de las nuevas máquinas para los experimentos eléctricos y el interés que demostraba por conocerlo todo hasta en sus menores detalles, le puso en contacto con Laroque. Ambos jóvenes tenían con corta diferencia la misma edad y habían estudiado en la misma escuela, aunque sin conocerse: tenían pues motivos más que suficientes

para simpatizar, como así sucedió, y al cabo de una hora entró Herbelin en su despacho dejando solos á Raoul y al director de la fábrica. Manifestaba el primero una decidida afición á las manipulaciones químicas, siguiendo en esto las huellas de su maestro Cendrin, en tanto que Laroque confesaba que poseía más aptitudes para los trabajos que se relacionan con la física, mostrando al propio tiempo á su compañero algunos de los perfeccionamientos introducidos por él en las diversas funciones de las máquinas.

—Entre los dos,—dijo alegremente Raoul, podríamos dejar satisfechos por completo los deseos del señor Herbelin y dirigiríamos la fábrica de admirable modo. Pero, añadió, viendo pintarse una vaga inquietud en el rostro de su interlocutor, yo no pretendo dirigir nada, ni tengo además, facultades administrativas... Mis trabajos se limitan tan sólo al laboratorio, y si tuviera que luchar como usted lucha, con tantos obreros, me volvería loco en seguida.

Al advertir Laroque la delicadeza que encerraba aquella declaración, no pudo por menos de sentir un vivo agradecimiento hacia el joven, y desde aquel momento no hubo entre ellos la menor reserva, preparándose por lo tanto á vivir dentro de la más íntima cordialidad.

—Tengo por maestro, dijo Raoul, á un hombre de primer orden; al profesor Cendrin. Todo cuanto la microbiología moderna posee en felices descubrimientos, tan sólo á él se le debe, y no crea usted que ese sabio admirable se ocupe tan sólo de

especulaciones científicas de gran trascendencia, no; dedícase también á investigaciones, que si bien son en extremo sencillas en la apariencia, tienen un lado práctico incontestable... ¿No opina usted como yo, que el favorecer la economía doméstica facilitando la alimentación universal, es una de las más hermosas tareas que darse puedan?... ¡Ah! ¡Próspero Cendrin, es realmente un hombre famoso!... Cuando usted le conozca, ya verá...

—¿Cree usted que tendré ocasión de verle por aquí?

—Llega esta noche á Saint-Sauveur en compañía de mi tío el coronel Pérignon... Creo que se trata de algunos trabajos del señor Herbelin, sobre los cuales, trata de conocer la opinión del afamado maestro... Debo decir á usted, por si no lo sabe, que tanto mi tío, como el profesor, son inseparables amigos de su principal de usted.

—Si, ya lo sabía hace tiempo.

—En París, casi siempre iban juntos... y sino hubiese sido porque el señor Herbelin tomó la decisión de venir á habitar la campiña, quizás por mucho tiempo...

Y al decir estas palabras, Raoul guiñaba los ojos de un modo significativo, con objeto de inquirir si el director se hallaba al corriente de la crisis que había turbado la paz en el hogar de Herbelin, pero Laroque permaneció impasible por la sencilla razón de que nada sospechaba.

—Así pues, continuó Raoul, como el señor Herbelin no vive ahora en París, ellos vienen á visitarle. Los verá usted por aquí con frecuencia.

— Con gran placer, por mi parte. Su señor tío, al cual ya conozco, por verle todos los años en junta de accionistas, es una persona amabilísima, y en lo que concierne al profesor Cendrin, es universalmente célebre y tendré sumo gusto de conocerle personalmente.

— Ya verá usted cómo le quiere en seguida: no es posible hallar un hombre más sencillo ni más benévolo.

Terminada la conversación, penetraron en el despacho de David, el cual dijo al joven director:

— Esta noche tengo varios invitados en casa: ¿quiere usted comer con nosotros, Laroque?

El joven se sonrojó: era la primera vez que se le invitaba desde que Herbelin se había instalado en Saint-Sauveur. Dió las gracias á su principal al propio tiempo que cambiaba con Raoul una mirada de satisfacción.

— Bueno; pues entonces á las siete en punto, y de levita ó chaqué ¿no es cierto? Estaremos en familia.

Aguardaba Luisa, no sin cierta curiosidad, la llegada del director de la fábrica, pues en las ocasiones, harto raras, en que desde hacia tres años había ido á la Neuville, no había podido fijarse en Laroque. Acordábase sí, de un muchacho alto, rubio, de ojos azules, y al cual no le había oído el metal de la voz, y eso era todo. El nuevo amigo de su hija era pues un desconocido para Luisa, y se preparaba por lo tanto á hacer de él un detenido examen.

Cuando llegó Laroque, Luisa que se hallaba cer-

ca de la chimenea, hablando con Cendrin, se levantó, yendo en su busca para presentarle al profesor, que le acogió con benévola sonrisa. El coronel le saludo también afectuosamente dejándole en seguida en libertad de ir á estrechar la mano de Raoul y de saludar tímidamente á Cecilia. En cuanto á Herbelin, permanecía todavía en su despacho firmando el correo del día.

Raoul y Cecilia se habían dirigido hacia uno de los ángulos del salón en donde comenzaron á charlar en compañía de la señorita Pellegrin, así es que Laroque volvió á quedarse en presencia de Luisa y de Cendrin, en extremo turbado y buscando con la vista un auxiliar que viniera á sacarle de apuros. Tuvo sin embargo que abandonarse á sí mismo, pues aun cuando Cecilia le dirigía miradas llenas de interés, no tuvo el suficiente valor para atravesar la sala y llegar hasta ella sin antes tener que pasar al lado del coronel, que sentado cerca de la mesa del centro, leía con visibles muestras de mal humor un periódico que sostenía entre ambas manos, abierto en toda su extensión.

No se movió, pues, del sitio en que estaba, es decir, á dos pasos de Luisa y del profesor, los que, según él creía, le dirigian maliciosas miradas. Su frente se hallaba inundada de copioso sudor, y hubiera dado de buena gana todo cuanto le hubieran pedido, por no tener en aquel momento brazos ni piernas, pues no sabía qué hacer de tan importantes remos. Además, la idea de que Cecilia pudiese referir la escena de la trucha, y de que por lo tanto pudiera ser objeto de crítica por haber

abandonado sus habituales ocupaciones, le preocupaba en sumo grado. No hay duda, se decía mirando hacia el sitio donde se hallaba la joven, Cecilia está contando á Raoul mi cooperación en la famosa pesca de la trucha y ambos se rien á más no poder á pesar del adusto ceño que pone la institutriz.

Vino en esto á sacarle de sus tristes pensamientos la voz de Luisa que le decía:

—Nuestro amigo, el señor profesor Cendrin, tiene gran curiosidad por experimentar en compañía de mi esposo, los nuevos aparatos eléctricos que ha construido usted. ¿Crée usted que podrán hacerlo mañana?

Colocado ya, merced á la anterior pregunta, en su propio terreno, recobró Laroque toda su presencia de espíritu y contestó:

—Todo es posible señora, desde el momento en que el Sr. Herbelin dé las oportunas órdenes. Será preciso sin embargo tomar algunas precauciones, si se quiere hacer un completo experimento.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Habrá quizás algún peligro?

Una rápida mirada de Cendrin detuvo la palabra en los labios de Laroque, encargándose el sabio de responder á Luisa con la mayor tranquilidad del mundo:

—Siempre existe alguno que otro peligro en eso de los experimentos, pero no tenga usted cuidado; las imprudencias no se cometen tan fácilmente como pudiera usted creerse, y yo, que no he venido á disfrutar del campo para exponer mi vida, la

prometo que entre Herbelin y yo, moderaremos los impetus de estos jóvenes. Me complazco en creer, Sr. Laroque que es usted obediente y que no va usted nunca más allá de las órdenes que se le dan, ¿no es cierto?

Protestó el joven de su obediencia, tanto á Herbelin como al ilustre profesor y supo hallar acentos y palabras para mostrarse deferente sin el menor asomo de bajeza. Entonces pudo Luisa darse exacta cuenta del carácter de Laroque, advirtiendo en él un carácter franco y sencillo, aunque con un ligero tinte de reserva, debido á la inferioridad de su posición. Bajo el punto de vista físico, su figura, por más que en apariencia fuese un tanto corpulenta, no dejaba nada que desear.

De repente, Luisa le preguntó á quemarropa:

—¿De qué país es usted Sr. Laroque?

—Soy lorenés señora.

—¡Ahl es usted dos veces francés...

—En efecto, añadió el joven con natural sencillez.

No siguió adelante la conversación, porque al propio tiempo que Herbelin entraba en la sala, anunció un criado que la comida estaba servida.

Mientras duró ésta, la conversación se hizo general y la dirigió Cendrin con bondadosa ingenuidad, haciendo lo posible para que brillase el talento de cada uno de los convidados y para que Pérignon refriese con voz tonante algunas historietas propias del sitio en que se hallaba. Cuando volvieron al salón y después de tomar el café, Herbelin condujo á los convidados á su gabinete para

que pudieran fumar á su gusto; la señorita Pellegrin se retiró también á sus habitaciones, permaneciendo por lo tanto solas hija y madre. La vispera, quizás no hubieran titubeado en aislarse una de otra, efecto de la poca confianza que entre ellas reinara; pero después de la escena del bosque, se habia verificado en sus respectivos ánimos un cambio completo: cambio que habia de tener trascendentales consecuencias para el porvenir de entrambas. Luisa habia tomado su labor, en tanto que Cecilia se ocupaba en abrir con una plegadera las hojas de un libro destinado á su padre.

—Creo que estáis en muy buena armonía Raoul, Pérignon y tú—dijo Luisa al cabo de breves instantes.

—Como siempre—respondió la joven con cierta indiferencia que no pudo menos de chocar á Luisa.

—Me parece que en otros tiempos casi siempre que te hablaba se mostraba contigo un poquito burlón, y hoy he advertido todo lo contrario.

—Sí; ahora ya es un hombre serio... ¡Quién sabe si eso le hará perder!

—¿Por qué?

—Porque al perder la naturalidad de su carácter, no es ya tan divertido como era.

—¿Crées tú que en la actualidad hay algo de afectación en él?

—Así lo creo.

—¿Y no puedes presumir con qué objeto?

Cecilia levantó los ojos, dirigió á su madre una curiosa mirada y dijo dando golpecitos con la plegadera sobre el dorso del libro:

—En cuanto eso... confieso que no sé una palabra... Pero quizás lo sabéis papá y tú...

Luisa fijó á su vez la vista en Cecilia y ambas permanecieron un instante como atónitas y sin atreverse á hacer la menor pregunta, como si presintiesen que á la primera palabra pronunciada quedaria aclarado un concepto, que por el momento no debia tener inmediata aclaración.

Sin embargo de esto, Cecilia, que tenia mayor interés en aclarar sus sospechas, que Luisa en saber de un modo positivo lo que ya habia adivinado, fué la primera que arriesgó la conversación.

—Para mí, es innegable que cuando se presenta á un joven en una casa bajo el pretexto de que papá ha hecho uso para traer aquí á Raoul, es que existe una idea más ó menos remota de matrimonio... Recuerdo que el año pasado, con motivo de la distribución de premios en la pensión de la señora Paturin, representaron las niñas mayores en compañía de sus hermanos una comedia que se titulaba: «Las niñas casaderas» y acontece en dicha comedia con el joven Luceval, lo mismo, exactamente lo mismo que lo que aquí acontece con Raoul... El Sr. Cendrin, es también el amigo que lleva el asunto, solamente que no canta, como el otro... ¡Qué más, hasta Courdimanche, el contra-maestre de la fábrica hace el papel de criado, porque la señora Pellegrin le ha oido decir hace poco, que el día en que yo me case van á hacer una fiesta de primer orden.

Luisa palideció, pues sabia demasiado lo que para ella significaba aquella famosa fiesta y el tris-

te estado en el cual vendría á caer, cuando ya fuera de su casa, después de la boda de Cecilia, se viese por completo entregada al dolor y á la soledad. Contuvo no obstante los latidos de su corazón para no desviarse del objeto que se proponía en aquellos momentos y dijo con agitada voz:

—Miren la burloncilla! ¿Qué, no te gustaría que el vizconde Raoul pidiese tu mano?

—Mamá, no me es fácil contestar á tu pregunta. Es cierto que Raoul no me disgusta, pero creo que no llegaría nunca á tomarle en serio, y por consiguiente, veo la dificultad de llegar á sentir amor hacia un marido que no me inspira respeto alguno. Raoul sería, en fin, para mí lo que siempre fué: es decir, un igual mío, una especie de camarada. ¿Y no crees tú, mamá mía, que á toda mujer le hace falta un marido, que sea en cierto modo, superior á su compañera?

Luisa cayó en un profundo estupor. Las sencillas palabras que Cecilia acababa de pronunciar, ¿no personificaban acaso la sabiduría misma y no contenían además la explicación de su fallida existencia? ¡Ah! Si David se hubiese erigido desde luego en dueño y señor, en vez de obedecerla y servirla en todo momento, hubiérala servido de eficaz apoyo para no dejarse llevar por la corriente de las pasiones, falta por completo de ayuda y protección. Sí, Cecilia decía verdad; para ser feliz con el que debía de ser su marido era necesario que la infundiese amor: entonces, la pobre Luisa comprendió también, aunque algo tarde, que la mujer debe de amar tan solo á su marido. Tomó

pues la firme resolución de hacer cuanto en su mano estuviese, para poner en lo porvenir á su hija, al abrigo de las desdichas que ella había experimentado, y juró no entregar á Cecilia sino al hombre á quien ésta diese su corazón.

Apercibióse de pronto que la joven la miraba con cierta inquietud, y dijo con objeto de tranquilizarla:

—Todo cuanto acabas de decirme está lleno de la mayor cordura... ¿Pero, no crees sea posible que esa amistad pueda llegar á convertirse en otro afecto más serio, más grande?

—Decididamente no, respondió alegremente Cecilia. ¿Qué quieres? Es un golpe en vago, una de esas cosas cuya defectuosidad no admite remedio alguno...

—Supongo, sin embargo, que no preferirás una pasión violenta.

—¡No, no; tampoco! No soy nada romántica, y si quieres que te explique lo que deseo, te diré que me gustaría encontrar un hombre como papá, serio, un tanto preocupado por sus ideas y por sus estudios, pero que no pensase más que en mí, aparte como es natural, de sus proyectos y trabajos.

¡Un hombre como su padre!... pensó Luisa: ¡Ah! si llegara un día en que esta pobre niña supiese que he despreciado cruelmente al mismo ser á quien ella toma por modelo, no podría ni aun llegar á comprender mi ceguedad, y la misma admiración que siente hacia su padre, la ordenaría aborrecerme con toda su alma, encontrando justo además, mi eterno alejamiento de la familia!...

Ahora veía bien claro la infortunada Luisa los muchos y grandes méritos que adornaban á su esposo y que ella había hasta entonces desconocido, considerándole como á un ser inferior y despreciable. En suma, que de aquella sublime prueba, salía David, grande, fuerte y ennoblecido, en tanto que ella...

Cecilia volvió en aquel punto á sacarle de sus meditaciones diciendo:

—Te veo muy preocupada, mamá. ¿Hay en efecto algo en planta de lo que hemos hablado? Harías mucho mejor en decírmelo que no dejarme en la duda. Demasiado ves que no me hallo dispuesta al entusiasmo, y que sería por lo tanto preferible, en interés de todos, no dar lugar desde luego á la menor demostración, si es que resultan ciertas mis sospechas.

—Desde el momento, dijo Luisa mirando fijamente á Cecilia, en que te afirmas en tu opinión de un modo tan decidido, es que ya habrás calculado de antemano sobre la situación que podría crearte ese matrimonio, que rechazas sin duda, porque prefieres á otro hombre que no es Raoul Pérignon.

El rostro de Cecilia se tiñó del más vivo carmin, pero á pesar de la súbita ansiedad que expresó su fisonomía, tuvo el valor suficiente para decir con firme acento:

—Te aseguro, mamá, que no es así. Es que no tengo la menor prisa por casarme, y tú tampoco la tienes, ¿no es verdad, de que yo abandone para siempre esta casa?

A estas palabras, que respondían de un modo tan exacto á la dolorosa inquietud que agitaba su alma, Luisa estrechó á su hija entre sus brazos y dijo sin poder contener el llanto:

—¡Hija del alma!... Quisiera por el contrario no separarme nunca de ti: tú no puedes figurarte la dulce seguridad que tu presencia me proporciona... Sí, hija mía, sí; permanece á mi lado hasta el día en que tengas la completa seguridad de ser dichosa con el hombre que elijas por esposo... Aquel día, yo sabré imponer silencio á mi pena, para no turbar con ella tu felicidad, y entonces quizás sepas cuán necesarios me eran tu cariño y tu ternura... ¡Te quiero tanto, y sin mezcla alguna de egoísmo!... Quizás un día no lejano pueda darte buena prueba de este cariño, y entonces, aun en medio de los nuevos afectos á los cuales hayas abierto tu alma, conservarás en tu corazón un sitio para albergar en él el profundo amor de tu madre.

Aquella declaración apasionada, á la vez que enigmática, conmovió en alto grado á Cecilia, que permaneció silenciosa, tratando de descifrar el oculto sentido de las palabras de su madre. Creía ver en ellas cierta aflicción, parecida al terror, al propio tiempo que la sincera é irrevocable decisión de asegurar su dicha.

Desgraciadamente la llegada de los fumadores al salón, no les permitió ir más allá en sus confidencias; de otra suerte, Luisa, sin confesar sus faltas, hubiera abierto los ojos á su hija sobre los disentimientos conyugales que debían terminar en una completa ruptura, y Cecilia hubiera á su vez hecho

adivinar de un modo más claro sus nacientes preferencias, llegando de ese modo á ligarse estrechamente aquellos dos amantes corazones, y á adoptar decisivos acuerdos, contra los que nadie hubiera podido luchar. Habían por lo tanto perdido una ocasión, que difícilmente volvería á presentarse. Lo que desde el primer instante no ofrecía la menor duda, era la suerte que podía caberle á Raoul Pérignon en sus pretensiones matrimoniales, que podían considerarse muertas al nacer.

En cuanto al bueno de Laroque, no podía presumirse que durante aquella hora que había pasado fumando y entretenido en hablar, se había tratado de cosas entre madre é hija que tanto le interesaban. Habíase refugiado en un ángulo del salón y desde allí admiraba á Cecilia, que preparaba en aquel momento una mesa de juego para el coronel, Cendrín y su padre. El rostro del pobre muchacho tornóse carmesi cuando la joven se llegó á él con una carta en la mano diciéndole:

—¿Usted también jugará una partida de whist, señor Laroque?

—Vergüenza me da decirlo, señorita; pero ni siquiera conozco la marcha del juego, y temo que llegara á embrollar el juego de esos señores...

—Tiene usted razón, no creo que haya nada más tonto que ese continuo barajar las cartas.

Y dirigiéndose en seguida á Raoul:

—Vamos Raoul, será necesario que te sacrifiques.

—¡Muchas gracias! ¿Con qué es decir, que me das de buenas á primeras en esta representación uno de tantos papeles de barba?

Tomó no obstante, la carta que Cecilia le ofrecía, y dijo después de volverla:

—¡La sota de copas!... Pues mira, acepto.

Y se dirigió sonriente hacia la mesa de juego.

Cecilia se ruborizó y permaneció un instante indecisa; después dirigiendo una mirada á Laroque, que continuaba triste é inmóvil en su sitio, le dijo:

—Venga usted á sentarse al lado de mamá: allí creo que podremos hablar sin incomodar á los jugadores.

La velada pasó desde aquel momento de un modo tan rápido para Laroque, que se apercibió con tristeza que eran ya las once cuando aún creía tener ante sí el tiempo suficiente para gozar á sus anchas de la deliciosa situación en que se hallaba; pero David se levantó en aquel momento anunciando á sus amigos que se retiraba á descansar, y el joven director vióse obligado por lo tanto á despedirse. Dirigióse, pues, á la fábrica, por la carretera, iluminada ésta por la luna y por el fulgor de las estrellas, hacia las cuales levantaba sus ojos, llena la mente de atrevidas ideas y el corazón no menos lleno de embriagadoras esperanzas.

Casi á la misma hora, Raoul se paseaba de un extremo á otro de la habitación destinada á su tío, y éste, que hacía ya rato le veía ir y venir desde el sitio en que se hallaba sentado le dijo por fin:

—Pues señor, me hallo agradablemente impresionado y no dudo que tu asunto marchará viento en popa en el más breve plazo.

Raoul cesó entonces repentinamente en sus paseos y plantándose ante Pérignon le preguntó:

—¿Y en que se funda usted para abrigar semejante opinión?

—¿Que en qué me fundo? Pues en la evidente satisfacción que Cecilia demuestra.

Iba vestida esta noche con cierta rebuscada coquetería... Y me ha parecido además que estaba muy alegre y un tanto nerviosilla: todo eso, créeme, ha sido por efecto de tu presencia.

—Sí, pues cuando habla conmigo, nadie lo diría: no advierto en ella el menor temor y me demuestra el mismo afecto de siempre, es decir, el de una franca y antigua amistad.

—¡Hombre, presumo que no pretenderás se eche en tus brazos, así, á la vista de todo el mundol

—Es claro que no, pero no advierto en su actitud para conmigo, esa timidez, esa reserva propia de las circunstancias, y observo por el contrario demasiado abandono, y excesiva familiaridad. Y el caso es, que parece que el mismo demonio lo hace: está más bonita que nunca.

—Es mucha verdad.

—Lo que es el hombre á quien ella quiera no tendrá por qué quejarse.

—¡Ese hombre serás tú, que duda cabel

—No deseo otra cosa; pero, la verdad, no abrigo gran confianza.

—¡Pues chico, entonces eres hombre al agua! La experiencia me ha demostrado que para conquistar un corazón precisa no dudar del éxito.

—Ó como dijo el otro:

«Quién piensa en ser vencido, es casi serlo ya.»

—¡Mira, no me vengas con poesías y seamos prác-

ticos. Si crees que Cecilia no entra por el aro, haz como si no hicieras caso de ella, con objeto de que haga caso de tí; esto es, abandona la ofensiva y colócate de un modo resuelto en la defensiva. ¡Es una táctica esa que suele producir excelentes resultados!

—¡Vaya, me quiere usted hacer adoptar el arte de la guerra!

—¡Qué diablo! Es el mejor de todos para conseguir la victoria...

Conque, ya hemos hablado bastante por hoy; deja ahora que me acueste y ve tú á hacer lo propio por supuesto sin soñar... ¿Me entiendes?... Yo hablaré mañana con Herbelin.

—Buenas noches tío; pero, ya lo sabe usted, si Cecilia no me quiere, deseo saberlo en seguida.

—¡Pues no te han entrado pocas prisas que digamos!

Al siguiente día, hallábase Luisa cogiendo rosas, de las llamadas en Francia, de Navidad, y disfrutando al propio tiempo del perfumado ambiente de una hermosísima mañana de otoño, cuando Cendrin, llegó hasta ella después de haber salvado la escalinata que conducía al parque. Era la primera vez que volvían á hallarse solos desde el terrible día en que la casualidad hizo que se encontraran á la caída de la tarde á orillas del Sena. Al ver que se aproximaba, permaneció Luisa como sobrecogida, y deseando al propio tiempo huir de aquellos lugares, sin atreverse sin embargo á efectuarlo, en tanto que el profesor, la observaba desde lejos fijando en ella su penetrante mirada, y haciendo ya la deducción de lo que pasaba dentro de aquella alma

dolorida, al contemplar el rostro, la actitud y la turbación de la esposa de su amigo. Se aproximó por completo y apoderándose de su mano del mismo modo que lo hiciera un médico para pulsar á un enfermo, la conservó entre la suya durante unos momentos, pudiendo apreciar de este modo el estado de agitación y de inquietud en que se hallaba Luisa.

—¡Es usted muy madrugador! dijo. No creía tener el placer de verla hasta medio día.

—He cambiado por completo mis costumbres, contestó Luisa sonriendo tristemente. Ahora me retiro más tarde á mi cuarto y me levanto más temprano que antes... Además, aquí no se puede hacer otra vida que esa.

—¿Y... lo siente usted?

—De ningún modo. ¡Ojalá hubiera hecho siempre la misma!

Permaneció después un instante silenciosa, y añadió con entrecortado acento:

—Hubiera evitado muchas penas á los demás y aun á mi misma.

Cendrin ofreció entonces su brazos á Luisa y la condujo hacia un ancho sendero á cuyos lados se levantaban frondosos árboles, que interceptaban, formando compacta bóveda, los matinales rayos del sol.

—Por lo que veo, preguntó con dulzura Cendrin, no ha vuelto á renacer la calma en los espíritus?

—En apariencia, sí, pero en realidad, ¿quién puede decirlo? Si se debe juzgar por lo que yo

misma experimento, la inquietud es siempre viva y profunda...

—¿Ha tenido usted con David, alguna entrevista, alguna explicación, desde que han venido á habitar este castillo?

—Tan solo una vez, con objeto de anunciarme su propósito de dar nuestra hija en matrimonio á Raoul Pérignon... Al comunicar á usted dicho proyecto, no creo cometer una indiscreción...

—No señora, lo conocía hace ya tiempo... ¿Y durante esa conversación cual fué la actitud de David para con usted?

—Muy buena, como siempre... No tengo más que alabanzas para él... y creo que tampoco se quejará de mi conducta.

No contestó Cendrin á aquella enmascarada pregunta que se le hacía; insistió Luisa sin embargo y fijando en él sus ojos, preguntó:

—¿Le ha hablado á usted de mí?

—No ha pronunciado su nombre de usted ante mí; verdad es que le he visto sólo durante cortos instantes.

—Un minuto hubiera sido lo bastante, respondió Luisa con tristeza. David ha hecho completa abstracción de mí en lo que respecta á la vida privada... Aquí, no hago otra cosa sino aguardar...

No pudo concluir; sus ojos vertieron abundantes lágrimas, que cayeron en brillantadas gotas sobre las rosas que conservaba en su mano.

—Le he hecho muy desgraciado, dijo, y todavía sufre cruelmente por mi causa... ¡Pero, cuán severo es mi castigo!... Á la sola idea de que no me restan

más que unos meses, quizás algunas semanas de permanencia en esta casa, y de que perderé entonces el sitio que debiera ocupar en la familia, siento destrozarse toda mi alma... Y esa atroz preocupación que no me abandona durante el día, me despierta asimismo todas las noches, presa del mayor sobresalto, creyendo hallarme ya lejos de mi hogar y buscando á tientas en la obscuridad algo que pueda darme el más ligero indicio del sitio en que me encuentro. Es en fin, una perpetua agonía, que amarga por completo mi existencia y que sin embargo quisiera prolongar hasta lo infinito, persuadida de que el día en que termine, mi desdicha será mucho más terrible de lo que hoy en día es. Usted sabe mejor que nadie, como, guiada por la más incalificable locura, he desconocido y menospreciado las dulces y apacibles satisfacciones de la familia, entregándome de lleno al placer, al ruido y al aturdimiento de las grandes fiestas... ¡Desdichada de mí!... ¿Dónde, dónde tenía los ojos para despreciar de ese modo, el santo amor de mi esposo y de mi hija?... En cambio, hoy, todo lo que antes era para mí motivo de desprecio, se aparece ante mi vista rodeado de una aureola de pureza, dentro de la cual quisiera hallarme aun á costa de mi propia vida, y entonces, me digo á mi misma que no he sido tan culpable, para que David se muestre tan inflexible conmigo... Y sin embargo, es así, pues á juzgar por la firmeza con que mi esposo ha sufrido la horrible y dolorosa prueba que mi desatinada conducta le ha impuesto, puede verse desde luego su no menos firme resolución en llevar á cabo su voluntad.

Cendrin la interrumpió en aquel instante, y separando con el pie las secas hojas que cubrían el camino, preguntó:

—Bueno, ¿pero cuál es el objeto que guía esa voluntad?

—Él mismo me lo ha dicho. Al siguiente día de la boda de mi hija, saldré de esta casa para no volver jamás á ella.

—¿Y qué explicación podrá dar entonces á Cecilia de una partida tan brusca?

Luisa se estremeció y dijo con sofocado acento fijando en Cendrin su extraviada mirada:

—¿Cree usted, que tendrá el terrible valor de revelar la verdad?

—¿Y usted, añadió Cendrin, le cree capaz de enseñar á una hija á despreciar á su madre?

Luisa inclinó la cabeza y dijo con acento de consoladora tristeza:

—No será él, sino yo misma, quien la enseñe á despreciarme... Por otra parte, ¿qué exigencias puedo yo tener, ni qué género de piedad puedo invocar?... Entre David y yo, existe lo que es irrevocable; jamás me otorgará su perdón, ni yo osaría implorarlo, segura como estoy de no merecerlo.

—Me complace y apruebo esa humildad, repuso Cendrin. Creo que David también se mostrará satisfecho de ella, y que ha elegido usted el mejor camino para apaciguar su justa indignación.

—Le suplico sin embargo, que no vea en mi conducta nada que sea premeditado. En la terrible desesperación en que me hallo sumida, no me resta ya ni aun la fuerza de calcular... Todo cuanto di-

go y cuanto hago, es tan profundamente espontáneo como sincero.

—¿Pero la actitud de David no ha sufrido cambio alguno después del que usted misma ha experimentado?

—¡Le veo tan pocol... Almorzamos y comemos juntos y me dirige entonces la palabra en términos generales; eso es todo. ¡Si á lo menos se hubiese hecho cargo de la transformación que se ha verificado en todo mi ser!... Lo ignoro, aunque es muy posible que ni siquiera se haya fijado en ello.

—¿Y á pesar de todo eso, no encuentra Cecilia raros ese alejamiento y esa frialdad?

—¿Acaso no ha sido siempre lo mismo? Antes era yo quien para nada se cuidaba de David, y hoy, es éste el que se aleja de mi lado, sin que entonces ni ahora hayamos dejado de simular un afable y continuo trato. Ya ve usted, pues, que Cecilia no ha cesado de vernos vivir en la intimidad, así sea ésta aparente. Después, cuando se case, abandonará el hogar paterno, y al cabo de cierto tiempo la dirán, que hallándome enferma y deseando como siempre la soledad, he partido á lejanos países en busca de determinadas aguas curativas y... su padre la hará comprender que estando mi razón algo turbada, no se me debe molestar para nada en mi retiro... Entregada por completo á su nueva dicha, aceptará como buenas esas explicaciones y no tratará de abandonar á su marido para ir en mi busca... Más tarde, cuando llegue á ser madre, ocuparán sus hijos el sitio que para mí se hallaba reservado en su corazón, y, poco á poco

llegará á darme al olvido, en tanto que David, rodeado del más tierno y más respetuoso cariño, ocupará un sitio preferente en aquel nuevo hogar; educará á sus nietos en los sanos y rectos principios en que siempre se ha inspirado, y llegará por fin á la vejez en medio de la más dulce y apacible dicha. He ahí el destino que la Providencia nos habrá reservado con entera justicia: para él una merecida felicidad; para mí una no menos justa desesperación. ¡Ah! si fuera posible que la mujer que va á faltar á sus deberes, tuviese ante sus ojos en el momento decisivo, la visión bien clara y bien precisa de la vergüenza que el presente la ofrece y los dolores que el porvenir la reserva, se echaría atrás, al borde mismo del precipicio, jurando no acercarse más á él.

—También existen otras, dijo Cendrin con grave entonación, que han llegado por medio del arrepentimiento á desarmar la severidad de sus jueces, en primer término, llegando más tarde á obtener el anhelado perdón.

—Puede perdonarse en efecto una falta que se ha cometido en un instante de obcecación ó de locura, pero, ¿cómo perdonar el crimen consciente, el incalificable reto lanzado al rostro del ultrajado marido? Créame usted, eso es imposible. Entre David y yo existen palabras que no pueden darse al olvido, y es por lo que intenté darme muerte. Usted me atajó en mi resolución, y creo á veces que hizo usted mal en ello.

—Y yo estoy seguro, por el contrario, de que he hecho muy bien en obligarla á vivir; exclamó Cen-

drin, y al obrar de este modo he contraído con usted un compromiso moral, al que no faltaré ciertamente.

No he pretendido nunca imponer á usted un suplicio, firme siempre en mi creencia de que al final del doloroso camino por el cual dirige sus pasos, ha de hallar la redención de su falta, y si por acaso no fuese el mismo David quien se la concediese, usted sería su propia redentora, desde el momento en que, purificada por la dolorosa prueba á que hoy se halla usted sometida, y reanimada por el valor y la resignación, encuentre en la satisfacción del deber cumplido, justo remedio á todos sus pesares. Existe además algo que es justo y que jamás se equivoca ni engaña. Y si por casualidad no fuese David accesible á ese eterno sentimiento de justicia que reside en el fondo del corazón humano, no dude usted un momento que brotaría de repente en el de su hija, llegando á ser ésta el más poderoso é irresistible agente de una reconciliación entre ustedes. Ese es el porvenir que yo la presento, á cambio del que usted pintaba hace poco con tan negros colores, y la suplico que vea en mí á un filósofo pero de ningún modo á un verdugo, pues creo que no hayamos venido á este mundo miserable tan solo para sufrir, y que á cada sér le está reservado gozar de una mayor ó menor dicha. Por lo tanto, no lo dude usted, si hubiera podido suponer por un momento, que todo estaba perdido para usted, lejos de haber impedido su muerte, se la habría facilitado.

Luisa juntó ambas manos en actitud de súplica

y murmuró pintándose la alegría y la duda al propio tiempo en su semblante:

—¡Dios mío, si yo pudiera creer en tanta dicha!

Unos pasos que hacían crujir las hojas secas del sendero, llamó entonces su atención y vieron llegar á Cecilia por el extremo opuesto á la alameda.

—Vaya, dijo Cendrin señalando con la mano hacia el sitio por donde había aparecido Cecilia, ahí tiene usted al ángel del perdón.

Luisa enjugó rápidamente sus ojos, llenos todavía de lágrimas, y vió aproximarse á su hija, envuelta por decirlo así, en un pálido rayo de sol; la cariñosa sonrisa que ya desde lejos dedicaba á su madre, parecía confirmar las últimas palabras del sabio profesor.

—Hace ya más de un cuarto de hora que les busco á ustedes por todas partes. Papá ha preguntado por el señor Cendrin, pues á lo que parece, tienen ustedes que ir á la fábrica para hacer no sé qué importantes experimentos, y es preciso ser exactos para la hora del almuerzo.

—Está bien hijita; vamos allá, dijo Cendrin; pero conste que no nos hemos retrasado... Mira, precisamente ahora tocan la campana.

Los experimentos que Cendrin se hallaba invitado á presenciar, debían de tener incontestable alcance, pues Herbelin, que nunca se alababa, había manifestado á su amigo, que si el nuevo aparato llegase á dar lo que los estudios prometían, sería para el inventor una verdadera fortuna. Pero siendo él el inventor, y no teniendo ya necesidad de fortuna, guiábale solo el amor propio en aque-

lla ocasión; así es, que no cesó de explicar las complicaciones de su invento en tanto que duró el almuerzo. A la una salieron en coche hacia la Neuville, David, Cendrin y Raoul, pues se había convenido de antemano con el coronel, que éste iría á reunirse con ellos después de dar un paseo á pie hasta la fábrica, y fumando su consabido cigarro.

Luisa y Cecilia permanecieron solas, pensando la primera en el apasionado entusiasmo de su marido, que no podía menos de admirar, y preocupada la segunda con la sospecha de los peligros que el experimento podía ofrecer. Muy poco había faltado en efecto, momentos antes, para no proponer á su padre que la permitiera acompañarle á la Neuville, pero retrocedió en su empeño, temiendo se creyese lo hacía, atraída por la presencia de Raoul. Quizás si la inocente niña hubiese buscado otra causa en el fondo de su pensamiento, habría observado también, que al no hacer la susodicha proposición obedecía al secreto deseo de no infundir celos á Laroque, pero las ideas que agitaban su mente eran demasiado complejas para que no produjeran en ella, profunda y natural turbación.

Pasaron una gran parte del día dedicadas á su labor, y ya se disponían á recogerla y á dar una vuelta por el parque, cuando llegó á sus oídos el ruido de un coche sobre la arena del patio: iban ya á lanzarse á la ventana con objeto de ver quién era el que llegaba, cuando Pérignon entró precipitadamente en el salón. No aguardó á que le hicieran pregunta alguna, y arrojando su sombrero so-

bre la mesa, y con aire consternado, murmuró con apagada voz:

—¡Señora, están locos, pero locos de atar!... Será un verdadero milagro que alguno, sinó todos ellos, no quedan hechos añicos antes de que llegue la noche!... Cuidado que yo no tiemblo por nada, pero preferiría mil veces, tomar al asalto una batería en el momento de lanzar la metralla, que hacer lo que ellos hacen!

—¿Pero de qué se trata? exclamó Cecilia asustada, y á quien las espantosas afirmaciones del coronel, confirmaban gravemente en sus previsora inquietud.

—¡Pues nada, una friolera! Están todos en una especie de soportal contiguo á la sala de máquinas, ocupados en hacer un nuevo experimento que consiste en almacenar la electricidad... Y, figúrense ustedes, con solo un escape de gas un poco violento, aquello vá á estallar como una bomba, y van á quedar hechos una tortilla... Pues, no señor; allí están muy tranquilos al lado de los aparatos, y discutiendo con entera calma, aguardando á que estos últimos se pongan en movimiento... ¡No permanezcáis ahí, imbéciles, les he gritado, no véis que puede saltar la máquina!... Pues, en efecto, no me han hecho caso. Hasta el director, el jovencillo ese, Laroque, se ha atrevido á contestarme con la mayor frescura, que la máquina había ya estallado dos veces, hallándose él presente, y que ya veía que no se había muerto... ¡Es el más loco de todos!

—¡Dios mío! murmuró Cecilia cuyos pálidos la-

bios apenas si acertaron á articular estas palabras.

—Y mi esposo, exclamó Luisa, ¿no se opone á esas imprudencias?

—¡Qué se ha de oponer! Participa de ellas, al contrario, y Cendrin lo mismo. ¡Todo un miembro del Instituto!... Eso es increíble. En fin, para terminar; que exasperado con su sangre fría, les he enviado al diablo, diciéndoles que no quería dejar los huesos allí á causa de su dichosa mecánica y me he apresurado en venir á prevenirlos.

—¿Y qué es lo que yo puedo hacer?

—Puede usted ir á esa endemoniada fábrica y hacerles salir del soportal ó antro en que se hallan encerrados... Abajo aguarda el coche, que nos conducirá en un cuarto de hora... Todavía llegaremos á tiempo.

—¡Ah, sí, mamá, vamos! exclamó Cecilia juntando sus manos en actitud suplicante.

—Vamos pues, contestó Luisa.

Y después de tomar precipitadamente sus chales y sus sombreros y acompañadas del coronel, penetraron en el coche, cuyo caballo les condujo al trote largo en dirección á la Neuville.

Hallábanse Herbelin, Cendrin, Laroque y Raoul en la sala baja de la fábrica, instalados en torno de los acumuladores y en espera de que la máquina se pusiera en movimiento. Cendrin había pedido una silla de paja, y discutía tranquilamente sentado á dos pasos del motor, sobre el nuevo procedimiento que su amigo trataba de aplicar.

—Creo que si llegáis á arreglar la combinación de los gases, se llegará al resultado apetecido, pu-

diendo entonces almacenar la fuerza dentro de un pequeño volumen y con muy poco peso, obteniendo además la solución de los problemas de la tracción eléctrica, de la aviación...

...¡Los resultados serán importantísimos!

—Ahora, dijo Herbelin, que te has dado cuenta de sus funciones, voy á proceder al experimento... Sin embargo, como todavía pudiera haber una rotura cualquiera en los aparatos, os ruego que me dejéis completamente sólo en este sitio.

—¿Cómo solo? preguntó David.

—Sí, amigo mío, replicó riéndose David; sin ser tan pesimista como Pérignon, que ya nos daba á todos por muertos, no por eso dejo de abrigar algún ligero temor, y creo que sería perfectamente inútil privar al Instituto de una de sus más claras lumbreras, ni exponer tampoco la vida de dos jóvenes como Raoul y Laroque... Dejadme, pues, maniobrar á mi antojo.

—¡Eso sí que no, exclamó Laroque! ¡Será en lo único que me atreva á desobedecer á usted!

—¿Puede saberse quien manda aquí? dijo Herbelin alzando la voz. Ordeno que se me deje solo, completamente solo.

El tono con que David pronunció las anteriores palabras, sorprendió no poco á los concurrentes; expresaba su fisonomía en aquel momento tal exaltación, que no podían explicársela, ni aun teniendo en cuenta la fiebre que se apodera de todo aquel que va á poner en práctica un invento propio, así es, que no dudaron que Herbelin iba á afrontar un gran peligro. Trató Cendrin de contener ó qui-

zás de acompañar á su amigo cogiéndole por un brazo, pero David, ya en el umbral de la puerta hizo un signo negativo, y volviéndola á cerrar con presteza, dió una vuelta á la llave.

Los tres comensales permanecieron, pues, en el patio, mirándose con ojos extraviados. Laroque, exclamó, pálido como la muerte:

—Mi deber era no abandonarle... ¿Si le acontece alguno desgracia que diré á...?

En aquel momento el rostro de David apareció tras las rejas de una estrecha ventana y les gritó:

—No os quedéis tan cerca; pueden llegaros algunos residuos.

Laroque se apresuró entonces á saltar sobre el reborde de piedra de la ventana y suspendiéndose de él con ambas manos, dijo:

—Señor Herbelin; dejeme usted entrar, se lo suplico... ¡No sabe usted, no puede usted figurarse el mal que me hace al prohibirme la entrada!... ¡Quisiera morir mil veces, antes que permanecer aquí fueral...

—No ignoro, Laroque, que tendria usted derecho á hacer conmigo este experimento, pero quiero estar solo, ¿me comprende usted?... Es preciso de todo punto que esté solo...

Al oír estas palabras, Laroque con objeto de no ser oído por los demás preguntó en voz baja:

—¿Entonces, es que sabe usted de un modo positivo que puede acontecer alguna desgracia?

—Es posible, contestó David sonriendo amargamente.

Y desapareció en el interior del soportal, en tan-

to que Laroque se dejaba caer hasta el suelo para ir á reunirse con Cendrin y Raoul que paseaban con precipitado paso por el patio.

El humo de la máquina, que comenzó á salir en blancas bocanadas, vino á anunciarles el comienzo de la operación.

—¿Vamos á ver, señor Laroque, dijo Cendrin, es usted de opinión que pueda sobrevenir un accidente cualquiera?

—Dependerá tan solo de la mayor ó menor prudencia con que se lleve á cabo el experimento, pues en realidad nunca hemos tenido ni explosión ni rotura, sino en aquellas ocasiones en que hemos querido llevar las cosas al extremo... ¡Entonces... entonces es verdaderamente espantoso, créame usted; el estallido del trueno acompañado de la descarga eléctrica no tiene comparación con ello... La última vez, fué un verdadero milagro que no dejáramos la piel; y eso, que tratamos de ponernos al abrigo... Falta saber si el señor Herbelin tomará hoy las necesarias precauciones... Vaya, no puedo resistir al deseo de ver lo que hace.

Y quiso volver á la reja, pero Cendrin le contuvo con dulzura diciendo:

—No, no le contrarie usted; seria capaz de cometer una imprudencia todavía mayor: Confiemos en la casualidad, que es la Providencia de los sabios...

En aquel momento entró en el patio el coche que conducía á Luisa, Cecilia y Pérignon. Las dos primeras bajaron precipitadamente y exclamaron al propio tiempo:

—¿Dónde está?

—Allí, contestó Cendrin mostrando el soportal.

—¡Dios mío!... ¿No han podido ustedes evitarlo?

—¿Y cómo señora, por qué medios?

—Tratando de seguirle; estoy segura que acompañado, hubiera sido mucho más prudente que no estando solo, dijo Cecilia con tan emocionada voz que hizo palidecer á Laroque.

—Hija mía, contestó Cendrin, señalando con la mano hacia el sitio en donde se hallaba el joven director, este caballero ha cedido tan solo á las terminantes órdenes de David, y puedo asegurar que si no se halla en su compañía, es tan solo porque á pesar de sus súplicas no ha podido lograrlo...

Cecilia inclinó la cabeza sobre el pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luisa se lanzó entonces hacia el soportal y golpeando sobre la puerta con el puño cerrado, gritó:

—¡David... estoy aquí con Cecilia!...

—Vete, respondió con voz sorda David desde el fondo del taller.

—¡Papá! ¡por Dios, yo te lo suplico, ven; gimíó á su vez Cecilia con acento consternado.

—¡Os he dicho que os vayáis, ordenó nuevamente David, y sobre todo, que os llevéis á mi hija.

—Señor Herbelin, exclamó Laroque, déjeme usted entrar; se lo pido como una recompensa... ¿No comprende usted que lo contrario es un deshonor para mí?...

—Vaya, bueno, entre usted, dijo por fin David abriendo la puerta.

Ya sobre el umbral, Laroque transportado de

júbilo y volviendo sus miradas hacia Luisa y Cecilia, exclamó:

—Obedézanle ustedes, se lo ruego. Respondo desde ahora que volverá sano y salvo.

Y lanzándose hacia el interior del soportal, cerró la puerta tras sí.

—¡Diablo de muchacho, y que templadito es!... ¡Y guapetón al propio tiempo! dijo Pérignon con voz tonante... Pero, vamos á ver, si no se llora por eso, niña: ahora tengo el convencimiento de que no acontecerá ninguna desgracia: las cosas han variado.

—Ha sido mucho mejor, dijo Cendrin, que hayamos obedecido las órdenes de David; si hubiéramos insistido, tanto Raoul como yo, hubiera dividido su atención entre su nueva máquina y nosotros, con grave perjuicio del experimento... Es necesario tener además en cuenta, que Pérignon ha exagerado mucho el peligro que pueda correrse... y, después de todo, tanto David como yo, estamos acostumbrados á esos pequeños accidentes de laboratorio.

—En cuanto á mí, dijo Raoul con forzada alegría, como quiera que no he venido aquí para desobedecer las órdenes del que me cobija bajo su techo, no he tenido más remedio que acatar su voluntad.

El coronel dirigió entonces una expresiva mirada á su sobrino como diciéndole: Acabas de perder una ocasión de primer orden, para mostrarte heroico ante tu futura, y el joven director ha sido más listo que tú!

Pero todos aquellos razonamientos y excusas no llegaban á los oídos de madre é hija; Cecilia continuaba llorando sentada sobre un banco al pie de un frondoso tilo, y Luisa, pálida y demudada se hallaba por completo entregada á sus pensamientos. ¿Qué clase de hombre es ese, se decía aludiendo á David, que cada día se me revela bajo un nuevo aspecto? Aquí mismo, delante de mí, se encuentran, un militar que tiene fama de valiente y un sabio, célebre por sus descubrimientos, y el uno parece considerarle como á maestro y el otro tiembla ante su temerario valor. Hasta hace poco he dudado de ese mismo valor porque no ha provocado un duelo, que después de todo nada probaba ni á nada conducía... Así pues, es necesario creer que el desprecio que ha demostrado hacia las habituales costumbres del gran mundo, es una palpable prueba de su grandeza de alma, que se halla, ciertamente, muy por encima de los vulgares pensamientos que sustentan la mayoría de los hombres. ¡Ah, sí, indudablemente, aquel que arriesga su vida por llevar á cabo un experimento, no hubiera titubeado en batirse, si no se hubiese considerado desde luego superior á la injuria recibida y á los que se la habían inferido. Es decir, que él, el marido burlado, se hallaba á cien codos de altura del burlador!...

Al llegar á este punto de su razonamiento, tuvo por vez primera Luisa, la completa certidumbre de su maldad y de lo absurdo de su conducta. Avergonzóse entonces de sí propia, penetrando un delicado sentimiento de humildad en su corazón, en

el que hasta entonces no se había cobijado más que el orgullo, y sintió la más viva tortura por haber abierto demasiado tarde los ojos á la luz de la razón.

Apoderóse, sin embargo, de su voluntad un firmísimo deseo de reparar, lo que ya le parecía un verdadero crimen, y se arrepintió de haberlo cometido, con la misma violencia que la había llevado al pecado. Pero en aquel instante, la idea de que aquel hombre pudiera desaparecer del mundo de los vivos sin haberla perdonado, se fijó tenaz en su mente y horrorizada por el temor de ver á David expirante, llevándose al sepulcro el odio y el desprecio que la profesaba, la hizo arrojar un grito de desesperación, que aterró á cuantos la rodeaban, y exclamar fuera de sí:

—¡Imposible!... Imposible soportar por más tiempo tan inconcebible agonía. Ya ha durado bastante esa prueba... Abre David, abre...

Abrióse la puerta y presentóse David con tranquilo aspecto ante Luisa, que retrocedió asustada detrás de él, y en la penumbra, divisábase á Laroque inclinado sobre los aparatos.

—¡Vaya, ya hemos concluido, dijo el inventor con reposada voz. Ahora ya podéis entrar; todo ha ido á las mil maravillas.

—¡Jesús, papá mío, y qué susto nos has dado! dijo Cecilia echándose en brazos de su padre.

—Pérignon, con sus exageraciones es el causante de todo... Estos militares, en seguida que se les saca del campo de batalla, se les pone carne de gallina.

—¡No me negarás, sin embargo, que corrias un gran peligro!

—¿Peligros?... respondió riendo David. ¿Y cuándo dejan de correrse? Cada vez que emprendemos un viaje por ferrocarril, corremos un peligro, y eso no obstante, ni siquiera pensamos en ello. No es ni más ni menos que una cuestión de costumbre, á la que estamos acostumbrados los que vivimos siempre entre máquinas, hornos y aparatos...

Luego, bajando la cabeza, añadió con acento de la más viva melancolía:

—Después de todo, la vida no vale gran cosa.

Y añadió señalando á Laroque:

—Este joven si que es un verdadero valiente, pues al perder la vida, se llevaría consigo, fe, juventud, y esperanza... Es decir, que él, arriesgarba algo... en tanto que yo...

Luisa y Cendrin oyeron solos estas palabras y cambiaron entre sí una inquieta mirada. El profesor penetró en el taller, y dirigiéndose hacia las máquinas, dejó solos y frente á frente á los dos cónyuges. Luisa, que no podía ocultar su exaltación, dijo entonces á Herbelin con acento conmovido:

—¿Por qué decir esas cosas? No son dignas de usted David: después de todo podría usted perecer y entonces!...

—Entonces, replicó Herbelin, quedaría usted viuda. ¿Qué más podría usted desear?

—¡Qué mal me juzga usted, ó mejor dicho, cuánto trata de herirme! Harto sabe usted, que si para prolongar su vida, fuese preciso el sacrificio

de toda mi existencia, no vacilaría un solo momento.

—¡Ehl ¡palabras y no más que palabras! No es posible sacrificar una existencia en beneficio de otra, sino sacrificándose cada día y cada instante en interés y por la dicha de aquellos á quienes se ama. A ese sacrificio, se le llama deber, pero tiene el defecto de no ser ni brillante, ni breve, ni heroico, para los que como usted se apasionan por los golpes de efecto y por los terribles desenlaces de un drama... ¡Qué quiere usted, esta existencia banal, requiere menos explosión en los sentimientos y más solidez en los principios...! En suma, que todo cuanto acaba usted de decirme no significa nada.

Luisa respondió inclinando la cabeza:

—Tiene usted razón. Las palabras demuestran tan solo el sentimiento que se experimenta en el momento mismo de pronunciarlas, y aun así y todo, duda usted quizás de la sinceridad de las mías... Tiene usted perfecto derecho de hacerlo así, y sólo debo decirle que me perdone si me he atrevido á hablarle en la forma en que lo he hecho... En adelante, trataré de que no sean las palabras, sino los actos quienes hablen por mí.

David dirigió una mirada á Luisa y después de examinarla con curiosidad parecióle tan diferente de como hasta entonces se había mostrado ante él, la vió tan grave, tan sinceramente conmovida y tan bella, como jamás había estado, que todo un mundo de dolorosas ideas acudió á su pensamiento. Juzgó que hubiera debido ejercer desde un principio

su autoridad con objeto de vencer aquel violento carácter, que, al propio tiempo no carecía de generosidad. ¡Qué manantial de dichas no hubiera brotado de aquella paridad de ideas y de opiniones!... Desgraciadamente, había dejado pasar los momentos más propicios, y gustos y costumbres opuestas habían levantado entre ellos infranqueable barrera, haciendo desaparecer por completo toda intimidad y haciendo posibles también los más peligrosos abandonos. Entonces, Herbelin, impulsado por el dolor que experimentaba, sintió no haber luchado, para poder siquiera atribuirse el mérito de no haber tolerado le robaran su adorado bien. Pero ya, ante lo irreparable ¿qué podía hacer? Todas las lágrimas de la culpable no eran suficientes para borrar la inolvidable mancha.

Suspiró con tristeza y penetró en el taller en donde Cendrin y Laroque discutían amistosamente. Con el corazón oprimido por la desgracia que tanto sobre Luisa como sobre él pesaba, adelantóse hacia sus amigos acariciando el deseo de contribuir á labrar la dicha del joven director ya que la suya había desaparecido para siempre, y dirigiéndose á Cendrin le preguntó:

—¿Crees, después de las explicaciones que te ha dado Laroque, que esta invención sea importante y frutuosa?

—Creo que en realidad no tan sólo es práctica y sencilla, sino que asimismo está llamada á obtener un gran éxito...

—Pues bien, querido Laroque, como quiera que usted ha compartido mis trabajos, tendrá usted la

mitad en los beneficios... Tomaré el privilegio de invención á su nombre de usted y al mío.

Tornóse el joven densamente pálido y exclamó asiendo las manos de su principal:

—¡Cómo, señor Herbelin!... Eso es demasiado y yo no puedo aceptar... ¿Qué he sido yo, más que un mero ejecutor de sus órdenes?... Usted y sólo usted ha sido quien ha hecho el descubrimiento...

—Y usted quien lo ha aplicado y perfeccionado... ¡Además, quién estaba conmigo hace poco encerrado en este taller?... usted, solo, porque únicamente usted tenía derecho para ello. Al hacer lo que hago, sé que aseguro su fortuna, en lo cual tengo un verdadero placer, porque sé que es usted una excelente persona, sin contar con que de ese modo pago una justísima deuda al recuerdo de lo que por mí hicieron los respectivos padres de Cendrin y de Pérignon, cuando como usted ahora, no era yo otra cosa sino un hombre honrado y trabajador. Aprovechese de esa suerte, y Dios haga que pueda contribuir á su felicidad.

—Todo hace creerlo, dijo Cendrin, que desde hacia uu momento fijaba su mirada en Cecilia, cuyos ojos brillaban de júbilo. Hay personas á quienes todo les sale bien, pero como cuando en el caso presente, lo merecen, es miel sobre hojuelas.



—¡Si el año pasado hubiera usted adquirido la de Chamant!... Pero ya encontraremos otra tan buena y quizás más barata.

El resultado de la anterior conversación, fué que el barón adquiriese, siguiendo los consejos de Daniel, cuatrocientas hectáreas de tierras, bosques y prados próximos al castillo de Montivilliers y á las mismas orillas del Liron. Dicha propiedad lindaba por uno de sus extremos con las granjas de Herberlin y por el otro con la Neuville. David no había dado la menor importancia á la adquisición de aquellas tierras, pues el nombre Rheinsfeld le era desconocido, y en lo que á Luisa se refiere, ignoraba también la intimidad que existía entre Daniel y el barón. Condottier había logrado pues, enajenar Montivilliers á su amigo, en el doble de su valor, y allí instaló cuadras modelos para los doscientos caballos, vencedores en las hipicas carreras del porvenir.

Al hallarse tan cerca de Luisa, no intentó Condottier ni una vez siquiera, volver á ver á la mujer que tan apasionadamente le había amado. Era un hombre sin corazón, que no paraba mientes en todos aquellos afectos que él conceptuaba inútiles, pudiendo asegurarse que de sus pasadas aventuras, así hubiesen tenido un fin trágico, no conservaba el menor recuerdo.

Tanto le ocupaba la yeguada de Montivilliers que se pasaba semanas enteras sin ir á Paris: levantábase al amanecer con objeto de hacer galopar los caballos, cazaba durante el resto del día y se acostaba temprano pretestando que las noches eran ex-

VII

Cierta mañana que el barón de Rheinsfeld se encontraba de muy mal humor, á causa de haber perdido multitud de premios, con los cuales creía contar de antemano, en las carreras de caballos, manifestóle, para consolarle, el marqués de Condottier, que en tanto no proporcionase mejor albergue á sus caballos, la calidad de éstos dejaría siempre que desear.

—Demasiado comprende usted amigo mío, le dijo, que los locales que tiene usted en Chantilly, no son apropósito para la preparación de caballos dedicados á las carreras, y es verdaderamente raro que todo un gran señor como usted, no se haya permitido ya el lujo de tener una yeguada con su correspondiente picadero, para domar los potros de un modo conveniente. ¡Qué diantre! No sé como no doliéndole hacer gasto alguno, se obstina usted en que la instalación de sus caballos sea tan deficiente.

—¡Vayal Pues búsquemé usted una propiedad ó una dehesa cualquiera que reúna todas las condiciones apetecibles y desde luego la compro.

cesivamente largas y que el sueño le dulcificaba el cutis. Y sin embargo, aquel cambio de existencia pareció tan agradable, que telefoneó al barón invitándole á pasar algún tiempo en Montivilliers, en donde, según él se aliviaría por completo del dolor de estómago que padecía. Acudió en efecto Rheinsfeld, con objeto de pasar allí un par de días; admiró la instalación de las cuadras, humedeció sus pies entre la fresca hierba y concluyó por tomar un soberbio constipado, del cual fuese á curar á Paris, diciendo antes á Daniel que no se obtinase en seguir habitando un país tan excesivamente húmedo; pero Daniel que no había terminado todavía la tarea que se hubiera impuesto, no tenía interés en abandonar aquellos lugares, donde realizaba no pocas economías; así es, que no hizo el menor caso de los consejos del barón.

A pesar de esto, como quiera que las noches eran en efecto demasiado largas, el recuerdo de Luisa surgió de repente en su imaginación, naciendo en él el deseo de saber lo que había sido de ella, para lo cual, creyó lo más prudente no preguntar nada á nadie informándose por sí propio de lo que trataba de saber. Hizo pues algunos reconocimientos hasta los límites de las tierras de Rheinsfeld, llegando de este modo hasta las orillas del Liron, festoneadas por los macizos de árboles del parque de Saint-Sauveur.

Examinó, escopeta al hombro, todos los contornos de la propiedad y por fin divisó desde un escarpado las torres del castillo que se levantaban por encima de las copas de los árboles.

A nadie vió ni á sus oídos llegó el menor ruido de voz humana, pareciéndole en aquel instante que se hallaba en un bosque encantado.

Al siguiente día partió jinete sobre un fogoso caballo por el camino de Beauvais, atravesó la Neuville y fué á salir enfrente de la cerrada verja de Saint-Sauveur. Siempre la misma inmovilidad y el mismo silencio en aquella mansión: nadie en las ventanas, ningún criado, cochero ó jardinero en las dependencias: aquello era un verdadero desierto.

Extrañado el marqués de aquella soledad, puso su caballo al paso contornando las tapias, y alzándose de tiempo en tiempo sobre los estribos para ver si por fin llegaría á divisar á alguien en uno de los muchos senderos que cruzaban el parque. Pero todo fué inútil y el marqués regresó á Montivilliers muy alentado con la idea de la poca ó ninguna vigilancia que se observaba en la propiedad de Herbelin y en la que cualquiera podría entrar como en su casa, dando en todo caso el pretexto, si se encontraba con algún criado, de preguntarle el camino de la Neuville, ó bien de rogar le dispensase por haber traspasado sin saberlo los límites del parque, si por acaso se diese de manos ó boca con el mismo propietario. En cuanto al encuentro más ó menos probable con Luisa, la peor de todas cuantas razones pudiera alegar de su presencia en aquel sitio, sería siempre la mejor: y es que Daniel, hasta había llegado á olvidar las dolorosas y horribles circunstancias que habían precedido á su ruptura con aquella mujer, y sólo se le representa-

ba su mente tan bella, tan dulce y tan afable como antes de haber sufrido el feroz desengaño que él mismo la infringiera.

Nadie suponía entre tanto en Saint-Sauveur, las idas y venidas de un tan peligroso vecino. Cendrin había regresado á París y Raoul compartía su existencia entre la fábrica y el castillo, observando que á la vez que aumentaba su amistad con Laroque, disminuía cada vez más su intimidad con Cecilia, pues ésta, sin huir de él precipitadamente, esquivaba todo género de galanteo.

Dábase exacta cuenta Raoul de la táctica puesta en juego por su amiga de la infancia, produciéndole dicha conducta, sino descontento, por lo menos natural sorpresa, pues habiéndole conducido allí, de perfecto acuerdo con la familia, para hacer la corte á la joven, veíase en la imposibilidad de acercarse á ella, demostrando ésta con su persistente actitud que conocía bien á las claras de lo que se trataba. Resolvió pues Raoul tomarla las vueltas hasta sorprenderla y poder tener con ella una explicación.

Todos los días á eso de las dos bajaba Cecilia al parque con objeto de dar un paseo á orillas de los estanques, en donde, unas veces se entretenía en echar pan á los peces, y otras dando una vuelta en una barquilla que ella misma conducía á remo con bastante destreza. Dejó Raoul que Herbelin partiese sólo á la Neuville, diciéndole que él iría un poco más tarde, y arrellanándose en uno de los sillones del salón, aguardó allí el instante propicio, que no se hizo por cierto esperar, pues apenas hubo

comenzado á volver las hojas de un periódico ilustrado, cuando oyó la voz de Cecilia que hablaba en el patio con la señorita Pellegrin. Llevaba un abrigo al brazo y decía á su institutriz:

—Lo llevo por darla á usted gusto, pero estoy segura de no tener frio... Además, estaré de vuelta antes de las tres...

—¿A donde vas á estas horas, la preguntó Raoul, apareciendo en lo alto de la escalinata?

—Voy hasta el molino de los Vannes, para saber cómo está la hija del molinero.

—¿Pues qué, está enferma?

—Se ha herido en la pierna el otro día al saltar al suelo desde la carreta de su padre. ¿Y tú, vas á la fábrica? Papá ya se ha marchado, con que... si no quieres llegar tarde...

—No, si no voy á la Neuville, por lo menos en este momento.

—¡Ahl dijo Cecilia á cuyo rostro asomó una ligera sombra de inquietud.

—Si quieres, te acompañaré un rato, replicó el joven.

Cecilia no contestó pero bajó la cabeza con aire consternado.

—No parece que mi proposición te haga feliz, dijo riendo Raoul.

—¡Vaya, ya lo creo! Eres muy amable.

—Sí, soy muy amable, pero mi presencia no te es muy halagüeña.

—¡Qué cosas tienes! Vamos á ver ¿y por qué?

—Eso es lo que trato de saber.

Estas últimas palabras las pronunció Raoul de

un modo más serio y mirando fijamente á Cecilia, que, comprendiendo no podía sustraerse á la explicación de la cual había huido hasta entonces, resignóse por fin á sufrirla.

—Pues entonces, mira, llévame este abrigo y este cestillo que contiene unas friolerillas para la hija del molinero.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—Es que hubiera llevado más cosas si fuese necesario.

Cecilia pensó al ver el rostro nada grave de Raoul que quizás no la preguntara nada de lo que tanto temía, y creyó poder salir fácilmente del atolladero.

—Vaya, ya que te empeñas en venir, vamos.

—Dame también tu sombrilla; no hace sol.

—No importa, me apoyo en ella para andar.

Y emprendieron silenciosos el camino que conducía á los estanques, pensando él en la manera de atacar la cuestión y más cabizbajo de lo que había previsto, y ella preparándose á la defensiva y aprovechándose de la actitud embarazosa de su compañero, para retardar en lo posible el temido instante crítico. Decidióse por fin Raoul y haciendo un poderoso esfuerzo dijo:

—Cecilia, si he deseado y te he pedido que me permitieras acompañarte, no ha sido precisamente por el placer de pasear por esos campos de Dios, llevando tu abrigo al brazo y en la mano este cestillo. No; tenía por el contrario una oculta razón para obrar de esta suerte, y esa razón no es otra

que la de poder hablar libremente contigo, siquiera sea durante un cuarto de hora. Hace ya más de una semana que buscaba en vano un tan deseado momento, y me habrás de permitir que lo aproveche.

—¡Dios mío, que exordio tan solemne, interrumpió la joven, que instintivamente apresuró el paso como si tratara de alejarse.

—¡Ya lo ves! exclamó Daniel con cierto asomo de tristeza. ¡Comienzas por huir de mí, como si yo te infundiese miedo!

—¡Miedo de til No piensas lo que dices, replicó Cecilia deteniéndose.

—Ya lo creo que lo pienso, y que me afligen además los resultados que en mi razón producen esos pensamientos. Siempre, ya lo sabes, te he querido mucho; así es, que por nada en el mundo quisiera proporcionarte el menor pesar; veo sin embargo que no obstante mis buenos deseos, tú crees lo contrario...

Cecilia le dirigió entonces una suplicante mirada palideciendo al propio tiempo su rostro.

—Escúchame Cecilia, continuó Raoul; la explicación que con tanto cuidado has esquivado hasta aquí y que en este momento tanto te atormenta, la he buscado con avidez impelido por el afecto que te profeso... y además por el deseo de no intentar nada, no digo ya que pudiera inquietarte ni afligirte, sino que tampoco te produjera el menor disgusto. Eres demasiado inteligente para no haber adivinado el motivo de mi llegada, y yo no soy lo bastante tonto ni enfatuado para no poder advertir

desde luego que tus lógicas presunciones no causaban en tí el menor placer... Pues bien, óyeme; vamos á hablar de todas esas cosas como dos buenos amigos, y te aseguro, que además de conformarme en un todo á tus deseos, yo me arreglaré de modo para que no sufras la menor contrariedad. En una palabra, que es el amigo de la infancia el que te habla en este momento y al cual puedes hablar con entera franqueza. Todo, absolutamente todo cuanto puedas decirme, irá directamente á mi corazón y allí permanecerá, pues hartó sabes que guarda para tí el más fiel y el más sincero de los afectos.

—Y al decir esto extendió su mano, que Cecilia estrechó reconocida al propio tiempo que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Lloras, Cecilia?

—Si Raoul, lloro porque tu sincera franqueza me ha llegado al alma y temo herirte con mi respuesta.

—¿Eso quiere decir, que nunca podrás amarme? preguntó Raoul con dulzura. Y al ver que Cecilia no contestaba, prosiguió con acento no exento de tristeza:

—Hubiera sido para mí el más inefable de los placeres el poder llegar á obtener tu amor; por otra parte, nuestro enlace parecía la cosa más natural del mundo y tanto tu padre como mi tío, acariciaban hacia ya tiempo ese proyecto; pero como casi siempre acontece, todo aquello que parece más fácil á primera vista, es lo que con más dificultad se realiza. Perdóname pues, si soy en extremo curioso al hacerte una pregunta, que tú más que na-

die estás interesada en contestar: ¿amas á otro, no es cierto?... Vamos, deposita en mí tu confianza, en la seguridad de que haré de ella el uso más perfecto y siempre en obsequio tuyo...

Cecilia respondió entonces con temblorosa voz:

—Debía presumirme que hallaría en tí, al ser noble y generoso de siempre, y si no hubiera sido por...

No pudo continuar, y ocultó el rostro entre sus manos, presa de una emoción que en vano trató de dominar.

—Perdóname, pobre niña estos momentos de suplicio; sabes que es contra todo mi deseo... Nada, no hables más, si el hacerlo ha de producirte la menor emoción; por otra parte, ya has dicho lo bastante para que yo sepa de una vez que nada debo de esperar y para que tome la decidida resolución de retirarme. Has sido franca conmigo, pero el secreto de tus sentimientos á nadie más que á tí pertenecen, por más que crea adivinar la persona objeto de tu cariño; tengo el innegable derecho de envidiar su dicha, pero soy también demasiado justo para no comprender que la merece...

Cecilia separó en aquel instante las manos de su rostro, que pareció iluminarse con los destellos del más radiante júbilo, y dijo con encantadora sencillez:

—¿No es verdad que sí?

Y fué tan inocente á la vez que orgullosa y casta dicha pregunta, que Raoul no pudo menos de estremecerse ante aquella exquisita revelación de cariño, que ya había adivinado, y que no era en

provecho suyo. A pesar de esto, tomó valientemente el partido de la conformidad y dijo riéndose:

—¡Vaya, no es digno de lástima, desde el punto y hora en que tú le estimas en su justo valor!... ¡Bueno; pues ya no me queda otro recurso que el de volverme á París!...

—¡No hagas eso por Dios! exclamó la joven. Sería preciso decirle todo á papá, y quién sabe lo que podría pensar!...

—Pero, oye chiquita, á pesar de todo eso, no creo vayas á exigirme que permanezca aquí, para que presencie el triunfo de mi vencedor.

—Pues mira, me harías de ese modo un gran favor... Además, nuestras relaciones no están tan adelantadas como tú te figuras, pues Laroque no me ha dirigido todavía la menor palabra que pueda hacerme presumir que me quiere... y te aseguro que si no se comprendiesen esas cosas sin decir las, á estas horas me hallaría todavía sin saber si me amaba ó no.

—¡A que vas á pedirme todavía que lleve mi complacencia hasta el extremo de hacerle que se explique!

—No soy tan exigente como todo eso... Pero, con solo que permanezcas unos días más á nuestro lado, habrás hecho mucho por nosotros...

—¡Por nosotros!... Es decir, por él y por tí, porque no quieres decir otra cosal... En fin; veo que aun las chiquillas más inocentes tienen una gran dosis de diplomacia, y que es trabajo perdido, el pretender imponerles un esposo que no sea de su gusto... Pero á todo esto, vamos á ver. ¿Qué va á

decir mi tío que tan ilusionado estaba con nuestro enlace?

—¿Qué ha de decir?... Que te buscará otra mujer que valga más y tenga mejor gusto que yo, pues al fin y á la postre no te he hecho la justicia que mereces amándote como tú debes de ser amado... Pues mira, así y todo... yo te quiero mucho mi buen Raoul.

—«¡Así todo!»... Eso es espantoso... ¡Pues no digo nada del «mi buen Raoul!» ¡todavía es más horrible!... ¡Ay Cecilia y qué feroces son las niñas á tu edad, cuando se dejan llevar por los impulsos de su corazoncito!... Pero nada, yo también te quiero mucho, así y todo, mi buena y gentil Cecilia, y te prometo no amostazarme porque me trates como á primo, que como ciertas criadas, sirve también para todo. Si quieres que no me vaya, no me iré, y como siempre me hallaré al alcance de tu mano, cuando me necesites para algo, das un silbido y acudiré en el acto. Conque, vamos, ¿estás satisfecha?

—En prueba de que lo estoy, ¿quieres darme un beso?

—¡Ese es el último golpe que podías asestarme! exclamó Raoul con dramático acento. ¡Adiós para siempre supremas y queridas ilusiones!

Accedió sin embargo de buen grado al deseo expresado por Cecilia y siguieron después charlando hasta llegar á orillas del Liron.

—Ya has llegado á tu destino y no tienes necesidad de mí, así pues, yo me vuelvo con mis ganancias...

—¡Mucha discreción, dijo Cecilia posando el dedo índice sobre sus labios.

—Nada temas.

Cecilia atravesó el puentecillo de madera que conducía al molino, y después de volverse por última vez, para saludar con la mano á Raoul, penetró en el molino, cuya puerta se cerró tras ella.

Raoul tomó lentamente el camino de Saint-Sauveur, un tanto cariacontecido pero sin experimentar aflicción alguna, pues su antiguo afecto por Cecilia no había tenido tiempo suficiente para modificarse de un modo tan serio que pudiera causarle gran pena la renuncia que acababa de hacer de sus nacientes esperanzas. No podía dejar de aprobar la sincera lealtad de Cecilia, que sin el menor subterfugio y sin interesado cálculo alguno, le había dicho con entera franqueza cuanto sentía, diferenciándose en un todo de las señoritas, especie de muñecas que hablan y se mueven en los salones de París, y que inspiran tan solo á los que las tratan, el más invencible horror al matrimonio. Aquí llegaba de su soliloquio, cuando al pasar por el kiosko de los estanques, hallóse frente á frente de Luisa.

—¿No se había usted marchado con Cecilia?...
¿Qué ha hecho usted de ella?

—Acabo de dejarla á la puerta del molino.

—¿Ha hablado usted con ella?...

—Sí señora; y no ocultaré á usted que la he acompañado con ese objeto.

—¿Y se halla usted satisfecho del resultado de la conversación?

—Completamente satisfecho.

—¡Vamos, me alegro mucho!

Había pronunciado Luisa las últimas palabras con un acento tal de extrañeza, que no dudó Raoul se hallase un tanto enterada de las intenciones de Cecilia; así es que replicó en seguida:

—Es una muchacha muy razonable y no se pierde nada en tener con ella una explicación.

Pensó entonces Luisa que Cecilia le habría hecho perder toda esperanza, pero no podía darse cuenta al propio tiempo de los encantos de que habría echado mano para que Raoul aceptase aquella explicación con tan reposado y sereno ánimo.

—¿Va usted á casa, Raoul?

—No, señora; voy á llegarme hasta la fábrica: todavía no es muy tarde, y aún tendré tiempo de trabajar un rato con aquellos señores.

—Y yo voy en busca de Cecilia: la encontraré ya de vuelta en el camino.

Y después de despedirse, tomó Raoul hacia la derecha en tanto que Luisa emprendió lentamente su camino siguiendo la orilla de los estanques.

No tardó en detenerse en medio de un espeso pinar, tomando asiento en un abandonado trozo de arcilla y entregándose por completo á sus pensamientos. Hacia ya cerca de una hora que se hallaba gozando de un delicioso bienestar físico, producto del aire puro que allí se respiraba, cuando un ruido de voces que iba poco á poco acercándose vino á sacarla de aquella especie de somnolencia moral que se había apoderado de ella. Levantóse de repente y volviéndose en dirección á una

hondonada cuyo estrecho camino conducía á la pradera, vió venir hacia ella, juntos y hablando familiarmente, á Cecilia y á un hombre en el que reconoció en seguida al marqués de Condottier.

El cuadro que ante su vista se ofrecía era tan brutalmente inverosímil que Luisa pasó repetidas veces las manos por su cara para convencerse de que no soñaba. Pero, no podía dudar; sus ojos seguían siempre viendo á su hija, llevando el abrigo al brazo y la sombrilla en la mano y á Daniel, de cuyo hombro pendía una escopeta. Luisa permaneció en pie, fija la mirada, temblorosa y pálida como la muerte, sin poder hacer el menor movimiento ni arrojar un grito, y sin fuerzas para tratar de separar á Cecilia de aquel monstruo, cuya sola presencia manchaba su inmaculada pureza.

Una sola idea daba vueltas en su mente con extraordinaria rapidez: ¿Cómo y por qué está aquí? se preguntaba sin cesar de seguirlos con la vista, y ver como caminaban con tranquilo paso, sin precaución alguna y como si fuese la cosa más natural del mundo. Y á pesar de todo, todavía pretendía luchar con la evidencia para convencerse de lo monstruoso é insensato que resultaba aquel grupo compuesto de su hija y de su amante. En aquel momento los jóvenes se detuvieron y pudo distinguir perfectamente la voz de Cecilia que decía:

—Vuelva usted hacia la derecha, cerca de la pradera, y encontrará usted el puentecillo del molino, y una vez allí, estará usted á dos pasos de la carretera de Beauvais.

Entonces llegó también hasta los oídos de Luisa,

la dulce y antes tan querida voz de Daniel que respondía:

—Señorita, agradezco á usted en el alma su amabilidad: ha sido para mí una verdadera fortuna el encontrarme con usted...

—No tiene nada de particular... Beso á usted su mano.

—Á los pies de usted, señorita, contestó Daniel con sentido acento.

Y se alejó en dirección al río. Cecilia sin volver la cabeza, perfectamente tranquila y sin sospechar siquiera que su madre se hallaba á algunos pasos de ella devorándola con la vista, prosiguió su camino llegando hasta el borde de los estanques. Detúvose allí y girando la mirada en torno suyo, vió entonces á Luisa que descendía del pinar.

—Bien decía yo que habría de encontrarte aquí, dijo dirigiéndose hacia su madre. ¿Hace mucho tiempo que estabas?

—No, respondió Luisa, pensando en si Cecilia la hablaría de su encuentro. ¿Y tú, vienes del molino?

—Sí; la niña ya está mejor... Pero, ahora caigo, ¿cómo sabías que había yo ido al molino?

—Me lo ha dicho Raoul, de paso hacia la fábrica.

—¡Ah!...

Y en un instante vióse Cecilia transportada á otras regiones que la hicieron olvidar por completo la poco interesante aventura de su encuentro con Daniel y por lo tanto que no pensara referirsela á su madre. Preocupóse, eso sí, con la idea de saber si Raoul no habría cometido alguna indiscreción y

si por el contrario había sabido respetar el secreto que guardaba su corazón.

—¿Ha estado mucho tiempo contigo? preguntó:

—No; iba á trabajar un rato á la Neuville.

La joven respiró entonces con más libertad y tomando con gracioso abandono el brazo de su madre:

—¿Vamos á casa?

—Ya lo creo. Se va poniendo el sol y comienza á sentirse fresco en el parque.

—Sí, ya se acerca la peor estación del año.

Y luego añadió con cierto aire sonriente y malicioso.

—¿No sientes deseos de volver á Paris?

Luisa se conmovió y su rostro se tiñó de vivo carmín.

—Tu padre desea permanecer en Saint-Sauveur, y yo no sigo otra voluntad que la suya. ¿Y tú, te acuerdas con pena de Paris?

—¿Quién, yo?... Yo soy una verdadera campesina... Siempre me extraña oír decir, como ayer aseguraba el coronel Pérignon, al anunciar su marcha que no se puede vivir lejos de la gran ciudad ni de sus relaciones, círculos y teatros... Supongo que su sobrino piensa del mismo modo, porque, á decir verdad, no parece divertirse gran cosa á nuestro lado.

—¿Así pues, crees que irá pronto á reunirse con su tío?

Era tan terminante y precisa aquella pregunta y resumía tan bien la situación, que Cecilia se turbó á pesar suyo.

—Eso, depende de él.

—Puede que dependa menos de él que de ti.

La joven guardó silencio por el pronto, pero dejándose llevar de repente por un movimiento de tierna confianza, dijo á su madre, aproximándose á ella como en demanda de apoyo y protección:

—¿Me regañarías, si decididamente no quisiera casarme con él?

—Seguramente no, si me das una razón convincente que pueda explicar tu negativa.

—¿Una razón convincente!... No, no la tengo, ni puedo tenerla.

—¿Entonces, es pura cuestión de sentimiento?

Cecilia se sonrojó, pero se atrevió no obstante á decir con acento decidido:

—Pues bien, sí, mamá. Hace un rato se lo he dicho.

—¿Pobre chico! ¿Se habrá puesto muy triste?

—Puede que más de lo que ha pretendido demostrar. Pero ha estado conmigo bondadoso, y delicado hasta el extremo. Por supuesto, no podía ser otra cosa.

—¿Bonito elogio de un candidato vencido... Y, como es el vencedor?

—Tú le conoces... Vale mucho menos que Raoul, por todos conceptos... pero...

—¿Pero qué? preguntó Luisa sonriéndose á pesar suyo.

—Pero, nada; eso no se explica, pero me gusta más.

—No, hija mía, eso se explica por el contrario perfectamente, y es la única y decisiva razón que puedes alegar.

Y mirando fijamente á su hija añadió:

—¿Es Laroque, no es verdad?

—Sí, mamá, el mismo.

Reinó un momento de silencio, durante el cual madre é hija comprendieron que las graves palabras que acababan de pronunciar debían decidir del porvenir de entrambas.

—Casi me lo habías dado á comprender el otro día, dijo Luisa.

—¿Me criticas por eso, mamá?

—No, hija mía, pero es preciso que lo sepa todo tu padre.

—¿En seguida?

—Lo más pronto posible. ¿Quieres que le hable yo ó prefieres hablarle tú misma?

—Todo eso es muy delicado. Ya sé yo que no quiero casarme con Raoul, pero lo que no sé, es si Laroque se hallará decidido á pedir mi mano... Papá no puede ofrecérsela, ¿no es cierto?... Eso no se hace; así es que habrá que esperar hasta tanto que haga alguna manifestación...

—Bueno, pero así y todo, será preciso anunciar á tu padre que no quieres contraer matrimonio con Raoul.

—¡Y yo que le he rogado permanezca aquí unos días, para que nadie sospechase nada!...

—¿Crees por acaso que nadie trataría de forzar tu voluntad?

—Eso no.

—Pues entonces, confía en mi respecto á lo que haya que decir á tu padre.

—Bueno; eso me gusta más.

Y ambas regresaron al castillo sin ni siquiera mencionar la inoportuna aparición del marqués de Condottier, en la que Luisa no cesó sin embargo de pensar, pues sabiendo que Daniel abandonaba siempre el campo en aquella época del año, supuso que era ella la causa de su permanencia allí.

Analizó después las distintas impresiones que experimentaba y vió que la presencia del hombre que tanto había amado, en vez de inspirarla júbilo, inspirábala terror por el contrario: consideróse, pues, no tan solo dichosa por el resultado de aquella especie de examen de conciencia, si que también purificada por él. Aquel amor criminal había muerto para siempre en su corazón, y la seguridad de no cometer una nueva falta infundióla un valor y una fuerza que jamás había sentido, para seguir representando con entera libertad y sin hipocresía su natural y hermoso papel de madre de familia.

Decidió sin embargo resguardarse cuanto posible fuera de las probables manifestaciones de Daniel, pues una vez David sobre aviso, podría dar lugar á terribles complicaciones, dado sobre todo la nueva cuanto elevada opinión que tenía de su marido, cuyo excitado odio podría ponerse á la altura del heroísmo de que había dado prueba.

Entre tanto, hallábase Condottier en un singular estado de ánimo: no se había disipado en él la sorpresa causada por el encuentro con Cecilia, cuyo recuerdo no trataba alejar de su mente. Creyó encontrarse con Luisa, cuando á través de las ramas entrevió una figura de mujer, y fué grande su sorpresa, cuando en vez de la que buscaba, se halló

frente á frente de una mujer, mejor dicho de una inocente niña, con el mismo elegante talle de Luisa, aunque más airoso, y de ojos azules y rubio cabello, en vez de los ojos garzos y negro cabello de aquélla.

Detúvose perplejo y contrariado por el apresuramiento con que se acercó á ella, cuando Cecilia con dulce voz interrógole la primera sobre lo que á aquellos sitios le llevaba y el modo por el cual había llegado hasta allí. Se excusó Daniel pretextando haberse extraviado sin saber cómo, siempre en persecución de la caza, y que no sabiendo en aquel momento dónde ni en casa de quién se hallaba, después de rogarla le perdonase por haber interrumpido su paseo, la estaría en extremo agradecido si se dignaba indicarle el camino que debía tomar. Contestóle Cecilia que se hallaba en el parque de Saint-Sauveur, cuyo propietario era su padre, el señor Herbelin y vió Daniel entonces confirmadas sus sospechas de hallarse en presencia de aquella misma niña, de cuyo abandono habiase acusado tantas veces Luisa á causa de su cariño hacia él.

Consideróla durante algún tiempo con gran curiosidad y advirtió en ella cierta similitud en la mirada, y en las inflexiones de voz, que le recordaban perfectamente á Luisa, pero más adorable, más seductora por la frescura y pureza de los diecisiete años.

Extendido muellemente en un diván de su despacho procuraba Condottier recopilar en su mente las fugitivas á la vez que profundas impresiones

que había experimentado durante aquella corta entrevista, y observó que no ya tan solo no se aburría en Montivilliers, sino que por el contrario se complacía su espíritu con los ensueños que tan celeste aparición le hacía concebir. Aquella noche se acostó temprano después de haber comido frugal y distraidamente, y á la siguiente mañana, después de haber dado algunas disposiciones á los palafreneros, montó á caballo, dirigiéndose en seguida hacia Saint-Sauveur. Pasó por delante de la verja, pero no vió por allí el bello rostro de Cecilia y pensó que sin duda se hallaría en lo más intrincado del parque, sitio al que él no podía llegar, sobre todo, después del simulado error de la víspera, sin que su conducta no diese lugar á naturales sospechas.

Volvió á su casa bastante mal humorado, pero como quiera que no era hombre de sufrir con paciencia cualquiera impresión que pudiera molestar á su espíritu, trató de reaccionar aquélla con lógicos razonamientos. ¡Cómo! se decía, ¿voy á convertirme ahora en un pisaverde cualquiera, enamorándome de una chiquilla, á la que, por muchos conceptos, y aun á pesar de mis absolutas ideas en materia de placeres, debo mostrar algún respeto?... Pensaba á renglón seguido, que hay muchos actos que no deben llevarse á cabo, no tan solo porque merezcan el estigma de las gentes, sino también porque redundan en descrédito de aquellos que los cometen. Aquella tan amplia moral que Daniel exponía ante sí propio, era pues de aquellas que todo lo permite á los que la siguen, siempre que no sea en perjuicio suyo. Pero es lo cierto que

también impedía á Daniel el ocuparse para nada de Cecilia.

Prometiése, pues, regresar á París al siguiente día, antes que cometer semejante infamia, y... no obstante su resolución, continuó habitando Montivilliers.

Apaciguada Luisa por la manifiesta tranquilidad de Cecilia, concluyó por no dar seria importancia á la presencia del marqués de Condottier en el parque de Saint-Sauveur, que según ella no tenía otro pretexto que el de reanudar las antiguas relaciones, y por más que semejante capricho por parte de Daniel fuese en extremo peligroso, no era ni con mucho tan de temer, como el que ella había supuesto en un principio. Por el momento, lo que más prisa corría, era poner en conocimiento de David la resistencia de Cecilia hacia el proyectado enlace.

Así pues, al día siguiente y en el momento mismo en que Herbelin se disponía á reunirse con Raoul en la fábrica, donde éste último había ido á almorzar con Laroque, Luisa rogó á su marido que la concediera una corta entrevista. David, sin oponer la menor resistencia entró en su despacho y acercándose á la ventana dispúsose á escuchar lo que quería decirle Luisa. Demasiado observaba ésta que el aire frío y casi contrariado de su esposo, no era de lo más á propósito para infundirla alientos, pero convencida de que á las primeras palabras que pronunciase habría de variar su aspecto, le dijo sin titubear:

— Si le detengo por algunos instantes, es

tan solo por motivos de la más alta importancia.

David movió la cabeza como haciéndola comprender que no la hacía por ello el menor reproche. Luisa prosiguió:

— Se trata de su hija de usted.

Es necesario advertir, que desde el momento en que adoptaron aquel nuevo género de vida, siempre que Luisa hablaba de Cecilia á solas con su marido, decía «su hija de usted» del mismo modo que él repetía siempre «mi hija.» Era como una especie de tácito acuerdo, considerando ya que Cecilia pertenecía tan solo á David, y que con aquella frase reconocía asimismo Luisa su culpabilidad á la vez que los pocos derechos que tenía hacia aquella niña de la que tendría que separarse para siempre. La palabra «su hija de usted» produjo en Herbelin el efecto que era de esperar, pues abandonando el hueco de la ventana, aproximóse á Luisa diciendo:

— ¡De mi hijal... ¿Qué es lo que acontece?

— Ignoro si serán de su agrado las noticias que tengo que darle, pero de todos modos, he creído conveniente enterar á usted de lo que sucede. Creo que el matrimonio que se había proyectado entre Raoul y Cecilia, se llevará difícilmente á cabo.

— ¿Y por qué?

— Porque el candidato elegido por usted, á pesar de infundir en Cecilia un cariñoso afecto de amistad, no es de su gusto para marido... Y porque además, abriga otras ideas...

Escuchábala David con marcada atención y con

los ojos entornados, según era costumbre en él cuando concentraba sus ideas. Al cabo de un instante, durante el cual ambos permanecieron en silencio, preguntó Herbelin:

—¿Cómo ha sabido usted todo eso?

—Cecilia misma me lo ha dicho.

—¿Y usted la habrá interrogado?

—Sin duda.

—Luego entonces, ¿tenía usted algunas sospechas?

—Hacia ya mucho tiempo. Acuérdesse usted de mi contestación el día en que me anunció sus propósitos respecto á dicha boda. Recordará usted que hice ciertas reservas que le sorprendieron y aun le molestaron.

—En efecto, lo recuerdo... ¡Y yo que nada había sospechado!

—Usted está siempre entregado á sus trabajos, dijo con mucha dulzura Luisa, y no tiene tiempo para observar á su hija... En cambio yo no la pierdo de vista, y me ocupo tan solo en vigilarla; esto explica de un modo claro que yo esté al corriente de lo que usted ni siquiera sospechaba...

David inclinó la cabeza haciendo un gesto de aprobación; después dijo con visible inquietud:

—¿Cree usted que Cecilia prefiere á otro hombre?

—Sí.

—¿Y usted sabe quién es?

—Lo sé.

—¿Esa elección es... razonable?

—Usted es el sólo que debe dar su opinión sobre el particular, respondió humildemente Luisa.

—¿Quién es?... vamos á ver.

—El señor Laroque.

Conmovióse David ante aquella declaración; bajó los ojos y cruzando los brazos sobre el pecho, permaneció en silencio. Entre tanto, alarmada Luisa por aquel extraño mutismo, contemplábase sin osar dirigirle nuevamente la palabra, temiendo al propio tiempo que no aprobase la conducta de Cecilia. Herbelin arrojó un profundo suspiro, y volvióse, de modo que su rostro quedara oculto en la sombra.

Por fin Luisa que no podía contener su impaciencia, se atrevió á preguntar:

—Nada responde usted... ¿Qué es lo que piensa?

Hizo entonces un ligero movimiento, merced al cual pudo Luisa apereibir el rostro de su marido inundado de lágrimas, y al verle en aquel estado, exclamó llena de sobresalto y con la mayor ansiedad.

—¿Es Cecilia la causa de esas lágrimas?

—No, respondió David con entrecortada voz. El hombre á quien ama, no me desagrada bajo ningún concepto, pero trae á mi memoria tristes y crueles recuerdos...

En efecto, la analogía entre el inocente cariño de Cecilia hacia Laroque y el amor que David sintiera hacia ella en aquellos mismos sitios, no había herido el pensamiento de Luisa en un principio, pero comprendió en aquel momento todo lo que aquella evocación del pasado tenía de doloroso para David y sintió oprimirse con fuerza su corazón al ver que cual vivas y potentes raíces, los afectos

del padre florecían y volvían á tomar cuerpo en el corazón de la hija. ¿Qué tenía, pues, de extraño que David sintiera nacer en su alma tristes temores, ni que su pensamiento evocara recuerdos que tanta analogía tenían con los sucesos que á su vista se desarrollaban?

—Perdóneme usted si le entristezco... dijo Luisa, pero he creído de mi deber informarle en seguida de lo que ocurre...

Herbelin recobró entonces su serenidad y contestó:

—Se lo agradezco á usted.—Después, cambiando de tono:—¿Y, para apoyar esa elección, no le ha dado á usted Cecilia razón ó pretexto alguno?

—Me ha confesado que no tenía razón alguna en preferir á Laroque, pues no podía compararsele de ningun modo con Raoul; pero, á mi modo de ver, no tendría nada de extraño que el respetuoso cariño que le profesa á usted el joven director, no haya ejercido alguna influencia en el corazón de Cecilia.

—Está bien, dijo visiblemente conmovido Herbelin, yo la hablaré.

Luisa hizo un signo de asentimiento y dirigióse hacia la puerta, pero cuando ya se hallaba á punto de salir, David la dirigió una mirada y ia dijo, pintándose en su rostro la más viva satisfacción:

—En todo este asunto ha obrado usted muy bien. Mil gracias.

Luisa pareció no haber oído aquellas palabras, y sin detenerse un solo momento, abrió la puerta y se dirigió á sus habitaciones.

VIII

Al llegar á la fábrica entró Herbelin en el despacho del director, donde encontró á Laroque y á Raoul inclinados sobre una ancha mesa de dibujo y compás en mano, estudiando la reducción á una décima parte de la máquina últimamente experimentada. Hallábanse tan profundamente preocupados por su trabajo, que no se dieron cuenta de la llegada de David, y continuaron discutiendo con animación acerca de las ventajas de una curva que disminuía el espesor del aparato, afirmando Raoul que sería muy conveniente colocar el nuevo modelo lo más desahogadamente posible y sosteniendo Laroque, por el contrario, que la reducción de volumen aportaría consigo una determinada reducción de fuerzas, lo cual era enteramente opuesto al objeto que se proponían.

—Amigo Laroque, decía Raoul, tiene usted razón en todo aquello que permanece fijo, pero en lo que es portátil, creo que es útil la modificación. No tan sólo debemos tener presente la adaptación del aparato en las fábricas, sino que también no echar en olvido la producción de su fuerza en los

del padre florecían y volvían á tomar cuerpo en el corazón de la hija. ¿Qué tenía, pues, de extraño que David sintiera nacer en su alma tristes temores, ni que su pensamiento evocara recuerdos que tanta analogía tenían con los sucesos que á su vista se desarrollaban?

—Perdóneme usted si le entristezco... dijo Luisa, pero he creído de mi deber informarle en seguida de lo que ocurre...

Herbelin recobró entonces su serenidad y contestó:

—Se lo agradezco á usted.—Después, cambiando de tono:—¿Y, para apoyar esa elección, no le ha dado á usted Cecilia razón ó pretexto alguno?

—Me ha confesado que no tenía razón alguna en preferir á Laroque, pues no podía compararsele de ningun modo con Raoul; pero, á mi modo de ver, no tendría nada de extraño que el respetuoso cariño que le profesa á usted el joven director, no haya ejercido alguna influencia en el corazón de Cecilia.

—Está bien, dijo visiblemente conmovido Herbelin, yo la hablaré.

Luisa hizo un signo de asentimiento y dirigióse hacia la puerta, pero cuando ya se hallaba á punto de salir, David la dirigió una mirada y ia dijo, pintándose en su rostro la más viva satisfacción:

—En todo este asunto ha obrado usted muy bien. Mil gracias.

Luisa pareció no haber oído aquellas palabras, y sin detenerse un solo momento, abrió la puerta y se dirigió á sus habitaciones.

VIII

Al llegar á la fábrica entró Herbelin en el despacho del director, donde encontró á Laroque y á Raoul inclinados sobre una ancha mesa de dibujo y compás en mano, estudiando la reducción á una décima parte de la máquina últimamente experimentada. Hallábanse tan profundamente preocupados por su trabajo, que no se dieron cuenta de la llegada de David, y continuaron discutiendo con animación acerca de las ventajas de una curva que disminuía el espesor del aparato, afirmando Raoul que sería muy conveniente colocar el nuevo modelo lo más desahogadamente posible y sosteniendo Laroque, por el contrario, que la reducción de volumen aportaría consigo una determinada reducción de fuerzas, lo cual era enteramente opuesto al objeto que se proponían.

—Amigo Laroque, decía Raoul, tiene usted razón en todo aquello que permanece fijo, pero en lo que es portátil, creo que es útil la modificación. No tan sólo debemos tener presente la adaptación del aparato en las fábricas, sino que también no echar en olvido la producción de su fuerza en los

caminos de hierro, buques, carruajes y globos. En una palabra; cuanto más ligera sea la máquina tanto mayor será su reserva.

—Si, y tanto menor será su solidez, replicó Laroque; eso, sin contar con que, una avería cualquiera, causaría una detención en la distribución de la corriente, y por lo tanto, una menor velocidad. En suma: ¿para qué queremos la reserva de fuerza si no nos vamos á utilizar de ella?

—A propósito, interrumpió Raoul, ha ensayado usted la pililla de doble elemento que le he propuesto?

—Si, y funciona perfectamente; es un juguete sumamente ingenioso, que podrá explotarse muy bien para las lámparas de despacho.

Y así hubieran continuado hablando durante largo tiempo, si Raoul no hubiese advertido la presencia de Herbelin, que escuchaba con visible satisfacción desde el umbral de la puerta la controversia sostenida por aquellos dos fervientes adoradores del progreso.

—¡Demonio! dijo el joven, nos estaba escuchando el principal. Va á decirnos á buen seguro, que hemos soltado un cúmulo de barbaridades...

—No por cierto, contestó David, les estaba á ustedes escuchando con sumo gusto.

—Bueno; y entonces, ¿quién de los dos tenía razón?

—Ni uno ni otro están ustedes equivocados... Cada cual ve á través del objetivo que sus respectivas tendencias le marcan... Raoul es más especulador, y más práctico Laroque... Así es que en rea-

lidad, deben tomarse en cuenta ambas opiniones...

—Ya se lo dije á usted la otra noche, Laroque, exclamó riéndose Raoul; juntos los dos, realizáramos el problema de la perfección; pero, añadió, dando á sus palabras una entonación más seria, desgraciadamente, hay siempre que decidirse por una ú otra cosa en este mundo... y por sabido se calla, que toda preferencia arrastra tras si un sacrificio.

Pronunció estas palabras con tan marcado acento de tristeza, que Laroque fijó en él una inquieta mirada. En cuanto á Herbelin, no recogió la indirecta, dió algunas vueltas por el despacho, hojeó de un modo distraído diversos planos, como si vacilase en tomar una determinación, hasta que por fin dijo á Laroque:

—Vaya usted á mi despacho, amigo Laroque, yo iré dentro de algunos instantes.

El joven palideció ligeramente y examinó con ansiosa mirada á David y á Raoul antes de obedecer el mandato de su principal.

Una vez á solas con Raoul sentóse Herbelin al lado de la chimenea y atizando el fuego con las tenazas que sostenía su nerviosa mano dijo brusca-

mente:

—Hace un momento he hablado largamente de ti con mi mujer...

—¡Ah!

—Y todo cuanto me ha dicho no me ha complacido gran cosa.

—Menos me ha complacido á mi; pero, ¿qué quiere usted hacerle?

—¿Estás seguro de haber puesto verdadero empeño en conseguir, lo que tanto tú como nosotros nos proponíamos?

—¡Ay! señor Herbelin... Nuestra empresa había ya fracasado antes de emprenderla... Tanto usted, como mi tío, han tratado de hacerme sitiarse una plaza ya conquistada de antemano.

—Creo no dudarás que yo ignoraba por completo tal cosa.

—Y usted no dudará á su vez de que yo no lo ignoraba.

—¡Muchachol tomas el asunto con verdadera filosofía...

—Vamos á ver, y ¿cómo quiere usted que lo tome? Demasiado sabe usted el cariño que les tengo y el verdadero íntimo afecto que profeso á Cecilia; afecto, que á no dudar, se hubiera trocado en amor con una sola mirada suya; pero esa mirada ha sido para otro, y franca y leal como ella es, no ha querido que nacieran por un solo momento en mí, esperanzas que me hubiera sido doloroso perder en un plazo más ó menos breve... Daría cualquier cosa por que hubiera usted podido oírlo; sus explicaciones han sido las de una mujercita tan seria como digna, y quizás no creerá usted si le digo que las oía extasiado á pesar de la natural decepción que experimentaba mi amor propio al administrarme aquel reactivo. Pues bien, á pesar de eso, no podía menos de admirarla, pensando al propio tiempo cuán dichoso será el hombre objeto de su elección, pues sean cuales fueren las contingencias que el porvenir le reserve, tendrá al lado suyo una

compañera que le honrará en todas ocasiones.

En tanto que hablaba Raoul, David se había tranquilizado poco á poco, su fisonomía había recobrado su habitual placidez, y soltando por fin las tenazas á las que hasta entonces había hecho dar continuadas vueltas, se frotó las manos y exclamó con aire de radiante júbilo:

—¡Sí, hijo mío, sí; la juzgas bien! ¡Es ni más ni menos que como tú la has descrito, y por eso, por eso precisamente es por lo que yo quería que fuese tu mujer!...

—Se lo agradezco á usted con toda mi alma, pero ella no me quiere... ¡Ah! cuando Cecilia quiere, ya puede asegurarse que quiere bien...

—Es de familia, querido Raoul. Vamos á ver, dijo Herbelin después de un momento de silencio, que opinas tú de Laroque, por que presumo que debes de haberte formado una opinión sobre su carácter... En lo que á su talento concierne, como director de esta fábrica, ya sé yo á qué atenerme, pero le he visto casi siempre temblar en mi presencia; así es que como jamás se ha espontaneado conmigo, puede decirse que no le conozco.

—Es un excelente sujeto y puede usted tener confianza en él. Además, adora á Cecilia.

—Sí, replicó David, adora á Cecilia y ésta le ama también, lo cual es una verdadera dicha, pues desde el momento en que no se comparte el cariño hay que temerle todo.

Después cambiando bruscamente de tono:

—¿Pero cómo es que le gusta á Cecilia ese muchacho... Él no es muy guapo que digamos, y ade-

más casi mudo... ¿Qué diablos puede haberla seducido?

—¡Cómo! ¡Trata usted de saber el cómo y el por qué de los afectos que sustenta una mujer en su pecho! Jamás se ha explicado nadie semejante cosa. Haga usted el más complicado análisis químico y obtendrá usted á buen seguro un resultado, pero si trata de analizar el inocente y puro corazón de una muchacha de quince años, perderá usted lastimosamente el tiempo... ¡Es de lo mas misterioso é inexplicable... Harto lo sabe usted.

—En efecto, tienes razón, harto lo sé dijo David moviendo tristemente la cabeza. ¿Pero á todo esto, qué va á decir tu tío?

—Echará en un principio cada taco que cante el credo, pero si después le ruega usted que sea testigo de la boda, no sólo aceptará el cargo dando iguales ruidosas muestras de su enternecimiento, sino que también hará un soberbio regalo á Cecilia.

—¿Y tú?

—Yo también haré un regalo y también iré á la boda como un convidado cualquiera... Digo, á no ser que Laroque me brinde con el papel de testigo, en cuyo caso, puede que sea lo bastante papanatas para aceptar tan honorífico papel... Confieso sin embargo que no dejaría de hacerme ciertas cosquillas...

—Eres un excelente muchacho, Raoul.

—¡Sí, soy uno de esos excelentes muchachos que reciben con la sonrisa en los labios durante su vida todas las tejas que el huracán de la mala suerte

arroja sobre su cabeza... ¿Con que, no tiene usted que arrojarme alguna más?

—No hombre, no. Mira, dile á Laroque que venga.

David permaneció al lado de la ventana, contemplando al extremo del patio aquel mismo emparado bajo el cual había hablado á Luisa por vez primera, de amor, hacía ya dieciocho años. Allí mismo habíase despertado también el amor de Cecilia hacia Laroque, cual verde capullo, que hiciera brotar del corazón de los hijos los mismos sentimientos que antes brotarán del de los padres. Herbelin se preguntó entonces con tristeza, si aquel nuevo amor, nacido en casi idénticas circunstancias en que había nacido el suyo, atraería la dicha ó la desgracia sobre la cabeza de su hija. El ruido de la puerta que se entreabría le hizo volver la cabeza y vió á Laroque que se disponía á entrar. Al fijar en el joven su mirada, díjose que la expresión franca y sincera de aquella fisonomía no podía, no debía engañar su confianza y sabría cumplir los juramentos y promesas que hiciera. Sintióse pues, reanimado y dirigiéndose hacia el joven le dijo con fingida severidad:

—Laroque, he llegado á saber, que usted en quien tenía depositada toda mi confianza, ha abusado de la situación que á mi lado ocupa dirigiendo á mi hija tiernas miradas de amor.

Á tan inesperadas palabras, perdió Laroque toda su serenidad, ofreciendo su rostro la verdadera imagen del espanto.

—Señor Herbelin, balbuceó el director, ruego á

usted no crea... No es posible que nadie haya dicho... En fin, que, nada he hecho que justifique tal acusación...

—Algo debe de haber, sin embargo, replicó Herbelin, cuando mi misma esposa me ha hablado esta mañana de ello...

—Créame usted; me han calumniado... La bondad que tiene usted siempre para conmigo habrá indudablemente despertado algunas envidias... pero, no lo dude usted... nunca me habría permitido... ¡Ah, señor Herbelin, si usted llegase á creer eso, me conceptuaría el hombre más desdichado de la tierra!...

—Precisamente por que deseo saber á qué atenerme es por lo que le he hecho llamar... Mi esposa, en el momento mismo en que me preparaba para venir á la fábrica, me ha asegurado que ama usted á Cecilia...

—Si eso fuese cierto, protestó Laroque con los ojos llenos de lágrimas, ni aun el mismo Dios lo hubiera sabido... Sé demasiado cuánto debo á usted y antes dejaría de existir que cometer la menor acción que pudiera desagradarle...

—Así pues, debo afirmarme en mi creencia, en vista de sus negativas, de que no ama á usted á Cecilia.

—Comprendía demasiado que usted la destinaba de antemano á su amigo de la infancia, y nunca, nunca me hubiera permitido...

—Pues amigo mío, mi hija es más revolucionaria que usted desde el momento en que no ha titubeado en decir á Raoul que jamás sería su esposa...

Tal estupor se reflejó entonces en la mirada de Laroque, que David juzgó conveniente no prolongarle por más tiempo, diciendo:

—Raoul mismo acaba de decírmelo; añadiendo, además, que mi hija le ha confesado á la vez que no le era usted indiferente.

Ante semejante confesión, Laroque arrojó un ahogado grito; hizo un movimiento como si fuera á arrojarse á los pies de Herbelin, y cambiando súbitamente de idea, se precipitó como un loco en la contigua estancia exclamando:

—¡Amigo mío! ¡Amigo de mi alma, mi vida, mi vida entera le debo por lo que acaba de hacer por mí!

En extremo conmovido penetró también David en su gabinete y allí, en medio de los dibujos y planos esparcidos por todas partes, vió á los dos rivales en brazos uno de otro y llorando y riendo al propio tiempo. Contemplólos durante algunos instantes con el corazón henchido de la más viva alegría en presencia de aquella juvenil y generosa expansión, y acariciando la esperanza de que el porvenir podría quizás compensarle de las amarguras del pasado.

Ya un poco más apaciguados los ánimos, penetraron todos en el despacho y Raoul, más tranquilo aún que su amigo, dijo á David las siguientes palabras:

—Confíese usted, señor Herbelin, que hubiera sido en extremo sensible no favorecer una pasión tan sincera. Ya sé que soy yo quien paga los gastos de tanta dicha, pero casi casi, estoy tentado de

no quejarme por ello... Bien es verdad, que el resultado sería siempre el mismo...

—Laroque, dijo Herbelin con profundo acento de gravedad, contrae usted hoy para conmigo una deuda de la mayor importancia y quiero se la pague usted á mi hija, cuya felicidad ha sido siempre mi constante preocupación. Es positivo que me hubiera sacrificado más por la ciencia que por la industria si tan solo se hubiese tratado de mí, pero quería recoger abundante cosecha desde el momento en que la destinaba para Cecilia. La he amado y la amaré con paternal delirio hasta el último instante de mi existencia, y si fuere necesario haría por ello todo género de sacrificios. Ha bastado, pues, que ella haya pensado en usted para que yo me halle enteramente dispuesto á tratarle como á un hijo. No dudo de su cariño de usted hacia ella, pero eso no basta; hay muchas personas que á pesar de sentir en su pecho los efluvios del más acendrado amor, no poseen, sin embargo, el secreto de ser dichosos. Prométame usted que no tendrá durante su vida otro objetivo que el de asegurar por completo la dicha de mi hija, subordinándolo á esta idea que será para usted tanto más dulce, cuanto que verá usted colmados sus afanes con el tierno y profundo cariño de Cecilia. En cuanto á mí, una vez que pueda usted llamarla su esposa, no seré ya nada para ella... pues si alguna vez se ocupa de mí, será más ó menos á la ligera; pero yo le prometo desde ahora no mostrarme celoso, á condición de que haga usted lo imposible por amarla más de lo que yo la amo y

contribuya á su dicha, aún más de lo que yo hasta aquí he contribuido. Es usted un hombre honrado, y no dudo que cumplirá este solemne y sagrado compromiso, cueste lo que cueste.

Y tendió su mano á Laroque con ademán solemne y casi doloroso. El joven, no poco turbado, levantó la vista hacia su principal, tratando de investigar lo que aquellas palabras querían decir, como si adivinara desde luego, que ocultaban misterioso sentido, y al ver á Herbelin trémulo, inquieto y como si aquel proyectado enlace fuera el anuncio de futuras desdichas, sintió un vehemente deseo de tranquilizar á aquel hombre tan grande como bueno, y llevado por la firme é inmutable convicción de su amor hácia Cecilia, asió la mano de David y dijo, reflejándose en sus ojos la sinceridad de sus palabras:

—Señor Herbelin, tenga usted en mí la más absoluta confianza, pues amo á su hija como usted quiere que sea amada.

Después añadió sonriéndose con ternura:

—Después de todo, veo que me pide usted muy poco en cambio de lo mucho que me otorga, y yo no puedo mostrarme egoísta hasta ese punto. ¿Por ventura la propia dicha no se halla compuesta de la dicha de los demás?

—Eso está muy bien, respondió Herbelin, y deseando acallar la emoción que todos experimentaban, añadió: Ya han dado las tres; vayan á dar una vuelta por los talleres y á las cinco iremos los tres en comandita á Saint-Sauveur.

Los jóvenes obedecieron dejando á David solo en

su despacho. Aquel mismo día y á la hora acostumbrada de dar un paseo por el parque, Cecilia encontró á su madre que la aguardaba en el vestibulo.

—¿Vienes hoy conmigo, mamá? preguntó la joven.

—Sí, es decir, si no te acompaña la señorita Pellegrin.

—Ya no me acompañará nunca, dijo alegremente Cecilia, si te encuentras los demás días en tan buenas disposiciones como hoy.

—Me sienta muy bien el pasear, y creo que tú llegarás á hacer que venza mi habitual pereza.

—Pues está dicho. Pero mira, ten cuidado, porque cuando no estés tan dispuesta como hoy, yo me encargaré de avivarte.

—Recorrieron durante una hora casi todas las avenidas del parque, bajaron hasta el borde del río y atravesaron las praderas. Luisa lo examinaba todo con la misma curiosidad que aquel que se hubiera hallado por vez primera en aquellos sitios. Cecilia lo observó y dijo á su madre:

—Cualquiera diría mamá, que no conoces los lugares que recorremos... ó bien que tratas de investigar alguna cosa.

—Nunca he venido por aquí, respondió tranquilamente Luisa.

—Y, sin embargo, tu eres del país.

—Cuando vivía en la Neuville con tu abuelo salía muy poco y desde que estamos en Saint-Sauveur, nunca he ido más allá del molino. ¿Y á propósito, dime, qué molino es ese?

—El molino de los Vannes. Pertenece á papá.

—¿Y á dónde conduce aquel puentecillo de madera que no tiene más que una sola balaustrada?

—Primeramente al molino, y después á la carretera de Beauvais por Montivilliers.

—¿Sabes tú, dónde está situado Montivilliers? preguntó Luisa un tanto turbada.

—Sí, mamá; detrás de aquellos árboles grandes, á lo último de todo.

—¿Se sabe quién lo habita?

—En cuanto á eso, si que no lo sé... Creo que doman caballos; se les ve venir no pocas veces á beber agua al río, al otro extremo de las praderas, del lado de la Neuville.

—¿Y quién conduce esos caballos, niña?

—Pues, nadie; están en libertad. Parece ser que les hacen galopar con frecuencia en una pista muy larga sembrada de hierba, pero eso es muy de madrugada y yo no salgo nunca tan temprano.

Luisa no llevó por aquel día más adelante su interrogatorio ni sus observaciones. Regresaron al castillo, y á la caída de la tarde tuvieron la agradable sorpresa de ver llegar á Laroque con David y Raoul.

Era tan plácida en aquellos momentos la fisonomía del joven director, que Cecilia, después de los acostumbrados y naturales saludos, y en tanto que su padre subía á sus habitaciones, le preguntó con aquella sencilla intrepidez que le era habitual:

—¿Qué le pasa á usted señor Laroque? No tiene usted la misma cara de siempre.

Luisa levantó la cabeza y dirigió una sonriente mirada á ambos jóvenes.

—Es muy cierto, señorita, que algo me aconteció, y que debo parecerla algo cambiado... Pues á pesar de que ayer su señor padre me había anonadado mostrándose realmente generoso conmigo, yo soñaba no obstante con una dicha que no tenía derecho á esperar... En tanto que hoy...

—¡Ah! exclamó Luisa con trémula voz, comprendiendo todo lo que acontecía por el conmovido acento del joven.

—En tanto que hoy, continuó Laroque en voz baja y en tono de profunda adoración, siento que mi corazón está tan henchido de júbilo, que ni siquiera puede contenerlo, y se desborda, señorita, en medio del mayor de los agradecimientos y de la más infinita ternura.

Cecilia había escuchado aquellas palabras vibrantes de sinceridad, con la cabeza inclinada á un lado con objeto de ocultar su emoción.

No contestó por el pronto, pareciendo que reflexionaba, pero volvióse al fin hacia Laroque, y dijo con una firmeza que contrastaba con la dulzura de sus ojos:

—Debe usted mucho, en verdad, á mi padre y tiene usted razón en estarle agradecido... Pero dé las gracias también á mi madre, porque quizás haya hecho por usted algo más.

Ante testimonio tan importante como afectuoso para ella, irguióse cuan grande era Luisa; su corazón latió con tal violencia, que durante unos instantes no acertó á pronunciar una sola palabra, hasta que por fin, un tanto repuesta de su emoción, asió las manos de ambos jóvenes entre las

suyas, cuyas miradas se cruzaron en aquel momento tan llenas de sincera felicidad, que en sus labios se dibujó una sonrisa de dichoso presagio para el porvenir que ante ellos se abría.

—Amos, hijos míos, murmuró Luisa con ininteligible voz, y ahogada por los sollozos. Amaos única y exclusivamente; ese es el secreto de la vida humana, y es necesario no buscar un más allá, pues no hay nada que supere á tan inefable dicha.

Nada respondieron los jóvenes, pues ninguna de las protestas que hubieran podido hacer, habrían tenido el valor que encerraban sus miradas y sus sonrisas. Al ver á aquellos dos seres á quienes un mismo pensamiento unía y cuyo corazón latía también al unisono, se hizo más latente en Luisa el dolor que su falta la hacía experimentar y sintió que jamás había conocido las dichas que lleva consigo un amor puro y legítimamente compartido y ajeno por completo á todo remordimiento. Ese amor, era precisamente en el que David había soñado, sin haberlo jamás obtenido, y ante la idea de la decepción y del dolor que había causado á su esposo, se estremeció todo su ser por no haber contribuido á la felicidad de un hombre tan bueno, tan apasionado y tan generoso, hacia el cual sentía entonces un inmenso respeto, después de haberle despreciado y vilipendiado. Pensó también con espanto, en que un día, quizás no muy lejano, se vería precisada su hija á juzgarlos, á entrambos, teniendo que escoger entonces á uno de los dos. La elección no le parecía dudosa á Luisa; la descuidada madre,

la esposa infiel estaba condenada de antemano: quizás el mismo Laroque se hallaría ya en aquellos momentos enterado de su fatal...

A esta sola idea, la más horrible desesperación se apoderó de su alma, aportándola sin embargo cierto consuelo el recordar la cariñosa manifestación que Cecilia acababa de hacer. Desde hacía algunos meses había advertido en su hija un tan cariñoso cambio, que alimentaba la esperanza de encontrar inesperado apoyo en la ternura de aquella inocente niña. ¡Qué dicha tan grande, si merced á ella pudiera obtener su salvación, viéndose perdonada por David!... ¡Pero, cómo hacerlo?... Sería preciso que Cecilia conociese la conducta de su madre, y que se mostrase además indulgente hacia una falta que tan desgraciado había hecho al autor de sus días... ¡Sería eso posible?... Y por otra parte, ¿sería ella misma quien fuese á solicitar de su hija el codiciado perdón?...

Mil veces no; todo, todo, antes que confesar su indignidad á Cecilia. La favorable solución á tan terrible crisis, se presentaba por lo tanto irrealizable á sus ojos, y cuando la dicha entrase en aquella casa perfumándola con su aroma, veríase obligada la pobre Luisa á salir de ella para siempre.

Una cruelísima hora pasó barajando todas aquellas horribles ideas en su mente, y cuando David y Raoul bajaron á la hora de la comida, halláronla pálida, helada y casi desvanecida. Pretextó después de comer un violento dolor de cabeza y se retiró á su cuarto mucho más temprano que de costumbre.

A la mañana siguiente, que era domingo, se des-

pertó sumamente fatigada y rogó á la señorita Pellegrin que fuese á misa con Cecilia:

—Iré más tarde á buscarlas en coche, y quizás llegue á tiempo para oír el final de la misa mayor...

Llegó en efecto á las once á la plaza de la Neuville, penetró en la iglesia, donde había gran concurrencia de fieles, y no queriendo molestarles, con tanto más motivo cuanto que el sacerdote leía en aquel momento los Evangelios, se detuvo en un rellano, detrás de uno de los pilares que sostenían el campanario y buscó á su hija con la mirada. Vióla en su sitio de costumbre, atenta y recogida, al lado de la señorita Pellegrin. Extendió la vista un poco más lejos, y sintió recorrer por todo su cuerpo un frío glacial al apereibir á Daniel cerca del púlpito, sentado en el banco perteneciente á la familia Condottier. Seguramente no había ido allí para orar, pues permanecía indiferente al santo sacrificio de la misa, y su mirada se dirigía á determinado sitio de la iglesia. Trató Luisa de investigar el objeto hacia el cual el marqués dirigía sus miradas, y en aquella dirección no vió otra persona que Cecilia. Sintió entonces que su corazón se oprimía y hubo un momento en que pensó atravesar por medio de la multitud, y en coger á su hija por el brazo para sacarla de allí; venció no obstante en ella la prudencia y se ocultó más cuidadosamente tras el pilar que la servía de abrigo.

Quiso sin embargo confirmar sus sospechas, tener, en una palabra, la certeza de lo que tanto temía, y ponerse por fin, frente á frente de la infamia tan real como tangible del hombre por quien

todo lo había sacrificado. Aguardó pues á que el oficiante pronunciara el *Ite missa est* y la muchedumbre se dirigió hacia la puerta del templo en medio de ese desordenado tropel, favorable siempre á todos aquellos que quieren aproximarse á una persona dada. Abandonó Daniel su sitio con estudiada precisión en el momento mismo en que Cecilia abandonaba el suyo, hallándose esta última frente á frente del marqués en ocasión de haber dado vuelta al banco y de dirigirse al paso central de la iglesia. Sus miradas se cruzaron entonces, reflejándose en la de Daniel cierto acariciador orgullo, en tanto que la de Cecilia no acusaba sino una perfecta indiferencia. Sonrióse Daniel murmurando algunas palabras. La señorita Pellegrin tomó el brazo de su discípula y ambas se dirigieron hacia el pórtico seguidas siempre de Condottier.

Luisa permaneció en su sitio como petrificada pensando en lo que aquel hombre podía haber dicho á Cecilia y en la impudencia que manifestaba al dirigirse á su hija, que debiera serle sagrada. Dos veces, se decía, ha hablado ya con ella, y quién sabe los proyectos que habrá podido formarse esa alma depravada, capaz de no retroceder ante ningún obstáculo por satisfacer su capricho... Estoy dispuesta á olvidar todo el mal que me ha hecho, pero si por desgracia tratase, tan solo de turbar la tranquilidad de mi hija, yo sabré interponerme entre los dos, dispuesta á toda violencia y á todo sacrificio.

Después, siempre agitado su espíritu á impulsos de profunda cólera, dirigióse hacia la salida y al lle-

gar á la plaza vió alejarse al marqués por la carretera de Beauvais, conduciendo un elegante faetón.

—Te hemos buscado en el coche; dijo Cecilia así que vió á su madre. ¿Dónde has estado?

—He llegado tarde y he salido la última...

—¿Sabe usted señora, quien es aquel joven que se aleja en coche por la carretera de Beauvais? preguntó la señorita Pellegrin. Ha saludado á Cecilia como si ya la conociese, y además, la ha dirigido la palabra

—¿Que la ha dicho? preguntó Luisa á su vez.

—¿Qué es lo que ha dicho, Cecilia? Como no estaba yo al alcance de su voz...

—Me ha saludado, según usted ha visto, muy cortesmente, respondió la joven sin turbarse en lo más mínimo, y me ha dicho: No tendrá usted hoy el trabajo, señorita, de ponerme sobre el buen camino...

—¿Y qué querría decir con eso?

—Bien poca cosa por cierto... Había encontrado ya una vez á ese caballero, y le indiqué entonces, después de preguntármelo, el camino que debía seguir...

—¿Dónde?

—En el parque...

—¿Y cómo había entrado en el parque?

—Por el lado del río.

—¿Y para qué?

—Para cazar. Se llegó á mi á la vuelta de un camino, diciéndome que se había extraviado, yo le saqué de su error, y... he aquí toda la historia. Ni sé quien es, ni cómo se llama.

—Pues bien, hija mía; es preciso olvidarle, porque ya no tendrás ocasión de volverle á ver.

—¿Por qué? preguntó la joven, extrañada.

—Por que es un enemigo de tu padre, contestó gravemente Luisa.

—Entonces, dijo Cecilia, tienes razón, no tengo ningún interés en conocerle... Pero, dí, también papá tiene enemigos?

—Sí, hija mía, como todos aquellos que se elevan por encima de los demás.

—En ese caso, comprendo que debe tener muchos.

—Pero, ¿cómo es que no me has referido antes ese encuentro?

—Porque el día en que se verificó, contestó riéndose Cecilia, tuvimos que hablar de otra cosa que me interesaba mucho más, y había por lo tanto dado al olvido el encuentro del cazador extraviado.

Convencióse Luisa de que su hija la refería las cosas tal y como habían sucedido y no insistió más sobre el asunto. Sin embargo de esto, preguntó á la señorita Pellegrin:

—¿Es la vez primera que ven ustedes á ese caballero en la iglesia?

—Sí, señora, la primera.

No dudó ya Luisa de que Condottier había ido allí por Cecilia y pensó en que quizás rondaba también todos los días por los alrededores y aun por el parque mismo, que se hallaba por cierto mal guardado. ¿Qué hacer en semejante situación? se decía. ¿Cómo dar el grito de alarma, ni cómo explicar á David una tan súbita inquietud sin exponerse á las más desastrosas consecuencias, y sin

que lo comprendiera todo?... Decidió, pues, ejercer por sí propia la más exquisita vigilancia, sin desperdiciar para ello un solo instante.

Una vez de regreso en Saint-Sauveur, se halló Luisa más tranquila: Cecilia, Raoul y Laroque pasaron la tarde dando vueltas por el parque y jugando alegremente al lawn-tennis. Entre tanto, Luisa, encerrada en su cuarto, sentíase presa nuevamente de indecible terror; presentía que el peligro se iba acercando por momentos, y que cualquiera que fuese su desenlace, siempre sería para ella de terribles resultados. A pesar de esto, hacia caso omiso de los peligros que pudiera correr y concentraba todos sus esfuerzos de previsión y de razonamientos en beneficio del reposo y de la dicha de su hija.

La intervención de aquel misterioso personaje en la vida de Cecilia y los audaces manejos que pondría en planta para tratar de llevar á cabo sus odiosos propósitos, todo debía turbar la paz de aquella niña, presentando ante sus inocentes ojos las infamias y vergüenzas humanas, y entonces sería preciso darla explicaciones que llegarían á revelar la horrible falta cometida por su madre... ¡Ah! con qué odio y con cuánto desprecio recordaba al hombre infame cuyos satánicos medios conocía para apoderarse del corazón de la mujer en la cual posaba sus miradas! Afortunadamente, poseía Cecilia un precioso talismán que ella no había tenido: el acendrado y sincero amor que profesaba al que debía ser su esposo; y si eso no hubiera sido bastante, hubiera llenado la medida el hacerla saber

que aquel hombre era el enemigo declarado de su padre. De todos modos y de cualquiera manera que penetrara su mente en el fondo de aquel intrincado laberinto, le hallaba cubierto de próximos desastres.

Pensó también por un momento en advertir á Laroque de todo cuanto ocurría, pero desechó en el acto tal propósito, ante la idea de hacerle forzosa cuanto dolorosas revelaciones. ¡Cuán caro pagaba su locura!... De todo cuanto acontecer pudiera, considerábase la sola y única culpable, y reprochábase su crimen tanto ó más que pudiera hacerlo el mismo David, expiándole duramente al tener que mentir para ocultar sus maternales desvelos, ella, que tanto había mentido antes para disimular sus culpables goces.

Por fortuna, aquella misma tarde, llegaron Pérignon y Cendrin de París á la imprevista, y la presencia de aquellos dos buenos amigos de Herbelin, la devolvió un tanto la perdida calma. De repente, surgió en su imaginación la idea de confiárselo todo á Cendrin, pidiendo al propio tiempo sus acertados y buenos consejos. El sabio profesor, se hallaba más que nadie al corriente de su pasada falta, y como además de prudente era á la vez hombre resuelto, y comprendía además el estado del corazón de Luisa, no vacilaría en venir en su socorro; asíóse pues á esta idea como considerándola su única y verdadera tabla de salvación y se aprestó á llevar adelante sus propósitos aprovechando la primera coyuntura que pudiera presentarse. En efecto, aquella misma noche, en tanto que los convidados

pasaron á fumar, al gabinete de Herbelin, llamó aparte al profesor y le dijo:

—Estamos amenazados de graves y próximas complicaciones, y ha sido una verdadera suerte para todos nosotros que haya usted tenido la idea de venir á vernos. De no haber sido así, me hubiera visto precisada á llamarle.

—¿En consulta? preguntó Cendrin con maliciosa sonrisa. ¿Es por acaso que el matrimonio con Raoul no va por buen camino?

—Lleva tan mal camino, que ya está roto...

—Lo sospechaba, precisamente desde el día del famoso experimento, y así se lo he indicado á Pérignon... ¿El vencedor será sin duda alguna Laroque, no es cierto?... Creerá á buen seguro que es un sueño...

—Sí, á no ser que despierte antes de verlo convertido en realidad.

Cendrin dirigió una mirada á Luisa, y observando su aspecto sombrío y pensativo preguntó:

—¿Piensa David decirle?...

—No puede usted imaginarse de lo que se trata, interrumpió Luisa, y no puedo decírselo aquí, donde, de un momento á otro vendrán á interrumpirnos; es necesario que pueda explicarme con entera libertad.

—Si le parece á usted nos volveremos á ver esta noche, cuando cada cual se retire á sus habitaciones.

—Tenía intención de proponerle lo mismo.

—¿Dónde?

—En este salón. Deje usted que se retiren todos y permanezca usted con David.

—Pero, tampoco podremos hablar en su presencia.

—No tenga usted cuidado. Escribe todas las noches en su gabinete de trabajo... Digale usted que tiene necesidad de hablarme y venga usted en seguida en mi busca.

—¿Y si me pregunta?

—Nada preguntará, y en todo caso, le dice usted que es un asunto exclusivamente de usted y mío; creará que se trata del proyectado enlace de mi hija y eso bastará.

—¡Cuán hermosa es la confianza!

—Sí, añadió gravemente Luisa, David ha sido siempre lo mismo y eso es precisamente lo que le representa tan grande y tan fuerte ante mis ojos.

Transcurrió la velada, después de la imprescindible partida de wisth y de las ruidosas exclamaciones de Pérignon, y á eso de las diez, Laroque fué el primero que rompió discretamente la marcha. Todos se retiraron á sus habitaciones y Herbelin después de haber acompañado á Cecilia hasta la suya, volvió á bajar al salón.

Entre tanto, Cendrin, según había convenido con Luisa, permaneció en el gabinete de David: éste al observar allí la presencia de su amigo le dijo:

—¿No tienes ganas de acostarte?

—Primeramente, sabes demasiado que soy un poco trasnochador, y después, he prometido á tu esposa que iría á reunirme con ella en el salón, donde tiene que hablarme...

David hizo una ligera exclamación y no insistió más sobre el asunto. Cendrin añadió.

—¿Sabes que en verdad, no eres muy curioso?

—¿Y por qué serlo? replicó friamente David. Todo cuanto á mi mujer concierne me produce la más soberana indiferencia. En lo que á ti respecta, estoy completamente tranquilo; si lo que vas á tratar con mi mujer puede interesarme, ya me lo dirás cuando creas que debo saberlo.

—Razonas con una precisión verdaderamente matemática.

El profesor se levantó, preguntando:

—¿Vas á trabajar mucho tiempo?

—No.

—Entonces, presumo que ya estarás acostado cuando yo suba. Buenas noches.

—Adiós, buenas noches.

Dirigióse Cendrin hacia el salón pensando en si la conducta de su amigo sería ó no realmente sincera respecto á Luisa, pues la desesperación que había mostrado hacia un año, no podía haberse trocado por completo en tranquila calma en tan breve espacio de tiempo. De todos modos, aquella conducta no tan solo no era criticable, sino que merecía por el contrario, merecidos elogios por el mérito que encerraba.

Al entrar en el salón, vió á Luisa sentada á un lado de la chimenea, y dirigiéndose hacia ella la dijo sin preámbulo de ninguna especie:

—Tenía usted razón. Nada me ha preguntado David, que continúa escribiendo con toda tranquilidad en su despacho, sabiendo perfectamente que nosotros nos hallamos aquí.

En tanto que Luisa le explicaba detenidamente

lo mucho que su situación se había agravado, mirábala Cendrin con aire preocupado y entornando los ojos, dándose al propio tiempo cuenta del sorprendente buen efecto que la vida retirada y el aire del campo habían producido en aquella mujer, que en aquellos momentos parecía tan hermosa como en los mejores tiempos de su juventud. En el momento mismo en que Luisa terminaba el relato de sus maternas angustias, abrió bruscamente Cendrin sus antes entornados párpados, y dijo resumiendo en una sola frase, la idea que hacia largo rato se había apoderado de su imaginación:

—¿Está usted segura que ese hombre no ha venido por usted?

—Completamente segura. Si no se tratase más que de mí, nada me importaría.

—Sería sin embargo tan grave, bajo el punto de vista de las consecuencias.

—¿De qué modo?

—Demasiado puede usted figurarse que la persona en cuestión no se contentará con hacer vagas demostraciones.

—Ese es mi temor.

—Precisémoslo todo. Vamos á ver, ¿qué es lo que puede hacer?

—Mostrarse por los alrededores de esta casa, escribir, tratar de penetrar hasta aquí ..

—¿Y con qué intento? ¿Cuál esperanza la suya? ¡Eso sería la obra de un loco!

—De un loco, sí, pero hay locuras que consiguen...

—¿El qué?

—Turbar el corazón de un alma cándida y sencilla.

—¡Ay amiga mial veo que nos lanzamos á todo correr en las mismas peripecias de la obra que lleva por título. *Los amorios peligrosos*. No la juzgo á usted tan débil como á la Presidenta y no hago tampoco la menor comparación entre nuestra Cecilia y la pequeña Valange. Es, sin embargo, preciso que todo lo tengamos en cuenta; así lo exige la prudencia. Teme usted que nos hallemos frente á frente de un libertino, que no tiene el menor escrúpulo de conciencia y que ante nada retrocede con tal de satisfacer sus caprichos, así sean éstos de los más perversos... Pues bien... vamos á estudiar el caso.

—¿Y si no me he equivocado, que hará usted y qué conducta me aconsejará usted que siga?

—Trataremos de salir de apuros por medios conciliatorios; y si nada obtenemos, haremos uso de la fuerza.

Luisa exclamó entonces juntando las manos:

—¡Dios mío! Eso es á lo que más temo.

Cendrin la contestó dirigiéndola una centelleante mirada:

—No ha sido lo mismo en otros tiempos.

—Estaba loca, bien lo sabe usted, que ha sido el único que ha penetrado hasta el fondo de mi pensamiento... Pero ahora... ¿Cree usted que David debe de saber todo lo que pasa?

—Sí, dijo Cendrin con firmeza. En el momento en que nadie más que él tenga derecho á intervenir.

—¡Y si interviene, que cosa tan horrible!

—Será, lo que buenamente no habrá podido impedirse que llegue. Habrá por una parte un hombre honrado que defiende lo que es suyo, y por otra, un bribón que desea apropiárselo. Una vez más, se cumplirán las inescrutables leyes del destino.

Luisa exclamó horrorizada:

—¡Luego entonces no quiere usted á David! ¿Usted no sabe á qué hombre pretende entregarle?

—Señora, si entrego á David á ese hombre, como usted dice, será porque es imposible obrar de otra suerte; así y todo, no le entregaría sino con su cuenta y razón. Además de esto, créame usted, por encima de la fuerza material, existe otra fuerza moral que ejerce poderosa influencia, y sobre la que es preciso contar en las luchas de la existencia... Y esa fuerza decisiva su marido de usted la posee en alto grado, y gracias á ella saldrá victorioso en su empresa.

—¡Dios mío! ¡Qué lucha tan horrible!

—Que ni usted ni yo podemos impedir. Antes de ahora es cuando se hubiera debido pensar en ella.

Apenas hubo pronunciado Cendrin estas severas palabras cuando ya se arrepentía de haberlas pronunciado. Luisa prorrumpió entonces en amargos sollozos y dijo con acento de la más sentida humildad:

—Tiene usted razón, y yo misma no ceso de acusarme un solo instante. Eso es lo que devora y tortura mi alma; de otro modo y tranquila la con-

ciencia, arrostraría el peligro con entera serenidad... Pero soy yo, yo la que ha atraído la desgracia, y yo también la responsable de todo cuanto pueda ocurrir. Comprendo que al pasar por tan terrible prueba, es en justa expiación de mi falta... Pero, ¡Dios mío! ¡Que hiera tan solo á la culpable y no caiga también sobre la cabeza del inocente!

—Tranquilícese usted y confíe en mí y en todos cuantos la rodean, dijo Cendrin con dulzura. Nadie la abandonará y aun el mismo David, yo se lo garantizo, sabrá prestarla su apoyo si es usted la que se encuentra amenazada... Si fuese Cecilia... Esperemos, sin embargo, que ella no lo estará, porque entonces... no quiero figurarme lo que pasaría...

—Su cólera sería terrible...

Cendrin no contestó y dijo moviendo la cabeza con aire preocupado:

—Vigile usted por su parte; yo haré otro tanto por la mía... Y mañana veremos si la noche nos habrá sugerido alguna idea salvadora.

Después cada cual se dirigió en silencio á sus respectivas habitaciones... Cendrin tenía situada la suya en el primer piso, y en uno de los ángulos del edificio, á la que conducía también una escalerilla desde el piso bajo. El cuarto ocupado por el sabio era en extremo espacioso, y daba por un lado al parque y por el otro al patio principal. Hallábase á la izquierda una estufa, en la que Cecilia cultivaba flores de toda especie, desde que no desplegaba ya en la Neuville su afición á la jardinería. La noche era oscura, y el viento que rugía con fuerza, arrastraba con violencia espesos nuba-

rrones, por entre los cuales dejábase ver la luna de vez en cuando.

Eran ya las doce cuando Cendrin entró en su cuarto; al lado de éste había un salón, en cuyo centro se hallaba una mesa que sustentaba un encendido quinqué. Conocidas como lo eran en aquella casa, las costumbres del profesor, hallábase todo preparado para que éste pudiera velar cuanto quisiera; esto es, un buen fuego, luz y una botella de agua de limón.

Mucho más preocupado de lo que se manifestara ante Luisa, trocó el frac por un cómodo y amplio batin, cubrió su cabeza con la acostumbrada boina negra, y sin temor de incomodar á nadie por la posición independiente del cuarto que habitaba, comenzó á dar grandes paseos en todas direcciones.

Iba de la alcoba al salón, pasando de la obscuridad de la primera á la brillante luz que arrojaba el quinqué que en el segundo ardía. Las persianas del salón permanecían cerradas, en tanto que aún continuaban abiertas las del cuarto de dormir, de manera que siempre que su cuerpo se interponía entre la luz y la ventana, la proyección de la sombra sobre la hierba del parque, atraía necesariamente sus miradas. Detúvose una de las veces ante una de las ventanas, reflexionando profundamente, sobre todo cuanto había hablado con Luisa, y al cabo de unos momentos de permanencia en aquel sitio, parecióle ver una sombra que se movía entre el macizo de árboles y al borde mismo del parque. Quizás sería una de tantas ramas agitadas por

el viento, que proyectaba su sombra sobre el iluminado suelo de la avenida; observó, sin embargo, con más atención y ya no tuvo duda alguna de que era un hombre el que se movía.

El hecho, por más que la hora era ya bastante avanzada, no hubiera tenido en otras circunstancias, el importante interés que en aquellos momentos tenía para Cendrin, después de los temores que Luisa le había dado á conocer; así es que la aparición de aquel nocturno paseante, no tuvo otro remedio que asociarse, en el espíritu del sabio á las tentativas del marqués de Condottier, decidiendo, por lo tanto, prestar extraordinaria atención á los movimientos del desconocido.

El hombre en cuestión se adelantó hasta llegar á la verja que comunicaba con los diferentes departamentos de servicio, observando con cuidado y como con temor á ser descubierto: se acercó después á la estufa y una vez allí, parecióle á Cendrin que aquel hombre llevaba en la mano un paquete de cuya forma no podía darse exacta cuenta. La luna se manifestó entonces en todo su esplendor iluminando por completo el muro, sobre el cual se dibujó de un modo preciso la silueta del desconocido. Era, en efecto, un hombre, mejor dicho «un caballero» á juzgar por su aire elegante y desenvuelto. Cubría su cabeza un sombrero hongo, que ocultaba sus facciones, y entonces pudo ver claramente Cendrin, que era un ramillete lo que llevaba en la mano. Abrió la puerta de la estufa, que nunca estaba cerrada del todo y desde el mismo dintel alargó el brazo, sin duda alguna para colo-

car el ramillete; pues cuando retrocedió, ya no lo ostentaba en su mano.

¿Será este el marqués en cuestión, se preguntó Cendrin no poco preocupado, que cual otro Romeo, viene á rondar bajo los balcones de su amada?... ¿Romeo he dicho?... no; confundo en este momento los personajes: el que salta la verja en el teatro llevando flores en la mano, es Ruy Blas. Sin embargo, para un galán que como el marqués, tiene fama de conquistador de fin de siglo, su conducta actual no deja de ser romántica. Mañana por la mañana veremos lo que quiere decir ese ramillete.

Entre tanto, el desconocido, que sin duda había llevado ya á cabo el objeto de su excursión, batióse en retirada hacia el mismo sitio por donde viniera. Permaneció inmóvil un instante al pie del macizo de árboles, como si observase las ventanas del castillo, y perdióse después en la obscuridad. Aguardó Cendrin un cuarto de hora más, para ver si volvía, y no observando nada de nuevo, apagó la luz del salón y entró en su cuarto con objeto de entregarse al descanso.

A la mañana siguiente, bajó muy temprano al jardín, dirigiéndose en seguida á la estufa, en donde halló un magnífico ramo de orquídeas en cuyo centro destacábase una carta, que como es lógico llamó la atención de Cendrin. El sobre estaba dirigido á Cecilia, así es, que le faltó tiempo para romperle y pudo leer entonces lo que sigue: «Mientras usted se halla entregada al sueño, yo velo bajo sus ventanas. Si tiene usted la bondad de mirar por ellas, me verá todas las noches, á eso de las doce, á

la entrada de la estufa.» Aquella carta carecía de firma.

Cendrin arrugó la carta entre sus dedos, echó una irritada mirada al ramillete y atravesando el parterre llegó hasta el patio de las cuadras, y rompiendo la cinta de seda que sujetaba las hermosas á la par que insultantes flores, las arrojó sobre el estiércol con mal contenida ira.

—Ese es su sitio—murmuró.—En cuanto al que las ha traído, es en realidad el más indigno de los hombres... ¿Cómo llegar á darle la lección que merece?

Después regresó al castillo con aire meditabundo, y se puso á trabajar para purificar su espíritu, de la infamia que se había visto obligado á presenciar.

gilaba, le hubiera salido al encuentro. El sabio profesor no experimentaba temor alguno ante la idea de hallarse frente á frente de semejante bribón, convencido de que habría de reducirle á la impotencia con solo el valor de su palabra.

La última noche estuvo ya á punto de bajar al jardín con objeto de hablarle, pero en el momento en que se disponía á salir al pasillo y tomar la escalera que conducía cerca de la estufa, el hombre había ya desaparecido. Entonces germinó en su mente un extraño proyecto. ¿Quién podría impedirle el ir á Montivilliers y tener con el marqués una seria conferencia?... Su edad, su carácter y su situación como íntimo amigo de la familia, todo le autorizaba para dar aquel arriesgado paso; además, no podía admitir por un solo instante que Condottier, ante el cual no podía pasar ciertamente por un desconocido, dejara de mostrarle cierta deferencia. ¿Qué motivo había, después de todo, para que aquel hombre, obligado por él á reflexionar en la gravedad de sus actos, no llegase á adquirir la convicción de su desatentada conducta, renunciando á tan criminal tentativa? En todo caso, vería de qué modo sostenía la discusión, y siempre sería útil conocer el estado de espíritu en que se encontraba aquel corredor de aventuras, para preparar la defensa según la importancia del ataque. No dudó, pues, que sus propósitos darían solución al asunto, trazando al propio tiempo el deber que cada cual debía seguir.

Durante el almuerzo sintió Cendrin acrecentarse en él los deseos de abrazar una causa tan justa, al

IX

Durante dos noches estuvo Cendrin al acecho detrás de su ventana, á la hora que indicaba la carta, viendo llegar á las doce al nocturno visitante, que siempre adoptaba las mismas precauciones al llegar á la entrada de la estufa. Como es de presumir, á la mañana siguiente de cada una de esas dos noches, recogía Cendrin el ramillete y la consabida carta, y en vez de arrojar los primeros al estiércol, como ya hizo una vez, los ocultó entre el macizo de árboles, temeroso de que alguien pudiera descubrir las flores entre el montón de basura y de inmundicias procedente de las cuadras. En lo que á las cartas respecta, las guardó cuidadosamente por si algún día podían dar testimonio de la conducta de aquel que las había escrito.

Nada había dicho á Luisa de cuanto acontecía, y de ese modo, aquella pobre mujer, llena de temores y sobresaltos durante el día, podría hallar algún descanso en el sueño reparador de la noche. En cuanto á Cendrin, estaba dispuesto á todo, y si hubiera visto hacer la menor tentativa para entrar en la casa al hombre á quien tan activamente vi-

contemplar la inmaculada pureza que se retrataba en el bello semblante de Cecilia y al compararla después con la repugnante corrupción de Condottier.

Concluido que hubo el almuerzo, salió al jardín en compañía de Luisa, y una vez completamente solos la dijo:

—No quiero que ignore usted el paso que voy á dar, por más que al decirselo contribuya á aumentar la intranquilidad de su espíritu, pero es en extremo urgente que vaya hoy mismo á Montivilliers.

Luisa nada contestó, pero su rostro se cubrió de mortal palidez.

—Sí, es completamente necesario; han llegado las cosas al estado verdaderamente agudo, y si nos apresuramos pueden sobrevenir amenazadoras complicaciones.

Los ojos de Luisa parecieron interrogar al profesor; éste añadió:

—He querido que durmiera usted tranquila, pero yo velaba entretanto... y debo decirle que hace ya cuatro noches, vaga ese hombre al pie de las ventanas del castillo...

No había querido decir al pie de las ventanas de Cecilia, pero Luisa lo comprendió perfectamente, apoderándose de ella un temblor casi convulsivo.

—Pienso, pues, que es llegado el momento de hacer ver á ese desdichado los peligros que hace correr á los demás y aun los que él mismo corre y aducirle además razones, iluminarle, en fin, hasta obtener que se aleje de estos sitios... De otro modo...

—¿De otro modo, qué?—interrogó Luisa.

—Será preciso decidirse á prevenir á David... No tendremos derecho á sustraer por más tiempo á su jurisdicción un criminal de esa especie.

Luisa cambió con Cendrin una mirada llena de desesperación. Conociendo, como conocía á Daniel, consideraba muy peligroso el paso que se intentaba dar, pues el lastimado orgullo de éste podría conducirle á peligrosos extremos. Prudente ante sí mismo, sería temerario ante importunos testigos. Y á pesar de todo esto, comprendía Luisa demasiado que no era admisible el permitirle la continuación de tan locas manifestaciones. Por fin se aventuró á decir:

—¿Si alguien debe de ir en su busca, no cree usted que sea yo quien deba hacerlo?

—¿Y si la vieses al entrar ó al salir de aquella casa?

—Es verdad; todo el mundo me conoce en Montivilliers.

—En tanto que á mí nadie me conoce. Llego á casa del marqués, le hablo y nadie hallará en eso nada de particular... En tanto que usted...

—Si, si; pero háblele usted con dulzura y sin irritarle; por ese camino nada adelantáramos y lo que nosotros necesitamos es obtener...

—No tenga usted cuidado; seré humilde y hasta estoy dispuesto á ofrecerle todos los honores de la guerra, y espero que entonces él se mostrará grande y magnánimo... Sólo le pedimos que nos deje en paz... Nada, nada; permanezca usted tranquila; yo sé lo que tengo que decirle, y desde esta mañana no pienso en otra cosa.

—Pues bien—dijo resueltamente Luisa, después de un momento de vacilación—haga usted en seguida lo que se propone; es necesario salir de una vez de tan horrible tormento.

Salieron al parque, llegaron á las praderas y desde allí, dijo Luisa á Cendrin mostrándole el puentecillo del río y más lejos la arboleda de Montivilliers:

—Siga usted la carretera de Beauvais hasta la aldea que hallará usted á su frente, y una vez allí vuelva usted á la izquierda y tome un camino que conduce á una valla de madera que corta una avenida plantada de álamos. Al final de esa avenida se halla el castillo, al cual llegará usted en veinte minutos.

¡Qué Dios tenga piedad de mí!

Separóse Cendrin á buen paso de Luisa y todavía pudo contemplarla desde la carretera de Beauvais de pie y en el mismo sitio que antes la dejara, como si sintiera haberle dejado partir. Hizo el trayecto en la forma anteriormente indicada y llegó hasta una verja de hermosa apariencia, tras la cual se apercibía el castillo de Montivilliers, especie de inmenso cuartel construido de piedra y ladrillo, sin estilo alguno arquitectónico, de triste apariencia y flanqueado por importantes construcciones dedicadas á servicio y dependencias.

Hallábase abierto un postigo en el muro contiguo á la verja y por él penetró el profesor en el patio, donde fué recibido por un perro mitad blanco, mitad canelo, que se hallaba tendido al sol, y que empezó á ladrar con furia, aunque sin levanta-

tarse del sitio en que se hallaba. Cendrin le dirigió algunas cariñosas palabras y el pobre é inteligente animal comenzó á mover la cola, cual si se tratara de la recepción de un amigo. Los ladridos habían atraído á un criado, al que encontró precisamente Cendrin á la entrada del vestibulo.

—Desearía hablar—dijo—al señor marqués de Condottier.

—No sé si el señor marqués está en casa.

—Véalo usted... En todo caso he aquí mi tarjeta.

El criado introdujo á Cendrin en un pequeño salón, saliendo después en busca de su amo. Parecióle á Cendrin que la estancia en que se hallaba tenía ese melancólico aspecto que presentan siempre las casas deshabitadas.

El mobiliario estaba simétricamente arreglado, los cortinajes corridos del todo, y sobre la mesa no se veía ni un solo libro. Todo, en fin, era allí frío y triste y se conocía que desde la muerte del padre de Daniel nadie había penetrado en aquella pieza. Sin duda alguna, el marqués ocupaba en el primer piso sus habitaciones particulares. Ante el aspecto de aquella morada sombría, se explicó Cendrin la activa vida al aire libre de Condottier y comprendió que el fastidio le había arrojado de allí, como comprendía también que la vagancia habría de conducirle al mal. ¿Qué hacer si no en aquel vasto y lúgubre castillo? Para matar el tiempo precisaba recorrer los alrededores, urdir una intriga cualquiera y sacrificar, para distraerse, la tranquilidad de toda una familia. Aquí llegaba Cendrin de su indignación, cuando un ruido de pasos le hizo vol-

ver á su moderación y prudencia acostumbradas.

Abrióse una puerta, y el marqués, en traje de montar, penetró en el aposento, teniendo todavía en su mano la tarjeta del miembro del Instituto. Fijó en el profesor una penetrante y clara mirada, y después de inclinarse ceremoniosamente ofreció un sillón á Cendrin, sentóse él en otro y dijo con dulce y simpática voz:

—¿A qué debo, caballero, el honor de su visita?

—Temo incomodar á usted—contestó Cendrin. Veo que iba usted á salir...

El joven arrojó una negligente mirada sobre su traje y dijo sonriendo:

—No se preocupe usted por eso; siempre estoy dispuesto á salir, pues vivo muy poco en mi casa, pero aunque así no fuera, sacrificaría con gusto mi paseo.

Cendrin frunció el ceño: el marqués era demasiado amable y creyó necesario cortar por lo sano; así es que mirando cara á cara á su interlocutor le preguntó:

—¿Aunque ese paseo debiera conducir á usted cerca de Saint-Sauveur?

Las mejillas del marqués se colorearon ligeramente é hizo un leve movimiento de sorpresa, pero recobró en seguida su impassibilidad y dijo con más resuelto acento:

—A Saint-Sauveur ó á cualquiera otra parte; lo mismo da.

—Ruego á usted me dispense—dijo Cendrin—pero no nos dá lo mismo, ni á mi, ni á las personas objeto de mi visita.

Reinó un momento de silencio, precursor del grave asunto que habia de tratarse. Los labios de Daniel se contrajeron y Cendrin bajó la cabeza y arqueó su cuerpo como preparándose al ataque y á la defensa.

—Ignoro el alcance de lo que parece trata usted de decirme—dijo el marqués—y le agradecería mucho se sirviera precisar...

—Nada más fácil, dijo Cendrin. Desde hace algún tiempo, señor marqués, un hombre penetra todas las noches en el parque de Saint-Sauveur; ya se sabe allí, y he creído, por lo tanto, prudente el prevenirle...

Condottier hizo una ligera mueca de indiferencia y replicó:

—¿Y puede saberse en qué puede interesarme todo eso?

—No tengo duda, señor marqués, de que conoce usted á la persona de que se trata, y he concebido la esperanza de que usted mismo se dignará advertirle de los peligros que puede correr, si continúa sus solitarios paseos por aquellos sitios y á tan intempestiva hora.

—¿Tiene usted la bondad de decirme qué peligros son esos?

—Señor marqués, no creo ignore usted que está completamente prohibido el entrar en una propiedad cerrada, sobre todo, durante la noche; y quién sabe si un guarda ó criado cualquiera, al enterarse del caso y dejándose llevar quizás de un excesivo celo, no disparaba su escopeta sobre el atrevido paseante... Dejo á su buen juicio el

considerar el escándalo que acto semejante produciría.

—Caballero, si como creo, traduzco bien su pensamiento á través de las nebulosidades que le envuelven, se trata en el caso actual de una declaración de guerra, pues acaba usted mismo de confesar, que de continuar los paseos nocturnos á Saint-Sauveur iba en ello la vida... ¿No es así? Y como el profesor no contestase, añadió:

—¿Qué pensaría usted del hombre al cual se le dirigen esas amenazas, si tuviera el necesario carácter de ceder ante ellas?

—Pensaría que es un hombre muy razonable y le felicitaría muy de veras.

—Es posible, pero también no lo es menos, que quizás pensase usted que ese hombre cedía por miedo de hallarse ante el cañón de una escopeta... Así, pues, sus cálculos, señor mío, no pueden dar el menor fruto, desde el momento en que arrancan de un falso punto de partida... Para obtener lo que se propone, hubiera sido preciso abstenerse de hacer todo género de personal manifestación y enviar, por el contrario, lisa y llanamente un secreto aviso, para que la persona interesada se hubiera retirado del mismo misterioso modo que se había presentado.

—Pero, vamos á ver, señor marqués ¿Á qué conducen esos alardes de ofendida dignidad ante un hombre que como yo, no ve más allá de sus experimentos científicos y que no pertenece de hecho á esa sociedad que todo lo sacrifica á un mal entendido amor propio?... Trátame usted, pues, ni

más ni menos que como mis creencias se merecen... Por otra parte, ¿qué es lo que un sabio significa?... Se le escucha, se aprovechan las gentes de sus explicaciones y experimentos y... eso es todo... Con que, yo no pido á usted más que un poco de bondad y de conciencia... Se trata de una joven, de una niña... ¿Cree usted que sea obra meritoria el turbar la paz de su alma enviándola cada día cartas y ramilletes?... ¿Cree usted, por fin, que eso sea moral ni conveniente?... ¿Si alguien pretendiera hacer semejante afrenta á una hermana de usted, qué conducta seguiría en ese caso?

Condottier respondió con voz breve y sin conmoverse en lo más mínimo:

—Estoy solo en el mundo y no tengo que mirar por nadie; excepción hecha, como es natural, de mi propia persona.

Al propio tiempo pensaba Daniel en que Cecilia había recibido sus cartas y que quizás habría sido sorprendida y sermoneada por la familia, y al persuadirse de que la joven no ignoraba ya ser el objeto de sus profundas preocupaciones, decidió hacerse fuerte ante los razonamientos y súplicas de Cendrin. Este prosiguió, poseído de la mayor animación:

—Dicha familia se halla sumida en la mayor tristeza, pues había sido antes víctima de una irreparable desdicha; sería por lo tanto digno y generoso no aumentar sus penas... Además, señor marqués, no debe de jugarse nunca con el honor y la tranquilidad de nadie... Esté usted persuadido que más tarde ó más temprano llega siempre una pro-

videncial revancha... La juventud, que es de suyo irreflexiva y ardiente, no tiene la exacta noción de lo justo, y no piensa jamás en si una cosa le es ó no permitida, pero cuando se llega á la edad de la razón y se juzga la propia conducta volviendo los ojos al pasado, entonces es cuando atarazan los remordimientos y aparecen en toda su impureza las faltas cometidas. Vivir rodeados del respeto de las gentes nos permite envejecer enorgullecidos con nuestra propia estimación, muriendo tranquilos y satisfechos, al pensar que durante nuestra vida nos hemos consagrado por completo al bien... Señor marqués, esa niña inocente, objeto del actual disgusto, se halla á punto de contraer matrimonio con un hombre al cual ama, y sería, á mi modo de ver, hacerla un buen regalo de boda, proporcionándole la necesaria seguridad.

A estas palabras, levantó Condottier la cabeza, momentos antes inclinada por el fastidio y dijo:

—¡Cómo! ¿Está prometida?... ¿Y á quién?

—Al director de la fábrica de su padre.

—¡Ah! exclamó el marqués con acento de irónica piedad, se la entregan á ese pelafustán... ¡Vaya; segunda edición del matrimonio de la madre!... ¡Cómo ha salido tan bien la primera!

Parecióle á Cendrin tan brutal la anterior reflexión y de tal suerte le chocó, que perdiendo la paciencia de que hasta entonces habia hecho uso, dijo mirando cara á cara al joven:

—Esté usted seguro, señor mío, que estará mucho mejor guardada la hija que la madre.

—Pues entonces, respondió friamente Con-

ttier, debe usted de estar tranquilo y alejar de sí esa agitación de que da muestras. ¿Qué objeto puede tener?

—El de impedir una desgracia, señor mío. De todos modos, confesará usted que el corredor de aventuras de que se trata, no habrá sido cogido á la imprevista, desde el momento en que claramente se le ha explicado á lo que se expone. Ahora, puede si quiere, no prescindir de su capricho: ya sabe que en ello le va la vida.

—Caballero, replicó el marqués, hay muchos hombres para los cuales nada significa la vida, y lo es todo, la satisfacción de un capricho. ¿Qué es la vida sin fantásticos placeres, y sin emociones por lo tanto? ¿Qué diferencia puede existir si no entre nosotros y un caballo ó un buey de carreta cualquiera, si tenemos que obedecer al freno, ó soportar el yugo de la costumbre? Me hablaba usted hace un momento del mundo y sus conveniencias y le he escuchado, si no con interés, por lo menos con deferencia... Pero, tendrá usted que perdonarme si le digo que no ha sido poca mi sorpresa al oír todos esos lugares comunes en labios de un hombre que tanto vale y que es un perspicaz analítico. Ya ve usted que le conozco, mal que le pese á su excesiva modestia, y por eso me extraña tanto más que no haya comprendido desde el primer instante, que no me afecta nada de todo aquello que sea de uso corriente, y que me entusiasma, por el contrario, ante la idea de un hecho inesperado, de una sensación extraña ó de un acto cualquiera completamente inédito. Crea usted, señor Cendrin,

que lo siento en extremo, pero, me ha hablado usted en un lenguaje contrario en un todo á mi modo de pensar y de sentir. Sin embargo, no creo que haya sido por no comprenderme, pues si usted hubiera querido, me habria hablado en la forma adecuada á ese mismo modo de pensar y de sentir de que dejo hecha mención...

Habíase animado poco á poco el marqués, llegando á amenizar sus palabras con una nerviosa sonrisa que hacia estremecer sus labios por la mal encubierta ira que le dominaba. Sus azules ojos, tranquilos y dulces en otras ocasiones, presentaban en aquel instante la dureza y la brillantez del acero. Cendrin le contemplaba entre tanto con el corazón oprimido y con apesadumbrado rostro, cual si se hallase ante un espantable fenómeno de corrupción social, ó en presencia del más monstruoso tipo de sensual egoísmo.

—Señor marqués — dijo con dulzura Cendrin — tiene usted razón al decir que le he comprendido; pero creía que usando de un lenguaje, que por desgracia hace tiempo que usted ha olvidado en cierto modo, llegaría á despertar en su espíritu nobles y generosas ideas. Así lo he hecho en descargo de mi conciencia; y ahora que la situación se halla por completo despejada de todo género de equívocos, que usted sabe lo que deseamos y que yo sé también por mi parte lo que usted ambiciona, es llegado el momento de hablar con entera claridad. Piensa usted que se ha creado el universo única y exclusivamente para comodidad de usted, es decir, para que le proporcione criados,

amigos y queridas; que hombres y mujeres no son otra cosa que un rebaño sobre el cual está usted llamado á reinar, haciéndose dueño de unas, engañando á los otros, matando á aquellos que se resisten y hollando por fin bajo sus pies á los que han tenido la debilidad de entregársele. Todo eso, según usted afirma, no es más que un juego para los hombres de refinado gusto; así es, que la sociedad, siguiendo esas doctrinas, sería tan solo una especie de lote que se adjudicarían unos cuantos Tenorios, cometiendo toda suerte de infamias y de excesos, tomándolos á chacota entre sí, si es que no se alababan de ellos en público, y abrigando además la ridícula pretensión de acallar los gritos de sus víctimas, haciéndoles ver que los actos por ellos cometidos redundaban en honor y gloria de los mismos cuya desgracia habian cimentado. Usted, señor marqués, es un distinguido tipo de la especie de hombres que acabo de describir, y contra cuya semblanza no me parece se halla usted dispuesto á protestar, sintiendo, por el contrario, una especie de banal placer ante la brutal pintura que de usted mismo he hecho, ¿no es cierto? Pues bien, si, señor marqués, dentro del orden natural de las cosas, resulta usted un acabado monstruo, un peligro permanente para las gentes honradas é inofensivas y merece usted á todas luces que se le persiga y aniquile.

He aquí el resultado de mi análisis bajo el punto de vista fisiológico.

¿Desea usted ahora conocer el que se relaciona con la vida práctica?

—Tendré en ello sumo placer—respondió Daniel con sereno acento.

—Helo aquí: Va usted á tener la bondad de tomar inmediatamente el tren para regresar á París y dedicarse allí á sus habituales ocupaciones, de otro modo, pondré esta misma noche en conocimiento de Herbelin las excursiones nocturnas que hace usted á la propiedad de que él es dueño. Añadiré además, con objeto de que no ignore usted nada, que una hora después se podrá apostar ciento contra uno á que es usted hombre muerto.

Levantóse Condottier sin contestar á las amenazas del profesor y siempre sonriente saludó con exquisita cortesía á Cendrin, diciendo:

—Caballero, he tenido un verdadero honor en conocerle... Me ha hecho usted pasar una hora agradabilísima, cosa que rara vez sucede cuando se habita en el campo, y le ruego crea que aprecio en todo su valor, cuanto me ha dicho de justo y razonable... Otro en mi lugar, aprovecharía quizás sus buenos consejos y le estaría agradecido eternamente, pero yo... ¡Qué quiere usted!... hace ya largo tiempo que estoy reñido con la razón y con la prudencia...

No pudo contener Cendrin un movimiento de interés, al advertir que en Condottier, no se hallaba exento el vicio de cierta nobleza:

—Señor marqués, dijo, permitame que repita lo que dije al comenzar nuestra entrevista: no ponga usted en juego el amor propio para deslumbrar con él á un viejo soñador como yo... Está usted seguro que le estaré mucho más agradecido

por un acto de prudencia que por un raptó cualquiera de locura... ¡Vamos! déjese usted ablandar por los ruegos de un hombre que es casi un anciano; pues al hablarle como lo estoy haciendo, mis palabras se hallan inspiradas en la más pura sinceridad... Créame usted; hay una Providencia y no siempre el malvado es el más fuerte... Llega por fin una hora en que la justicia inmanente se manifiesta y castiga.

—Sí, dijo sonriendo Condottier, tenemos la alegoría de Don Juan...

—¿De modo, que es usted incorregible? exclamó Cendrin montando en cólera.

—Mucho lo temo, respondió con desdeñoso tono Condottier.

El sabio le miró con tristeza y dijo:

—Le compadezco á usted.

Y dirigióse á la puerta sin añadir una palabra. El marqués le acompañó ceremoniosamente hasta la escalinata y bajó con él hasta el patio. Cuando llegaron á la verja principal, el perro se acercó al doctor frotando cariñosamente su cabeza entre las manos de Cendrin.

—Positivamente, dijo Daniel con encantadora amabilidad, es usted á buen seguro una excelente persona, pues siendo como lo es, infalible el instinto de los animales, se ha conquistado usted á primera vista las simpatías de mi perro.

—¡Lástima grande que no haya podido conquistar al dueño! contestó Cendrin bajando la cabeza.

—¡Ah! contestó el joven, cediendo á secreto y

súbito impulso, es que quizás no vale el amo tanto como el perro.

—Vamos, hijo mío, exclamó con calor Cendrin sintiendo renacer en su pecho la esperanza, deje usted hablar al corazón...

Pero Condottier había recobrado ya su anterior impasibilidad, é inclinándose ante el sabio profesor le dijo:

—Hasta la vista, señor Cendrin.

Este último volvió al castillo, con la cabeza y las piernas pesadas, como si hubiese salido de aquella entrevista después de haber reñido descomunal batalla, y halló á Luisa que le aguardaba en el salón, presa de febril impaciencia. Podían hablar con entera libertad, pues Pérignon y su sobrino habían salido á dar un paseo á caballo, y David se encontraba en la fábrica. Sentóse Cendrin en un sillón, permaneciendo largo tiempo silencioso, y Luisa, á pesar de respetar su mutismo, hallábase no obstante asustada y embargada por los más tristes presentimientos al contemplar la grave fisonomía de Cendrin. Al fin volvióse éste hacia ella y dijo con aire abatido:

—He visto á ese hombre y creo que nada bueno podemos esperar de él.

—¡Ah! exclamó Luisa con el corazón oprimido.

—Le he dicho todo cuanto he creído que podría llegar á conmoverle, pero ha permanecido casi insensible á mis razonamientos... Hubo un momento sin embargo en que le creí á punto de ceder... Por eso no desespero del todo... Una vez solo, habrá

reflexionado y lo que no ha querido concederme á mi, quizás se lo conceda á sí propio.

Levantóse Luisa en aquel momento, y con chispeante mirada interrumpió á Cendrin diciendo:

—¡Cómol! ¡Todavía busca usted excusas á su conducta! ¡No, no tiene ningunal! ¿Qué quiere decir esa singular indulgencia que ahora descubro en usted para con ese hombre?... ¿Trata usted de no aumentar mis penas, no es cierto? Pues bien, es inútil; diga usted con entera franqueza lo que ha acontecido, y si como creo, persiste Condottier en su criminal empeño será un miserable que legitime todos cuantos medios de defensa puedan tomarse contra él.

—No, no es un miserable, replicó dulcemente Cendrin, es un pobre muchacho que desconoce por completo la moral, y que no es del todo responsable de sus infamias. Es uno de tantos productos de nuestra carcomida sociedad, que ha estado educado en un medio ambiente pestífero y entre gente viciosa y sin escrúpulos. ¿Dónde quiere usted pues que haya aprendido lo que es delicadeza ni generosidad? No le entretiene otra cosa sino sus goces y diversiones; lo demás no existe para él. Pero así y todo, todavía podría ser peor de lo que es, pues en aquel corazón gangrenado, subsiste todavía el sentimiento del honor.

—¡El honor! prorrumpió violentamente Luisa. ¡El honor!... ¿Pero Dios mío, se ha vuelto usted loco?

—No; sé bien lo que digo. Subsiste todavía en él una especie de honor, que le prohíbe cometer

ciertas cobardes ó bajas acciones, como las de huir un peligro, elaborar una mentira ó faltar á su palabra... Es una rara mezcla de infamia y de grandeza, y tiene la temible audacia, al propio tiempo que la probidad de un jefe de bandidos; así es, que me ha inspirado horror y piedad al propio tiempo... ¡Ay! amiga mía, en la época actual, hay muchos hombres cortados por esa misma tijera: sin el menor escrúpulo y sin temor alguno á los prejuicios del mundo, siempre se hallan dispuestos á todo con tal de obtener cuanto desean... El hombre del cual tratamos en este momento, es quizás más seductor que los demás de su especie...

—¡Y por eso mismo es más peligrosol exclamó Luisa.

—En resumen, ¿podremos temer que vuelva?

—Creo que podemos temerlo.

—Está bien.

No hablaron una palabra más y ambos permanecieron sumergidos en sus dolorosas meditaciones. Las sombras de la noche que se iban extendiendo poco á poco, vinieron á sacarles de aquella especie de somnolencia moral. Los criados entraron luces en el salón y Luisa se levantó de su sitio, dió algunos pasos como para salir del entorpecimiento físico en que se hallaba y dijo deteniéndose ante Cendrin:

—Desde este momento, nadie más que yo debe de tomar parte en este asunto, ni adoptar las resoluciones que sean necesarias. Mil gracias por la ayuda que me ha prestado; usted mismo será testigo, si la ocasión se presenta de los esfuerzos que

he hecho para evitar irremediables desdichas.

—¿Nada puedo hacer ya por usted?

—Nada. Enciérrese usted en sus habitaciones y déjeme al cuidado de todo.

—¿Dirá usted algo á David?

—En último extremo.

La llegada de Cecilia acompañada de la señorita Pellegrin, puso término á su conversaci6n y Cendrin subió á su cuarto mucho más agitado que lo que su proverbial filosofía debiera permitirlo. Durante la comida no se produjo incidente alguno digno de particular mención, como tampoco durante la velada y á las diez entró David en su gabinete, Luisa subió á su cuarto con Cecilia, y Cendrin se hizo acompañar á sus habitaciones por Raoul y Pérignon. Una vez allí, corrió las cortinas, tapando de ese modo por completo las ventanas y manifestó á sus amigos el deseo de que le acompañaran.

—He hecho subir un baraja, y podéis fumar además al calor de la lumbre de la chimenea: acompañadme hasta las doce...

—¿Qué diablos te ha dado? preguntó el coronel.

—Ya os lo diré, si es preciso, dentro de dos horas... Por el momento haced lo que os pido.

—Es muy fácil.

Instaláronse pues cerca de la mesa y comenzaron á jugar sin gran entusiasmo. Adivinaban Raoul y su tío que acontecía algo de anormal en aquella casa, y en vano buscaban en su mente la causa que para ello pudiera existir. A eso de las once y media, oyeron los pasos de David que subía á acostarse. Cendrin dijo entonces:

—Herbelin sube ya á acostarse: tanto mejor.

—¿Por qué? preguntó el coronel.

—Es probable que lo sepas dentro de unos instantes.

A las doce en punto levantóse el sabio de su asiento y dejando solos á sus dos amigos, penetró en el cuarto de dormir. La luna alumbraba en aquel momento el paisaje con su plateado fulgor, y Cendrin vió claramente á Condottier, que como las noches anteriores se hallaba cerca de la estufa. Hubiérase dicho que alentado por el deseo de desafiar las amenazas que se le habían hecho, había adelantado el joven la hora de su nocturna ronda.

El profesor dejó escapar un suspiro y aguardó unos instantes para dar lugar á que aquel loco se ausentase, pero viendo que éste continuaba inmóvil, abrió la puerta del salón llamando á sus dos amigos y haciéndoles después señas con la mano para que mirasen en dirección á la estufa.

—¿Quién es ese hombre? exclamó Pérignon.

—Silencio, dijo Cendrin.

En aquel mismo instante, Raoul que se había aproximado á su vez, dijo:

—No, no me equivoco, es Condottier...

—¿El marqués! rugió Pérignon.

—Baja la voz, replicó el profesor... vas á despertar á todo el mundo... Sí, es el marqués de Condottier...

Tío y sobrino se miraron en silencio. No se aguardaban ciertamente tal sorpresa.

—¿Pero qué demonios espera ahí? preguntó el coronel, ¿Tratará de volver otra vez con...?

—No, respondió Cendrin, no viene á rondar bajo las ventanas de la madre; ahora persigue á la hija.

—¿A Cecilia! exclamó indignado Raoul.

El coronel soltó un redondo taco y dijo haciendo un gesto amenazador.

—¿Ahl Bandido... ¡Es preciso matarle como á un perro rabioso!

—No debemos hacerlo nosotros...

—¿Nada le has dicho á Herbelin?

—Ten un poco de paciencia. Si he querido teneros esta noche á mi lado, es porque quizás tenga nuestro amigo necesidad de nosotros esta noche...

—Bien.

El coronel tomó asiento en un sillón y todos aguardaron en silencio.

Hacia ya cerca de media hora que David había entrado en su cuarto y hallábase sentado cerca de su lecho leyendo un periódico con objeto de retrasar la hora de acostarse, pues desde hacia algunos meses veía con frecuencia interrumpido su sueño por crueles insomnios, cuando llamó su atención el leve girar de una puerta. En el mismo instante, oyó llamar á la suya al propio tiempo que la voz apagada de su mujer, que decía:

—David, soy yo.

Abrió Herbelin y la figura de Luisa se dibujó entre las sombras del pasillo. Estaba sumamente pálida y casi falta de aliento á pesar de no haber tenido que dar más que unos pasos desde su estancia á la de su marido; en sus ojos se podía leer la angustia que su pecho experimentaba, y sus ma-

nos se agitaban á impulsos de un temblor convulsivo. Vióla David adelantarse hacia él, y preguntóse lleno de natural inquietud cuál podía ser el motivo que conducía allí y á aquella hora, á la mujer de la cual vivía por completo separado.

—¿Qué sucede? preguntó. ¿Acaso mi hija?...

Luisa volvió la cabeza y dijo con acento de profunda pena, articulando cada una de sus palabras.

—David... un hombre... allí...

Y señalaba con su mano la ventana.

—¡Un hombre!... repitió David... ¿Y quien es ese hombre?

Luisa le dirigió una mirada llena de indecible angustia, y balbuceó, entre desgarradores sollozos:

—Ese hombre... es el mismo que...

No pudo terminar tan terrible confesión. Sus piernas se doblaron bajo el peso de su cuerpo y cayendo de rodillas sobre el sillón y apoyando en el respaldo de éste su cabeza, prorrumpió en amarguísimo llanto. Parecióle á David que su corazón se transformaba de repente en duro hielo: quiso hablar y su ahogada voz sólo produjo un ronco sonido en su garganta, permaneciendo después inmóvil ante aquella aterrorizada mujer cuyo desesperado aspecto le emocionaba en alto grado sin llegar á comprender la causa. Hizo por fin un poderoso esfuerzo de voluntad y pudo pronunciar las siguientes palabras:

—¿Es el mismo cuyo nombre traté un día de averiguar?

—Sí.

—¿Y ha vuelto?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Una semana...

—Viene por usted, dijo Herbelin con amargura.

Luisa movió la cabeza, y á impulsos de aquel movimiento las lágrimas rociaron sus mejillas cual menuda lluvia de brillantes. Hirguióse de nuevo y fijando su mirada en David contestó con firme entonación:

—¡Nol

Los ojos de David se abrieron desmesuradamente, adelantóse hacia Luisa y repitió con voz terrible:

—¿No?

Y como Luisa callara cada vez más horrorizada por lo terrible de la situación, interrogóla de nuevo:

—¿Pues entonces, por quién viene?

—Por nuestra hija, contestó Luisa con intrepidez, prescindiendo ya de todo género de vacilaciones.

Fué tan salvaje el grito de horror que brotó de los labios de aquel hombre y tal el furioso aspecto de su fisonomía, que Luisa sintió conmoverse todo su ser. Lo mismo que se apercibe la luz de un relámpago en medio de desencadenada tempestad, así vió Luisa en aquel momento la diferencia que existía entre el amor de esposo y la ternura paternal. David se lanzó hacia ella, la asió de un brazo con extraordinaria fuerza y llevándola casi hasta el centro de la estancia, exclamó:

—¿Quién es? ¿Cómo se llama el infame?

—¡El marqués de Condottier!

—¡Miserable! ¿Y ha sido usted quien le ha atraído hasta aquí, y á usted á quien debo este nuevo y terrible dolor?

—¡Yo! exclamó Luisa indignada ante aquel ultraje. Hace ya una semana que no abandonó un instante á Cecilia, y cuatro noches que velo á la puerta de su cuarto...

—¿Supone algo ella de tan abominable intriga?

—No, nada.

—¿Y no conoce á ese... bandido?

—Ha hablado con él una sola vez.

—¿Dónde?

—En el parque...

—¡Ahl... ¡se había atrevido!... ¡Después de la madre!...

Luisa apoyó la frente entre sus manos, y anquilada por tanta desesperación y tanta vergüenza arrojó un prolongado y sordo sollozo.

—¿Y quién prueba, prosiguió David, que no haya adivinado mi hija todos esos horrores?

—Yo, que vivo aún. Sinó me hubiese convertido en fiel guardián de mi hija, puede usted estar cierto, que no me hubiera atrevido á presentarme á usted.

Ante este grito, salido verdaderamente del fondo del alma, se reflejó en el rostro de David una fugitiva satisfacción. Miró á Luisa con menos severidad y dijo:

—Está bien; la creo. Ha sido usted madre vigilante y ya es algo. Después de todo, hubiera usted podido prevenir á ese hombre en vez de ponerle entre mis manos, y esto me dá la suficiente seguridad en usted...

—¡Ahl ¡Dios miol exclamó Luisa, he hecho cuanto posible ha sido por alejarle, y el mismo Cendrin ha ido hoy mismo á visitarle con ese objeto... Pero, ya ve usted que todo ha sido en vano.

—¡No hay por lo tanto que vacilar! dijo David, él lo ha querido...

Luisa hizo entonces un ademán de espanto y preguntó:

—¿Qué si voy á matarle!... ¡Si, le mataré, exclamó David con acento de reconcentrada ira. Pero eso, es poco todavía; quisiera arrancarle el corazón en cambio de todo el mal que me ha hechol

Abrió la puerta y dirigiéndose hacia el pasillo, arrojó por la ventana una rápida mirada y murmuró:

—¡Todavía esta ahil

Después, preguntó volviéndose hacia Luisa:

—¿Qué camino acostumbra á traer?

—Por las praderas y el puentecillo del Lirón...

David inclinó la cabeza y anduvo con precavido paso hasta la puerta del aposento de su hija.

—Ahora no se mueva usted de aquí, dijo á Luisa. El resto me concierne.

Dirigióse en seguida al cuarto de Cendrin y al verle tan pálido, se inmutaron los tres amigos. Trató Pérignon de dar un paso hacia él, pero David le contuvo con un ademán, diciendo al propio tiempo con imperativo tono:

—No perdamos el tiempo en inútiles palabras: mi mujer acaba de ponerme al corriente de todo... Vais á bajar los tres, obligando con vuestra presencia á que se aleje ese hombre y cuando vuelva

á tomar el camino del parque, seguidle á cierta distancia sin perderle de vista...

—¿Pero, y tú? preguntó Pérignon.

—Yo, voy á adelantarme con objeto de cortarle el paso. No quiero que se me vaya de entre las manos.

Ninguno de los tres amigos puso la menor objeción; sabían que aquel amantísimo padre obraba así, en virtud de un sagrado derecho, y que, por muy terrible que fuese el acto que meditaba impulsábale á ello la más legítima de las defensas. Al salir y al lado de la puerta del cuarto de Cecilia, vieron á Luisa, que blanca é inmóvil, velaba en pie cual invencible guarda, el sueño y la inocencia de su hija. Dirigióse hacia ella Herbelin, la dijo algunas palabras, sin duda para hacerla una última recomendación y desapareció. Los tres amigos bajaron por la escalerilla de servicio y sin pronunciar una palabra emprendieron su marcha á través del parque, divisando al poco tiempo una forma vaga que se alejaba, no con precipitados pasos, sino pausadamente, por el contrario, y como desafiando á sus perseguidores.

Comenzó, pues, la batida de aquella presa humana que ya de antemano sabían habría de verse detenida en su camino, al propio tiempo que el pensamiento de los tres personajes se hallaba preocupado con los peligros que pudiera correr David. ¿Cómo va á atacar á su enemigo? se decían, ¿Qué lazo le habrá tendido? Y no obstante el ignorar, como era lógico, el desenlace que se preparaba, no dudaban, sin embargo, de que acabaría de

un modo fatal y trágico. Siguiéron los estanques, y en aquella espaciosa planicie alumbrada por el resplandor de la luna vieron al que perseguían continuar con tranquilo paso su camino como para probarles que no tenía miedo de ellos. Aquella seguridad, aquella temeraria decisión, les impresionaba por igual, haciéndoles presumir una furiosa resistencia. Al comparar á ambos adversarios, inhábil para los ejercicios corporales y ya de alguna edad el uno, y el otro joven y temible tirador á las armas, no podían menos de temblar por la suerte de su amigo.

Desembocaron por fin en las praderas y llegaron á unos veinte metros del río: desde allí pudieron contemplar el puentecillo, y un poco más allá, el molino cuya rueda tornaba sin cesar en la balsa produciendo un sordo y acompasado ruido. Un hombre, en cuya silueta reconocieron á David, se mantenía inmóvil á la entrada del puente. También le vió aquel á quien perseguían, y sin la menor vacilación ni alterar tampoco el paso, dirigióse resueltamente hacia él. Cuando no mediaron más que algunos metros de distancia entre ambos, dijo David levantando el brazo y con clara y potente voz:

—¡Alto ahí!

—¿Quién es usted? preguntó Condottier con impaciente acento.

—Soy un hombre á quien usted ha ultrajado, replicó David.

—Jamás he rechazado á nadie la reparación de una ofensa: pídamela usted por medio de padrinos

y se la otorgaré, pero no se ponga en medio de mi camino.

—¡Usted es quien se ha puesto en medio de este mismo camino que á nadie más que á mi pertenezca... Y ha venido usted... como un ladrón, que quiere aprovecharse de la obscuridad de la noche, dijo David con acento tal que hizo temblar á Condottier no obstante su bravura. Ahora, vea usted como sale de él...

—¿Trata usted de asesinarme? preguntó insolentemente el marqués.

—Si así fuese, no hubiera conducido aquí á esos señores, dijo Herbelin mostrando á sus amigos que se habían detenido á cierta distancia.

Daniel saludó á Cendrin y á los dos Pérignon y dijo sonriendo:

—¡Vamos se trata tan solo de un duelo!... precisamente tengo en mi bolsillo un magnífico revólver.

—Y yo, no tengo arma ninguna, dijo tranquilamente David.

—Pues entonces, no comprendo...

—Va usted á comprender en seguida. Para volver á su casa, tiene usted necesariamente que pasar por este puente, en el que no hay sitio más que para una sola persona. Debajo de él, veinte pies de agua y la rueda del molino... Después de comprometer el honor de seres, que me son tan caros, creo que tengo derecho á desembarazarme de usted como mejor se me antoje... y sin causar el menor escándalo. No puede por lo tanto haber duelo entre nosotros, y como á entrambos nos anima el más

mortal de los odios, y que usted quiere pasar y yo no se lo permito, de aquí que siendo igual el peligro para uno y otro y nuestras fuerzas iguales también, poco más ó menos, sea asimismo inevitable la muerte para aquel que sucumba... Con que, señor marqués, pruebe usted que no es valiente tan solo cuando tiene la seguridad de herir mortalmente á su adversario... Para volver á su casa, tendrá forzosamente que pasar por encima de mi cuerpo... Vaya, pruebe usted á hacerlo!

—¡Está usted loco! dijo Condottier haciendo un movimiento de hombros.

—¡Y usted es el hombre más cobarde de la tierra! exclamó con furia David.

A estas palabras que fustigaron á Condottier como hubieran podido hacerlo con un látigo, exhaló un grito de rabia y se arrojó con impetu sobre Herbelin; éste que se hallaba á la entrada del puentecillo, arqueó el cuerpo y recibió el choque con firmeza, empujando á su vez al marqués. Aquellos dos hombres enlazaron sus cuerpos con furor y durante algunos momentos, formaban tan confuso grupo, que á los aterrados espectadores de tan horrosa escena no les fué posible distinguir cual de los dos dominaba sobre el otro. Por fin en uno de aquellos continuados choques durante los cuales corrían el inminente peligro de sumergirse en la profunda balsa, cayeron ambos sobre las tablas del puente, luchando siempre, en medio de furiosos rugidos.

Pero en aquel instante, logró David ponerse encima de su adversario apoyando una rodilla sobre su pecho y apretándole fuertemente la garganta.

El rostro de Herbelin, iluminado entonces por la luna expresaba la más feroz alegría.

— ¡Suelte usted!... ¡Me ahogal... dijo con voz estentórea Condottier.

David imprimió por el contrario con mayor fuerza sus dedos en el cuello del marqués y éste, haciendo un supremo y desesperado esfuerzo, logró incorporarse y después de rechazar con violencia á Herbelin púsose lejos del alcance de su brazo á la vez que registraba sus bolsillos del cual sacó un revólver que apuntó hacia el sitio donde su adversario se hallaba.

— ¡Plaza! gritó todavía con voz anhelante. ¡Plaza ó es usted hombre muerto!

— ¡Hiere, miserable, hiere! respondió Herbelin.

Una especie de relámpago cruzó entre el sitio que ambos ocupaban. El joven había en efecto disparado su arma al propio tiempo que se adelantaba hacia Herbelin; éste tuvo que apoyarse en la barandilla para no caer, á tiempo que merced al impulso de avance que el marqués había dado, encontróse éste nuevamente al lado de su adversario. Un segundo más y Condottier hubiera franqueado el puentecillo, pero hirguióse de repente David y cogiendo á su enemigo por la cintura suspendióle con prodigiosa fuerza en el espacio. Su acción fué más rápida que el pensamiento: dejóse oír un ahogado grito y el marqués desapareció entre la espuma de las aguas.

Pérignon se plantó de un salto cerca de Herbelin, le cogió, le llevó hasta la pradera, en tanto que ante sus aterrados ojos, la rueda del molino que

giraba siempre, le mostró por tres veces entre sus paletas el mutilado y ensangrentado cuerpo de Condottier. Después, nada; la fuerza misma de la corriente debió llevarse aquellos tristes restos.

— ¡Pronto! gritó Pérignon á su sobrino, humedece este pañuelo en el agua; David está herido...

Herbelin apoyado en Pérignon parecía respirar trabajosamente.

— ¿Dónde tienes la herida? preguntó el coronel.

— Aquí, dijo David, llevando á la cabeza su mano, que retiró toda ensangrentada.

— Déjame ver, dijo Cendrin, humedeciéndole con suma delicadeza la frente y las sienes... La herida se halla encima de la oreja... ¿Sufres mucho?

— ¡No!... pero creo que voy á perder el sentido.

— Llévémosle...

Y cruzando sus brazos los tres amigos bajo el cuerpo de David le condujeron muy despacio al castillo.

Entre tanto, continuaba mostrando el molino su negra silueta á la luz de la luna, y la rueda, vengadora impasible continuaba siempre girando, haciendo que el agua que se desprendía de su pesada armazón, lavase poco á poco, hasta hacerla desaparecer, la sangre que ella misma había derramado en aquella justa ejecución.

—Haré á usted observar, mi coronel, dijo Laroque en tono de cariñosa protesta, que nada le pregunto y que aceptaré por lo tanto sin discusión sus explicaciones... si es que algo se digna decirme. Pertenezco en cuerpo y alma al señor Herbelin, y estoy convencido de que todo cuanto haga ó pueda hacer es tan recto como justo... Así pues, no tiene usted que darme la menor explicación, y si decirme tan sólo aquello que pueda tranquilizar mi espíritu, á la vez que me indique la conducta que debo de seguir.

—Todo eso está muy bien dicho, joven. Siempre me han gustado los hombres confados; por lo regular, son siempre dignos y bondadosos. ¡Malhaya en los que quieren husmearlo y saberlo todo!... Pero en fin, vamos al caso: Herbelin dejándose llevar de un movimiento imprudente se ha ocasionado una herida en la cabeza.

—¿Está herido?

—Sí; una herida de seis centímetros cuadrados, que sangra en abundancia... por fortuna. El médico de Beauvais que ha estado á visitarle hace poco teme una inflamación del periostio... y mi pobre amigo está en cama con una calentura de caballo. Urge pues, que hallemos un medio que explique fácilmente el mal que padece, porque no podemos en realidad anunciar á todos los obreros de la fábrica, ni mucho menos á las gentes de estos contornos que Herbelin está herido sin explicarles la causa de tal desgracia... Además, no debemos decir la verdad del caso, sin exponernos á graves complicaciones, que es preciso evitar... Es necesario, pero

X

Al día siguiente á las once de la mañana, hallábase Laroque en su despacho cuando Raoul y Pérignon se presentaron en la fábrica: presentaban entrambos una tan extraña fisonomía, que el joven director presintió al verlos la sospecha de algún grave acontecimiento y ya se preparaba á interrogarles cuando el coronel, que no gustaba de preámbulos entró inmediatamente en materia.

—Debe usted extrañarse, mi buen amigo, que su principal no haya venido por aquí esta mañana... pero si no lo ha hecho, es por que le ha ocurrido un desgraciado accidente...

—¿Un accidente? exclamó Laroque.

—Sí, y bastante grave.

—¿Pero dónde y cómo?... ¿Por lo menos su vida no estará en peligro?

—No.

El joven exhaló un suspiro de satisfacción.

—Desearia por mi parte, añadió el coronel, no darle á usted yo mismo detalles minuciosos sobre el asunto, pues á más de ser este de carácter delicado, tendria que contar á usted una historia bastante larga.

necesario de todo punto, que inventemos un pretexto cualquiera...

—¿Diga usted, Laroque, preguntó Raoul, no podría simularse un accidente cualquiera ocurrido en el laboratorio?

—En efecto, sí; y puede hacerse sin que entren muchas personas en el secreto... ¿No podríamos suponer, por ejemplo, la explosión de uno cualquiera de nuestros aparatos en el instante mismo de ir á hacer un experimento?

—Ya lo creo.

—Tan sólo Courdimanche y yo, acompañamos al señor Herbelin en esa clase de trabajos; así pues, ha podido muy bien ocurrir la desgracia, cuando ya todo el mundo había salido de la fábrica... y ni aun el mismo contraamaestre tiene necesidad de enterarse de nada... Necesitaríamos, sin embargo, saber cómo y con qué se ha producido esa herida.

—Supongamos, dijo el coronel, que ha sido la bala de una pistola la que le ha ocasionado una herida de través cerca de la oreja...

—¡Dios mío! interrumpió Laroque, profundamente emocionado: ¡ha podido quedar en el sitio!...

—Es un verdadero milagro que no haya sucedido así, dijo Raoul. Si el tiro le llega á alcanzar un poco más de frente, le hubiera dividido por completo el cráneo...

—Pues bien, mi coronel, dijo Laroque con voz balbuciente, diremos que al estallar el aparato, un trozo de hierro fué á herir la cabeza del señor Herbelin...

—¿Y el aparato destruido en cuestión?

—No nos faltan por desgracia, y en caso preciso podríamos mostrar uno.

—En ese caso todo va bien y nuestra misión ha terminado, cuando principia la de usted... Recorra usted las oficinas y talleres y comunique la noticia de modo que se extienda lo antes posible y vaya usted después á Saint-Sauveur; creo que podrá usted ver á Herbelin y si no, verá de todos modos á su esposa y á Cecilia.

—¡Cómo deben estar las dos!

—Tienen, tienen valor... ¡Ah! á propósito; para Cecilia la desgracia ha ocurrido esta mañana... La pobre niña, nada ha sabido hasta eso de las diez. Tenga usted cuidado de no equivocarse, porque Cecilia vió á su padre en perfecto estado de salud, á la hora en que todos nos íbamos á acostar y... Vamos, que á ella tampoco se le pueden dar demasiadas explicaciones sobre el asunto... Es preciso evitarlo á todo trance...

—Muy bien, mi coronel, cuente usted con mi discreción.

—Hasta luego.

Laroque les acompañó hasta el coche, pero antes de llegar á él, Raoul que se había quedado detrás con el joven director le dijo:

—Por supuesto, no vaya usted á creer en un intento de suicidio: no quiero ni que por un momento suponga usted semejante cosa...

—Así pues, ¿se trata de un duelo?

—De algo parecido.

—¡Ah! si yo conociera al miserable que ha osado!...

Raoul movió la cabeza con aire enigmático y respondió:

—No se preocupe usted de eso... Todo está ya arreglado.

Y subió en el coche con su tío, dejando á Laroque verdaderamente preocupado.

A eso de las doce dirigióse el joven director á Saint-Sauveur, donde fué recibido por Cecilia, en la que advirtió desde luego cierta relativa tranquilidad.

—Papá ha dormido; ya está mejor y todo hace creer que no sobrevendrá ninguna complicación... ¡Pero, Dios mio, qué miedo debe usted de haber pasado! Es preciso que no vuelvan ustedes á hacer esos dichosos experimentos... Es muy bonito el progreso, pero no tanto, que merezca pagarse con la vida...

—¿Podría ver al Sr. Herbelin?

—Voy á preguntárselo á mamá.

No tenía ya ninguna duda Laroque en lo concerniente á Cecilia, que ésta no abrigaba la menor sospecha de lo acontecido, pero ignoraba si sucedía lo propio respecto á Luisa, por más que no le sería difícil adivinarlo cuando se hallase en su presencia.

En esto volvió Cecilia diciendo:

—Papá tendrá mucho gusto en ver á usted, pero no le haga hablar. El médico ha recomendado que no se le fatigue.

—Esté V. tranquila, señorita.

Por vez primera subió Laroque al primer piso del castillo y al llegar á la puerta del cuarto de David, recibióle Luisa, en cuyo hermoso semblan-

te se reflejaba tristísima gravedad. Estrechó fuertemente la mano del joven, cual si desease demostrarle un especial interés ó darle las gracias por su complicidad y le condujo cerca del lecho sobre el cual se hallaba el herido con la cabeza rodeada de vendajes. David hizo un movimiento con la mano como saludando al director y dijo con tranquila voz:

—Vaya, Laroque, esto no va del todo mal... Por esta vez creo que escaparé bien...

—Señor Herbelin, contestó el joven, en adelante le ruego piense un poco más en los que tanto le quieren, y no se exponga...

—Bueno, bien, nada de consejos... Lo que está hecho ya no tiene remedio... Como usted ve, estoy muy bien cuidado... Cendrin me puso un vendaje en los primeros momentos, tan bien y tan consistente, que me ha permitido aguardar sin peligro la llegada del médico... Ahora no hay más que tener paciencia... En cuanto á la fábrica, usted se cuidará de todo, porque yo de nada puedo ocuparme.

—Esté usted seguro, que todo irá según usted desea.

Durante la media hora que Laroque pasó en el castillo de Herbelin, no hizo éste la menor alusión al supuesto accidente que debía encubrir la realidad de las cosas. Diríase que no había acontecido semejante desgracia y que hasta el mismo que había sido víctima de ella la había relegado por completo al olvido. No le acontecía lo propio á Cendrin, el cual comunicaba sus inquietudes á sus

dos amigos, paseándose con éstos por el parque.

—Todo eso está muy bien. Echamos tierra al asunto, le hacemos ver al médico lo blanco negro, extraviamos la opinión de las gentes; pero así y todo, ¿creéis que no se abrirá paso la verdad antes de poco? El río no va á conservar en su seno el cuerpo del Marqués por darnos gusto á nosotros... Vamos á ver, ¿y si llegan á encontrarle?

—Entonces—replicó el coronel con tan estruendosa voz que hizo huir á los pajarillos que se hallaban entre las ramas de los árboles,—entonces, una de dos: ó todo el mundo creerá en un accidente fortuito, ó bien en un asesinato. En uno ú otro caso me parece difícil que nadie piense en nuestro amigo.

—Y si establecen puntos de contacto entre la herida de David y la desaparición de Condottier?... ¿Creéis por acaso, que se ignoren ciertas cosas? Da también la casualidad, se dirá, que aquel mismo día estuvo el profesor Cendrin en Montivilliers hablando cerca de una hora con el pobre y simpático difunto, y como además era la primera vez que se le veía por allí, también se preguntarán la clase de misión que llevaba... ¿y de parte de quién?... Pues no podía ser más que de la de su amigo Herbelin...

—Es evidente que todos esos indicios pueden servir de base á un proceso—dijo Raoul.—Pero entonces intervenimos nosotros, si es preciso, y referimos el suceso tal cual es... Dragan el río, encuentran el revólver al cual falta una cápsula y prueba el Sr. Herbelin de incontestable modo que

se hallaba en absoluto y legítimo derecho de defensa.

—¡Si, y también se averigua el motivo por el cual esos dos hombres se han acometido como fieras!... ¡Qué diablo!, yo no temo que se acuse de asesino á David... Lo que sí temo, y mucho, es el escándalo que ha procurado evitar hasta aquí á todo trance... Ha sido ciertamente necesario que el desdichado marqués le haya exasperado del modo que lo ha hecho para que se haya salido del camino que se había propuesto seguir.

—Lo que más me admira—exclamó Pérignon—es que todavía califiques de desdichado á aquel miserable bandido, que aun ayer mismo trató de asesinar á Herbelin...

—Yo mismo no acierto á comprender esto último—dijo Raoul.—Creía que Condottier era tan valiente como leal, y nunca le hubiera creído capaz de una felonía semejante.

—¡Ayl, amigos míos—dijo Cendrin,—razonáis en este momento bajo el punto de vista social. Escogéis un hombre provisto de todas las virtudes que proporciona la educación y le juzgáis después según un código cuya moral se halla encerrada dentro del más puro convencionalismo... y ese es vuestro error. Si queréis comprender la conducta del marqués, es necesario que lo hagáis fuera de vuestras arbitrarias fórmulas y que la analicéis tan sólo bajo el punto de vista de la ley natural; entonces os daréis cuenta en seguida de cuán explicable es. Dirigíos á un hombre que se halla rodeado de amigos en un salón perfectamente abri-

gado y lleno de luz, y preguntadle si para librarse de un mortal peligro, sería capaz de llegar al asesinato, y os dirá que no, con toda sinceridad. Poned después á ese mismo hombre por la noche, solo, y frente á frente de su enemigo en una vasta pradera y se despojará entonces por completo de todo aparato de civilización, recobrando el primitivo espíritu salvaje de su raza y empuñará un cuchillo hundiéndolo en el corazón de su adversario del mismo modo que pudiera hacerlo el último ladrón en un camino real. Es la ley natural que se sobrepone en aquellas circunstancias al poder de la educación.

—Podrías colocarme diez veces si quisieras en la situación en que aquel pillastre se encontraba y te juro que no habría de faltar á las leyes del honor.

—¡Ayl, ¡pobre amigo mío!... ¡Siempre el mismo argumento de salón!... Estamos tratando del impulso natural...

—¿Y creés tú que yo llegara á deshonrarme?— gritó Pérignon con voz potente.

—No creo nada, maldita testa dura, pero no quisiera de todos modos verte en un trance parecido... Ni yo tampoco, por supuesto.

—¡Ah, ya!

—Todo lo cual, no implica para que Condottier fuese uno de los tipos más depravados que pueda producir la mundanal corrupción... Le juzgué bien durante la entrevista que con él tuve; aquel hombre no tenía ni sombra de sentido moral... Ya le dije yo, que era un espíritu completamente hecho para la destrucción...

—El microbio de la descomposición social, añadió Raoul.

—Si, el terrible microbio, cuyo caldo de cultura se halla en las casas de juego, en las alcobas de depravadas mujeres y en tantos otros sitios de manifiesta prostitución... Y la verdad es, que el de que tratamos era guapo y amable.

—Pero peligroso en extremo.

—Bien nos ha dado que hacer durante su vida.

—Y continúa haciendo lo mismo después de muerto.

El coronel tomó el brazo de Cendrin, y dijo llevándole aparte:

—¿Has sido tú quien ha referido todo á la mujer de nuestro amigo?... ¿Cómo te has arreglado y cómo ha tomado ella la cosa?

—Pues nada. Se lo referí todo sin atenuarlo en nada lo más mínimo, mientras ella me escuchaba con pasmosa serenidad. Cuando hube terminado, observé que sus labios se movían, creyendo yo que sería á impulsos de la emoción, pero no era así: oraba en voz baja, sin duda alguna, por el alma de aquel desdichado, y una vez terminada su oración, se santiguó y dijo con decisión: Vamos á cuidar á mi marido.

—¿Crees que amaba todavía á Condottier?

—Estoy seguro, por el contrario, de que le aborrecía.

—¡Ponga usted en peligro toda una existencia para llegar á eso!

—¡Amigo mío, esa es la moral del caso: si supiéramos cómo concluyen esas cosas, nos cuidaríamos muy bien de no comenzarlas.

En tanto que Cendrin y Pérignon filosofaban de ese modo, Laroque y Cecilia hablaban en el salón en presencia de la señorita Pelegrin, observando la primera que aquel día no se hallaba su novio muy dispuesto para echarla flores; sin embargo de esto, y á pesar de haberle reñido por ello, Cecilia se lo agradecía desde el fondo de su alma, pues aquella tristeza de Laroque era una prueba más del respetuoso y profundo cariño que profesaba á su padre.

Todos se retiraron temprano aquella noche para descansar de las emociones de todo género que habían experimentado la vispera.

Instalóse entre tanto Luisa silenciosamente en la habitación contigua á la en que se hallaba el herido, y como éste la rogase que se entregara al descanso, suplicóle su esposa de tal modo que la permitiese permanecer allí, que no volvió á insistir, dejándola en libertad de obrar como quisiese. A algunos momentos de tranquilidad, sucedíanse otros de extraviada alucinación en el enfermo, de los cuales éste se daba exacta cuenta, por más que no podía alejarlos de sí, llegando á veces hasta el delirio. Luisa, con el corazón oprimido, observaba que era ella la que ocupaba un lugar preferente en aquellos febriles dasvarios, y comprendió entonces hasta qué punto llenaba el pensamiento y las ideas todas de su marido; hacia un año que éste las ocultaba cuidadosamente; pero su decaída voluntad en aquellos momentos, entregábase sin defensa á las libres manifestaciones del espíritu.

A eso de media noche, oyó que la llamaba en alta voz, y no acudió en el acto con objeto de no aumentar su agitación; pero volvió á llamarla otras dos veces y se apresuró entonces á obedecerle. Hallábase David apoyando uno de sus brazos sobre la almohada, y medio oculto entre las sombras que proyectaban los cortinajes del lecho, refería la horrible escena de la noche anterior, como si Luisa estuviese en su presencia. Estaba muy pálido, con los ojos desmesuradamente abiertos, y el rostro cubierto de copioso sudor.

Luisa prestó atención á las palabras que, por decirlo así, brotaban de los labios de Herbelin.

—Ves al molino del Lirón... ya verás, ya verás qué clase de harina le he dado á moler... Hay sangre en la rueda... y gira, gira muchas veces, llevando entre sus paletas el cuerpo de un hombre...

Sonrióse lúgubrementemente en silencio, y continuó después.

—Dime con sinceridad: ¿por cuál de los dos hacías más fervientes votos?... Verdad es que ya me habías prevenido... Y tú tienes la culpa de que le haya matado... En aquel momento estabas muy exasperada... Pero, vamos, reflexiona, dime por cuál de los dos hacías votos... ¡Has amado tanto á aquel miserable!... ¿Te acuerdas de lo que me dijiste el día en que me abandonaste para ir en su busca?... ¡Ahl... yo no lo he olvidado... Son de aquellas palabras que se graban de un modo tan doloroso en el corazón que jamás pueden borrarse de él... «Más aún, dijiste, que el deber, que la fe y que la misma muerte, el amor es lo único que

domina mi alma...» Y te alejaste de mi lado, y si él hubiera querido, jamás hubieras vuelto... ¡Ah! ¡Sí, le amas, pobre Luisa..., y no puedes desear su muerte!

Ante aquella terrible evocación del pasado, sintió Luisa el más acerbo dolor, y hubiera interrumpido á David en su delirio; pero no se sintió con fuerzas suficientes para ello y continuó de pie y guardando completo silencio al lado de la cabeza del herido. Este prosiguió:

—Más hubiese valido morir... ¿Para qué sirvo ya? El porvenir de mi hija se halla asegurado, y será la mujer de un hombre á quien ella ama y del cual es correspondida...

Por lo menos, está resuelto para ella el horrible problema... ¡El amor, más fuerte que el deber, que la fe y que la misma muerte!... ¡Dios mío, que goce ella al menos toda la dicha de que yo no he podido gozar!... ¡Que cuente ella tantos instantes de felicidad como yo he contado de sufrimientos! Es todo lo que pido al cielo en recompensa de mi existencia.

Luisa le oyó entonces respirar trabajosamente y pronunciar algunas palabras incoherentes. Al cabo de un momento continuó David diciendo:

—Te he amado como á nada ni á nadie he amado en el mundo...; tú has ocupado por completo mi pensamiento, y si hubiera sido posible abrirme el corazón, tampoco se hubiera hallado en él otro sentimiento que el que tú me inspirabas... Si, porque el amor que sentía hacia mi Cecilia, no era otra cosa que un vívido reflejo del que por tí sen-

tia... Te amaba pura, fiel y cariñosa, como yo quería que lo fueses y como he creído que lo eras durante largo tiempo... En cambio, tú soñabas con un amor más poderoso que la muerte... ¡Y tratabas de buscarle tan lejos, cuando le tenías tan cerca!... Pero, no; siempre se ha de despreciar lo que se posee y se ambiciona lo que no se halla á nuestro alcance...

Y exhaló un profundo suspiro.

—Si yo hubiese podido morir sin comprometer el porvenir de mi hija, no hubiera sobrevivido á la pérdida de mis ilusiones, pero hoy, ya soy libre, ya no hago falta á nadie... casi soy un estorbo... La muerte hubiera sido para mí un gran bien... ¡Soy tan desgraciado!

Al oír esta desgarradora queja, no pudo contenerse Luisa por más tiempo, inúndose su rostro de lágrimas y cayendo de rodillas ante el lecho en el que se revolvía y torturaba el hombre á quien tanto había hecho sufrir, prorrumpió en sollozos desesperados.

El herido se incorporó con trabajo y dijo tendiendo la mano á la mujer que ante él se hallaba postrada:

—¿Quién llora?... ¿Eres tú, Cecilia?...

Esta pregunta que demostraba claramente á Luisa lo lejos que se hallaba del ánimo de David la creencia de que pudiera llorarle otra mujer que su hija, la hizo doblar tristemente la cabeza y no respondió, pero Herbelin volvió á preguntar con extraña obstinación:

—¿Estás ahí, Cecilia?... ¿Por qué no me respondes? Bien ves que estoy despierto...

Y haciendo un esfuerzo posó su mano sobre la inclinada cabeza de Luisa, tratando de levantarla. Sin hacer ésta la menor resistencia y obedeciendo á la presión de la mano de David, sus rostros casi llegaron á tocarse. El herido contempló á su esposa durante unos momentos; dos lágrimas se deslizaron sobre sus mejillas y murmuró una vez todavía:

—¡Pobre Luisa!

Hizo ésta entonces un ademán de desesperación y asiendo la mano que todavía estaba tendida hacia ella, la apoyó en su abrasada frente y exclamó con voz entrecortada y suplicante:

—¡Perdón, perdón, piedad para mí!

Y así permaneció unos instantes, fuera de sí, enloquecida é implorando con toda la fuerza de su alma, sin que Herbelin la contestase. El rostro de éste habíase tornado grave como si la luz se hubiese hecho de nuevo en su espíritu. Por fin contestó diciendo:

—No soy yo, Luisa quien puede otorgar lo que me pides.

—¿Qué es preciso hacer? exclamó aquélla desesperadamente. ¿Á quien debo dirigirme?... ¡Estoy dispuesta á todo, á todo, para llegar á obtener un poco de conmiseración!

La cabeza de David cayó pesadamente sobre la almohada y el delirio se apoderó nuevamente de él. Luisa permaneció largo tiempo arrodillada, rogando desde el fondo de su corazón por el que por ella sufría. Después apartóse en silencio, viendo que ya no hablaba y que disfrutaba de tranquilo sueño, velándole así hasta el amanecer. Cuando

David despertó á eso de las ocho, vió á Cendrin que estaba sentado á la cabecera de la cama y que había venido á substituir á Luisa, y le manifestó que se encontraba mucho mejor. Al poco tiempo le preguntó:

—¿Ha sido mi esposa, la que ha velado cerca de mí esta noche? ¿Nada te ha dicho, cuando has venido á reemplazarla?

—No, nada.

No volvió á insistir sobre el particular, pero si le preguntó á su amigo:

—¿De aquel hombre, no hay noticia alguna?

—Ninguna.

Habíala, sin embargo. En Montivilliers causaba gran sorpresa una desaparición que duraba ya veinticuatro horas, y se habían buscado noticias del marqués por todos aquellos contornos. El juzgado de Beauvais, al cual se previno, había ya comenzado la indagatoria y la policía local buscaba y rebuscaba por todas partes. Laroque previno de todo esto al profesor, pero éste se guardaba muy bien de comunicárselo á David con objeto de no agitarle. El médico, que llegó á las diez, manifestó que el herido se encontraba mucho mejor; la herida estaba en buen camino de curación y el estado general iba modificándose también en buen sentido: después habló con Pérignon y Cendrin de la desaparición de Condottier.

Según declaración de los criados, todo hacía presumir que el marqués había salido hacia París durante la noche. Le habían visto salir después de comer y desde entonces no había vuelto. Se trataba

sin duda de alguna intriga amorosa, pues no debía pensarse otra cosa de un hombre como el marqués. Los amigos de David juzgaron muy del caso no contradecir las opiniones del médico, pues preferían que todo el mundo se echase á buscar, aunque inútilmente, por París. ¿Desde el momento en que no había reaparecido todavía el cuerpo del marqués, quién sabe si no había desaparecido para siempre?

Sin embargo de esto, argüía Cendrin:

— Es necesario aguardar siete días, y si durante ese tiempo, no llega á remontar el cuerpo á flor de agua, será que algunos de los pilares del molino ó bien una raíz providencial, han aprisionado el cuerpo del marqués. Los cangrejos del Liron, se encargarán entonces de sus funerales. Después del desayuno volvió Luisa al cuarto de David, instalándose con su labor cerca de la ventana y trabajando en silencio, hasta tanto que obligada á levantarse para dar al herido la poción recetada por el médico, se veía en la precisión de interrumpir su trabajo. David la miraba entonces sin pronunciar palabra y la daba las gracias haciendo un movimiento de cabeza. Una vez, sin embargo, se atrevió á interrogarla:

— ¿He tenido mucha fiebre esta noche y he hablado mucho?

— Sí.

— ¿Que he dicho?

— Palabras incoherentes, de las que nada he comprendido.

— ¿Pero, usted también ha hablado, no es cierto?

— Para preguntarle si se encontraba mejor... Nada más.

Dióla las gracias haciendo un movimiento de cabeza y guardó silencio, pero desde entonces, experimentaba cierta satisfacción en verla á su lado y en estar servido por ella. A despecho de las negativas de Luisa, le representaba su mente, aunque de un modo vago, la escena en que ella le suplicaba la perdonase. Volviala á ver de rodillas y sollozando ante aquel mismo lecho demandándole piedad, y creía sentir todavía el calor de su frente que apoyaba con fuerza contra su mano: así es que no obstante el silencio de Luisa, hallábase seguro de que ésta le había suplicado, que se había arrepentido y hasta había maldito su falta, casi en el instante mismo en que había muerto á su cómplice. ¿Por qué, pues, no quería convenir en aquella espontánea confesión? ¿Sería quizás un resto de orgullo el que la hacía retroceder humillada, antes que confesar sus remordimientos?... Y sin embargo no era posible la duda, había llorado é implorado y todo revelaba en ella el mayor de los sufrimientos.

Dióse á pensar durante todo el día en aquella nueva situación, encontrando cierto relativo consuelo al convencerse de que aquella misma mujer que hacía un año había levantado la bandera de la insurrección dentro del hogar conyugal, dábase por fin á capitular poseída de verdadero remordimiento. Pasó aquella noche mucho mejor que la anterior, y á los pocos días, pudo ya levantarse pasando la mayor parte del tiempo reclinado en una cómoda butaca. Desde la ventana, veía en el jardín á la francesa que se extendía ante la facha-

da del castillo, cómo se paseaban Cecilia y Laroque. Ambos se contemplaban embelesados.

¿Qué podrían decirse? David no se cansaba de mirarlos y de admirar el espectáculo de su dicha. Cuando oía reír á su hija, ó cuando ésta llegaba hasta él besándole con verdadero filial entusiasmo como para darle gracias de lo feliz que la hacía, experimentaba la más completa satisfacción. ¡Eran tan deliciosas aquellas caricias! ¡El, que nunca hasta entonces las había saboreado!

Al propio tiempo, no podía por menos de observar David, que según iba aproximándose la época fijada para la boba, iba haciéndose más sombría la fisonomía de Luisa, y que todo lo que constituía para él, motivo de gozo, diríase que causaba en aquélla, mortal tortura. En efecto, el porvenir del padre, destruía el de la madre, y la hora que debía de marcar el triunfo del uno, debía asimismo apuntar el aniquilamiento de la otra. Luisa, que era demasiado orgullosa para protestar contra una sentencia por ella misma dictada, sufría en silencio, pero no se quejaba á nadie de su suerte, y sólo su hermoso rostro, surcado por la melancolía, era el único que revelaba su dolor. Muchas veces pensaba David en aquel previsto y conocido final, pero no por eso sentía ya el menor odio hacia la culpable. Después de haberla amado y aborrecido tanto, habíase dulcificado su espíritu y creía que una vez, habiendo llenado Luisa sus deberes para con su hija, partiría de aquella casa, en donde no había permanecido sino por exigencia suya. Ese es su deseo, decíase David, y también el mío.

Hacia cerca de diez días que David había sido herido cerca del molino de los Vannes, cuando una mañana se detuvo un carruaje delante de la entrada principal del castillo: un hombre vestido de negro se apeó del vehiculo, y con discreto ademán, solicitó una entrevista con el profesor Cendrin. Cuando el sabio penetró en el salón, preguntó al recién venido, después de saludarle, á quién tenía el honor de hablar: Me llamo Fontanet, respondió, y soy el comisario de policía de Beauvais. Preguntóle Cendrin con extrañeza el motivo de su visita y manifestó ser enviado del Sr. Emery, juez de instrucción, para tener el honor de hablar algunos instantes con «el ilustre profesor». Después, añadió en tono confidencial:

—Se trata, puede ser, de un caso de medicina legal...

El sabio contestó fijando una investigadora mirada en el rostro de su interlocutor, que permaneció impasible. Después dijo:

—Estoy á su disposición señor mío. ¿Debemos partir en el acto?

—Sí, señor; es decir, á menos que no se halle usted ocupado en este momento, en cuyo caso, el señor juez de instrucción esperará á usted durante todo el día en su despacho...

—De ningún modo; cuanto antes vayamos, mejor. Puesto que ha venido usted en coche, usted me permitirá que ocupe un sitio en él hasta Beauvais. Le ruego me conceda el tiempo necesario, no más que para ponerme el sombrero y el gabán y prevenir mi partida á los dueños de esta casa.

Cinco minutos después, el carruaje que conducía á Cendrin y al comisario, rodaba sobre la carretera de Beauvais. Trató el profesor de hacer hablar en distintas ocasiones á su compañero de viaje; pero le encontró por completo inaccesible. Una hora después de su salida del castillo, entraban en la ciudad y se apeaban á la entrada misma de la Audiencia, donde, sin hablar palabra, condujo el funcionario á Cendrin á través de varias escaleras y antecámaras hasta una puerta, que se apresuró á abrir un portero, encontrándose en seguida el profesor en una sala forrada de verde, en la que, sentado ante una mesa, hallábase un hombre joven todavía, estudiando un expediente.

—Señor juez, murmuró discretamente el comisario de policía, aquí está el señor profesor Cendrin, que se ha tomado la molestia de venir conmigo en el acto.

—Caballero, dijo con suma deferencia el juez, le estoy á usted verdaderamente reconocido. Tenga la bondad de tomar asiento... Puede usted retirarse, Fontanet, y señalando una butaca á Cendrin cerca de la mesa, dijo volviéndose hacia él:

—Caballero, si he decidido llamar á usted á mi presencia es porque abrigo casi el convencimiento de que puede, si se digna hacerlo, darme alguna luz sobre las causas que han motivado la desaparición del marqués de Condottier...

Miró Cendrin al magistrado, tratando al propio tiempo de leer en su pensamiento; pero el afeitado y severo rostro del juez permanecía impenetrable,

y sus ojos, que distraídamente fijaba en el suelo no permitían adivinar nada.

—¿Podría saber, señor juez, los indicios sobre los cuales basa usted esa convicción?

—Usted es la última persona con la que el marqués haya hablado antes de su desaparición. Usted le ha hecho una visita que ha durado cerca de dos horas, el último día que ha pasado en su casa... Usted no se contaba entre el número de sus relaciones ó amigos... Tenía usted, pues, razones de un particular interés para presentarse en casa del marqués... ¿Con qué intento y en nombre de quién se ha presentado usted en Montivilliers hace diez días?

Reflexionó Cendrin breves instantes y dijo después con decisión:

—¿A título de qué, me interroga usted en este momento? ¿Hablo al juez que trata tan solo de sacar partido de lo que yo pueda decirle?

—Señor mío, respondió el magistrado, nos hallamos solos por completo en mi despacho, y por consiguiente, sin escribano que testifique las palabras que usted pronuncie; así, pues, todo cuanto usted me diga, y yo oiga será puramente confidencial... Sé, por otra parte, que si más adelante se necesita de su sincero testimonio, no me lo negaría... Pero en estos instantes no se trata de eso... Quizás nuestra entrevista dé por resultado el sobreseimiento de esta causa, y... para que vea usted que le doy ejemplo de franqueza, le diré que se ha encontrado por fin el cuerpo del marqués...

—¡Ah! exclamó Cendrin. ¿Y se ha averiguado del modo que ha muerto?

—Los médicos forenses han practicado la autopsia y ésta ha demostrado que la muerte se había producido por inmersión. La cabeza, sin duda al choque de una rueda, se hallaba partida por diferentes sitios; pero como quiera que hay no pocos molinos y fábricas de papel en el Liron que tienen el agua como fuerza motriz... No podemos basarnos más que en conjeturas... ¿Ha habido emboscada y asesinato?... Y si le ha habido, ¿a quién debemos imputar el crimen? Si, por el contrario, no se trata sino de un suicidio, ¿cuáles son las causas que le han promovido? Todas nuestras deducciones, nos llevan, pues, como por la mano á Saint-Sauveur, y por consiguiente al señor y á la señora Herbelin. Quizás usted no ignore los motivos que hubiera podido tener el Sr. Herbelin para...

—Nada ignoro, interrumpió Cendrin, pero veo que no posee usted ninguna prueba material, y añado además, que no la encontrará. No quedan por lo tanto, más que presunciones morales, sobre las que nadie puede basarse para atacar la reputación de un hombre como el señor Herbelin. Su misma negativa sería suficiente para echar por tierra ese sistema. Todo el mundo sabe que entre el marqués de Condottier y la señora de Herbelin no existe nada de común hace más de un año, y es por lo tanto fácil el probar, que el señor Herbelin ignora por completo que el marqués de Condottier le haya ocasionado un tan acerbo mal. ¿Qué

es entonces el «*is fecit cui prodest?*» No, no es este asunto de tan fácil solución como usted parece creerlo.

—Entonces tenga usted la bondad de explicármelo.

Alzó Cendrin su pensadora frente y dijo:

—¿Si yo le pruebo á usted que el hombre que ha matado al marqués de Condottier se hallaba, al hacerlo, en estado de legitima defensa, y que ha obrado, más que lealmente en aquel encuentro, me promete usted no emprender persecución alguna contra ese mismo hombre?

—No puedo prometer lo que usted me pide, contestó el magistrado, ni puede la justicia prestarse á semejante cosa: pero le prometo he de obrar como mejor me aconsejen el derecho y la razón.

—Pues es todo cuanto pido, dijo Cendrin. Ahora, he aquí la luz que ha poco me pedía usted sobre este asunto: el señor Herbelin ha matado al marqués en las circunstancias siguientes:

El magistrado oyó sin interrumpirle, las confidencias de Cendrin y parecía espectador impasible de todas las frases de aquel drama íntimo y conmovedor, juzgando al propio tiempo en el fondo de su conciencia el audaz cinismo de Condottier, la sublime paciencia de Herbelin y la terrible agonía de aquella madre, tan cruelmente castigada. Cendrin concluyó por fin su narración, y el magistrado permaneció profundamente pensativo. La noche, que iba llegando por momentos, extendía su sombra en aquella tétrica estancia y contribuía á hacer más solemne el silencio que allí reinaba.

Por fin se decidió á preguntar el juez de instrucción:

—Así, pues, su visita de usted no tenía otro objeto que el de conminar al marqués para que cesase en sus nocturnas visitas y prevenirle á la vez del peligro que corría si perseveraba en ellas?

—Así es en efecto.

—Y á pesar de las advertencias que usted le hizo, ¿volvió aquella misma noche?

—No hay que dudarle, puesto que al día siguiente ya había desaparecido...

—¿Tendrían inconveniente sus dos amigos de usted el señor coronel Pérignon y su sobrino en declarar que fué después de recibir el tiro, cuando el señor Herbelin lanzó al marqués al fondo de la balsa del Liron?

—Puede usted si gusta hacer dragar la balsa y allí se encontrará de seguro el revólver, al cual le faltará tan solo una cápsula. En cuanto al marqués, la autopsia ha probado que no tenía herida alguna penetrante...

—Todo eso es exacto, dijo el magistrado. Añadiendo después como conclusión: Era en verdad un triste sujeto, el difunto marqués de Condottier... ¿Y la herida del señor Herbelin, se halla ya en vías de curación?

—Ya se levanta un poco, y dentro de ocho días podrá volver á tomar la dirección de sus negocios.

—Tiene una importante fábrica en la Neuville...

—¡Ya lo creo; y que cuenta cerca de dos mil obreros, que jamás se declaran en huelga! Me parece que no sería del todo fácil, el ir á prenderle

dentro de su misma fábrica... Qué sé yo lo que podría acontecer...

El magistrado contestó riendo:

—No creo que se piense en tal cosa.

—Así, pues, señor juez, ¿puedo ya retirarme?

—Cuando usted guste, pero no sin darle antes las más expresivas gracias por la amabilidad y el buen deseo con que se ha puesto usted á mi disposición.

Y se levantó al propio tiempo para acompañar á Cendrin hasta la puerta. El sabio cambió entonces una mirada con el magistrado y más tranquilo que cuando había llegado, bajó las escaleras de la Audiencia y preguntó al cochero que le había conducido hasta allí:

—¿Podría usted volverme á Saint-Sauveur?

—Ya lo creo; como que me han ordenado que esté á disposición del señor.

—Pues entonces, vamos.

Una hora después, es decir, á eso de las seis, llegaba Cendrin al castillo. Precisa creer que las razones que ante la justicia había aducido, fueron de algún peso, porque transcurrieron algunos días, no sin cierta zozobra por cierto, sin que llegara ninguna notificación alarmante. Los periódicos dieron además como cosa segura que el marqués de Condottier había perecido víctima de un accidente, al visitar, á orillas del Liron, los potros de la yeguada de Montivilliers. ®

.....
Eran las diez de la mañana y David, vestido de

frac y corbata blanca aguardaba á Cecilia que debía presentarse en traje de boda, antes de emprender el camino de la Neuville, en donde debían verificarse sucesivamente las ceremonias civil y religiosa. Hacía un tiempo magnífico, el cielo estaba por completo despejado y la helada de la noche anterior había escarchado los árboles, que parecían ataviados de blanco y brillante traje nupcial. Era, en fin, un día de feliz presagio. David, poseído de cierta impaciencia nerviosa, iba de un lado á otro de la habitación, y arrojaba de cuando en cuando una mirada al reloj que se hallaba colocado sobre la chimenea.

Al marcar la aguja las diez y cuarto, se abrió la puerta, dejándose oír el leve roce de la seda sobre el pavimento, y apareció Cecilia con el semblante sonrosado y ostentando un ramillete de flores de azahar sobre el corpiño de su blanco vestido de satin. Examinábala David en muda contemplación, pensando que dentro de poco dejaría de pertenecerle por completo, á la vez que experimentaba la más viva alegría viéndola tan encantadora y tan satisfecha de si misma. Tendióla los brazos, en los cuales ella se arrojó sin temor á que se arrugase el traje, y sintióse envuelto en un vago perfume tan virginal como delicado, digna emanación del divino goce que se desprendía de aquel casto é inocente sér. Sin poder articular la menor palabra, la retuvo David unos instantes entre sus brazos, hasta que por fin, y no sin hacer un esfuerzo de voluntad, la separó de ellos, aunque manteniéndola siempre á corta distancia para poder contemplarla á su gusto.

—¿Me encuentras bien? preguntó Cecilia con cierto acento de coquetería.

—Si, hija de mi alma; y no comprendo al verte, cómo tengo el suficiente valor para entregarte á otro hombre.

—Que no me robará por cierto á tus caricias, respondió sonriendo con inefable dulzura.

—Así lo creo; pero ya no será lo mismo, dijo David suspirando y moviendo tristemente la cabeza. Después añadió poseído de súbita emoción:

—¡Pero, en fin, eso qué importa desde el momento en que á ti te agrada que así seál Escucha, hija mía; es preciso que sepas, que comprendas, en esta decisiva hora, que mi vida no ha tenido hasta aquí más objeto que el de asegurar tu felicidad. He querido que ésta fuese obra mía y todo lo he subordinado, todo lo he sacrificado á tan sagrada tarea; en el momento mismo en que ésta va á terminar, es necesario que me digas, para asegurar la tranquilidad de mi alma, que he obtenido lo que me proponía y que eres dichosa.

—Si, soy dichosa, respondió Cecilia levantando hasta su padre sus angelicales ojos.

No quedó muy satisfecho Herbelin del tono empleado por Cecilia al darle aquella contestación: parecióle adivinar algo así como una restricción en el turbado acento con que su hija pronunciara aquellas palabras, y la dijo con imperioso acento, fijando en ella una penetrante mirada:

—En este momento no me dices lo que piensas. ¿Qué hay? ¿Qué sucede? No quiero que en un día

como éste obstruya tu pensamiento la más ligera sombra.

Inmutóse el rostro de Cecilia, contrajéronse sus labios y sus ojos se humedecieron, brillando en ellos furtivas lágrimas.

—¿Cómo es eso!... ¡Lloras, Cecilia? exclamó David consternado.

—Y ¿cómo no llorar, cuando veo que lo que á mi me hace tan dichosa entristece de tal modo á mamá?... Durante toda la mañana y mientras me ayudaba á vestir no podía la pobre contener las lágrimas... Y cuando la he preguntado con verdadero afán, verdadero cariño y estrechándola contra mi corazón, qué era lo que tenía, ha prorrumpido en amargos sollozos y ha ido á refugiarse en su cuarto... Ha vuelto algunos instantes después y ya no lloraba; pero estaba tan pálida, tan pálida, que no me he atrevido á dirigirla más preguntas. Y ya que tú me interrogas sobre la causa de mi tristeza, te confesaré, aun á riesgo de entristecerte también á ti, que esa desesperación de mamá ahoga mi propia dicha, hasta el punto, de que si hubiera sabido cuánto la afligía mi boda, hubiera esperado más tiempo... Vamos á ver, papá, tú que eres tan bueno; inventa alguna cosa que yo pudiera hacer para tranquilizarla.

David había escuchado á su hija con la cabeza baja y el semblante muy preocupado, cual si se hallase sumergido en grave y profunda meditación, y cuando Cecilia hubo terminado de hablar, dió algunos pasos en dirección á la ventana, volvió después hacia el sitio donde se hallaba la jo-

ven, que contemplaba á su padre con extrañeza al verle de repente sombrío y silencioso, y dijo mirándola y atrayéndola hacia si con inefable ternura:

—Pues bien, hija mía, puesto que tú así lo deseas, ve á decir de mi parte á tu madre que es necesario no lllore más. Dila sólo esas mismas palabras...

—¿Y se tranquilizará con eso?

—Sí, hija mía; yo te lo aseguro.

Cecilia se abalanzó entonces al cuello de su padre, y después de darle un amantísimo beso, se apresuró á salir del aposento.

Entre tanto, David, apoyado de codos sobre la chimenea, púsose á repasar en su mente todo cuanto había sucedido después de su trágico regreso de la Neuville; el día en que recibió la fatal carta, su visita á Pérignon y á Cendrin y la horrible escena habida con Luisa. Después, la continuación de la vida en común para salvar la dicha de Cecilia, y á renglón seguido, gracias á su energía y gracias también á los solícitos cuidados de la madre, contemplar asegurada y triunfante aquella anhelada dicha. Su antes agitado espíritu se había tranquilizado por completo, y al buscar en el fondo de su corazón los restos del vivo y ardiente odio que antes alimentara, sorprendióse al no encontrar más que un tesoro de infinita bondad; parecióle que la satisfacción de haber llevado á buen puerto la emprendida obra, había absorbido por completo todas las demás sensaciones y que al crepúsculo de sombríos y dolorosos pensamientos, sucediase brusca-

mente la aurora de dulces y acariciadoras esperanzas.

En aquel instante, oyó abrirse la puerta, y al alzar la vista, vió acercarse á Luisa pálida y temblorosa. Miráronse durante un momento, cual si hiciera largo tiempo que no se habían visto, hasta tanto que Luisa, dominada por la emoción, arrojó un grito, dobláronse sus rodillas y cayó posternada á los pies de su esposo. Al tratar este último de levantarla, sintió resbalar por sus manos las lágrimas de la culpable y quiso prodigarla alguna palabra de consuelo; pero la voz se ahogó en su garganta y permaneció presa de indecible agitación, mientras Luisa exclamaba en medio de conmovedores sollozos:

—¿Me perdonas, David?... ¿Es posible que me perdones?...

Por fin, Herbelin, recobrando alguna sangre fría pudo decir:

—Nuestra hija me ha hecho comprender que no sería completa su felicidad si usted no la compartía con ella.

—Así, pues, ¿podré permanecer en esta casa, cerca de tí, cerca de ella?... ¡Dios mío, cuánta felicidad!...

—Sí, Luisa, puedes permanecer, desde el momento en que también te crees feliz en ello.

Guardó silencio un instante, añadiendo después y como contestando á su propio pensamiento:

—No es culpa mía, si la vida concede momentos de reparación. La madre ha redimido en tí, las faltas de la esposa.

Luisa trató entonces de asir nuevamente la mano de Herbelin, cediendo á un movimiento de agradecida felicidad, pero su esposo la retiró con dulzura, dándola á entender al propio tiempo con lo triste de su mirada, que si bien había tenido la generosidad de absolver, no se sentía con fuerzas para olvidar.

Las campanas de la Neuville comenzaron en aquel momento á dejar oír sus alegres tañidos, y Cecilia, que se hallaba ya un tanto inquieta al ver que la entrevista se prolongaba, decidióse á interrumpirla; al penetrar en la estancia y ver que sus padres fijaban en ella los ojos con sonriente mirada, los estrechó en un solo abrazo, y besándoles con ternura, unió para siempre á aquellos dos queridos seres de su alma.

FIN

FE DE ERRATAS

DICE	PÁGINA	LÍNEA	DEBE DECIR
Se dirijan á paso largo	2	3. ^a	Caminaban muy aprisa
Contriadas	13	9. ^a	Contraidas
habitación	81	13	habitación
de dejar	95	32	de hacer
oasis	149	26	vacío
vanales	201	31	banales
¿Ola	211	32	¿Hola
David	265	11	Cendrin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

